# Los árboles

## Percival Everett

Traducción de
**Javier Calvo**

DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

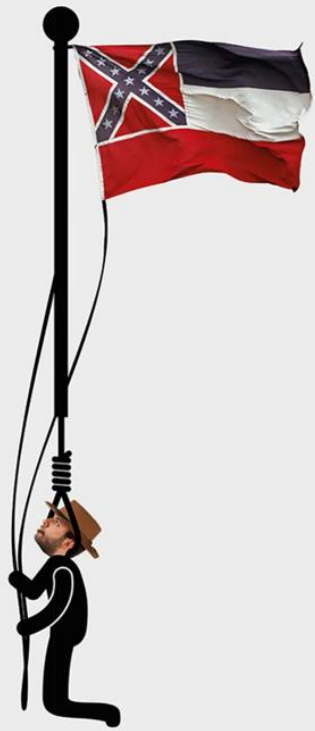
PREMIO DE LITERATURA CÓMICA
BOLLINGER EVERYMAN WODEHOUSE

FINALISTA
BOOKER PRIZE 2022

# Los árboles

## Percival Everett

Traducción de
**Javier Calvo**



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

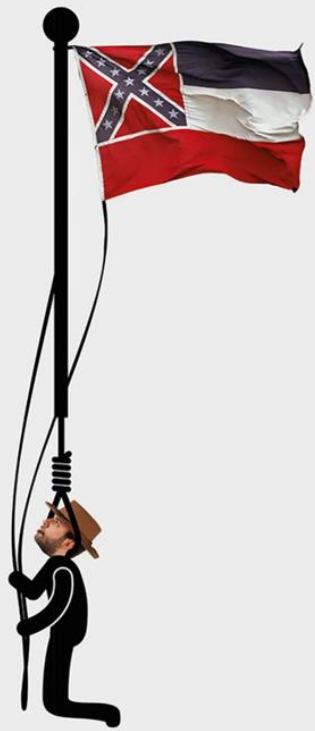
PREMIO DE LITERATURA CÓMICA
BOLLINGER EVERYMAN WODEHOUSE

FINALISTA
BOOKER PRIZE 2022

# Los árboles

## Percival Everett

Traducción de
**Javier Calvo**



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

**PREMIO DE LITERATURA CÓMICA**
**BOLLINGER EVERYMAN WODEHOUSE**

**FINALISTA**
**BOOKER PRIZE 2022**

Nació en Georgia (EE.UU.) en 1957. Ha escrito más de treinta libros. Pertenece a esa clase de autores no comerciales, muy valorado por la crítica por su originalidad y su voz satírica. Vive en Los Ángeles y es catedrático en la *University of Southern California*. Ha ganado el premio *Pen Club* de Estados Unidos y el de la Academia Americana de las Artes y las Letras, entre otros muchos. Christian Lorentzen eligió *Cuánto azul* como el mejor libro norteamericano de 2017.

Finalista de *Booker Prize* 2022
por *Los árboles*.

Ganador del Premio
*Bollinger Everyman Wodehouse*.

# LOS ÁRBOLES

# LOS ÁRBOLES

**Percival Everett**

Traducción
**Javier Calvo**

DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

Título:

*Los árboles*

De esta edición:

© De Conatus Publicaciones S.L.

Casado del Alisal, 10

28014 Madrid

www.deconatus.com

Copyright © Percival Everett (2021)

Título original: The Threes

Spanish translation rights arranged with Melanie Jackson Agency, LLC

© De la traducción: Javier Calvo

Primera edición: febrero 2023

Diseño de la colección: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-17375-79-9

Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

comunicacion.deconatus@deconatus.com

Para Steve, Katie, Marisa, Caroline, Anitra y Fiona.

*El arte de la guerra es muy simple. Averigua dónde está tu enemigo. Atácalo cuanto antes. Pégale tan fuerte como puedas y tantas veces como puedas, y no dejes de avanzar.*

U.S. GRANT

**1**

Money, Mississippi, tiene exactamente el aspecto que sugiere su nombre.

Bautizado desde esa tradición de ironía sureña recalcitrante, y desde

la tradición adjunta de la incultura, el nombre se vuelve un poco triste, un indicador consciente de ignorancia que quizás convenga aceptar porque, reconozcámoslo, no va a desaparecer.

En las afueras de Money había algo que quizás se podría considerar de forma aproximada un suburbio, quizás hasta se podría llamar barrio, una colección no tan pequeña de casas dúplex estilo rancho y con revestimiento de vinilo que llevaba el nombre no oficial de Small Change. En uno de los jardines traseros de hierba moribunda, en el borde descascarillado de una piscina elevada vacía, adornada con imágenes descoloridas de sirenas, se estaba celebrando una pequeña reunión familiar. No era una reunión ni festiva ni especial, simplemente habitual.

Era la casa de Wheat Bryant y su mujer, Charlene. Wheat estaba buscando trabajo, vivía eternamente buscando trabajo. Charlene siempre se aseguraba de señalar que la palabra «buscando» solía sugerir que se iba a encontrar algo, mientras que Wheat sólo había tenido un trabajo en su vida entera, y no era probable que fuera a encontrar otro. Charlene trabajaba de recepcionista en Tractores Usados J. Edgar Price Propietor (que era el nombre oficial de la empresa, sin comas), tanto en ventas como en atención al cliente, aunque la empresa llevaba tiempo sin vender tractores usados, e incluso sin reparar muchos. Corrían tiempos difíciles en el pueblo de Money y sus inmediaciones.

Charlene siempre llevaba un top del mismo color amarillo que su pelo teñido y ahuecado, y lo llevaba porque molestaba a Wheat. Wheat bebía sin parar latas de cerveza Falstaff, fumaba sin parar cigarrillos Virginia Slim y aseguraba que fumarlos lo convertía en un feminista de ésos. A sus hijos les contaba que las cervezas eran necesarias para que no se le desinflara la panza, y que los

cigarrillos eran importantes para ir de vientre con regularidad.

Cuando estaba al aire libre, la madre de Wheat —la abuela Carolyn, o abuela Caro, como la llamaban— se desplazaba en uno de aquellos cochecitos eléctricos de ruedas anchas del Sam's Club. No es que fuera un cochecito igual que los del Sam's Club; es que lo había cogido prestado de forma permanente del Sam's Club de Greenwood. Era rojo y tenía unas letras blancas que decían am's Clu. El esforzado motor eléctrico emitía un ronroneo fuerte y constante que dificultaba bastante tener conversaciones con la anciana.

La abuela Caro siempre parecía un poco triste. ¿Y por qué no iba a

estarlo?

Wheat era su hijo. Charlene la odiaba casi tanto como odiaba a Wheat, pero no lo demostraba nunca; era una mujer mayor, y en el Sur a los mayores se los respetaba. Sus cuatro nietos y nietas, de entre tres y diez años, no se parecían en nada entre sí, pero no podrían haber sido de ninguna otra familia ni lugar. A su padre lo llamaban por el nombre de pila, y a su madre la llamaban Mamichula de Amarillo, que era el apodo que usaba en la radio de banda ciudadana cuando charlaba con camioneros de madrugada mientras la familia dormía, y a veces también mientras cocinaba.

Aquellas charlas por radio irritaban a Wheat, en parte porque le recordaban el único trabajo que había tenido: conducir un tráiler lleno de fruta y verdura para la cadena de tiendas de alimentación Piggly Wiggly. Había perdido el trabajo al quedarse dormido al volante y salirse con el camión del Puente de Tallahatchie.

No se había salido del todo, la cabina se quedó colgando sobre el río Little Tallahatchie durante muchas horas antes de que vinieran a rescatarlo. Al final se salvó subiéndose a la pala de una excavadora que habían traído de Leflore.

Quizás habría podido conservar el trabajo si el camión no se hubiera quedado allí colgado, si se hubiera despeñado de inmediato y sin elegancia del puente al río fangoso de debajo. Pero tal como fue la cosa, hubo tiempo de sobra para que la historia se inflara y llegara a la CNN, la Fox y Youtube, repitiéndose cada doce minutos hasta volverse viral. La imagen que lo terminó de condenar fue un clip que mostraba unas cuarenta latas vacías de Falstaff cayendo en tromba

desde la cabina hasta la corriente de debajo. Y ni siquiera aquello habría sido tan grave si Wheat no hubiera tenido una lata agarrada con la mano gordezuela cuando se bajó por entre los dientes de la pala de la excavadora.

También estaba presente en la reunión el hijo pequeño del hermano de la Abuela Caro, Junior Junior. Su padre, J.W. Milam, se había llamado Junior, de manera que a él le pusieron Junior Junior. Nunca lo llamaron J. Junior, ni Junior J., ni tampoco J.J.; sólo Junior Junior. El padre, que pasó a llamarse Junior a Secas después de nacer su hijo, había muerto unos diez años antes del «maldito cáncer», como lo llamaba la Abuela Caro. Había muerto apenas un mes después de Roy, el marido de ella y padre de Wheat. A la Abuela Caro le parecía importante que hubieran muerto de lo mismo.

—Abuela Caro, ¿no tienes calor con ese sombrero ridículo? —le gritó Charlene a la anciana por encima del ronroneo de su buggy.

—¿Mande?

—Que ese sombrero ni siquiera es de paja. Es de lona de vinilo o algo. Y no tiene agujeros pa que pase el aire.

—¿Cómo?

—No te oye, Mamichula de Amarillo —le dijo su hija de diez años—. No oye na. Está sorda como una tapia.

—Carajo, Lulabelle, ya lo sé. Pero no podréis decir que no la he avisao cuando se caiga redonda de un golpe de calor. —Volvió a mirar a la Abuela Caro—. Y el artilugio ese en el que va también se recalienta. ¡Ese trasto te da más calor todavía! —le gritó a la mujer—. ¿Cómo no se ha muerto ya? Es que no lo entiendo.

—Deja en paz a mi madre —dijo Wheat, medio riéndose. Puede que estuviera medio riéndose. ¿Cómo saberlo? Tenía la boca permanentemente torcida en una sonrisilla chueca de burla. Mucha gente creía que había sufrido un pequeño derrame cerebral hacía unos meses, mientras comía costillas.

—Vuelve a llevar ese sombrero ridículo —dijo Charlene—. Se va a poner enferma.

—¿Y qué? A ella le da igual. ¿Y qué coño te importa a ti? —dijo Wheat.

Junior Junior le volvió a poner el tapón a la botella que llevaba metida en una bolsa de papel y dijo:

—¿Por qué cojones tenéis la piscina vacía?

—Porque pierde agua, coño —dijo Wheat—. Se le hizo una grieta en la pared cuando se cayó contra el lateral la gorda de Mavis Dill. Ni siquiera estaba yendo a nadar. Pasaba caminando al lado y se cayó.

—¿Y cómo se las apañó pa caerse?

—Porque es gorda, Junior Junior —dijo Charlene—. Se te desplaza el peso a un lao y te caes pa ese lao. La gravedá. Wheat sabe mucho de eso. ¿Verdá que sí, Wheat? Tú sí que sabes de la gravedá, ¿eh?

—Vete a la mierda —dijo Wheat.

—No pienso aguantar que se hable asín delante de mis nietos —dijo la Abuela Caro.

—¿Cómo carajo lo ha oído? —dijo Charlene—. No oye los gritos, pero eso sí que lo oye.

—Oigo muchas cosas —dijo la anciana—. ¿Verdá que oigo muchas cosas, Lulabelle?

—Pues claro que sí —dijo la niña. Se había subido al regazo de su abuela—. Lo oyes to, ¿verdad que sí, abuela Caro? Tienes un pie en la tumba, pero oyes de maravilla, ¿verdá, abuela Caro?

—Pues claro que sí, cielo.

—¿Y qué vais a hacer con la piscina, pues? —preguntó Junior Junior.

—¿Por qué? —preguntó Wheat—. ¿Me la quieres comprar? Yo te la vendo, sin pensarlo. Hazme una oferta.

—Puedo poner cerdos dentro. Si le quitas el fondo, se pue usar pa guardar cerdos.

—Te la tendrías que llevar —dijo Wheat.

—Puedo traer los cerdos aquí. Sería más fácil, ¿no te parece?

Wheat negó con la cabeza.

—Nos tocaría oler to el día a tus puercos. Y no quiero oler a tus puercos.

—Pero hombre, con lo bien instaladita que la tienes. Daría un montón de trabajo moverla. —Junior Junior se encendió un fino purito verde —. Si aceptas, te llevas un cerdo de regalo. ¿Cómo lo ves?

—No necesito ningún puerco asqueroso —dijo Wheat.

—¡Vale ya con las palabrotas! —gritó la abuela Caro.

—Y si quiero beicon, me voy a la tienda —dijo Wheat.

—Sí, claro, y lo compras con mi dinero —dijo Charlene—. Trae pa'cá esos cerdos, Junior Junior, pero quiero dos, de los grandes, y me los matas tú.

—Trato hecho.

Wheat no dijo nada. Cruzó el jardín y ayudó a su hija de cuatro años a subirse al coche de plástico rosa.

La abuela Caro estaba mirando a la nada. Charlene la examinó un momento.

—Abuela Caro, ¿estás bien?

La anciana no contestó.

—¿Abuela Caro?

—¿Qué le pasa? —preguntó Junior Junior, acercándose—. ¿Le ha dao un derrame o algo?

La abuela Caro los sobresaltó.

—No, pedazo de memo palurdo, no me ha dao ningún derrame. Hay que ver, en esta casa no puedes pensar en tu vida sin que venga algún idiota y te acuse de estar teniendo un derrame. ¿Te ha dao uno a ti? Porque eres tú quien tiene síntomas.

—¿Y cómo es que te metes conmigo? —le preguntó Junior Junior—. Ha sido Charlene quien se ha puesto a mirarte primero.

—No le hagas ni caso —dijo Charlene—. ¿En qué estabas pensando, abuela Caro?

La abuela Caro se puso a mirar a lo lejos otra vez.

—En algo que desearía no haber hecho. En la mentira que conté hace muchos años sobre aquel chico negro.

—Ay, la madre —dijo Charlene—. Ya estamos con eso otra vez.

—Me porté mal con el negrito aquel. Ya lo dice el Señor: lo que se siembra, se cosecha.

—¿Qué señor? —preguntó Charlene—. ¿El de la tienda de semillas?

—Dios Nuestro Señor, descreída.

Se hizo el silencio en el jardín. La anciana siguió hablando:

—Yo no dije que me hubiera dicho na, pero Bob y J.W. sí lo dijeron, así que les seguí la corriente. Cómo desearía no haberlo hecho, por Dios. J.W. odiaba a los negros.

—Bueno, ya está hecho y es agua pasada, abuela Caro. Así que tranquilízate. Lo que pasó ya no se puede cambiar. No puedes traer al chico de vuelta.

**2**

El ayudante de sheriff Delroy Digby estaba cruzando el Puente de Tallahatchie al volante de su coche patrulla Crown Victoria de doce años de antigüedad cuando recibió una llamada para ir a Small Change. Paró delante de la casa de Junior Junior Milam y vio a su mujer, Daisy, caminando de un lado a otro, llorando y gesticulando exageradamente. Delroy había salido brevemente con Daisy en el instituto, pero la relación se había terminado después de que ella le mordiera la lengua. Luego él se alistó en el ejército y se hizo administrativo del cuerpo de intendentes. Al volver se encontró a Daisy casada con Junior Junior y embarazada de su cuarta criatura. La misma criatura que estaba ahora en su regazo mientras caminaba de un lado a otro, con los otros tres sentados como zombis en el primer escalón del porche.

—¿Qué pasa, Daisy? —le preguntó Delroy.

Daisy dejó de agitar los brazos y se lo quedó mirando. Tenía la cara agarrotada de tanto llorar, con los ojos rojos y hundidos.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado, Daisy? —preguntó.

—Está en la habitación del fondo —dijo—. Junior Junior. Ay, Dios. Creo que está muerto —dijo en voz baja para que no la oyeran los niños—. Tiene que estarlo. Acabábamos de volver del mercadillo del aparcamiento del Sam's Club.

Los críos no han visto na. Dios, qué espanto.

—Muy bien, Daisy. Espera aquí.

—Y hay algo más en la misma habitación —dijo ella.

Delroy se llevó la mano a la pistola.

—¿Qué?

—Otro tipo. También muerto. Tiene que estarlo. Ay, está muerto. Tiene que estarlo. Ya lo verás.

Ahora Delroy estaba confuso, y también bastante asustado. Lo único

que había hecho en el ejército había sido contar rollos de papel higiénico. Volvió a su coche patrulla y cogió la radio.

—Hattie, habla Delroy. Estoy en casa de Junior Junior Milam y creo que voy a necesitar refuerzos.

—Brady no anda lejos. Te lo mando.

—Gracias, Hattie, tía. Dile que estoy en la parte de atrás de la casa. —Delroy dejó el transmisor de la radio y volvió con Daisy.

—Voy a echar un vistazo. Cuando llegue Brady, me lo mandas.

—La habitación está justo saliendo de la cocina —dijo—. Delroy —le puso la mano suavemente en el brazo—, siempre me gustaste cuando íbamos al instituto, en serio. No quise morderte la lengua, y lo siento muchísimo. Pero me dijo Fast Phyllis Tucker que a tos los chicos les gustaba y por eso lo hice. Y no te gustó.

Supongo que te mordí demasiao fuerte.

—Muy bien, Daisy. —Empezó a alejarse y se giró hacia ella —. Daisy, no lo habrás matado tú, ¿verdad?

—Delroy, soy yo quien ha llamado a la policía.

Delroy se la quedó mirando.

—No, no lo he matao yo. A ninguno de los dos.

Delroy no desenfundó el arma al entrar en la casa, pero sí que mantuvo la mano apoyada en ella. Cruzó lentamente la sala de estar. Estaba oscuro porque las ventanas eran diminutas. Sobre la repisa había una hilera de trofeos de bolos de pequeño tamaño. La chimenea estaba llena de montoncitos de cuencos, platos y vasos de plástico de colores vivos. Reinaba tal silencio en la casa que se asustó todavía más y sacó la pistola. ¿Y si el asesino seguía allí? ¿Debería volver a salir y esperar a Brady? Si lo hacía, quizás Daisy lo tomara por un cobarde. Y estaba claro que Brady se reiría de él y lo llamaría gallina. De manera que siguió avanzando. Echó un somero vistazo a todos los dormitorios y por fin se detuvo un momento largo en la cocina antes de continuar hasta el cuarto de atrás. Sus botas hacían mucho ruido al pisar el linóleo combado.

Nada más entrar en la habitación se detuvo en seco. No podía moverse. Jamás en su vida había visto a dos personas tan muertas. Y

eso que había estado en una puñetera guerra. La persona o la cosa que supuso que sería Junior Junior tenía el cráneo roto y ensangrentado. Pudo verle parte del cerebro. Alrededor del cuello tenía enrollado varias veces un trozo largo de alambre de púas oxidado. Le habían arrancado o bien sacado un ojo y ahora estaba tirado al lado del muslo, mirándolo a él. Había sangre por todas partes. Uno de sus brazos estaba retorcido en un ángulo imposible detrás de la espalda. Le habían desabrochado los pantalones y se los habían bajado hasta las espinillas. Tenía la entrepierna cubierta de sangre apelmazada y parecía que le faltaba el escroto. A unos tres metros de Junior Junior yacía el cuerpo de un hombre negro y bajito. Tenía la cara molida a golpes, la cabeza hinchada y una cicatriz en el cuello como si se lo hubieran cosido. No parecía que sangrara, pero no cabía duda de que estaba muerto. El hombre negro llevaba un traje azul oscuro. Delroy volvió a mirar a Junior Junior. Las piernas desnudas parecían extrañamente vivas.

Delroy dio un respingo cuando Brady apareció detrás.

—¡Dios bendito! —dijo Brady—. ¡Joder! ¿Ése es Junior Junior?

—Creo que sí —dijo Delroy.

—¿Alguna idea de quién es el negro?

—Ni idea.

—Qué espanto —dijo Brady—. Dios, Dios, Jesús bendito de mi vida. Mira eso.

¡Le faltan las pelotas!

—Ya lo veo.

—Creo que las tiene el negro en la mano —dijo Brady.

—Tienes razón —Delroy se acercó para ver mejor.

—No toques na. Ni se te ocurra tocar na, coño. Tenemos aquí un crimen en toda regla. Dios.

**3**

—Mierda. Si hay algo que odio, son los asesinatos —dijo el sheriff Red Jetty—.

Te pueden estropear el día entero.

—¿Porque son un desperdicio de vidas? —le preguntó el forense, el reverendo Cad Fondle. Acababa de declarar muertos a Junior Junior y al cadáver negro sin identificar sin siquiera tocarlos.

—No, es porque son un marrón.

—Dejan mucha sangre —dijo Fondle.

—La sangre me importa un cuerno. El problema es el puñetero papeleo. —Jetty señaló el suelo—. ¿Qué vas a hacer con las pelotas de Milam?

—Dile a tus hombres que las guarden en una bolsa. No le veo demasiada utilidad a volver a cosérselas. Pero lo puede decidir el tipo de la funeraria junto con la familia.

El sheriff Jetty se agachó, con cuidado de no apoyar la rodilla en el suelo; examinó el cadáver negro y le ladeó la cabeza.

—¿Qué ves, Red? —preguntó Fondle.

—¿No te suena de algo?

—No le puedo ver la cara. Tiene demasiadas lesiones. Además, a mí me parecen todos iguales.

—¿Crees que se lo ha hecho Junior Junior?

Fondle negó con la cabeza.

—Ninguna de las lesiones parece reciente.

—Bueno, pues metámoslos en el coche y llevémoslos a la morgue. —Jetty se asomó a la cocina—. ¡Delroy! Trae las bolsas.

—¿Quiere que espolvoreemos en busca de huellas? —preguntó Delroy —. No hemos tocado nada. Por lo menos en esta habitación.

—¿Para qué? Bueno, va, por qué no. Hacedlo, Brady y tú. Y luego podéis ayudar a limpiar toda la sangre.

—Eso no forma parte de mi trabajo —dijo Brady.

—¿Quieres seguir teniendo ese trabajo? —le preguntó Jetty.

—A limpiar la sangre —repitió Brady—. Venga, Delroy.

## 4

El sheriff Jetty aparcó su coche privado, un Buick 225 que había sido de su madre pero que desde entonces había recibido otra capa de pintura, en un espacio en diagonal delante del edificio de ladrillo de las afueras del pueblo donde tenía su consulta el forense. Era la hora de cenar y la panza enorme le hacía un ruido lo bastante fuerte como para que lo oyera otra gente. Entró y pasó de largo del recepcionista, de cuyo nombre nunca se acordaba.

El reverendo doctor Fondle estaba sentado en una mesilla de metal de la sala de autopsias. Tenía encendida una luz potente, pero apartada de él.

—¿Qué pasa, Cad? ¿Por qué estoy en esta puta nevera en vez de cenando con mi acogedora familia?

—Tenemos un problema —dijo Fondle.

—¿Qué clase de problema?

Fondle se acercó a uno de los cuatro cajones para cadáveres que había empotrados en la pared de delante.

—Aquí es donde metí al negro muerto.

—¿Y qué?

Fondle abrió la puerta del cajón y sacó una plancha vacía.

Jetty se acercó y miró la superficie reluciente de metal.

—Pues ahora no hay nadie.

—O sea que tú también lo ves —dijo Fondle—. Pues hace cuarenta minutos el negro de los cojones estaba ahí metido.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Me estás diciendo que ha desaparecido el cuerpo?

—Estoy diciendo que no sé dónde está.

—Hostia puta, Fondle. Los muertos no se levantan y se largan —dijo Jetty—.

¿Verdad que no?

—Sólo conozco uno que sí —dijo Fondle.

—¿Cuál?

Fondle frunció el ceño.

—Dios Todopoderoso que estás en los cielos. Serás descreído. A ver si te pasas alguna vez por la iglesia.

Jetty negó con la cabeza.

—¿No lo habrás puesto en otro sitio por equivocación?

—Pues parece que sí. Hasta he mirado en los otros tres cajones. En ése está Milam. He mirado en el armario. Y he mirado en el coche. Te lo digo, alguien ha robado el cuerpo del negro.

—Estamos jodidos —dijo el sheriff—. Hablando en plata.

—¿Quién haría algo así?

—Ni siquiera sabemos quién coño era. Quizás las huellas dactilares nos digan algo. —Jetty miró la puerta por la que había entrado y las ventanas—. ¿Cuándo has salido de la consulta?

—Sobre las dos he ido a comprarle estiércol a mi mujer. He estado fuera veinte minutos como mucho. Pero Dill estaba en recepción.

—Mierda. —Jetty se sacó el móvil y lo miró—. Brady, ¿dónde carajo andas?

—Pues limpiando la sangre, como me ha mandao usted —dijo Brady.

—No me vayas de listo, capullo. Venid Delroy y tú a la oficina del forense cagando leches.

—¿Y la sangre? —preguntó Brady.

—Olvidaos de la sangre de los cojones y venid. —Cortó la llamada con la yema del dedo gordo—. ¿Te acuerdas del placer que daba colgarle el auricular de un golpe a alguien? Odio estas mariconadas de telefonillos. Tráeme a Dill.

Fondle pulsó el intercomunicador de la pared.

—Dill, ven, por favor.

—¿Dill es buen hombre? —preguntó Jetty.

—Sí. Estoy seguro de que no le va el tema de matar negros.

Entró en la sala Dill.

—Dígame, reverendo doctor.

—¿Te acuerdas del cadáver del hombre negro que hemos traído esta mañana? —

le preguntó Fondle.

—¿Si me acuerdo? ¿Qué quiere decir con que si me acuerdo?

—Pues que ha desaparecido —dijo el sheriff Jetty—. ¿Has estado en el mostrador todo el día?

—Sí. Hasta he almorzado ahí. Ensalada de huevo.

—¿No te has levantado para ir a cagar?

—Eso lo hago todas las tardes a las siete, como un reloj. Luego veo un episodio antiguo de Maverick y me preparo un cuenco de Cream of Wheat.

—¿Has salido para algo de la consulta?

—No.

—¿Me estás diciendo que no ha habido ningún momento en que se haya podido colar alguien sin que lo vieras?

—Eso mismo estoy diciendo.

—¿Y la puerta de atrás?

—Hace dos años que se encalló y nadie la ha podido abrir —dijo Fondle.

—Un puñetero peligro en caso de incendio —dijo Dill.

—¿Dónde vives, Dill? —le preguntó el sheriff.

—Vivo con mi madre, al final de Small Change.

—Ah, eres el hijo de Mavis Dill —dijo Jetty.

Dill asintió con la cabeza.

—¿Y cómo está?

—Gorda. Feliz. Gorda. ¿Me está diciendo que ha desaparecido un cuerpo de aquí dentro?

—Eso parece —dijo Fondle.

—¿Alguna idea? —le preguntó Jetty a Dill.

—Yo no me lo he llevado.

—¿Decís que la puerta de atrás está cerrada a cal y canto? —dijo Jetty.

—Encallada —dijo Dill.

—Vamos a echarle un vistazo por si acaso. —Jetty siguió a Dill y a Fondle por un pasillo atiborrado de equipo médico polvoriento.

—El interruptor está por aquí en esta pared —dijo Fondle. Metió la mano por detrás de un archivador metálico alto, encontró el interruptor y encendió la luz.

Los tubos fluorescentes zumbaron y parpadearon.

La puerta de atrás estaba abierta, la cerradura claramente rota y de una de las bisagras oxidadas asomaban las roscas de los tornillos.

—No me lo puedo creer, carajo —dijo Dill—. Pero si hace diez años que nadie abre esa puerta.

Jetty examinó la cerradura. Nadie había metido ninguna llave en aquel agujero herrumbroso y cubierto de mugre.

—Les digo que era imposible de desencallar —dijo Dill.

—Es verdad —dijo Fondle—. Yo os diré quién ha hecho esto.

—¿El diablo? —preguntó Dill.

Fondle asintió con la cabeza.

—El diablo en persona. Dios nos asista.

Jetty miró el pequeño rellano de cemento que había al otro lado de la

pesada puerta.

—Dill, ve a sentarte a tu mostrador y espera allí. No toques nada. Y quiero decir nada de nada.

—¿Y yo? —dijo Fondle.

—Tú tampoco toques nada. —Volvió a usar el móvil—. Hattie, dile a Jethro que venga para aquí con el kit de tomar huellas. —Se volvió a guardar el móvil en el bolsillo y negó con la cabeza—. Dios bendito.

**5**

La viuda reciente de Junior Junior, Daisy, paró el coche frente al jardín de Wheat y Charlene Bryant. Cuando Charlene salió a recibirla, se la encontró llorando.

—¿Dónde están Junior y los cerdos? —preguntó Charlene. Y entonces vio las lágrimas—. ¿Qué te pasa? ¿T'ha vuelto a pegar ese hijo de la gran puta maricón de mierda? Te juro que le voy a romper la puta cara.

Daisy mandó a los niños a la parte de atrás de la casa.

—No es eso, Charlene. Está muerto —dijo.

—¿Quién está muerto? —preguntó Charlene.

La abuela Caro salió rodando al porche a bordo de su silla de ruedas de estar por casa. Detrás de ella salió Wheat.

—Hola, abuela Caro. Hola, Wheat —dijo Daisy.

—¿Quién está muerto, Daisy? —volvió a preguntar Charlene.

—Junior Junior. A Junior Junior lo ha matao un negro en nuestra casa. Junior Junior ha fallecío.

—Por el amor de Dios —dijo Wheat.

—¿Qué ha pasado, chica? —preguntó la abuela Caro.

—Oh, abuela Caro, es un espanto, un espanto. —Daisy subió corriendo al porche y apoyó la cabeza en el regazo de la anciana—. He ido con los niños al mercadillo del aparcamiento del Sam's Club. Ya sabéis cuál. He ido temprano porque tenían saldaos los tops sin mangas como los que lleva Charlene, y quería uno de color verde lima, pero sólo los

tenían azules, azul celeste. Las colas de dentro del Sam's Club eran súper largas, y el memo de Triple J me ha montao una pataleta porque no le quería comprar Sour Skittles. La gente nos miraba como si no hubieran visto llorar nunca a un crío.

—La gente es lo peor —dijo la abuela Caro.

—Sigue con la historia, joder —dijo Wheat.

—Calla, chaval —dijo la abuela Caro—. Continúa, hija.

—Así que nos hemos vuelto pa casa. Porque no tenían los tops de color verde lima. Ya lo he dicho. He dejao a los críos en el jardín y he entrao en casa. Me he dao cuenta de que pasaba algo na más entrar. Lo he olido, lo he notado. He

cruzao la cocina y he entrao en el cuarto de atrás y allí estaba. Era un espanto.

—Ya lo has dicho —dijo Wheat—. ¿Pero qué es el espanto?

Daysi retiró las lágrimas de la cara y se secó la nariz con el dorso de la mano. El rímel le dejó rayas por la cara.

—Era Junior Junior. Estaba tirao en el suelo to retorcío, como si fuera un muñeco Gumby, d'ésos que se doblan. Había sangre por tos laos. Y tenía la cabeza partida. O sea, aplastá como una sandía a la que le ha pasao un tractor por encima.

—Dios mío —dijo Charlene—. Oh, Daisy.

El niño de cinco años de Daisy llegó corriendo a la parte delantera de la casa.

—Mamá, tengo pis.

—¡Pues busca un matorral, joder! —gritó Daisy—. Por el amor de Dios.

El niño se fue corriendo.

—Luego he mirao y había un, un… —Daisy se mordió el dedo.

—¿Un qué? —dijo Charlene.

—Un negro.

—¿Allí mirando? —preguntó Wheat.

—No, tirao en el suelo. Tirao. Y muerto también. To hecho polvo, e inflao, y más muerto que nadie que yo haya visto.

—Dios —dijo Charlene—. ¿Lo había matao Junior?

—No lo sé. No lo sé. Y hay algo más. Oh, Jesús. A Junior Junior le habían cortao las pelotas.

—¡Pero qué dices! —Wheat se alejó caminando y volvió—. ¿Le han cortao las pelotas? ¿Las pelotas? ¿Quieres decir los cojones? ¿Sus partes íntimas?

—Está muerto, Wheat —dijo Charlene—. Ésa es la menor de las preocupaciones.

A la abuela Caro se le había quedado una cara inexpresiva, sin emociones.

Daisy se separó de la anciana y le miró la cara.

—¿Abuela Caro? ¿Abuela Caro, estás bien?

—¿Abuela Caro? —dijo Wheat.

—¿Lo has reconocido? —preguntó la abuela Caro.

—¿A quién?

—Al negro, mema.

—No. Nadie lo habría podido reconocer, de lo molida a hostias que tenía la cara.

Ni la negra de su madre lo habría conocido. No veo qué importa quién sea. O

quién fuera. Junior Junior está muerto.

—Calla, niña boba —le dijo la abuela Caro en tono cortante—. Que alguien me meta en la casa, coño.

La metió Wheat.

—¿Qué mosca le ha picao? —le preguntó Daisy a Charlene.

—No lo sé. No lo sé. Nunca le había oído una palabrota a la abuela Caro. —

Charlene miró el cielo de color gris pizarra y luego miró la cara simplona de Daysi—. En fin. Vaya día de mierda. ¿Ya te han limpiao la sangre?

## 6

Delroy Digby y Braden Brady estaban apoyados en un coche patrulla mirando cómo Red Jetty aparcaba su 225 a unos metros de donde estaban ellos detrás del edificio del forense. El sol estaba intentando asomar.

—¿Y bien? —les preguntó Jetty.

—Hemos buscado por todos lados —dijo Brady.

—Sólo hemos encontrado un rastro de huellas que se alejan del edificio y bajan al lecho del arroyo.

—No sé cómo de antiguas son, pero son poco profundas. El que las ha dejado no puede pesar mucho más de cincuenta kilos —dijo Brady.

—Para nada —añadió Delroy.

—Pues eso no tiene ni pies ni cabeza. El cadáver solo ya pesaba por lo menos sesenta largos. Una mujer pequeña o un chico grande no podría haber cargado con él, ni tampoco arrancar la puerta de esa forma.

—No sé qué decir, sheriff —dijo Delroy.

Jetty volvió a mirar el edificio.

—¿Jethro ha terminado de buscar huellas?

—Creo que sí —dijo Brady—. Pero sigue dentro.

—Id a buscar algo que hacer, anda.

—Sí, jefe —dijo Brady.

Dentro, el jefe encontró a Jethro lavándose las manos en el fregadero de la sala de reconocimientos.

—¿Has acabado, Tull?

—Sí, señor. He encontrado huellas por todos lados. Que es lo normal. Y desde aquí hasta la puerta de atrás estaba todo cubierto de polvo.

—¿Me estás diciendo que ahí detrás no hay huellas?

—Bueno, no. Seguro que algunas huellas hay, pero como ya le he dicho, están cubiertas de polvo. Y el polvo no tiene marcas, o sea que ahí dentro nadie ha tocado nada desde que se hizo.

—¿Estás yendo de listo conmigo? —preguntó Jetty.

—No, señor.

—Todos sabemos que hiciste un primer ciclo de carrera.

Jethro suspiró.

—En fin, sospecho que las huellas que he encontrado son del reverendo doctor Fondle y de ese tal Dill.

—Bueno, dime algo —dijo Jetty. Negó con la cabeza—. Qué desastre, joder.

Vaya puto marrón de mierda.

—Jefe, ¿marrón y mierda no son lo mismo?

—¿Qué?

—Nada, da igual.

—Vuélvete a la estación, carajo.

—Sí, señor.

**7**

La noticia de la muerte de Junior Junior Milam se propagó por el condado como si fuera una enfermedad. Y también la historia de la extraña desaparición del cadáver negro. Red Jetty no sabía si tenía sentido emitir una orden de búsqueda, de manera que no la emitió, por lo menos de forma oficial. Lo que hizo fue decirles a sus tres ayudantes que se turnaran para dar vueltas cada vez más amplias al pueblo con el coche. La foto del hombre negro que les dio, como si hiciera falta, salió publicada en el periódico local, el Money Clip. De allí la cogieron primero las agencias de noticias y después Internet y los informativos de la tele por cable. Era una historia grotesca, que

hacía que la gente de Money, Mississippi pareciera una panda de chiflados, y eso molestaba a Jetty. También molestaba al alcalde, Philworth Bass.

Bass estaba caminado de un lado a otro del despacho de Jetty.

—No entiendo cómo has podido dejar que pase esto.

—¿Que pase el qué? —Jetty se reclinó en su silla de oficina giratoria encargada especialmente, con las botas encima de la mesa.

—Pues que un muerto se escape de tu custodia. Es obvio que no estaba muerto.

—Pues Fondle dijo que sí.

—¿Ese charlatán? ¿Y tú lo comprobaste?

—No es trabajo mío. Además, si lo hubieras visto, no lo habrías dudado. Ya has visto la foto.

—Sí, la he visto. La he visto yo y la ha visto hasta el último puñetero hijo de vecino de este puñetero país. Se veía bastante muerto, te lo reconozco. Pero parece que no lo estaba.

—Sí, bueno, nadie lo vio tener un espasmo ni soltar una ventosidad cuando lo estaban metiendo en la bolsa. Aunque echaba una peste terrible, eso sí. Olía como cuando se te muere una ardilla dentro de la pared. Si ese hombre no estaba muerto, yo soy un indio piel roja.

—No paran de llamarme de la jefatura estatal —dijo Bass.

—¿Por qué? ¿ Lo han visto?

—No, lo único que hacen es preguntarme si necesitamos ayuda, si estos palurdos catetos del Tallahatchie necesitan ayuda. ¿Qué les digo?

—Diles que los palurdos están buscando por todos lados pero no pueden encontrar al negro muerto que camina.

—Esto no es ningún chiste. Somos el puñetero hazmerreír del país entero. Y a

ojos de las fuerzas del orden estatales, y joder, de las fuerzas del orden nacionales, tú, sheriff, eres un payaso. ¿Qué tienes que decir a eso?

Jetty sonrió mirando el lento ventilador del techo y fingió que expulsaba anillos de humo.

—Señor alcalde, esto es el estado soberano de Mississippi. Aquí ni hay fuerzas del orden, sólo hay palurdos como yo a sueldo de palurdos como tú.

—Pues mira, esas fuerzas del orden que no existen te van a mandar a alguien para ayudarte con tu investigación.

—¿El MBI?

—Alguien de Hattiesburg. Que llega por la mañana.

Jetty bajó los pies al suelo y apoyó los codos en las rodillas.

—Vaya, qué de puta madre. Polis de la ciudad que vienen al culo del mundo a ayudar a los paletos. No te preocupes. Seré amable con esos cabrones.

**8**

Ed Morgan había insistido en llevar su coche privado. Los coches del MBI eran grandes, pero no lo bastante para su cuerpo de dos metros y ciento cuarenta kilos. En el asiento del pasajero iba Jim Davis, con el codo asomando por la ventanilla. Aunque su estatura era normal, llevaba las rodillas casi pegadas contra la guantera porque su asiento estaba roto y no se movía hacia atrás. Abrió la mano y dejó que se la meneara el aire.

—Sabes que tengo el aire acondicionado puesto, ¿no? —dijo Ed.

—¿A esta mierda la llamas aire acondicionado? Da más frío el aliento de mi perro que lo que sale de estas rejillas. Odio este coche, joder.

—Es cómodo.

—Necesitas arreglar este asiento para que se pueda echar atrás.

—Es cómodo.

—Es un Toyota Sienna de hace diez años. En el diccionario hay una foto de este coche al lado de la palabra incómodo. Sólo nos faltan un par de críos en la parte de atrás. —Jim miró atrás y vio que, de hecho, detrás de Ed había una sillita de bebé.

—No me gusta ir tan estrecho —dijo Ed.

—Pues entonces tienes que perder treinta kilos. ¿Y yo qué?

—Ya vale, anda.

Ed y Jim no eran compañeros de forma oficial, pero los emparejaban a menudo porque a todo el mundo les resultaba difícil trabajar con ambos. En realidad se caían bien, aunque no estaba claro si les caía bien alguien más. Y lo que es más importante, confiaban el uno en el otro. Los dos sabían que el otro no sólo era buen policía, sino que además conocía bien las calles y reaccionaría deprisa si una situación se ponía chunga o peligrosa.

Jim se metió un cigarrillo en la boca, pero no lo encendió. Estaba intentando dejar de fumar.

—Les vamos a crear a estos palurdos una confusión de cojones. Esto de entrar en el pueblo así, con el coche de tu madre… ¿Has estado alguna vez en Money?

—Joder —dijo Ed—. Hasta esta mañana ni siquiera había oído hablar de Money, Mississippi. Y para ya de cagarte en mi coche, coño. Es cómodo. Me da igual lo que digas. Este cabrón ha hecho trescientas mil millas.

—Quinientas por cada kilo que pesas, puto gordo.

Ed fulminó con la mirada a Jim.

—Abre ese puto expediente y recuérdame dónde nos estamos metiendo, anda.

Jim sacó de su maletín rígido una carpeta azul fina y la abrió.

—Parece que los lugareños han perdido un cadáver. Asesinato. Todo bastante truculento, si estas fotos son reales. Alguien mató a un hombre blanco llamado Milam en su casa. Lo encontró su mujer. Y en la escena se encontró también el cuerpo de un hombre negro.

—¿Los mató la misma persona?

—No lo dice. Sí que dice que al hombre blanco le habían cortado los testículos y que el hombre negro los tenía agarrados en la mano.

Ed soltó un silbido.

—Buf. Aunque tiene morbo. ¿Quizás se mataron el uno al otro? ¿Qué cadáver falta?

—El del negro, o como dice aquí, «parece haberse extraviado el cuerpo del individuo afroamericano».

—¿Causa de la muerte?

—No consta. Para ninguno. Los dos recibieron fuertes palizas —dijo Jim.

—No me digas —dijo Ed, abandonando su visión de conductor para mirar las fotografías que tenía su compañero en el regazo.

—Eh, que sólo estoy leyendo el informe, cabrón. Y no te distraigas de la carretera. El cadáver del hombre negro desapareció de la morgue. Parece que no hay indicios de que entrara nadie a la fuerza.

—Está claro que el hermano no estaba muerto —dijo Ed—. ¿Todavía tenía las pelotas del palurdo en la mano cuando se marchó?

—No lo dice.

Ed bajó un poco la ventanilla.

—Tienes razón, se está un poco estrecho.

—Pero joder —dijo Jim—, el negro estaba hecho polvo de verdad. Es el cabrón con más pinta de muerto que he visto nunca.

—Dios, espero que no nos toque pasar la noche en este villorrio de palurdos —

dijo Ed mientras pasaban junto a un letrero antaño colorido que decía: Bienvenidos a Money. ¡Merece una visita!

—Crucemos los dedos.

El siguiente letrero era una valla publicitaria que decía: ¡Pesca un bagre en el Little Tallahatchie! ¡Están deliciooosos! ¡Visita el Dinah!

—Sálvame, Jesús —dijo Ed.

—Admite que es lo que quieres —dijo Jim.

—Calla la puta boca. —Ed fulminó con la mirada a su compañero y los dos se rieron—. Sí, tienes razón.

—¡Venga, Wheat, que hay más gente en la casa que tiene que usar el lavabo! —

le gritó Charlene a la puerta cerrada—. ¿Qué estás haciendo ahí dentro?

—Dile a ese payaso que salga —dijo la abuela Caro. Ahora iba con el andador.

La silla de ruedas no le cabía por la puerta del baño—. Dile a ese puñetero payaso que tengo que mear y hacer lo otro.

—Mamichula, tengo mucho pis —dijo el pequeño Wheat Junior.

—Pues sal a mear en las matas —le ladró Charlene. Volvió a aporrear la puerta

—. ¿Wheat?

—No oigo nada —dijo la abuela Caro.

—Pasa algo —dijo Charlene—. Niñas, id afuera —les dijo a sus tres hijas. Fue al armario que había en la entrada y agarró una percha—. Wheat, voy a entrar.

—Enderezó la parte curvada de la pecha y metió el alambre en el agujero del pomo. Clic.

—Ya está —dijo la abuela Caro.

Charlene empujó la puerta, pero no se movió.

—¿Qué coño pasa? —dijo—. No se abre.

—Empuja más fuerte, niña —dijo la abuela Caro.

—No peso tanto —dijo Charlene.

—Ya lo creo que pesas.

—Zorra —dijo Charlene por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Charlene apoyó los pies en la pared de delante para darse impulso y así consiguió abrir la puerta un palmo.

—¡Hay sangre en el suelo! —dijo la abuela Caro—. ¡Dios bendito!

—¡Wheat! —gritó Charlene—. Wheat, cielo. —Consiguió abrir la puerta medio palmo más y asomó la cabeza por el hueco. Chilló—. ¡Hostia puta!

—¡Esa lengua! —dijo la abuela Caro.

—¡Vete a la mierda, vieja! ¡Wheat está muerto!

—¿Qué? ¡Ay, señor!

Charlene corrió atropelladamente hasta el teléfono de pared de la cocina.

—Mi marido está en el cagadero y está muerto —dijo—. Vivo al final de Nickel Road. No sé qué ha pasao. Está ahí dentro, muerto. Bueno, creo que está muerto.

Parece súper muerto. ¡Hay sangre por tos laos!

La abuela Caro estaba apoyada en la puerta del baño, con una mano todavía en el andador.

—¿Wheat? Levanta.

—¿Qué pasa, Mamichula? —preguntó una de las niñas, que acababa de entrar—.

¿Le pasa algo a Wheat?

—¡Quédate fuera, Lulabelle!

Charlene corrió de vuelta a la puerta del baño y la empujó un poco más.

—Empuja más fuerte, chica —dijo la abuela Caro.

—¿Por qué no me ayudas? —dijo Charlene.

La abuela soltó el andador y apoyó las dos palmas de las manos en la puerta, pero no sirvió de nada.

—Ay, madre de Dios.

Delroy Digby y Braden Brady salieron a toda prisa de comisaría. Brady se chocó con Ed Morgan y salió rebotado. De entrada se irritó pero luego fue consciente de la envergadura del hombre que le acababa de hacer tropezarse.

—Venga, Brady —le dijo Delroy—. Nos tenemos que ir.

Ed y Jim entraron en la comisaría mal iluminada. Los recibió una mujer alta y de hombros estrechos que llevaba unas gafas de ojo de gato sujetas con cadenilla.

—¿Los puedo ayudar en algo? —les preguntó.

—Venimos a ver al sheriff Jetty —dijo Jim.

—Voy a ver si está. —Caminó hasta la puerta abierta de la oficina del sheriff y dijo—: Han venido dos hombres a verte. ¿Estás?

—Pues supongo que ahora tengo que estar, ¿no? —dijo Jetty. Se asomó por la puerta. Se quedó un momento sorprendido por el aspecto de los hombres, pero se recuperó enseguida—. ¿Venís de Hattiesburg?

—Soy el detective especial Jim Davis y éste es el detective especial Ed Morgan.

Somos del MBI.

—Detectives especiales —repitió Jetty.

—Y no es sólo porque seamos negros —dijo Jim—. Aunque es una de las razones.

Aquello descolocó a Jetty. La recepcionista, que se llamaba realmente y de nacimiento Hattie Berg, soltó una risilla brusca.

—Vuelve al teléfono, Hattie —dijo Jetty.

—Sí, sheriff.

—Bueno, entrad. —Jetty se hizo a un lado para dejar entrar a los hombres en su despacho—. Ojalá pudiera ofreceros algo, pero no es el caso.

—¿Qué estaba pasando ahí fuera? —preguntó Ed—. Sus ayudantes casi nos han atropellado, de tan deprisa que iban.

—Todavía no lo sé. Acaba de entrarnos la llamada. —Jetty les hizo un gesto para que se sentaran.

—Vayamos al grano —dijo Jim—. ¿Qué tienen ustedes?

—Nada. Por eso los peces gordos han mandado a dos figuras como vosotros.

Supongo que habéis leído el expediente.

—Lo hemos leído —dijo Jim.

—Es obvio que el individuo afroamericano no estaba muerto —dijo Ed.

—No lo viste —dijo Jetty.

—Le reconozco que parecía muerto en la foto —dijo Jim—. Pero parecer muerto no es lo mismo que, en fin, estarlo.

—Gracias por el dato —dijo Jetty.

—¿Le tomaron las huellas dactilares? —dijo Ed.

—Sí, y no encontramos nada.

—¿No se ha denunciado la desaparición de nadie que encaje con su descripción general? —preguntó Ed—. Ya sabe, hombre negro, metro sesenta y cinco, traje azul, muerto.

Jetty negó con la cabeza.

—Parece que por aquí no se ha perdido nadie, ni vivo ni muerto. Tampoco es que se pudiera poner en el informe una descripción muy general ni normal. —

Jetty miró primero a Ed y después a Jim—. ¿Queréis acercaros a ver dónde tuvieron lugar los crímenes, detectives especiales?

Jim miró a Ed.

—Bueno, ya que hemos venido hasta aquí…

Jetty se encendió un cigarrillo.

—Porque claro, nunca se sabe qué se nos puede haber pasado por alto a unos palurdos como nosotros.

Ed miró a Jim y dijo:

—Pues tiene razón.

—Mucha razón.

—Capullos —dijo Jetty.

—Ha querido decir engreídos. ¿No ha querido decir engreídos? Creo que lo he oído aunque no lo haya dicho —le dijo Jim a Ed.

—Ya lo creo —dijo Ed—. Y no es lo único que le he oído decir. Sheriff, no habrá dicho usted eso otro que creo que no ha dicho, ¿verdad?

—Tenéis un problema de actitud —dijo Jetty.

—Eso como poco —dijo Jim.

**11**

—Está en el baño —les dijo Charlene a los ayudantes del sheriff.

Ahora la abuela Caro estaba sentada en su silla de ruedas en la sala de estar, llorando, temblando y meciéndose.

—¿Y cree usted que está muerto? —dijo Brady, siguiendo a Charlene.

—Está en el suelo bloqueando la puerta, y no lo puedo mover —dijo Charlene

—. Lleva mucho rato ahí.

Delroy llegó a la puerta del baño y trató de asomar la cabeza al interior.

—Hay mucha sangre, pero no veo nada. Ayúdame a empujar, Brady.

Los ayudantes del sheriff aplicaron toda la presión que pudieron contra la puerta.

Al principio se resistió, pero después se movió deprisa, casi como si el cadáver de Wheat se hubiera partido y destrabado. El baño olía a mierda y a pasta de dientes.

Delroy entró del todo.

—Hostia —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlene, intentando abrirse paso.

—No la dejes entrar —le dijo Delroy a Brady.

Brady sujetó a Charlene.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Delroy.

—Hostia —repitió Delroy.

—Para ya con eso y di algo —dijo Brady—. ¿Está muerto?

—Joder, ya lo creo.

Charlene chilló. Eso hizo que la abuela Caro chillara también en la sala.

—¿Qué ha pasao? —gritó Charlene.

—Dios —dijo Delroy.

—Sal de ahí y déjame mirar, coño —dijo Brady.

Delroy salió y cogió el relevo de sujetar a Charlene.

Brady respiró hondo, como si se estuviera metiendo bajo el agua, y entró en el baño.

—Hostia puta.

—¿Qué pasa? —gritó Charlene.

—Llama al sheriff, Delroy. Llámalo ya.

**12**

Hattie llamó al sheriff justo en el momento en que estaba acompañando a los agentes del MBI afuera de la estación.

—Es Delroy —le dijo—. Dice que necesita usted ir ahora mismo a casa de Wheat Bryant.

—¿Ha dicho por qué?

—No, pero parecía muy nervioso.

—¿Le están disparando?

—Creo que no —dijo Hattie—. No ha dicho nada de que le estuvieran disparando. Y tampoco he oído disparos.

Jetty se dirigió a Ed y a Jim.

—¿Por qué no bajáis la calle y os pilláis algo de comer? Tengo que atender a una cosa.

—¿Quiere que vayamos? —preguntó Ed.

—No, tranquilo, detective especial, creo que los paletos podemos manejarnos —

dijo Jetty.

—¿Tú no oyes un poco de sarcasmo? —le preguntó Jim a Ed.

—Un poco —dijo Ed—. No me importaría comer.

Jim sonrió a Ed.

—Tenga mi tarjeta —dijo Ed al sheriff—. Tiene mi número de móvil. Llámenos cuando esté listo para vernos.

—Eso es lo que haré, créeme —dijo Jetty.

**13**

Detrás de la caja registradora del Dinah, en la parte más próxima de un mostrador muy largo, había una fotografía grande de una mujer blanca y corpulenta vestida con pantalones blancos y un delantal blanco que parecía una tienda de campaña. En el delantal llevaba bordada una letra D grande y roja, y debajo las palabras Gorda y feliz.

El local estaba bastante lleno. Una pareja negra saludó con la cabeza a los hombres cuando entraron. Ed y Jim se sentaron en la barra y cogieron menús.

Se les acercó sonriendo una camarera delgada con una cafetera.

—¿Quieren café?

—Sí, gracias —dijo Ed.

Jim la señaló con su taza.

—Imagino que ésa es Dinah —dijo, indicando la foto con la cabeza.

—No, es Delores. Fue quien fundó el Dinah, hace mucho tiempo. Antes de que

yo naciera. Hacía un bagre frito de narices, dicen. Pero de ortografía no tenía ni puñetera idea.

—Entiendo —dijo Ed.

—¿Qué quieren tomar, señores sofisticados? —les preguntó.

—Creo que quiero el bagre —dijo Ed—. Dime, ¿viene frito?

—¿Si está frito? Viene con una angioplastia de guarnición.

Ed y Jim se rieron.

Jim miró la placa identificativa de la camarera: Dixie.

—Por alguna razón, no me creo que te llames así.

—Y tienes razón —dijo ella—. Te dan más propina si te llamas Dixie que Gertrude.

—Bueno, Gertrude, pues se te ve fuera de lugar aquí, lo cual es bueno —dijo Jim

—. Confío en que a nosotros también.

—Así se habla —dijo ella—. ¿Y qué vais a querer?

—¿Qué tal está el chile?

—¿Te gusta el chile?

—Pues sí.

—Entonces el de aquí lo vas a odiar. ¿Bagre o hamburguesa?

—Hamburguesa con queso —dijo Jim.

—¿Te gusta el queso?

—Hamburguesa sola.

—Sabia decisión. ¿Y tú? —le preguntó a Ed.

—Bagre.

—Volando. —Giró sobre sus talones y entró en la cocina.

—Es mona —dijo Jim.

—¿Te tengo que recordar que estamos en Money, Mississippi? Quizás te lo tengo que repetir: Money, Mississippi. La parte importante es la palabra Mississippi. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo o qué?

—Estamos en el siglo veintiuno —dijo Jim.

—Ya, bueno, díselo a todos esos cabrones que van por ahí con gorras de Trump.

—Por lo menos en este garito hay algo de color. Aparte del nuestro, quiero decir.

—Jim miró las paredes—. Estaban cubiertas de fotos de los años cincuenta y sesenta y de letreros de hojalata de productos antiguos: refresco Nehi y preparado para galletas Blue Ribbon. También había fotografías extrañamente coloreadas de Elvis Presley y de Billy Graham.

—¿O sea que también somos estereotipos? —preguntó Jim.

—No, somos dinosaurios, pero estereotipos no.

Volvió Gertrude con la comida.

—Que rápida —dijo Ed.

—Por suerte ya lo habíamos pescado —les dijo ella—. ¿Y qué estáis haciendo en Money?

—Odio decírtelo, pero somos policías —dijo Jim.

—¿Y por qué odias decírmelo?

Jim dio un sorbo de café y dejó su taza.

—Porque la gente ama a la policía o la odia. Y en mi experiencia, la mayoría de gente interesante la odia. Carajo, yo soy poli y la odio.

—Y yo —dijo Ed—. Sobre todo, lo odio a él. Y a mí también me odio a veces.

—¿O sea que te parezco interesante? —le dijo Gertrude a Jim.

Jim, pillado, miró a Ed y por fin dijo:

—Supongo que sí.

—Voy a buscarte unas cuantas patatas fritas más.

—Te estoy diciendo que vayas con cuidado —dijo Ed.

—No es culpa mía si reboso encanto.

—Bueno, pues hazme un favor a mí, y también a ti, y a Dixie, y trata de no rebosar tanto.

—Haré lo que pueda —dijo Jim—. Tú dedícate a controlar tu consumo de grasas.

**14**

Delroy estaba esperando delante de la casa cuando Jetty se detuvo con un chirrido de ruedas sobre la grava. El ayudante estaba visiblemente nervioso cuando salió a recibir al sheriff.

—¿Qué es tan urgente, carajo? —preguntó Jetty.

—Hay otro.

—¿Otro qué?

—Otro asesinato. Wheat Bryant.

Jetty negó con la cabeza y miró la casa como si estuviera en llamas.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

—Eso no es todo —dijo Delroy.

—¿Qué más?

—Lo tiene que ver usted.

—No me vengas con huevadas, Digby.

—En serio, sheriff, tiene que verlo.

Jetty siguió a Delroy por la puerta de la casa y pasó frente a la abuela Caro, que seguía berreando. Charlene estaba apoyada en la pared de delante del baño.

—Es Wheat, sheriff. Está muerto —dijo Charlene.

—Lo siento —dijo Jetty—. Ve fuera y ocúpate de tus criaturas. Nosotros nos ocupamos de lo de aquí dentro.

—Supongo que eso haré. Es Wheat el que está ahí dentro, sheriff. Es mi marido.

Me muero de frío. —Se abrazó a sí misma por encima de su top amarillo—. Voy a buscar un jersey y luego salgo con las criaturas como ha dicho usted.

—Muy bien —dijo Jetty. Cuando Charlene se marchó, entró en el cuarto de baño. La bota le resbaló un poco en la sangre y luego se quedó petrificado.

—¿Lo ve? —dijo Delroy.

—¿Pero qué cojones está pasando aquí, hostia? —dijo Jetty.

Wheat era ciertamente una imagen inquietante, muerto y ensangrentado y con el alambre de púas en torno al cuello igual que Junior Junior. Pero en la bañera, sentado de espalda a los grifos, estaba el mismo hombre negro al que habían encontrado con Junior Junior Milam. El mismo hombre negro desfigurado a golpes, con el mismo traje azul embadurnado de tierra y otro par de testículos agarrados en la mano negra, agarrotada y ensangrentada.

—¿Qué está pasando, sheriff? —preguntó Brady.

—No lo sé. —Jetty salió del baño y miró fijamente a Delroy—. Trae a Jethro para que busque huellas y haga fotos otra vez. Y llama a Fondle.

—¿Y qué le digo?

—Joder, Delroy. Es el forense. Creo que ya sabrá para qué lo necesitamos.

—O sea, ¿quiere que le diga lo del, ya sabe, que ha vuelto a aparecer el negro?

—dijo Delroy.

—Supongo que no —dijo Jetty—. Bueno, parece que ya no necesitamos a los detectives especiales. Ya hemos encontrado el cadáver.

—¿Son los que nos hemos topado al salir de comisaría? —preguntó Brady.

—Polis de ciudad —dijo el sheriff—. Más relamidos que niñas en su puesta de largo. Unos listillos. Nos tienen por catetos.

—¿Quiere que les saquemos a patadas del pueblo? —preguntó Brady —. ¿Y que nos aseguremos de que no vuelvan?

—Calla, Brady.

—¿Cómo ha entrado aquí ese muerto? —preguntó Delroy.

Jetty no contestó.

—Mierda. —El sheriff volvió a entrar dando zancadas en la casa y fue al baño, con Delroy y Brady pisándole los talones.

—¿Qué pasa, sheriff? —preguntó Brady.

—¿Alguno ha mirado si el negro tiene pulso?

—Yo no —dijo Brady—. ¿Tú, Delroy?

—No. Me da miedo tocarlo.

Jetty se arrodilló junto a la bañera, apoyando la rodilla en la sangre del suelo. Le puso los dedos al hombre negro en la garganta.

—Nada. Este hombre está helado.

—O sea que está muerto —dijo Delroy.

—Completamente muerto.

**15**

Jim Davis se guardó el móvil.

—Era el sheriff Red Jetty de Money, Mississippi, llamando para avisarnos de que han encontrado el cuerpo desaparecido del individuo afroamericano y de que ya no necesitan nuestra ayuda.

—¿Ha dicho dónde lo han encontrado? —preguntó Ed.

—No.

—¿Ha dicho si está vivo o muerto?

—No.

—¿Quieres que pasemos por comisaría y lo comprobemos antes de hacer el trayecto de vuelta a Hattiesburg?

—Sí.

Ed apartó su tarta a medio comer.

—Yo también.

Jim dejó una propina generosa.

—Adiós, Dixie. Gracias.

—No me habéis dicho cómo os llamáis —dijo Gertrude.

—Yo Ed y él Jim.

Gertrude asintió con la cabeza.

—Pues volved.

—Te vas a meter en líos y te van a pegar un tiro —dijo Ed en cuanto estuvieron en la calle—. A ver si va a tener un marido o un novio chiflado. Ya sabes, un palurdo estúpido con una escopeta.

—Eso es una redundancia.

**16**

El reverendo doctor Fondle se desplomó sobre sus rodillas artríticas y se lanzó a rezar en cuanto vio la escena del segundo crimen, y sobre todo al negro muerto.

—Oh, Señor mi Dios, sé que tienes un plan, pero nos estás llenando de terror a estos pobres mortales blancos con ese negro extraño al que no paras de mandarnos. ¿Es una profecía, oh Señor, es una señal? ¿O bien es el diablo y tenemos que descuartizarlo y quemarlo de inmediato? Señor mi Dios Todopoderoso, está claro que no intentas llevarte a los mejores de nosotros, teniendo en cuenta que has elegido llevarte a Wheat y a Junior Junior, pero aun así nos tienes aterrados. Así pues, te agradeceríamos una señal clara. Gracias, Señor, por tu tiempo y tu consideración. Amén.

—¿Has acabado? —le preguntó Jetty.

—Sí, he acabado.

—¿Estás seguro de que están los dos muertos? —le preguntó el sheriff —. ¿Los has examinado esta vez? ¿Los has tocado?

—Sí, señor. Y sí, están muertos.

—Pues metedlos en el coche para que podamos irnos de aquí y dejar a esta

familia con su dolor —dijo Jetty.

Delroy y Brady taparon el cuerpo de Wheat, incluyendo la cara, y cerraron la cremallera por respeto a la familia. Aun así, Charlene, las cuatro criaturas y la abuela Caro se quedaron de pie o sentadas en el porche y rompieron a llorar cuando lo sacaron frente a ellas. Sólo tenían una bolsa para cadáver y no vieron razón alguna para tapar al hombre negro, por muy atrozmente desfigurados que tuviera la cara y el cuello. La imagen hizo que tanto las criaturas como Charlene chillaran de espanto, pero la abuela Caro no abrió la boca. Se quedó petrificada en su silla y mirando a la nada, como si fuera un maniquí, con el labio inferior caído y aferrando con fuerza el vinilo agrietado y roto de los reposabrazos de su silla de ruedas.

—Abuela Caro, ¿estás bien? —preguntó Charlene.

—Abuela Caro, abuela Caro —le dijeron los niños.

Charlene la zarandeó.

—Abuela Caro, reacciona. —Le dio un bofetón en la cara a la anciana. Nada.

Charlene gritó en dirección al jardín—. ¡Reverendo doctor Fondle! ¡Reverendo doctor Fondle!

—¿Sí?

—Es la abuela Caro, le pasa algo.

Fondle volvió a subir al porche y examinó a la anciana, le tomó el pulso y le miró los ojos.

—¿Está muerta? —preguntó Charlene.

—Está viva. No responde, pero está viva. —Le miró las pupilas—. ¿Cómo la llamáis?

—La llamamos abuela Caro —dijo Lulabelle.

—¿Abuela Caro? —dijo Fondle—. Parece que está en shock. ¿Pero por qué no lo va a estar? A su hijo lo acaba de asesinar y castrar un negro desconocido que no sólo estaba supuestamente muerto, sino que lo hemos encontrado muerto a un metro del cadáver de su hijo. —Hizo una pausa y miró a Charlene—. ¿Me entiendes o no? Llévala dentro y métela en la cama y a ver si está mejor mañana.

—Gracias —dijo Charlene.

**17**

—Ya os he dicho que no os necesito —dijo el sheriff Jetty cuando entró en comisaría y se encontró con Ed Morgan y Jim Davis—. Hemos encontrado vuestro cadáver desaparecido y esta vez no hay duda de que está muerto.

—Sólo para ponerlo en nuestro informe —dijo Ed—, ¿puede contarnos dónde ha encontrado el cuerpo?

Jetty escrutó la sala.

—Venid a mi despacho. —Jim y Ed lo siguieron al despacho—. Cerrad esa puerta.

Jim la cerró.

Jetty miró por la ventana y cerró las cortinas.

—Lo hemos encontrado en la escena de otro homicidio. Igual de terrible que el anterior. Y tenía agarradas las pelotas de la víctima, igual que la otra vez.

—¿Pero sabe usted si ese hombre es el asesino? —preguntó Ed.

—¿Quién más podría ser? Tenía los testículos de otro hombre en la mano. Y esta vez estaba en el cuarto de baño de la casa de la víctima. Con una sola puerta y sin ventanas. La esposa, las criaturas y la madre estaban en la casa durante el crimen.

—¿Alguien lo ha visto entrar en la casa? —preguntó Jim.

—No, nadie ha visto nada.

—Si no lo ha visto nadie, ¿por qué no podría haber otra persona allí, desapercibida? —preguntó Jim.

—Pues no lo sé, detective especial.

—Ya sabe usted lo que va a pasar, sheriff —dijo Ed—. Que vamos a conducir de vuelta hasta Hattiesburg sólo para que nuestros superiores nos digan que volvamos para intentar resolver esto.

—De hecho, yo no tengo superiores —dijo Jim.

—Mira que sois graciosos —dijo Jetty—. ¿Qué me estáis diciendo? ¿Que queréis ver las evidencias?

—Y las escenas —dijo Ed.

—¿Por qué no lo decíais? Una de las escenas ya se ha limpiado, aunque estoy seguro de que no muy bien —dijo Jetty.

—Miraremos de todas maneras —dijo Jim.

—Lo estáis diciendo en serio. —Jetty se encendió un cigarrillo—. Sabéis que estáis en Money, Misssissipi, ¿no?

—¿Qué intenta decirnos, sheriff? —preguntó Ed.

—Que esto no es la ciudad. Carajo, ni siquiera es el siglo veintiuno. Aquí apenas ha llegado el Veinte, ya me entendéis. Pero es cosa vuestra. Le diré a uno de mis ayudantes que os acompañe. —Cogió el teléfono—. Hattie, dile a Delroy que venga.

—Preferimos ir sin su ayudante —dijo Jim—. Sin ánimo de ofender. Trabajamos mejor solos.

—Vaya, mira qué bien. —Jetty se los quedó mirando—. ¿No me habéis escuchado o qué? Estamos en Mississippi. Capital, Jackson. El estado de la magnolia.

—No necesitamos a su ayudante —dijo Ed—. Pero nos gustan las magnolias.

Se abrió la puerta y Delroy asomó la cabeza.

—Olvídalo —le dijo el sheriff—. Ve a patrullar a alguna parte. Dile a Brady que ponga un fotorradar en el puente.

—Sí, señor.

Hattie abrió la puerta inmediatamente después de que se cerrara.

—El reverendo doctor Fondle al teléfono. Parece enfadado.

Jetty cogió el teléfono, escuchó y lo colgó.

—Era nuestro estimado forense —dijo Jetty—. Parece que hemos vuelto a perder a nuestro negro.

**18**

Aquella noche Charlene Bryant se las apañó para poner a dormir a sus llorosas criaturas. La abuela Caro seguía en la cama, mirando con cara inexpresiva el techo agrietado y descascarillado, mascullando una y otra vez algo que nadie podía entender.

Charlene se lavó la cara y se cepilló los dientes en el fregadero de la cocina.

Todavía no se atrevía a usar el cuarto de baño. Había hecho que sus criaturas mearan en el jardín y ahora las tenía sepultadas bajo las colchas. Se preparó para volver y fregar con lejía los azulejos y la bañera, aunque ya sabía que la argamasa quedaría teñida de rosa para siempre; no es que estuviera limpia antes, pero por lo menos no estaba rosa.

—Oh, Wheat, ¿qué coño ha pasao ahí dentro? —dijo. Tal como estaba arrodillada en el porche, se imaginó que alguien que la viera pensaría que rezaba, pero lo que hacía era hablar con Wheat, por muy muerto que estuviera.

Seguramente no la oía peor que cuando estaba vivo—. ¿Te ha matao el negro ese? ¿Lo has matao tú? ¿Lo conocías? ¿Y por qué tenía tus pelotas en la mano?

Eso es lo que más quiero saber. ¿Eras rarito en secreto y él era tu amante? No te voy a juzgar, sólo dímelo. Si es verdá, al final vas a ser mucho más interesante.

Ojalá hubiera conocido ese lado de ti. La abuela Caro ha puesto cara de conocer al negro cuando lo han sacado. Ahora está como de piedra. ¿Sabía tu madre que eras gay? Si lo sabía, nunca dijo nada. No me va a costar salir adelante sin ti, o sea que no te preocupes. O sea, nunca traías ni un centavo a casa y tampoco fregabas un plato ni cambiabas un pañal. Aun así, eras un cuerpo que me daba calor en la cama. No eras un cuerpo que yo tocara nunca ya, pero aun así estabas ahí. Tendría que haber sospechao que eras gay por cómo te gustaba ver la lucha libre esa por la tele. ¿Es verdá lo que dicen de los negros? No

me contestes. Oh, Wheat, ¿dónde estás ahora? Ay, Dios, por favor, cuida a mi Wheat, aunque no estoy segura de que esté contigo. Y por favor, no dejes que me queden manchas

de sangre en la cerámica de la bañera. No me importa que se ponga rosa la argamasa, pero en la bañera nos tenemos que sentar. Amén. —Resultó que a fin de cuentas sí que era una plegaria. Se puso de pie y se dio una palmada en las rodillas.

Lejía y cepillo en mano, regresó al cuarto de baño.

**19**

El reverendo doctor Fondle se paseaba por la acera desnivelada de delante de su consulta, meciendo la cabeza y murmurando para sus adentros. Levantó la vista para ver salir del coche al sheriff Jetty. Los hombres del MBI habían seguido al sheriff en el suyo.

Fondle se puso a hablar de inmediato.

—He examinado al ne… —Se refrenó de usar la palabra—. Hasta lo he auscultado con el estetoscopio. No se oía nada, carajo… perdóname, Señor…

nada. Jetty, usted me ha visto. Luego lo hemos metido en la furgoneta. Brady y Delroy lo han metido en la parte de atrás. Jethro ha cerrado la portezuela. De camino aquí no he hecho ni una parada. Dill conducía y yo iba sentado a su lado.

—Vaya al grano, hombre —dijo Jetty.

—Hemos abierto la furgoneta, Dill y yo, ¿y qué cree usted que hemos encontrado? —preguntó Fondle—. ¿Eh? ¿Qué cree usted?

—Dígalo ya —dijo Jetty.

—Pues un solo cadáver en su bolsa. Hasta he mirado dentro de la bolsa para asegurarme de que no estuvieran los dos. Pero no, había un solo cadáver, un

cadáver blanco. El neg… El hombre de color ha desaparecido. Otra vez.

—¿Y no habéis parado para nada? —preguntó Jetty.

Fondle dijo que no con la cabeza.

—Y su ayudante me ha estado yendo detrás todo el camino. Él le podrá decir que no hemos parado.

—¡Jethro! —llamó el sheriff.

—¿Sheriff?

—¿Has ido todo el rato detrás de la furgoneta?

—Sí, señor. Bueno, casi todo el rato. Ha habido un minuto en que nos ha separado un tren de carga, pero no era de los largos.

—Muy bien.

—Fondle, estos hombres son del MBI —dijo Jetty—. Han venido de Hattiesburg para ayudarnos a encontrar el cadáver desaparecido. —Jetty miro a Ed y a Jim

—. Me dicen que son detectives especiales.

—Pues espero que lo sean —dijo Fondle.

—Enséñenos la furgoneta —dijo Ed.

—Está ahí mismo —señaló Fondle.

Ed y Jim se alejaron de Fondle y de Jetty para acercarse a la vieja furgoneta Ford Econoline.

—Esto es de locos —le dijo Jim a su compañero.

—No te falta razón —dijo Ed.

—Y tengo que decir que estos palurdos cabrones endogámicos me dan un miedo de cojones —susurró Jim.

Examinaron la furgoneta, el interior y las portezuelas, y miraron debajo. Jim cerró las portezuelas y las volvió a abrir, inspeccionando el mecanismo y las bisagras. Las portezuelas de atrás no sólo se encallaban y había que abrirlas a lo bruto, sino que además sacudían la furgoneta entera al abrirse y cerrarse, y chirriaban y retumbaban.

—Es imposible que aquí haya entrado alguien sin enterarse el conductor ni el

pasajero.

—Además, les iba detrás el ayudante del sheriff.

—Sheriff Jetty —llamó Jim.

Jetty se acercó.

—¿Ha hecho usted fotos del hombre negro en la escena del segundo crimen? —

le preguntó Jim—. ¿Está seguro de que era el mismo hombre?

—Era el mismo —dijo Jetty, irritado—. Jethro, trae la cámara y enséñales a estos detectives especiales las fotos de la escena.

—Sí, señor.

Jethro fue trotando hasta su coche, abrió la portezuela de atrás, sacó su cámara digital guardada en la funda y se la llevó.

—Enséñales las fotos —dijo Jetty.

Jim y Ed miraron por encima del hombro de Jethro mientras éste manipulaba la cámara.

—Perdón, ésa era mi novia.

—Felicidades —dijo Jim.

Jethro buscó entre las imágenes.

—Éste es Wheat Bryant. Se ve que está muerto, tiene la garganta medio desgarrada por el alambre de púas. Debe de haber sufrido un dolor horrible, ¿no?

Sangre en el suelo, en el retrete.

—Muy exhaustivo —dijo Ed.

—Gracias —dijo Jethro—. Y éste es el otro.

Ed asintió con la cabeza mirando a Jim.

—Sí que es el mismo.

—¿Qué les parece? —les preguntó Jethro a los detectives—. Sólo quiero que sepan que no soy como la mayoría de gente de por aquí.

—¿Ah, no? —dijo Jim.

—Hice el primer ciclo de carrera.

—Bien por ti —dijo Ed.

—¿Saben qué pienso? —dijo Jethro.

—Espero que no —dijo Jim.

—¿Cómo?

—No le hagas caso —dijo Ed—. Dime qué piensas, Jethro. Te llamas Jethro,

¿verdad?

Jethro miró atrás para ver si los escuchaba alguien.

—Creo que estamos todos en pleno ataque de histeria colectiva. No ha habido ningún hombre negro en la escena de ninguno de los crímenes. Lo que pasa es que en este país tenemos tanto miedo a la gente negra que la vemos por todas partes. O sea, hay hombres negros por todas partes, pero muertos no. Como éste no.

—¿Y cómo explicas las fotos? —le preguntó Ed.

—Ese detalle me falta por pulir.

—Pero es una buena teoría —dijo Jim—. Sigue trabajándola.

—Sí, señor.

El detective vio cómo Jethro se alejaba y se reunía con Jetty y con Fondle.

—¿Qué estamos haciendo con nuestras vidas? —preguntó Jim.

—Ni idea.

Dentro, Dill se había enterado de quiénes eran los dos hombres negros y parecía dispuesto a ayudar. No daba la impresión de que le importara para bien ni para mal que fueran negros o del MBI. Por encima de todo, parecía encantado de poder hablar con alguien que no fuera de Money.

—El cabrón es un puto fantasma —dijo Dill—. Y no hay más. Es un puto fantasma.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Ed.

Dill lo miró con cara de incredulidad y luego juzgó la pregunta indigna de responderla.

Jim señaló el pasillo con la mano abierta.

—¿Para qué iba a necesitar abrir la puerta un fantasma?

—¿Es usted experto en fantasmas? —preguntó Dill.

—No, en eso llevas razón —dijo Jim.

—¿Tú también has hecho un primer ciclo? —preguntó Ed.

—Tres años en Auburn. Jethro se cree que un primer ciclo es una carrera. Joder, hay gente que cree que Auburn es una universidad. Sólo volví a este pueblucho de mierda dejado de la mano de Dios por mi madre.

—¿Está enferma? —preguntó Ed.

—Está gorda. Demasiado gorda. Y le pasa factura. —Dill miró la cintura de Ed.

Ed carraspeó.

—¿Has visto algún fantasma? —le preguntó Jim, para cambiar un poco de tema

—. En la vida real, quiero decir.

—Sí, ayer y hoy.

—¿Y antes?

—No.

—¿Quién descubrió que había desaparecido el cuerpo? —preguntó Ed.

—Fondle —dijo Dill.

—¿Qué piensas de Fondle? —preguntó Jim.

Dill miró por encima del hombro para ver si lo podía oír alguien.

—Más loco que un saco de ratas.

—Qué poético —dijo Jim.

—Estudié escritura creativa en Auburn. Poesía. Siempre quise ser un poeta beatnik. Me equivoqué de generación. Y ahora meto a gente muerta en cajones.

Supongo que en el fondo es todo lo mismo.

Ed y Jim intercambiaron una mirada.

—Gracias, Dill —dijo Ed.

Dill los dejó en el pasillo.

—Vale, se acabó el bagre para mí —dijo Ed.

—Aquí no hay nada que ver —dijo Jim.

**20**

Cuando Jim y Ed aparcaron delante de la casa dúplex de Daisy Milam, lo primero que vieron fue a un niño y a una niña persiguiendo a un cerdito. Daisy estaba sentada en los escalones de madera del porche, acercando una galleta Fig Newton a la boca indiferente de su niñita. Estaba ojerosa y tenía la mirada perdida. Iba toda despeinada. Llevaba un top sin mangas azul. Levantó la vista hacia los dos hombres que se acercaban.

—¿Quién coño sois vosotros? —les dijo.

—Somos policías —dijo Ed—. ¿La señora Milam?

—Sí.

—Le acompañamos en el sentimiento —dijo Ed.

Jim asintió con la cabeza y vio pasar corriendo al cerdo y los niños.

—Señora, nos gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa. ¿Le parecería bien?

—No tengo na más que hacer, ¿no? —dijo—. Mi Junior Junior está muerto.

Asesinao en su casa. Que la gente diga lo que quiera, pero era un buen hombre.

Era un buen padre para estas criaturas. —Vio cómo los niños placaban al cerdito

—. No le hagáis daño al gorrino. —Y luego, a los detectives—. No tenía dinero, ni tampoco una pizca de sesera, pero era un buen hombre.

—Sí, señora —dijo Jim—. Señora Milam, ¿conocía usted al otro hombre, el hombre negro al que encontraron en su casa?

—¿Y cómo lo puedo saber? —dijo—. Tenía la cara hecha polvo. Casi no parecía una persona.

—¿Sabe si su marido tenía relación estrecha con algún hombre negro, fuera como amigo, socio o enemigo? ¿Alguna vez mencionó que tuviera problemas o conflictos con alguien? —Ed miró los escalones destartalados y la puerta mosquitera destartalada—. ¿Alguna vez viene alguien por aquí a hacer reparaciones? ¿Algún obrero o manitas?

Daisy dijo que no con la cabeza.

—No, al jardinero lo echamos cuando contratamos al mayordomo. — Se le escapó una sonrisita.

—¿Y nadie vio ni oyó entrar en la casa al hombre negro, ni a nadie más? —

preguntó Jim.

—No estábamos aquí. Estábamos en el mercadillo del aparcamiento del Sam's Club. Se lo repito a todo el mundo, pero nadie me escucha, hostia. Quería un top verde lima, pero tuve que quedarme con este azul.

—Sí, señora.

—¿Por qué mató el negro ese a mi marido? —preguntó sinceramente.

—No lo sé —dijo Ed—. Quizás no fue él. Quizás fue otra persona. No parece probable que se mataran el uno al otro.

—¿Ha pasao algo hoy en casa de Wheat Bryant? —preguntó Daisy—. Alguien me ha llamao en plan histérico, pero no he podido prestar atención por el bebé.

Cada vez que entro en la casa me parece que voy a perder la cabeza.

—¿Le importa si echamos un vistazo dentro? —preguntó Jim—. Iremos con cuidado de no mover nada.

Daisy se rio.

—¿De no mover nada? Moved lo que queráis. Ya da todo igual. Pero tiene gracia

—dijo.

—¿El qué? —preguntó Ed.

—Nunca he tenido a nadie de color en mi casa, salvo el hombre que puso la tele por satélite, y ahora en dos días entráis tres.

—Sí, señora —dijo Jim.

La puerta mosquitera hacía tanto ruido como Ed se había imaginado. La casa estaba limpia y abarrotada de juguetes de plástico. Había pilas de camisetas de color blanco luminoso puestas contra la pared de enfrente de la sala de estar.

—El informe dice que fue en un cuarto que hay detrás de la cocina —dijo Jim. Y

echó a andar por delante.

No había precinto policial, pero sí un barreño vacío y amarillo de veinte kilos colocado delante de la puerta cerrada, como si hiciera de barrera. Jim movió el barreño, abrió la puerta y entraron los dos.

—Odio las escenas de asesinatos —dijo Ed.

Jim examinó la habitación, peinándola lentamente de adelante hacia atrás.

Parecía ser un dormitorio de invitados que había terminado haciendo de trastero, lo cual no era raro. Lo único que realmente estaba fuera de lugar era una bicicleta de carreras de gama alta, apoyada del revés sobre el sillín y sin las ruedas.

—Milam estaba aquí —dijo Jim—. Nuestro hombre de color sin identificar

estaba ahí. No se encontró ningún arma.

—Qué rollo más raro —dijo Jim.

—Aquí no vamos a encontrar nada —dijo Ed.

—No vamos a resolver nada de todo esto —dijo Jim—. Estamos haciendo teatro, socio. Llenando el expediente y ya está.

—¿Qué hora es? —preguntó Ed.

—Las cuatro pasadas.

—Supongo que debería llamar a casa y decirle a Joyce que no voy a llegar esta noche. Y encima mi hija tiene un recital.

—Vaya por Dios. —Jim señaló—. Sólo por curiosidad, ¿qué hay en esas cajas?

Ed retiró una tapa.

—Camisetas. —Abrió la caja de al lado—. Y aquí igual. Todas blancas.

—¿Crees que esta gente nos está mintiendo? —preguntó Jim.

—Eso es lo más raro. Que no lo creo. Creo que están todos diciendo la verdad.

Hasta Jethro con su teoría del fantasma.

Jim se frotó el pescuezo.

—Siempre ayuda cuando hay alguien que miente.

**21**

Braden Brady y Delroy Digby se dejaron caer en los asientos de vinilo del reservado, delante del sheriff. El Dinah estaba lleno porque todo el mundo intentaba adelantarse a la hora de máxima afluencia de la cena. Pasaba lo mismo todos los días. De cinco a seis y media el restaurante estaba abarrotado, y luego prácticamente se vaciaba hasta el cierre, que era a las nueve; de hecho, sólo tenían abierto hasta esa hora para algún que otro camionero, unos cuantos habituales y quienes eran demasiado lentos para adelantarse a la hora de la cena.

—¿Y dónde están? —preguntó Brady.

—¿Quiénes? —preguntó Jetty.

—Ya sabes, Shaquille O'Neal y Samuel L. Jackson —dijo Brady—. No sé cómo coño se llaman.

Delroy se rio.

—Investigando, supongo —dijo Jetty.

—¿Y vamos a dejar que dos chavales de color se paseen por nuestro pueblo como si nada? —preguntó Brady.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —preguntó Jetty—. ¿Vuestra madre os dejó caer de cabeza al suelo o qué?

Brady miró a Delroy con cara perpleja.

—¿O sea que los quiere aquí? —preguntó Delroy.

—¿Habéis encontrado el cadáver? —preguntó el sheriff—. Es una pregunta retórica. Quizás ellos sí lo encuentren. Y entonces podrán volver a Hattiesburg y sentirse superiores y reírse de los paletos estúpidos de Money. Lo único que puedo decir es que esto es una locura. Y da miedo. Cadáveres que desaparecen…

¿Qué será lo siguiente?

Los ayudantes miraron estúpidamente a Jetty. El sheriff les examinó las caras inexpresivas y negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Delroy.

—Nada —dijo Jetty.

Gertrude se acercó a su mesa y se quedó allí, con el lápiz y el cuaderno listos.

—Chile pa mí —dijo Delroy.

—Pa mí también —dijo Brady—. Y échale esas migas de queso por encima. Me gusta el queso ese.

—Yo sólo quiero café —dijo el sheriff.

—Marchando —dijo Gertrude, y se alejó.

—La verdad, no me cae muy bien —dijo Brady—. Ni siquiera me creo que se llame Dixie de verdad. Es un poco engreída.

—Delroy —Jetty lo señaló con su taza de café—. Quiero que cojas tu coche privado y trates de echarles un ojo a esos detectives especiales.

—¿Cree que traman algo? —preguntó Brady.

—No, no creo que tramen nada. Pero quiero saber qué pasa. E intenta que no te vean.

—O sea que voy a ir de paisano —dijo Delroy.

—Sí, de paisano, Delroy.

—¿Me pongo mi ropa de calle normal?

—Pues claro.

—¿Quiere que vaya con él? —preguntó Brady.

—No. —Jetty se terminó el café.

**22**

El olor a mofeta flotaba por la propiedad. Charlene Bryant estaba soltando un torrente de palabrotas y diciéndoles a las criaturas que no salieran. Había tres mofetas en el porche lateral, arañando la puerta de cristal.

—¿Qué están haciendo aquí, Mamichula de Amarillo? —preguntó Lulabelle. Le daban miedo los animales.

—La abuela Caro no les ha dado de comer como siempre, así que están buscando comida —dijo Charlene.

—¿Qué le pasa a la abuela Caro? —preguntó la niña.

—Bueno, cariño, a tu padre lo acaban de asesinar brutalmente. Eso la ha dejao hecha polvo. Ya sabes que tu padre era hijo suyo. Yo también estoy afectá, ¿eh?

Pero por mí ni se preocupa nadie. Es jodido.

—¿Papá estaba muerto cuando se lo han llevado? —dijo Lulabelle.

—Sí, cielo.

—¿Y se va a morir la abuela Caro? —preguntó la niña.

—No, cielo.

Fuera, en el porche, Jim Davis se tapó la nariz con los dedos.

—¿Es algo podrido? —preguntó.

—Creo que son mofetas —dijo Ed.

—Qué espanto.

—Pues a mí me gusta un poco ese olor.

—Llama, anda —le dijo Jim.

Ed llamó a la puerta mosquitera.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —Charlene se quedó detrás de la mosquitera—.

Como no salgáis de mi propiedá, llamo a la policía.

Ed le enseñó la placa.

—Señora, la policía somos nosotros.

—No os he visto en la vida —dijo ella.

—Soy el detective especial Morgan y éste es el detective especial Davis. Somos policías estatales de Mississippi.

—¿Y qué queréis? A ver esa placa otra vez. Una placa la pue conseguir cualquiera.

Ed le enseñó la placa y el documento de identificación. Jim también le enseñó los suyos.

—Muy bien —dijo, sin apenas mirarlos—. ¿Qué queréis?

—La acompañamos en el sentimiento —dijo Ed.

—Ya sabéis que fue un negro quien lo mató. Tengo todo el derecho a teneros miedo. Si quisiera, os podría disparar. Podría decir que me asustasteis muchísimo y que os tuve que disparar. ¿Me oís lo que os digo?

—Preferiría que no lo dijera —dijo Jim.

—¿No cree que ya ha habido bastantes muertes violentas por aquí? —preguntó Ed.

—¿Bastantes muertes violentas? ¿Pero qué memeces dices? —

Charlene miró a la media distancia del jardín, para ver si había venido alguien más—. ¿Cómo es que no os acompaña el sheriff?

—Porque ahora esto es una investigación estatal, señora Bryant —dijo Ed, aunque técnicamente no era cierto.

—Señora, ¿podemos entrar y hacerle unas preguntas? Aquí fuera apesta a mofeta.

Charlene lo miró con expresión severa. Descorrió el cerrojo y los dejó entrar.

—Podemos sentarnos aquí.

Los hombres se sentaron el uno junto al otro en un sofá de dos plazas. Lulabelle entró corriendo en la habitación y se detuvo al verlos.

—¿Quiénes son éstos, Mamichula de Amarillo?

Jim miró a Ed y, mientras Charlene atendía a la criatura, articuló en silencio las palabras: ¿Mamichula de Amarillo?

Ed se encogió de hombros.

—Estos hombres han venido a hacer unas preguntas sobre tu padre —dijo Charlene—. Ve a jugar, anda.

—Mi papá se ha muerto.

—Lo sentimos mucho —dijo Ed—. Tengo una hija de tu edad, ¿sabes? Y

siempre se entera de casi todo. ¿Tú también?

—Mi mamá dice que soy fisgona.

—¿Has visto a alguien a quien no conocieras esta mañana? —preguntó Jim.

—No.

—¿Has oído alguna voz que no fuera de tu familia?

—No. —La niña miró a su madre—. Creo que se están yendo ya las mofetas.

—Bien —dijo Charlene.

Y Jim dijo a Charlene:

—Señora, ¿ha visto entrar en la casa al desconocido? ¿O lo ha oído?

—Nadie ha visto ni ha oído nada. Yo tenía que mear. Bueno, más que mear, y la abuela Caro también, y Wheat llevaba mucho rato en el cuarto de baño. Ha sido entonces cuando he intentao entrar. Sólo tenemos un baño. Wheat siempre decía que iba a poner otro lavabo en el porche de atrás. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Estaba en el suelo bloqueando la puerta. Me arrepiento de haberle gritao. Pensaba que estaba allí dentro con una revista o algo.

—No pasa nada, Mamichula de Amarillo —dijo Lulabelle.

—¿Puedo preguntar por qué la llama así? —preguntó Jim.

—Es mi apodo de radioaficionada —dijo—. Y ahora me llaman así todas las criaturas. Mamichula de Amarillo, cambio y cierro.

Jim asintió con la cabeza.

—¿Al otro hombre del lavabo lo había visto alguna vez?

—No con esa pinta. No lo reconocí. Sé que no había estado nunca por aquí, al menos con esa pinta.

—¿Es posible que su marido lo conociera? —preguntó Ed—. ¿Que trabajara con él o tuviera otros asuntos con él fuera de aquí?

—Wheat no salía nunca de casa. Y le aseguro que nunca fue a trabajar. O sea que no. No veo cómo lo podría haber conocido.

—¿Hay algo que le haya resultado a usted extraño o distinto en los últimos días?

—preguntó Jim—. ¿Ha visto a alguien rondando por aquí?

Charlene negó con la cabeza. Ahora parecía mucho más relajada, aunque también más afligida. Respiró hondo y suspiró.

—¿Quiere ver dónde lo encontramos? Ya he limpiao.

Ed miró a Jim.

—No creo que haga falta —dijo Jim—. ¿Quién más vive en esta casa?

—Mis otras criaturas. Son más pequeñas que Lulabelle. Y la madre de

Wheat.

La llamamos abuela Caro.

—¿Cree que podríamos hablar con ella? —preguntó Ed.

—Podéis hablar con ella, pero no le vais a sacar na. Le ha dao un pasmo cuando ha visto cómo se llevaban a Wheat y al negro. Perdón, lo digo sin ánimo de ofender.

—Nadie se ofende —dijo Jim.

—¿La abuela Caro ha estado aquí toda la mañana? —preguntó Ed.

—Sí.

—Intentaremos no alterarla —dijo Ed.

Charlene llevó a los hombres por el pasillo hasta el dormitorio de la abuela Caro.

Estaba acostada boca arriba, con una gruesa colcha de retales subida hasta la barbilla.

—No ha dicho ni una palabra desde que ha visto a ese hombre negro.

La mirada de la abuela Caro encontró a Jim, o a Ed, o a los dos. Abrió la boca como si estuviera a punto de decir «eje» y soltó un chillido atroz. Empezó a sufrir sacudidas y a babear por las comisuras de los labios crispados. Charlene

intentó tranquilizarla y sus gritos se convirtieron en la palabra perdón. La repitió, alargando varios segundos la «o».

—Será mejor que la dejemos en paz —dijo Jim.

En cuanto salieron del cuarto, la vieja se calló. Charlene salió a hablar con ellos.

—Ha sido mu raro —dijo—. ¿No os ha parecido raro? Siempre ha estao chiflada, pero no de esta manera.

—Creo que ya los hemos molestado suficiente —dijo Jim.

Ed se arrodilló para dirigirse a Lulabelle.

—Sigue siendo fisgona, ¿vale?

—Vale.

**23**

El Nissan Sentra azul celeste del 97 de Delroy Digby era el único coche aparcado junto a la calzada sin bordillos de Dime Drive. Estaba aparcado delante de la casa estrecha y vacía que había en la acera de delante y un poco más abajo que la casa de los Bryant. Era una casa que había sido declarada en ruina, pero también tenía posibilidades como laboratorio para fabricar cristal de metanfetamina, así que no la habían demolido. Delroy tenía un periódico delante de la cara, y ahora asomó la cabeza por el borde de la página para mirar cómo los dos hombres negros se subían al Toyota Sienna verde oscuro. Llamó al sheriff Jetty.

—Sheriff, soy yo, Delroy Digby. Lo llamo de paisano.

—Sí, Delroy. Ya sé cómo te apellidas.

—Estoy aparcao delante de la casa de Wheat Bryant. O de la que era su casa.

¿Sigue siendo su casa? O sea, teniendo en cuenta que está muerto y tal. Supongo que debería decir que es la casa de Charlene Bryant. ¿No?

—¿Por qué me llamas? —preguntó Jetty.

—Acabo de ver a los sujetos saliendo de la casa. Acaban de entrar en su vehículo. No me han visto. Estoy aparcao al otro lado de la calle.

—¿Hay más coches aparcados cerca del tuyo?

—No, pero no se preocupe —dijo Delroy.

—¿Y por qué no, si puede saberse?

—No me han podido ver porque he hecho ver que leía el periódico.

Jetty suspiró.

—Delroy, ¿cuándo fue la última vez que viste a alguien leer el periódico?

—No lo sé.

—Síguelos —dijo el sheriff—. Y no vuelvas a llamar.

## 24

Jim y Ed decidieron parar en aquel restaurante llamado el Dinah para cenar temprano. Gertrude los saludó con la mano y les hizo un gesto para que se sentaran en un reservado junto al ventanal. Los asientos de vinilo eran de aquel color verde aguacate típico de los años sesenta, agrietado y reparado con una cinta adhesiva casi del mismo color. Había un par de nombres grabados a navaja en la mesa.

Ed sacó el teléfono.

—Antes que nada, voy a llamar y pedir una habitación en ese Motel 6 que hemos visto al entrar en el pueblo.

—Ocho —dijo Jim.

—¿Qué?

—Es un Motel 8.

—Estás loco —dijo Ed—. Eso no existe.

—Es un Motel 8.

Gertrude vino a su mesa trayendo el café.

—¿Queréis café?

—Yo sí, él no —dijo Jim.

Ed la miró.

—¿Motel 6 o Motel 8?

—Es un Motel 8 —dijo ella.

—¿Y eso qué carajo quiere decir? —masculló Ed—. ¿De dónde viene el ocho?

—¿Y de dónde viene el seis? —preguntó Jim.

Ed se quedó callado.

—Bueno, vale, es verdad. Pues voy a llamar para hacer una reserva en el puto

Motel 8.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntó Jim a Gertrude.

—Pues igual que ayer y anteayer e igual que mañana. ¿Y vosotros qué? Me he enterado de los asesinatos esos. ¿Para eso habéis venido?

Jim asintió con la cabeza.

—Aunque no estamos haciendo gran cosa.

—Alguien ha dicho que hay un mago o un fantasma negro suelto en el pueblo —

dijo Gertrude.

—Eso parece.

—¿Cómo? —La falta de ironía de Jim la confundió.

—No te molestes si te digo que este pueblo es muy chungo.

—Sería raro que no lo dijeras —dijo ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Jim le miró a los ojos. Eran castaños como los de él. Tenía unas cuantas pecas sobre el puente de la nariz.

—Perdón por preguntarlo, ¿pero eres negra? —le preguntó Jim.

—Pues sí.

—Lo sabía —dijo él—. No sabía que eras negra, eso no. Pero sí sabía que había algo raro. ¿Lo saben los blancos?

—Lo saben —dijo Gertrude—. Pero se olvidan. —Tuvo que irse a atender a otro patrón que la estaba llamando desde el fondo del local —. Ahora vuelvo.

Ed terminó su llamada.

—Es negra —le dijo Jim.

—¿No lo habías visto? —dijo Ed.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Jim, incrédulo.

—Claro que lo sabía. Sabía que era negra igual que sabía que era un Motel 8.

Jim se rio.

—Eso no cambia nada, ¿verdad? —preguntó Ed.

—Claro que no.

Ed dejó a un lado su teléfono.

—Nos han dado la última habitación que les quedaba. No sé por qué alguien se iba a querer quedar en Money, Mississippi. Serán camioneros, imagino. He llamado a Joyce y le he dicho que estamos empantanados en Money. Me ha dicho que ojalá estuviéramos empantanados en dinero literalmente.

Regresó Gertrude.

—¿Qué tomaréis?

—Creo que nada —dijo Ed.

—Muy gracioso —dijo Gertrude.

—Yo quiero el filete empanado —dijo Ed.

Jim lo miró.

—Poco a poco, hermanito —dijo Ed—. Y una ensalada.

—Yo quiero el sándwich club —dijo Jim.

—¿Debo entender que os vais a quedar a pasar la noche aquí en Money?

—Eso me temo —dijo Ed.

Jim señaló al hombre que estaba sentado en una mesa para dos personas en el rincón.

—Ahí está nuestro amigo —dijo.

—¿Cuál de los dos polis de tebeo es? —preguntó Ed.

—Es Delroy Digby —dijo Gertrude—. Sobrino político del estimado sheriff Jetty.

—Nos ha seguido desde la última escena de crimen —dijo Jim.

—Es inofensivo —dijo Gertrude.

—No es la primera vez que oigo eso —dijo Ed—. Dime, ¿qué te parece

el estimado sheriff?

—No es mal tipo. Intenta no ser el capullo racista que no puede evitar ser. Creo que hace un esfuerzo sincero. A veces es racista, a veces es un capullo y a veces las dos cosas —dijo Gertrude—. ¿Y qué pasa con el mago negro ese? O

fantasma.

Jim se encogió de hombros.

—Podría ser verdad. ¿Has visto a alguien nuevo por el pueblo?

Ella negó con la cabeza.

—Negro o blanco —añadió Jim.

—No. —Gertrude dio unos golpecitos a su libreta con el lápiz—. Voy a pasar vuestro pedido. ¿Queréis pan?

Ed dijo que sí al mismo tiempo que Jim decía que no.

—Nada de pan —dijo Jim—. Y para él tampoco.

Gertrude pasó sus pedidos y le sirvió el café a un camionero enorme que estaba sentado en la barra. Jim miró el televisor que había encima de la barra.

—Dixie, ¿puedes subir el volumen, por favor?

Gertrude lo subió.

Había un reportero en la calle de una ciudad, con el logo de la CNN

sobreimpreso en la pantalla. La cortina de titulares decía: Hombre asesinado a golpes en un apartamento de Chicago. Ed sintonizó con Jim.

El periodista estaba encogido de frío bajo el viento de noviembre.

—Un hombre ha sido brutalmente asesinado a golpes en un apartamento de este bloque de viviendas del barrio de Brighton Park, Chicago. La paliza era tan salvaje que ha alarmado a las autoridades. Se trata de Lester William Milan, de unos cincuenta y cinco años, que figura como único residente del apartamento de una sola habitación en esta comunidad deprimida del centro de Chicago. La víctima se encontraba casi decapitada y envuelta en alambre. El cadáver lo ha

encontrado el conserje del edificio, que al parecer había recibido quejas sobre el olor. Una vez más, la brutalidad de la paliza ha despertado preocupación grave por la salud del público, y se pide a los residentes de la comunidad que tengan

mucho cuidado. Tenemos aquí a Anthony McDougall, el conserje del edificio.

Señor McDougall, ¿puede contarnos lo que ha visto?

—Pues un horror —dijo McDougall—. O sea, éste es un edificio tranquilo, un vecindario tranquilo. No tenemos bandas ni nada, ya me entiende. Olía muy fuerte, y cuando he abierto la puerta casi me caigo de la peste. Sólo hay una habitación, así que lo he visto enseguida, tirado en el suelo. Creo que todavía no se había secado toda la sangre. No he visto una paliza así en mi vida. Y confío en no volver a verla. —McDougall sonrió a cámara.

—Una escena terrible, aquí en Chicago —dijo el reportero.

Entró un anuncio de Coca-Cola Zero.

—Gracias —dijo Jim.

Gertrude bajó el volumen.

—¿Qué piensas? —dijo Ed.

—Asesinado a golpes —dijo Jim en tono ausente—. Veo fantasmas por todos lados.

—La paranoia es buena —dijo Ed.

**25**

El sheriff Red Jetty estaba sentado detrás de su escritorio metálico. Apoyó los codos en la superficie atiborrada de papeles y se tapó la cara con las manos.

Levantó la vista al entrar Delroy Digby.

—¿Qué pasa? —preguntó el sheriff.

—He venido a hacer mi informe —dijo el ayudante.

—Adelante.

Delroy sacó un cuadernito y lo abrió.

—He observado a los dos sujetos salir de la casa de los Bryant a las cinco y doce. Los he seguido, a una distancia segura para que no me vieran, hasta el Dinah. Les ha servido Dixie y han pedido comida. El más grande se ha pedido el filete empanado y el otro, bueno, no sé qué ha pedido. Han comido y luego se han ido al Motel 8.

—O sea que vienes a informarme de que no tienes nada de que informar.

Delroy no dijo nada.

—Déjame ver esa libretita —dijo Jetty.

Delroy se la dio.

Sin mirarla, el sheriff la tiró sin ceremonias a la papelera que tenía junto a su mesa.

—¿Quiere que espere delante del motel?

Jetty se lo quedó mirando un segundo.

—Sí, por qué no. Puedes esperar ahí por si acaso se marchan en plena noche.

—¿En serio?

Jetty asintió con la cabeza. Miró cómo se marchaba el otro.

Entró Hattie.

—¿De verdad le vas a hacer pasar toda la noche en el coche? —le preguntó.

—No lo sé —dijo—. Quizás debería. Lo llamaré dentro de un rato y le diré que se vaya a casa.

—¿Estás bien, Red?

—No, odio esta mierda. Odio este trabajo. Odio a esos pijos de policías estatales.

Odio a los tarados de mis ayudantes. Odio este pueblo de tarados.

—¿A mí me odias? —preguntó Hattie.

—Todavía no, pero eres la próxima.

—Está bien sentirse incluida.

—¿Cómo puede un muerto levantarse y salir y presentarse en otro lado? Hasta podría ser gracioso, si no hubiera otros muertos. ¿Te he mencionado que odio a los muertos? Sobre todo a los negros muertos que desaparecen.

—Hay mucha gente hablando ya de un fantasma negro —dijo Hattie.

—¿Quiénes?

—Pues el pueblo entero.

—Dios.

—¿Debería tener miedo?

—¿Y yo qué coño sé, Hattie? Tengo a dos blancos muertos en la morgue y a un negro muerto corriendo por ahí y quizás matando a gente y haciéndose matar una y otra vez. ¿Qué quieres que piense?

—¿Me acercas con el coche a casa?

—Sí, Hattie.

**26**

Jim y Ed le preguntaron al recepcionista del Motel 8 donde podían escuchar música negra. Bueno, empezaron preguntando por música sin más. Después de que les hiciera un par de recomendaciones, la pregunta se volvió más específica.

El hombre acarició a su pequeño pequinés mientras se lo pensaba. Por fin les indicó cómo llegar a un bar musical que había en el Bottom.

—Antes lo llamábamos Black Bottom —dijo el hombre—. Ahora es el Bottom a secas. Cualquiera a quien preguntéis sabrá a qué os referís. Nadie ha oído hablar nunca de un sitio llamado el White Bottom.

—Me parece razonable —dijo Jim—. ¿Cómo se llama su perro?

—Ah, no tiene nombre.

—¿Por qué?

—No me gustan los nombres —dijo el hombre, mirando a su perro.

—¿Y cómo lo llama para que venga? —preguntó Jim.

—¿Para que venga?

Los dos detectives estaban sentados delante del garito, construido a base de bloques de hormigón y ruido.

—Señales de vida —dijo Jim.

—¿Tienes la foto? —preguntó Ed.

—Sí.

Atravesaron el aparcamiento de grava hasta el bar. Se habían quitado las americanas, pero seguían teniendo una pinta alarmante de policías.

—¿Cuándo empezamos a tener esta puta pinta, antes o después de hacernos policías? —preguntó Jim.

—Ni idea. Pero cuesta mucho quitársela, eso sí lo sé.

Al entrar se encontraron con Earth, Wind and Fire saliendo a todo trapo de una máquina de discos. Había bastante luz, más de la que suele haber en las tabernas.

Vieron a varias parejas bailando en mitad del local, otras sentadas a las mesas y varios hombres y un par de mujeres en la barra. Cuando entraron, todo se detuvo. Todo salvo la música. Jim y Ed contemplaron las caras que los contemplaban a ellos.

—Sí, somos polis —dijo Jim en voz bien alta—. A nosotros tampoco nos gusta.

Sigan, todos. Diviértanse. Violen la ley, si quieren.

Primero se rieron un par de personas y luego los demás. Se oyó a alguien hacer el saque en la mesa de billar del fondo. Se reanudaron los bailes y las charlas.

En la barra, el camarero, que se parecía mucho a Isaac Hayes, le dijo a Jim:

—Eh, eso ha estado muy bien.

—Sí que tienes gente —dijo Ed.

—Esto no es nada —dijo el hombre—. Tendríais que vernos cuando estamos abiertos. ¿Qué queréis beber?

—Cerveza —dijo Ed—. La que sea.

—Para mí Jameson —dijo Jim.

—¿Con hielo?

—Vale.

—¿Estás al corriente de los asesinatos? —preguntó Jim.

—Sí.

—Nadie parece destrozado, ¿no?

—Joder, por eso estamos haciendo una fiesta. A esos cabrones racistas no los va a echar de menos nadie. Ni siquiera sus familias.

—¿Te has enterado de lo del hombre negro al que encontraron con ellos? —

preguntó Ed.

—¿El Ángel Negro? Es como lo llaman.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —preguntó Ed.

El camarero dijo que no con la cabeza.

—Ni siquiera sabemos si fue él quien mató a esos blancos —dijo Jim —. Los podría haber matado la misma persona que lo mató a él.

—Sólo sé lo que ha estado diciendo la gente.

Jim se sacó la foto del bolsillo.

—Cuesta un poco de mirar, pero dime si reconoces a este hombre.

El hombre hizo una mueca de dolor al verlo.

—A éste no lo va a reconocer nadie. ¿Qué coño ha pasado?

Jim se encogió de hombros.

—Si este hombre está vivo, lo queremos encontrar antes que el sheriff blanco y sus ayudantes.

—¿Cómo puede estar vivo? —preguntó el camarero.

Jim se volvió a encoger de hombros.

—Franklin, ven a ver esto.

Se acercó el otro camarero. Jim sostuvo la foto en alto para que la viera.

—Dios nos asista. ¿Qué es eso?

—Es un ser humano —dijo Ed—. Alguien le ha hecho esto a otro ser humano.

¿Lo reconoces?

El segundo hombre negó con la cabeza.

—Tiene que estar muerto. ¿Lo está?

—A ratos —dijo Jim.

El hombre puso una cara perpleja.

—No lo sabemos —dijo Ed.

Aunque los clientes seguían con sus charlas y sus bailes, estaban prestando atención a la conversación de la barra sin oírla.

—¿Ha venido algún forastero por aquí últimamente? —preguntó Ed—. Un

hombre bajito, de metro sesenta y ocho, delgado.

—Por aquí no ha venido nadie nuevo —dijo el primer camarero—. Por supuesto, a los camioneros apenas los vemos. La mayoría paran en el restaurante del pueblo. Hasta los que son negros. Pueden aparcar detrás del motel. Nosotros no tenemos tanto sitio. Y de todas maneras no pararían aquí.

Ed y Jim escucharon.

—Y entonces, ¿a los blancos los dejaron tan hechos mierda como a este hermano?

—Ya lo creo —dijo Jim—. Alguien los destrozó. Tenían alambre de púas alrededor del cuello.

Los hombres se quedaron callados unos segundos.

—Y les cortaron las pelotas —dijo Jim.

—¿Cómo?

Jim no lo repitió.

Luego el primer camarero silbó.

—Por lo menos el hermano no fue el único. Alambre de púas.

—Quizás el chaval se llevó a alguno por delante —dijo el segundo hombre. El otro camarero y él entrechocaron los puños.

—¿Conocéis a alguien que odiara lo bastante a Milam o Bryant como para hacerles algo así? —preguntó Ed.

—Uy, todo el mundo —dijo el primero—. Ni siquiera conozco a nadie blanco a quien le cayera bien Milam. Lo llamaban Junior Junior. ¿Te puedes creer semejante estupidez? Junior Junior. Imagínatelo.

—¿El qué? ¿Que te odie tu propia gente? —preguntó Ed.

—No —dijo el primero—. El nombre. Junior Junior, joder.

—Es un hecho —dijo el segundo—. No le caía bien a nadie.

—¿Y Bryant? —preguntó Jim.

—Un gilipollas. No sé mucho de él. Salió en las noticias una vez hace ya tiempo

—dijo el que se parecía a Isaac Hayes—. ¿Te acuerdas de aquello? Se le quedó el camión colgando del puente. Parecía una salchicha enorme del Piggly Wiggly.

—Ah, sí —dijo el segundo—. Después de aquello ya nadie le prestó mucha atención. Por aquí no venía nunca.

—¿Por qué odiaba todo el mundo a Milam? —dijo Ed.

—Engañaba a la gente. Decía que iba a pagarte una cantidad y luego te la cambiaba. Y también robaba ganado —dijo el segundo.

—Sobre todo cerdos —dijo Hayes.

—Le encantaban los cerdos —dijo el segundo—. La gente de aquí del Bottom no les pone chapas ni marcas a las vacas ni a los cerdos ni a nada. Así que, si alguien los roba, ¿quién puede distinguir un cerdo de otro? Y el Junior Junior ese pululaba por aquí, a ver qué podía mangar.

—Entiendo —dijo Ed.

Hayes miró al número dos y dijo:

—Creo que no lo saben.

—¿Qué es lo que no sabemos? —preguntó Ed.

—Lo de esas dos familias —dijo Hayes.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Ed.

—Hace mucho tiempo ya. Fueron sus padres quienes mataron a Emmett Till en los años cincuenta —dijo Hayes.

—No me jodas —dijo Jim.

—Es verdad —dijo el segundo.

Jim y Ed conocían el caso, claro. Era famoso. Formaba parte de la historia de América. Una mujer blanca de Mississippi había afirmado que un chico negro de catorce años se le había insinuado, y el marido y el hermano de la mujer habían molido a golpes al chico, le habían enrollado alambre de púas en torno al cuello, le habían disparado en la cabeza y lo habían tirado desde el puente al río Little Tallahatchie. La imagen del chico en su ataúd abierto había abierto los ojos al país sobre el horror de los linchamientos. O por lo menos al país de los blancos.

El horror de los linchamientos formaba parte de la normalidad en la América negra. Los asesinos, Roy Bryant y J.W. Milam, habían sido absueltos por un jurado completamente blanco.

—¿Eso quiere decir que la vieja es…? —empezó a decir Jim.

—La puta chiflada que lo acusó —dijo Isaac Hayes.

Años más tarde por fin dijo públicamente que el chico no le había dicho nada, ni siquiera le había silbado. ¿Os lo podéis creer? No abrió la boca hasta muchos años después. Demasiado tarde para el chico.

Jim asintió con la cabeza.

—En aquellos tiempos el padre de Wheat Bryant, Roy Bryant, tenía una tienda, pero la perdió —dijo el segundo—. Y se quedó completamente amargado.

Parecía que lo hubieran linchado a él, de tanto que nos odiaba. Pero el mal bicho de verdad era aquel tal J.W. Milam. Del Klan hasta la médula. Sabemos que aquel chico no fue el único al que mató. ¿Sabes qué dijo años después del juicio?

—¿Qué? —dijo Ed.

—«El negrito aquel está muerto, no sé por qué no lo podemos dejar en paz». ¿Os lo podéis creer?

—Mi abuelo me contó que, en la década de 1910, podías encontrar a un negro ahorcado al final de cada campo sembrado.

Jim examinó la fotografía y miró a su compañero.

—Colega, esto no para de mejorar.

**27**

En la funeraria, un establecimiento bastante nuevo llamado Easy Rest, ubicado en un edificio que antes había sido una tienda de helados de la cadena Dairy Queen, Charlene Bryant esperaba mientras Daisy Milam trataba con Otis Easy, el director. Charlene hojeó los ejemplares que tenían de Popular Mechanics e intentó escuchar a hurtadillas. Prefería mirar aquella revista de ciencia antes que People. Odiaba a las élites intelectuales de People. Se esforzó por oír la voz de Daisy. Sólo oía el ronroneo grave de la voz de barítono de Otis Easy.

Easy estaba sentado detrás de su gigantesco escritorio de madera de roble y se dedicaba a sonreír con todos los dientes que se supone que hay que tener y unos cuantos más. Daisy estaba sentada delante de él, en una silla llamativamente más baja que la del hombre. Aunque

pasaba del metro setenta y cinco, allí sentada parecía una niña. Su lado de la mesa estaba cubierto de expendedores ornamentados de pañuelos de papel. Los paneles de madera de roble oscurecían la habitación, en severo contraste con el hombre flaco y pálido de la voz grave.

Tenía toda la pinta de director de funeraria, con unos dedos largos que parecían acariciar el aire cuando hablaba. Si entrara en casa de alguien y todavía no había nadie muerto, Daisy se imaginó que no tardaría en morir.

—Qué espantoso encontrarse así a un ser querido —dijo Easy—. Debe de haber sido terrible, horrible y entristecedor.

—Ya lo creo, señor Easy —dijo Daisy.

—Vamos a hacer todo lo posible para que esto sea lo más fácil de llevar que

podamos —dijo él—. Vaya, mi apellido significa fácil, ¿no? Prometo que no lo he hecho para darme publicidad.

—¿Verdá que antes esto era un Dairy Queen? —preguntó Daisy—. El edificio, quiero decir. ¿Esto no era el Dairy Queen?

—Pues sí. Y nos ha ido muy bien. La cocina pasó a ser nuestra sala de embalsamar, y siempre ha habido un congelador gigante, claro. No queremos que nadie se ponga malo.

Easy escrutó la sala y sonrió.

—Yo venía aquí cuando era un Dairy Queen —dijo—. Veníamos tos los chicos y chicas del instituto. —Miró la ventana parcialmente manchada que había detrás de Easy—. El tirador de los refrescos estaba pegao a la pared esa que tiene detrás.

—Pues sí. Tiene usted una memoria maravillosa.

—Usted no es de Money, ¿verdá?

—Ojalá —dijo Easy, pero Daisy no se dio por enterada de su juego de palabras

—. Pero no, señora, soy de Biloxi. Su pueblo necesitaba una funeraria, así que aquí estoy para cubrir esa necesidad, y también unos cuantos hoyos. Perdón, es un chiste que hacemos en el ramo. Y me gusta

aclarar que soy embalsamador además de empresario de pompas fúnebres. Es más exacto, ya que hago más que

organizar funerales; trabajo con el muerto, lo preparo para el tránsito a la otra vida.

—Ajá.

—¿Qué clase de servicio tiene en mente para el finado? —preguntó Easy.

—¿Para quién?

—Su marido.

—Ah.

—La mayoría de la gente cree que quiere algo sencillo, pero yo les recuerdo que es lo último que van a hacer por el interfecto.

—¿El interfecto?

—Su marido. El muerto.

—¿Junior Junior?

—Sí, Junior Junior. Es un nombre interesante, ¿verdad? Repetido de esa manera, quiero decir. Junior Junior.

—¿Verdá que sí? —dijo Daisy—. A mí también me lo ha parecido siempre. Por eso a mi chaval lo llamo Triple J. —Se ajustó el top azul. El respaldo de la silla de madera le estaba clavando el nudo de tela azul en la rabadilla. Se sentó con la espalda recta.

—Creo que nuestro pack oro está muy bien. También ofrecemos un pack platino, pero hasta yo tengo que decir que es un poco caro. Aun así, hay gente que no quiere escatimar con su ser querido. El pack oro es muy razonable.

—¿Con qué viene? —preguntó Daisy.

—Déjeme que se lo cuente. Colocaremos en el ataúd a su marido, Junior Junior.

Yo personalmente me haré cargo de todo el embalsamamiento y el trabajo cosmético. Tendrá exactamente el aspecto con que usted lo recuerda.

—Sabe que le molieron la cara a hostias, ¿no?

—¿Qué?

—Uy, tiene la cara hecha una mierda. Ahora mismo es así como lo recuerdo, y no es bonito. Aunque tampoco era guapo antes.

Easy se reclinó hacia atrás.

—Todavía no lo he visto, pero estoy seguro de que le puedo devolver el aspecto de antes. Tendrá usted fotografías, imagino.

—Claro. Pero como he dicho, nunca fue un adonis. Nadie lo llamó guapo nunca

—dijo Daisy.

—Puede que tarde un poco más, si lo que dice usted es cierto. Pero créame, puedo hacerlo —dijo Easy.

—Junior Junior siempre decía que el tiempo es dinero. ¿Cuánto me va a costar ese tiempo extra?

Easy suspiró.

—Puede que le cueste un poco más.

—¿Y cuánto cuesta el pack oro ese?

—Déjeme que termine de contárselo. Sus hijos y usted entrarán en la capilla y caminarán por el pasillo central, escoltados por mis ujieres, claro, y entonces verán a Junior Junior, acostado en su elegante ataúd, y parecerá vivo. Parecerá que está a punto de levantarse.

—Lo mismo se me asustan los niños —dijo Daisy—. O sea, ya les he dicho que su padre ha muerto. Han visto la muerte antes, en cerdos, mofetas, perros… y ninguno tenía pinta de ir a levantarse ni na por el estilo.

Easy se quitó las gafas y se frotó las sienes.

—Lo que quiero decir es que no podrán ver que fue golpeado.

—Eso me parece bien.

—En cualquier caso, el organista estará tocando música religiosa bonita. Incluso puede elegir usted las canciones que le gustaban en

vida.

—A Junior Junior sólo le gustaba «Sweet Home Alabama».

—Pero si estamos en Mississippi —dijo Easy, y deseó inmediatamente no haberlo dicho.

—Sí, y Junior Junior odiaba Alabama, pero le encantaba la canción. ¿Cómo es que no hay canción de «Sweet Home Mississippi»?

Easy continuó.

—Y entonces todos los demás, familiares y amistades, estarán sentados detrás de ustedes. Yo me acercaré al atril para decir unas palabras, y permítame decirle que hablo muy, pero que muy bien, y luego hablará otra gente: su pastor, usted, parientes, amigos, todo el mundo que usted quiera que diga algo.

—¿Cree que podemos conseguir que diga algo Archie Manning?

—¿El jugador de fútbol americano?

—Sí.

—¿Su marido conocía a Archie Manning?

—Para nada.

—Señora Milam, tiene que ser alguien a quien usted conozca.

—A usté no lo conozco y va a hablar —dijo Daisy.

—Supongo que eso es verdad.

—Olvídese de contármelo todo. ¿Cuánto me va a costar?

—El pack oro son ocho mil.

—¿Dólares? —preguntó Daisy.

Easy asintió con la cabeza.

—Ofrecemos pago a plazos.

—¿Qué más tienen?

—Tenemos un pack plata —dijo él.

Daily negó con la cabeza.

—Algo que no sea metal. O por lo menos, un metal de ésos. ¿Tienen latón?

¿Tienen pack latón, o aluminio, o madera?

—¿Cuánto tiene pensado gastarse?

—Mil dólares.

—Mil dólares —repitió Easy. La miró—. Bueno, podemos ajustarnos. Pasemos al ataúd.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que el cajón no viene incluido?

—No, señora.

—¿Y cuánto cuesta el más barato?

—Permítame recordarle que su ser querido va a estar en ese cajón toda la eternidad —dijo Easy—. Y cuando digo eternidad, quiero decir para siempre.

Daisy se lo quedó mirando.

—Tenemos un ataúd para indigentes. Se lo vendemos al condado para poner los cuerpos sin identificar y los que no reclama nadie.

—¿Cuánto?

—Cuatrocientos.

Daisy soltó un silbido.

—Trescientos dólares.

—Eso ya me parece mejor.

—Supongo que a Junior Junior se lo tendrá que parecer también —dijo Easy.

—Más le vale —dijo Daisy.

—Tengo a alguien esperando, señora Milam. Me alegro mucho de que Easy Rest la vaya a acompañar en este proceso. —Se puso de pie.

—Claro, claro —dijo Daisy.

—Sylvia está ahí fuera y la ayudará con el papeleo.

Cuando salió de la oficina de Easy, Daisy miró a Charlene, con su top amarillo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Charlene.

—Bastante grima —dijo Daisy—. Buena suerte.

**28**

Red Jetty dio un bocado a su tostada y la devolvió al plato. Estaba sentado a la mesa con su mujer, Agnes. Tenía al lado a su perro, un foxhound americano con el largo hocico apoyado en su pierna.

—¿Estás bien, Red? —preguntó Agnes.

—Estoy bien.

—Wallace sólo te pone la cara así en el regazo cuando estás preocupado —dijo ella.

—Son esos asesinatos —dijo él.

—Qué horror —dijo Agnes. Estaba abierta la puerta de atrás y entraba una brisa fría. Se cerró la bata de estar por casa.

—¿Quieres que cierre la puerta? —preguntó Jetty.

Ella negó con la cabeza.

—Me gusta así.

—Dos hombres en dos días —dijo el sheriff.

—Odio enterarme de que han matado a quien sea —dijo Agnes—. Pero la verdad es que a nadie le caían muy bien esos dos. Aun así, no sé quién los podría matar.

—Es muy raro —dijo Jetty.

—¿El qué?

—Sus apellidos. Esas familias están emparentadas.

—Quizás haya sido una reyerta familiar de ésas —dijo Agnes. Levantó la vista al oír que un coche se paraba frente a su casa—. ¿Quién puede

ser? —preguntó.

—Sospecho que es mi agente de paisano.

Apareció Delroy al otro lado de la puerta mosquitera.

—Buenos días, tía Agnes.

—Entra, Delroy —dijo—. ¿Quieres café?

—Sí, señora.

—Hay beicon en la mesa. Si quieres huevos, te los vas a tener que hacer.

—Con el café me vale, tía Agnes, gracias.

—Educado sí eres —dijo Agnes—. Tu madre te enseñó bien. Aunque es normal.

Es mi hermana.

—Y también la fuerza aérea.

—¿Qué quieres, Delroy? —dijo por fin el sheriff.

—He seguido a los tipos hasta el bar musical del Bottom. Me he pasado una hora sentado delante y me he quedado dormido. Cuando me he despertado, el local estaba cerrado y había esta nota en mi parabrisas. —Le dio un papel a Jetty.

Jetty lo leyó en voz alta.

—«Estamos en el motel si nos necesitáis».

—Lo siento, sheriff.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Agnes.

—La jefatura estatal nos ha mandado a un par de detectives especiales que se creen la bomba para ayudarnos a los palurdos —dijo Jetty.

—Detectives de color —añadió Delroy.

Agnes ahogó una exclamación.

—Red, te debes de sentir fatal.

—Pues sí.

—He estado pensando —dijo Delroy.

Jetty lo miró.

—¿Y si fueran dos hombres negros distintos? No los detectives, sino ése que siempre encontramos muerto. ¿Y si hubiera dos? Gemelos. ¿Quién los podría reconocer, de tan molidos a golpes que están?

—Dos hombres negros distintos que desaparecen —dijo el sheriff—. ¿Cómo mejora eso la situación, Delroy? ¿En qué nos ayuda? Carajo, si es peor. Son dos muertos que no podemos encontrar en vez de uno. Pero tú sigue pensando, hombre.

—¿Continúo siguiendo a esos dos? —preguntó Delroy.

—No. Vuelve a comisaría. Diles a Brady y a Jethro que quiero que los tres intensifiquéis las patrullas por el Bottom. Quién sabe, quizás uno de vosotros vea a nuestro negro desaparecido cruzar la calle o algo.

—Sí, señor.

—¿Qué vas a hacer, Red? —preguntó Agnes—. ¿Hay un asesino suelto en Money?

Delroy miró a Jetty, esperando su respuesta.

El sheriff suspiró.

—Cierra con llave las puertas y las ventanas.

—¿Viene a comisaría, sheriff? —preguntó Delroy.

—Iré en un rato. Antes voy a hablar con una señora mayor.

**29**

Ed estaba frente al espejo del lavabo, mirándose la cara cubierta de espuma de afeitar. No le gustaba la cuchilla que había comprado en la tiendecita de las afueras del pueblo pero aun así había decidido usarla. Jim estaba sentado en la mesita contigua al pequeño televisor, escrutando la pantalla de su portátil.

—Como se me vaya la mano con esta cuchilla, lo mismo terminará habiendo otro cadáver en este pueblo —dijo Ed—. ¿Cómo puede algo estar tan afilado y tan poco afilado al mismo tiempo?

—Este wi-fi es una mierda.

—¿Qué te esperabas de un Motel 8?

—No sé. ¿Dos puntos por encima de un Motel 6?

—Qué gracioso.

—Tienes que ver esto —dijo Jim.

—Au. —Ed se había cortado otra vez.

Ed vino del lavabo, secándose la cara y mirando la sangre de la toalla.

—¿Qué tengo que ver?

Jim se apartó de la pantalla. Había una fotografía de una cara que apenas parecía humana unida a un cuerpo en un ataúd.

—Éste es Emmett Till —dijo Jim. Luego sostuvo en alto la fotografía del hombre negro desaparecido o muerto.

—Hostia puta —dijo Ed.

**30**

Charlene había salido. Los niños debían de estar en alguna parte, pero en casa no. De manera que la abuela Caro estaba sola en casa. Había conseguido salir de su estado comatoso mientras la familia estaba en el mercadillo. Y al recuperar la consciencia, se encontró presa del dolor por la muerte de su hijo. Wheat no había sido ninguna maravilla en ningún sentido, pero era su único hijo. Ninguna madre debería tener que enterrar a su hijo, pensó, y eso la hizo acordarse de mucho tiempo atrás. De otra madre en Chicago a quien le había tocado enterrar a su hijo, y Carolyn Bryant sabía perfectamente que la culpa de aquella desgracia la había tenido ella. Notó que cambiaba el vacío de su casa, empezando quizás por el olor, un olor dulzón y empalagoso. Se obligó a levantarse y se apoyó en su andador barato. Fuera, el día soleado se había nublado. Sintió que soplaba por la casa algo que no era un viento normal. Algo pequeño cayó al suelo de la cocina, un tenedor o una cuchara, o quizás un cuchillo.

—¿Quién hay? —llamó.

No contestó nadie. Se acercó lentamente con el andador a la puerta de su dormitorio. No estaba cerrada. Nunca lo estaba del todo. No se podía cerrar del todo. La madera se había hinchado y chocaba tanto

contra el marco a la altura de las bisagras que había un palmo de espacio que no alcanzaba a cubrir nunca. Le pareció ver que algo se movía al otro lado de aquel espacio. ¿Una sombra?

—¿Quién hay?

Abrió la puerta. Las bisagras se quejaron. Wheat siempre estaba diciendo que les

iba a poner tres-en-uno, pero nunca lo hacía. ¿Dónde se habían metido Charlene y los niños? Lulabelle y Tammy estaban en la escuela, pero los pequeños deberían haberse quedado en casa. Ella había estado comatosa, sin embargo.

Otro ruido. Volvía a venir de la cocina. Carolyn Bryant cruzó la sala de estar todo lo deprisa que le permitían sus piernas de ochenta y cinco años y su andador y llegó al dormitorio de Wheat y Charlene. Entró, cerró la puerta y pasó el gancho por la presilla, instalada lo bastante arriba para que no llegaran los niños. Incluso a ella le costó llegar. Hizo una pausa para recobrar el aliento.

Metió el brazo por detrás del armario y agarró la escopeta de cañón doble del calibre doce de Wheat; sacó un par de cartuchos del cajón de arriba de la cómoda y la cargó. El clac de los cañones al recolocarse en su sitio la hizo sentirse mejor.

Ahora sonaron unos pasos fuera. Se acercaron por el pasillo, procedentes de la cocina. Carolyn Bryant apoyó el frío cañón de la escopeta sobre la barra horizontal acolchada del andador y pegó la espalda a la repisa de la ventana.

—No sé quién eres, pero como entres por esa puerta, vas a acabar en dos pedazos. ¡Te vas a enterar, coño! —gritó. Tenía la bata empapada de sudor y quizás también de orina. Respiró bien hondo y rezó—. Señor, señor, perdóname por lo que hice. Desde que mentí sobre el chico negro, he intentado ser buena toda la vida. Sabía que algún día tendría que pagar por ello, ¿pero por qué mi Wheat, el triste y tonto de mi pobre hijo? He vuelto a tener los sueños, así que sabía que iba a venir. —Oyó un estruendo en la sala de estar. Echó atrás un percutor y después el otro—. ¿Eres tú, Charlene? No te quiero pegar un tiro, seas quien seas, o sea que no me obligues. Pero como me obligues, te lo pegaré, te lo juro por la cabecita rubia del niño Jesús.

La puerta mosquitera de la casa se abrió y se cerró de un portazo. Conocía bien aquel ruido. ¿Era alguien que se marchaba o que llegaba?

—¿Charlene? —El dedo con manchas de vejez le temblaba contra el gatillo.

Nunca había visto u oído dispararse aquella escopeta, pero estaba convencida de que iba a funcionar. Apestaba a aceite para engrasar porque Wheat usaba demasiado y la limpiaba todas las noches mientras veía La rueda de la fortuna.

Le encantaba gritar: «¡compra una vocal, zorra estúpida!».

Los pasos se acercaron a la puerta de la habitación. Pegó el dedo con más firmeza al gatillo. El pomo de la puerta se meneó y empezó a girar.

—¿Quién hay? —El gancho impidió que se abriera la puerta.

—¡Di algo! —gritó ella—. ¡Sé quién eres! ¡Sé quién eres!

—¡Señora Bryant! ¡Soy yo, el sheriff Jetty!

—Gracias a Dios —dijo la abuela Caro—. Gracias, Dios.

Red Jetty estaba sentado a la mesa de la cocina mientras la abuela Caro calentaba agua en los fogones para hacer descafeinado soluble Sanka.

—Ya sabe lo que dicen: el agua que miras no hierve nunca. —Apartó la vista de la olla y miró la piscina vacía que había al otro lado de la puerta corredera de cristal de atrás. Le devolvió la mirada la mitad de una sirena.

—Me alegro de que no me haya pegado un tiro —dijo Jetty.

—Yo también me alegro —dijo ella—. Sería más sangre que limpiar. Y ya ha muerto bastante gente por aquí.

—¿Dónde está todo el mundo?

—¿Y yo qué coño sé? Estaba fuera de combate. Aunque me sorprende que me hayan dejado así. ¿A usted qué le parece? —Vertió el agua encima del café soluble de las tazas y le dio una al sheriff.

Jetty miró la cara de Dolly Parton que había en su taza y removió el café.

—Seguramente tenía cosas que hacer en la funeraria —dijo—. Y no podía dejar a los críos aquí sin nadie que los vigilara.

—Supongo que sí. Pero dejar a una vieja completamente sola en un caserón viejo…

—¿Por qué tenía usted esa escopeta, señora?

—Porque tenía miedo, claro. A mi hijo lo acaban de asesinar en esta misma casa.

—Pasó de su andador a una silla.

Jetty no podía discutirle aquello.

—Ha gritado que sabía quién era yo antes de verme. ¿Quién creía que era?

La abuela Caro no dijo nada.

—¿Señora Bryant? ¿Quién ha creído que era para querer pegarme un tiro?

La anciana dio un sorbo a su café.

—El chico aquel, Till —dijo.

—¿Perdone?

—Yo lo maté y ahora ha vuelto para vengarse de todos nosotros.

—Señora Bryant, de eso hace sesenta años, más de sesenta.

—Eso da igual —dijo ella—. Los muertos no entienden de tiempo, no saben leer los calendarios. No tienen relojes con calendario, quiero decir. Aquél que cava un foso, ha de caerse en él, y aquél que manda una piedra a rodar, ha de ver cómo esa piedra vuelve.

—¿Cómo?

—Es de las Escrituras, y las Escrituras no se equivocan, ¿verdad?

—No, señora.

—Conozco la biblia.

—¿Me está diciendo que cree que algún pariente de aquel chico está detrás de las muertes? —preguntó Jetty.

—¿Pariente? No, es el chico mismo.

—Señora Bryant, aquel chico está muerto y enterrado.

—Yo sólo sé lo que he visto. He mirado un millón de veces la foto de aquel chico muerto y luego he visto cómo lo sacaban de mi casa igual de claro que me veo la nariz de la cara, y más sólido que una roca. ¿Cómo lo explica usted?

—Ya sabe que cuando nos hacemos mayores nos engaña la memoria.

—Me toma por una vieja boba.

—No, señora. No la tomo por eso para nada. Creo que se le ha muerto el hijo y que está asustada. Es lo que creo.

—Ya veréis, ya. Va a haber más muertos —dijo la abuela Caro—. Mirad bien, y andaos con cuidado.

—Sí, señora.

—Bébase el café antes de que se enfríe.

—Sí, señora.

—¿Conoce usted el cuento aquel del buitre? Llega un hombre a un pueblo y ve a un buitre posado sobre una estatua a un metro y medio de él. El buitre lo mira.

Se va a almorzar y vuelve y el buitre ya no está. Se marcha del pueblo y se le avería el coche en mitad de la carretera. Levanta la vista y se encuentra al mismo buitre de antes, mirándolo. Y le dice: «¿Por qué me has seguido hasta el pueblo y luego aquí?». El buitre lo mira y le dice: «No te he seguido. Simplemente estaba de paso por el pueblo. Venía de camino aquí a esperarte». —La abuela Caro asintió a modo de colofón a la historia.

—Menuda historia —dijo el sheriff.

—Ese hombre soy yo, ¿entiende?

Jetty asintió con la cabeza.

—Y ese buitre me ha estado esperando.

—Sí, señora.

Se quedaron un par de minutos más sentados en silencio.

—No me gusta dejarla aquí sola, señora Bryant, pero tengo que volver a trabajar.

—No me deje. Está aquí, lo sé.

—Voy a mirar bien antes de irme. Y luego me voy a ir. Y no dispare a nadie, ¿me oye?

—No dispararé a nadie que no lo esté pidiendo.

**31**

En el Dinah, Gertrude les sirvió café a los dos detectives especiales. Se habían sentado en el mismo reservado de la otra vez. Los hombres le dieron las gracias y ella los examinó un momento largo.

—¿Todo bien? —les preguntó.

—De narices —dijo Jim.

—Vuelvo a tomaros nota en dos minutos. —Se fue a la caja registradora para cobrar a un cliente.

—Quizás Jethro tenga razón —dijo Ed.

Jim se rio.

—Claro, sí. Llama tú a la oficina y dile al Capitán Gordinflas que lo que hay aquí es un fantasma. Un fantasma negro.

—Hay alguien que va por aquí matando a gente. Y está claro que hay alguna conexión. No lo puedes negar.

—Quizás sea una especie de ninja negro —dijo Jim, y se rio—. Ya sabes, alguna clase de cabrón justiciero con un rollo de alambre de púas. En plan Bruce Lee o alguna mierda así. Jamal Lee, blandiendo un rollo de alambre de púas en Money, Mississippi.

—Alambre de pullas. Ya sabes cómo hablan por aquí. De pullas. Alambre de pullas pa que no salten las vacas.

—¿Has terminado? —dijo Jim.

Volvió Gertrude y se callaron.

—Ah, conque ésas tenemos, ¿eh? —les dijo.

Jim la miró sin decir nada y dio un sorbo a su café.

Gertrude se sentó al lado de Ed y miró a Jim.

—Muy bien, decidme, a ver. ¿Qué coño está pasando?

—Nada —dijo Jim—. Sólo un par de asesinatos. Asesinatos horripilantes, atroces, inquietantes y sin resolver.

—Y un cuerpo que desaparece.

—Aparte de eso, no pasa nada. Además, es un caso activo y no podemos decir nada. —Jim dejó su taza en la mesa y vio pasar dando tumbos a una camioneta de doble rueda trasera—. Gertrude, ¿quién sabe todo lo que pasa en este pueblo?

—Todo el mundo sabe todo lo que pasa en este pueblo.

—No, me refiero a alguien especial. Alguien que conozca la historia, los rumores, todo.

—No entiendo a qué te refieres.

—Ni yo tampoco —dijo Jim—. No sé qué estoy preguntando.

—¿Hay una bruja en el pueblo? —preguntó Ed—. Le da miedo preguntarlo. Una bruja. Un hechicero.

Gertrude se rio.

—Ya sabía yo que se refería a eso. Sólo quería que lo dijera. Tenéis que hablar con Mama Z.

Ed miró a Jim.

—¿Es una hechicera de verdad? —preguntó.

—Es lo que he oído. Es lo que dice ella.

—No puede pasar nada por hablar con ella —dijo Jim.

—Os tengo que acompañar —dijo ella.

—Es mejor que no te metas.

—Sin mí no la vais a encontrar.

En el sótano de la difunta Ferretería Bryant, el reverendo doctor Fondle tenía delante a diez hombres blancos. Todos con la misma mirada de acero. Todos, casi sin excepción, gordos. Junto a la puerta había sentado un hombre alto y extremadamente flaco.

—Muy bien, digamos el juramento —dijo Fondle—. Todos juntos.

Y todos de pie dijeron:

—He vencido al Perro Amarillo y me presento como miembro del Gran Imperio Invisible. Juro proteger los derechos que Dios dio a la raza blanca de la amenaza de todos los extranjeros, sean negros, amarillos, rojos o judíos. Prometo seguir al pie de la letra las órdenes de mi superior, el Gran Dragón de la Orden Mayestática de los Caballeros del Ku Klux Klan, tal como las transmita el debidamente elegido Gran Kleagle de mi capítulo. ¡Roca roca, lindos nidos!

¡Viva el Klan de Estados Unidos!

Se sentaron obedeciendo el gesto de Fondle.

—Declaro esta reunión iniciada —dijo el flaco sargento de armas.

—Tenemos un problema entre manos, hermanos blancos —dijo Fondle —. Me

temo que lo que estemos presenciando sea un verdadero levantamiento negro. Ya han muerto dos de nuestros hermanos, y hay un puto asesino negro suelto. Yo lo he visto, lo he visto de cerca, con las cicatrices del mismísimo Satanás. Un negro a quien se le da mejor hacerse el muerto de lo que os imagináis. Lo he visto muerto y resulta que no lo estaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó un hombre que estaba al frente.

Fondle los miró a todos por turnos.

—Regresar a las costumbres antiguas, verdaderas y probadas de nuestros antepasados del Ku Klux Klan, las costumbres sagradas, las costumbres de la furia, el fuego y la soga. Primero de todo quemaremos una cruz bien grande esta noche, aquí en Smithson's Field, donde la puedan ver bien todas las caras negras del Bottom.

—¿Y qué pasa con esos policías negros? —dijo levantando la voz el hombre flaco del fondo—. ¿Qué coño están haciendo aquí?

—El estado de Mississippi nos toma por una panda de catetos incapaces de ocuparnos de nuestros asuntos por nosotros mismos —dijo Fondle.

—Bueno, es que somos una panda de catetos —dijo uno de los hombres, y los demás soltaron risillas—. Poder Palurdo. —Y levantó el puño.

—Cállate, Donald —dijo Fondle—. Estoy pensando en qué hacer con los

detectives esos.

—¿Sabes una cosa? —dijo Donald—. Hace mucho que no celebramos elecciones en este capítulo. ¿Cómo es que sigues siendo tú el Gran Keagle?

¿Cómo es que has decidido que te puedes pasar la vida en el cargo? Otros clubes celebran elecciones y cambia la dirección. ¿Por qué aquí no hemos hecho ninguna? ¿Eh?

—Muy simple. Es porque dejamos de celebrar elecciones cuando salí elegido yo

—dijo Fondle.

—De eso ya hace doce años —dijo el hombre flaco—. No debería ser un cargo vitalicio, ¿verdá que no?

—Pues no —dijo otro hombre.

—No hemos hecho elecciones porque no nos hemos reunido, carajo —dijo otro.

—Eso es verdad, Jared —dijo Donald.

—En los tiempos en que vivía mi padre, nos reuníamos to el tiempo, todas las semanas —dijo Jared.

—Y se hacían elecciones —dijo otro hombre—. En aquellos tiempos siempre estaban votando, ¿verdad?

—Y se quemaban muchas más cruces, y se hacían picnics familiares, y partidos de softball y esas cosas —dijo Donald—. Me acuerdo de comer pastel al lado de aquella cruz en llamas. Me encantaba el pastel de mi madre.

—Sí. —Varios hombres se mostraron de acuerdo.

—Ahora no hacemos na —se quejó un hombre—. Ni siquiera sé dónde tengo la capucha. Ni siquiera tengo una cuerda.

—¿Estáis diciendo que queréis hacer elecciones ahora? —preguntó Fondle.

—Sí, sí, elecciones, elecciones —corearon todos.

—Pero sin discursos —dijo Donald.

—Sin discursos, sin discursos.

—Presento una moción pa que celebremos elecciones pa elegir Gran Keagle del capítulo de Money, Mississippi —dijo Donald.

El hombre flaco secundó la moción.

—¿A favor? —preguntó Fondle.

—Sí —dijeron todos.

—¿En contra?

Nadie.

—Gana el sí —dijo Fondle.

—Un momento, ¿quién se encarga de las actas? —dijo Donald.

—Oh, demonios, encárgate tú, Donald —dijo Fondle.

—Nadie puede leer sus garabatos —dijo otro.

—Hazlo y ya está, Donald —dijo Jared.

Donald se sacó un bolígrafo del bolsillo. Fondle le dio la libretita que usaba para el trabajo.

—Nomino al reverendo doctor Fondle para el cargo de Gran Keagle del Capítulo de Money, Mississippi, de la Suprema Orden de los Caballeros del Mayestático Ku Klux Klan de estos Estados Unidos de América —dijo Jared.

—Lo secundo —dijo el hombre flaco.

Los demás se lo quedaron mirando.

—Me gusta secundar cosas —dijo el hombre flaco.

—¿Todos a favor? —preguntó Fondle.

—Sí —dijeron todos.

—¿En contra?

Nadie.

**33**

Jim y Ed recogieron a Gertrude en el restaurante Dinah pasada la hora punta del almuerzo, por así llamarla. La chica se sentó en el medio del asiento de atrás y se inclinó hacia delante.

—Siéntate bien y abróchate el cinturón —le dijo Ed.

—O sea que el que tiene niños eres tú.

—Niña —dijo Ed—. De siete años.

—Gira por la izquierda cuando llegues al semáforo —dijo Gertrude—. Y sigue por la misma calle hasta que se convierta en una carretera sin asfaltar. Entonces me despiertas. —Se reclinó hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Lleva el cinturón abrochado? —le preguntó Ed a Jim.

—Está abrochado, sí —dijo Gertrude.

—He hablado con el capitán —dijo Jim.

—¿Y qué le has dicho? —dijo Ed.

—Nada que no supiera ya. Ahora sé cómo se sienten los pilotos que ven ovnis.

Si se lo cuentas a todo el mundo, te toman por loco. Si no dices nada, en fin, no estás diciendo nada. Y entonces los extraterrestres invaden la tierra, adoptan forma humana, se ponen a trabajar en tiendas de alimentación, matan a todos tus conocidos y los suplantan. Tú podrías ser uno.

—Lo vas a tener que perdonar —dijo Ed.

Como no hubo respuesta, Jim miró el asiento de atrás.

—Se ha dormido.

—Ojalá mi hija se durmiera así de fácil.

—Estaría haciéndose la dormida —dijo Gertrude—. Simplemente me gusta cerrar los ojos.

—¿Y a quién no? —dijo Ed.

—¿Alguno de vosotros quiere contarme lo que habéis visto? —preguntó ella.

—La verdad es que no hemos visto gran cosa. Pero si te crees lo que dice la gente de por aquí, entonces hay un hombre negro molido a palos y seguramente muerto que corre suelto y que quizás está matando a tipos blancos con pasados turbios.

—Oh.

—¿Ves lo que pasa cuando haces preguntas? —dijo Jim.

—¿Hay algo que tengamos que saber sobre esa tal Mama Z? —preguntó Ed.

—Se presenta como bruja. ¿Qué más necesitáis saber? Es un poco rara y da un poco de miedo.

—¿De qué la conoces? —preguntó Jim.

—Es mi bisabuela.

La casita estaba escondida detrás de una maraña de ramas de árboles, lejos del espacio abierto del patio, como si la hubieran querido camuflar de forma deliberada. Gertrude echó a trotar por delante de ellos y llamó con los nudillos a la puerta mosquitera.

—Llamas igual que un poli —dijo Jim.

—Eso me han dicho.

Volvió a llamar.

—¡Mama Z!

—¡Para ya de dar golpes y entra! —gritó la mujer.

La sala de estar estaba llena de libros, del suelo al techo y de pared a

pared, pero todos bien puestos y ordenados. En mitad de la sala había una mesa de madera de patas gruesas, centrada sobre una alfombra de yute. Mama Z era una mujer alta y de espaldas anchas, pero no corpulenta. Les dio la bienvenida con la mirada perdida y sin dirigirla a ninguno de los dos cuando se acercó a estrecharles la mano.

Jim y Ed le dieron la mano por turnos y los dos se quedaron convencidos de que era ciega, hasta que la vieja soltó una risa.

—Me estoy quedando con vosotros —dijo—. Puedo ver mejor que todos vosotros juntos.

—Mama, estos hombres son detectives de… —empezó a decir Gertrude.

Mama Z la interrumpió.

—De Hattiesburg. Morgan y Davis. ¿Cómo es que no tenéis vuestro despacho en el Capitolio? Me parece raro.

Jim y Ed se quedaron un poco cortados.

—Oh, Mama Z lo sabe todo —dijo la anciana—. Sé que os alojáis en el Motel 8

y sé que vais en un monovolumen familiar, un Toyota o algo parecido.

Jim negó con la cabeza.

—Sabe usted mucho, Mama Z.

—Y sé usar un escáner policial —dijo—. Me paso el día y la noche escuchando a esos blancos. Y como escucho, me entero de lo que pasa. Vale la pena escuchar. Esos idiotas de ayudantes del sheriff nunca eructan ni se tiran un pedo sin contarlo por la radio. Les encanta hablar por la radio. Sentaos.

Se sentaron a la mesa con Mama Z.

—Haz té para nuestros invitados, chica —le dijo a Gertrude, y le dio una palmada en el trasero cuando pasó—. La tengo que engordar un poco, que está

en los huesos. Es mi bisnieta, así que la puedo mandonear como quiera. Dios sabe que nadie más puede. Es un terremoto de niña.

—O sea que sabe a qué venimos —dijo Ed.

—Estáis buscando al que mató a esos tipos blancos.

—Básicamente, señora —dijo Ed—. Estamos intentando averiguar qué está pasando con cierto hombre negro en apariencia muerto que no para de aparecer y desaparecer. ¿Sabe quién es?

—Ni idea —dijo Mama Z—. Pero sé qué os inquieta. Y esto no lo he oído en el escáner.

—¿Qué nos inquieta? —preguntó Jim.

—La conexión entre Wheat Bryant y ese tal Milam.

—Pues sí —dijo Ed.

—Ya estáis enterados de lo de sus padres —les dijo—. Roy Bryant y Robert Milam eran lo peor de lo peor. Eran del Klan hasta la médula, igual que los tontos de sus hijos.

—¿Sabe usted algo de ese hombre negro que no para de aparecer y desaparecer?

—preguntó Jim.

Gertrude vino de la cocina con varias tazas y una tetera en una bandeja justo cuando su abuela estaba diciendo:

—No creo en fantasmas.

—Vaya, no lo sabía —dijo Gertrude.

—Muy graciosa —dijo Mama Z.

—Pensaba que era usted bruja —dijo Jim.

—Sí, pero no de ésas. —Se sirvió el té y dio un sorbo—. He visto en la CNN

que han matado a un hombre blanco en Chicago.

—Lo sabemos —dijo Ed.

—Dicen que al hombre lo mataron la semana pasada —dijo Mama Z.

—Continúe —dijo Jim, inclinándose hacia delante.

—En la televisión se confundieron con su nombre, lo llamaron Milan,

pero yo sospecho que era un Milam. Y que era el hermano de Junior. Lo sé porque Robert tuvo un hijo llamado Lester, Lester William. Lo llamaban L.W.

—Mierda —dijo Jim.

—Pues sí —dijo la anciana—. Alguien se está vengando.

—Me pregunto por qué ahora —dijo Gertrude.

—Al pobre chaval lo lincharon hace sesenta y cinco años. Quizás los espíritus se hayan hartado —dijo Mama Z.

—Acaba de decir que no cree en fantasmas —dijo Ed.

—Nunca he dicho que tenga razón siempre. —La anciana dejó su taza y tamborileó con los dedos en la mesa—. Pero una cosa sí os diré: si los espíritus buscan venganza, va a morir mucha más gente por aquí. Esos espíritus se van a poner las botas. Porque hasta la última persona blanca de este condado, por mucho que no linchara a nadie personalmente, tiene a alguien en su árbol genealógico que sí. Ya os lo podéis ir creyendo porque es verdad.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Jim—. ¿Lo ha oído en el escáner policial?

—Venid conmigo —dijo la anciana, levantándose y apoyándose en la mesa para incorporarse del todo.

Siguieron a Mama Z por un pasillo corto con las paredes cubiertas de fotos familiares hasta otra habitación. Había archivadores de altura media por todas las paredes y otros más bajos debajo de la única ventana.

—¿Qué es esto? —preguntó Ed.

—Los archivos —dijo Mama Z—. Son los archivos. Cuéntaselo, niña —le dijo a Gertrude.

—Es casi todo lo que se ha escrito sobre todos los linchamientos perpetrados en los Estados Unidos de América desde 1913, el año en que nació Mama Z.

—Un momento —dijo Jim—. Eso quiere decir que tiene usted…

—Ciento cinco años —dijo ella.

—¿Todos los linchamientos? —preguntó Ed.

—Pocos faltarán —dijo Mama Z—. Antes me dedicaba a recorrerme todas las bibliotecas del estado y a leerme todos los periódicos. Ahora uso Internet.

Debéis saber que yo considero linchamientos las muertes por disparos de la policía. Sin ánimo de ofender.

—No nos ofendemos —dijo Jim.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Ed.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Cuando me muera y se conozca este sitio, confío en que se convierta en un monumento a los muertos.

A Gertrude se le llenaron los ojos de lágrimas.

Jim Davis y Ed Morgan, que lo habían visto casi todo, habían disparado a gente y habían recibido disparos, habían visto muerte y dolor y habían matado en acto de servicio, se quedaron callados. Permanecieron allí de pie mirando la faz gris de los archivadores. Jim contó mentalmente. Había veintitrés. Los cajones se parecían a los de una morgue.

Ed puso la mano en el archivador que tenía al lado.

—¿Hay más parientes de esos Bryant y Milam? —preguntó.

—Creo que oí hablar de otro hijo de Milam, pero no estoy segura, y ciertamente no sé dónde andaría —dijo Mama Z—. Y por supuesto, está Carolyn Bryant.

Aunque no lo parezca, sigue viva.

—Sí, la hemos conocido —dijo Jim—. No fue muy bien. Estaba un poco perturbada, por así decirlo. Pero claro, acababan de asesinar a su hijo en su propia casa. Eso perturba hasta a un racista.

—¿Ha visto o ha tenido noticia de algún forastero en el pueblo? —preguntó Ed

—. Negro o blanco.

Mama Z negó con la cabeza.

—No es la pregunta —dijo—. La muerte nunca es forastera. Por eso le

tenemos miedo.

—¿Eso es alguna clase de comentario brujil? —dijo Jim—. Lo pregunto porque suena importante pero no lo pillo.

—Me cae bien éste —le dijo la anciana a Gertrude—. Podéis hablar con Deacon Wright. En aquella época era un chaval, y estaba en la tienda aquella con Emmett Till. Dudo que sepa nada. Y también podéis ver a Betty Smith.

—¿Quién es? —preguntó Jim.

—Su hermano mayor, Lamar, murió tiroteado delante del juzgado de Brookhaven justo antes de que Emmett llegara a Money. Por entonces había mucho odio en este estado. Quizás más del que hay ahora. Lamar era granjero, y ya estaba trabajando por aquí en la cuestión de los derechos civiles. Nadie habla nunca de él. Lo mataron a tiros. Mi padre me llevó allí y pude ver el sitio donde

su sangre había empapado el suelo. Ahora lo cubre la acera.

—¿Por qué cree que necesitamos hablar con ella? —preguntó Ed.

—Porque si queréis conocer un sitio, tenéis que hablar con su historia —dijo Mama Z.

**34**

Red Jetty paró con su coche patrulla y apagó el motor. Estaba en el Puente del Tallahatchie. Desde allí podía divisar la cruz en llamas. Se acordaba de las cruces en llamas de su juventud. Su padre lo había llevado a unos cuantos mítines del Klan, pero su madre, que era católica, se había quejado. Jetty nunca había visto un linchamiento en persona y se alegraba de ello, pero su padre sí que había visto o incluso participado en alguno. Aquella idea lo ponía triste, pero también le hacía entender, en la medida en que podía, por qué había habido tanta tensión y fricción entre su padre y él. Su madre se había terminado escapando a Detroit con un hombre al que nunca había llegado a conocer. Sólo sabía que era vendedor de sierras para carne. Las llamas mandaban humo negro al cielo crepuscular. Incluso desde aquella distancia la cruz se veía triste, y no por razones políticas ni sociales, sino por lo evidentemente mal construida que estaba. El travesaño ya se estaba cayendo, y las llamas habían perdido todo entusiasmo y lamían el aire circundante como si estuvieran agotadas. Aquel fuego no lo habría mantenido encendido ni todo el queroseno del condado. Y lo más triste de todo era el hecho de que no había ni

un solo participante enmascarado en aquella ceremonia terrorista que no fuera conocido por el pueblo entero. Corría por Money un viejo chiste que decía que para descubrir quién pertenecía al Klan sólo había que esperar en la Lavandería y Tintorería de Russell.

**35**

Por fin se acostó a los niños en la casa de los Bryant. Se habían ido turnando para llorar hasta quedarse dormidos, aunque ninguno de ellos entendía lo sucedido. ¿Cómo podían entenderlo?

Charlene tenía su radio de banda ciudadana en la repisa de encima del fregadero.

Y estaba sentada delante, en un taburete alto, poniéndose el micrófono frente a la boca cuando hablaba y sobre el regazo cuando no.

Del altavoz salió una voz crepitante:

—Aquí Big Ten-Forty, estoy en la Cinco-Dieciocho dirección norte hacia Money. Mamichula de Amarillo, ¿estás ahí pa charlar contigo, chata? Cambio.

Charlene agarró el micrófono, pulsó el botón y dijo:

—Aquí me tienes, Big Ten-Forty. Cambio.

—¿Cómo te va, guapa? Me he enterao de lo de tu marido y me sabe fatal. Un horror. Cambio.

—Sí, ha sido terrible. Quedó to lleno de sangre pero he podido limpiarla casi toda. ¿Todavía conduces ese adefesio? Cambio.

—Fiel a la Kenworth hasta la muerte. Ya me gustaría pasar a darte el pésame, Mamichula de Amarillo, pero llevo una carga de huevos de granja y leche y la nevera no me va muy bien. Cambio.

—La próxima vez, la próxima. ¿Dónde has estao? Cambio.

—Carajo, me lo pasé bomba en Yazoo City. Fui a un mítin de Trump y espanté a unos cuantos periodistas de ésos que dan noticias falsas. ¡Uuuuu! Qué divertido.

Ese tipo es igual que nosotros, tía. —Big Ten-Forty se rio—. O sea, no tiene más seso que un puercoespín, pero sabe poner en su sitio a las élites progres. Cambio.

—Carajo. ¿Es tan naranja como parece por la tele? Cambio.

—Sí que es naranja, sí. Naranja natural. No me lo podía creer. También estaba la Melangia esa. Parece una muñeca Barbie, tiene ojos de Barbie. Cambio.

—Eh, Big Ten-Forty. Me tengo que desconectar para limpiar el congelador del porche de atrás. Cambio.

—Muy bien pues, Mamichula de Amarillo, espero poder verte a la vuelta. Que estéis tos bien. Cambio y cierro.

«Limpiar el congelador» era su contraseña para cambiar al canal privado que tenían. Y cambiaron.

Charlene le susurró al micrófono.

—Habla Mamichula de Amarillo buscando a mi Big-Ten Forty. ¿Vienes?

—Eh, chata. ¿Qué llevas puesto?

La abuela Caro estaba acostada en la cama. Se había ido a dormir con la lámpara del techo encendida y también las de los lados de la cama. Había intentado no dormirse, pero se había quedado roque, boca arriba y con la espalda un poco levantada, una posición que le parecía muy vulnerable. Roncó un poco y se encontró despierta, más sobresaltada por el hecho de haberse quedado dormida.

Al otro lado de la habitación, desplomado en el sillón que ella no usaba nunca porque era demasiado blando, le pareció ver al hombre negro molido a palos, el que había sido declarado muerto y sacado de su casa, el hombre que debía de haber matado a su hijo. La anciana miró la cara y le pareció ver más allá de las cicatrices, más allá de la sangre seca, más allá de los años, hasta el interior de aquellos ojos cerrados por la carne inflada, hasta la tiendecita donde habían estado aquel día de finales de agosto. No dijo nada y tampoco pensó nada, simplemente se murió.

**36**

A Ed Morgan le vibró el móvil que tenía en la mesa del otro lado de la habitación. Estaba en el cuarto de baño, afeitándose con una cuchilla de una marca distinta. Jim cogió el teléfono y miró la pantalla. Reconoció el número del Departamento del Sheriff de Money.

—Habla Davis —dijo.

Escuchó.

Ed entró en la habitación mientras su compañero terminaba la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vamos —dijo Jim—. Parece que los catetos han encontrado a nuestro muerto.

Ed se secó la cara con una toalla.

—¿En serio?

—En casa de los Bryant.

La casa de los Bryant estaba abarrotada de gente: los ayudantes del sheriff, Fondle y Dill, los críos de la familia, los críos de los Milam, Daisy Milam y, por supuesto, Charlene. Los críos estaban sentados como si fueran una coral en el suelo contiguo al Pontiac GTO en ruinas que había a un costado de la casa.

Charlene se dedicaba a subir y bajar los escalones del porche. El sheriff Jetty estaba en el centro de todo y mirando la carretera como si esperara a los detectives especiales.

Su cara no cambió de expresión cuando se le acercaron los dos hombres. Su boca era una línea plana, igual que sus ojos.

—¿Qué tiene ahí, sheriff? —preguntó Ed.

—Decídmelo vosotros —dijo Jetty—. Entrad. —Los tres subieron los escalones del porche, pasando junto a Charlene, que ni los vio. Jethro estaba en el umbral de una habitación, mirando algo que había dentro. No giró la cabeza cuando se le acercaron.

—Ya puedes salir, Jethro —dijo Jetty.

—Muy bien, sheriff.

—Le he dicho que se quedara mirando sin apartar la vista para nada. Vamos a tenerlo vigilado en todo momento —dijo Jetty.

Ed y Jim se pararon en seco. En un sillón tapizado estaba sentada la maltrecha figura negra de las fotografías. De las fotografías de las

escenas de los crímenes recientes, y también de la del funeral de hacía más de sesenta años. Ed y Jim se acercaron más.

—Está muerto —dijo Jetty—. Claro que también estaba muerto las últimas dos veces que lo vi. ¿Cuánto tiempo creéis que se quedará muerto esta vez?

Jim estiró el brazo y le puso al hombre los dedos índice y medio en el cuello, por si acaso. Tenía la piel helada. Allí no había ninguna vida.

Jetty miró a Jim con cara de: ¿lo ves?

Ed miró al otro lado de la habitación y le tiró de la manga a Jim. Allí estaba Carolyn Bryant. Jim miró a Jetty.

—Le puedes tocar el cuello también —dijo el sheriff.

—¿Qué ha dicho el forense? —preguntó Ed.

—Que está muerta. No sabe por qué. Esperamos que siga muerta. Parece que la gente blanca sí que sabe morirse y quedarse muerta.

—Voy a llamar a la oficina —dijo Ed, y salió de la habitación.

—¿Qué queréis hacer, pues? —preguntó Jetty—. No puedo tener a un hombre vigilando a este chaval todo el día.

—¿Qué más tienen que hacer? —dijo Jim.

Volvió a entrar Ed en el cuarto.

—Vamos a asumir la custodia del varón difunto.

—¿Del varón difunto? —repitió Jetty—. ¿Os referís a este chaval negro?

—Sí —dijo Ed—. Denos una bolsa. La sellaremos como prueba judicial y la vendrán a recoger esta tarde noche o mañana.

—Quizás.

—No es algo que me preocupe —dijo Jim—. Es un ser humano muerto. No puede escaparse. No puede caminar. No se va a ir a ningún lado a menos que alguien se lo lleve.

—Muy bien —dijo Jetty.

Ed volvió a mirar la cara del hombre negro.

—Necesito tomarle las huellas dactilares y unas muestras de ADN. Voy a buscar el kit.

Jim miró a la mujer muerta.

—¿Qué le parece, sheriff?

Jetty miró pero no dijo nada.

—Esta mujer causó mucho dolor.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabe de qué estoy hablando —dijo Jim.

Red Jetty miró por la ventana y suspiró por lo bajo.

—¿Visteis la cruz que quemaron anoche? —preguntó.

—¿Era una cruz? —Jim negó con la cabeza—. No sabía qué era. Pensé que era un coche quemándose o algo.

Ed regresó con su kit.

—Ed —dijo Jim—. Aquel fuego de anoche era una cruz en llamas.

—¿En serio? —contestó el hombretón—. ¿Una cruz en llamas como las del Ku Klux Klan?

Jim miró a Jetty en busca de respuesta. El sheriff asintió con la cabeza.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Jim—. Me olvidé de tener miedo.

—Sí, es una lástima —dijo Jetty.

Jim sonrió.

—La próxima vez, quizás.

**37**

Damon Nathan Thruff era profesor asistente de la Universidad de Chicago. Tenía un doctorado en biología molecular por Harvard, un doctorado en psicobiología por Yale y un doctorado en filosofía oriental por Columbia. Tenía veintisiete años. Había escrito tres libros

sobre regeneración celular, los tres publicados por la Cambridge University Press, y una obra en dos volúmenes sobre los orígenes biológicos y filosóficos de la violencia racial en Estados Unidos, publicada por la Harvard University Press. Aquel día en concreto estaba sentado a la mesa de su minúsculo despacho del Departamento de Estudios Étnicos (porque no sabían dónde ponerlo), intentando recopilar una lista de nombres de gente que le pudiera escribir cartas en apoyo de su solicitud de plaza titular. El año anterior se la habían negado, pero le estaban dando una segunda oportunidad, lo que la administración de la universidad denominaba reconsideración afirmativa. La razón que le habían dado para negarle la plaza titular era su productividad. El decano le había dicho, sin ambages, que nadie creía realmente que fuera capaz de producir tanto trabajo de tanta calidad y tan deprisa. De manera que le habían endilgado un cargo de un año llamado la Cátedra Phillis Wheatle de Estudios de Recuperación. Uno de los requisitos para que le dejaran presentar su segunda solicitud (de regalo) de la plaza era que se pasara un año sin publicar nada.

Aquella restricción del trabajo académico activo podía demostrar el compromiso adecuado con su lugar adecuado, le había dicho el decano. Ahora le sonó el teléfono.

Lo dejó sonar siete veces antes de descolgar. Era su vieja amiga de la universidad, Gertrude Penstock. Gertrude había hecho su licenciatura en Cornell mientras él terminaba la carrera de derecho.

—Gertrude, me alegro mucho de oír tu voz —dijo—. Me alegro de oír cualquier voz amiga.

—Siento haber pasado tanto tiempo sin llamar —dijo Gertrude—. ¿Cómo estás?

—Bien. Pasando por un aro.

—¿Quieres decir pasando por el aro?

—No, por uno solo. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo está tu familia ahí en… dónde estás?

—Money, Mississippi.

—¿En serio?

—Tienes que venir por aquí —dijo Gertrude.

—¿Ah, sí? ¿Hay playa?

—No hay playa. Sólo palurdos y el cadáver de un hombre negro.

Damon se sentó con la espalda recta.

—¿De qué me hablas?

—Alguien ha estado matando a gente blanca por aquí, y en la escena de cada crimen se ha encontrado al mismo hombre negro.

—¿Has estado bebiendo? Puedo ir allí y beber contigo si quieres, sólo tienes que decirlo.

—No estoy de broma. Dos hombres blancos y una anciana blanca. Muertos —

dijo Gertrude—. Y unas muertes horribles. Bueno, por lo menos los hombres.

No sólo muertos del todo, sino muertos de sobra. La mujer creo que ha muerto de terror.

—Lo de que ha muerto de terror suena intrigante —dijo Damon.

—Ya pensé que te lo parecería.

—¿Y qué es eso de un hombre negro? ¿Lo acusan de los crímenes a él?

—El hombre negro está muerto, Damon. Lo han encontrado muerto junto a todos los cadáveres. En lugares y momentos distintos.

—¿Perdón?

—Es complicado.

—Vale.

—Me he hecho amiga de un par de hermanos del MBI y te aseguro que es un rollo muy loco; es muy loco y da miedo.

—¿El MBI? —preguntó Damon.

—Como el FBI pero de Mississippi —dijo Gertrude.

—Ahora sí que cuelgo.

—Existe de verdad —dijo ella—. La mujer muerta es la mujer que

acusó a Emmett Till de insinuársele. Los hombres blancos son hijos de los asesinos de Till. Quiero que vengas. Está pasando algo. No sé qué es, pero es algo, y es raro.

Damon miró aquella mesa que tanto odiaba.

—¿Cómo se llega a Money, Mississippi?

**38**

Podría estar enfadada con sus padres, Barry y Bertha Hind, por haberla llamado Herberta. No les debería haber costado imaginarse los posibles apodos que le caerían. El nombre confundía a todo el mundo, porque nadie se llamaba Herbert en ninguna rama de la familia, ni ciertamente tampoco Herberta. Pese a todo, Berta habría sido un buen apodo. O Bertie. Pero sus padres se habían decidido por Herbie, según ellos porque les encantaba el músico de jazz Herbie Hancock, aunque Herberta Hind creía que era un cruel intento por su parte de convertirla en una persona más dura. Y había funcionado. Se había hecho agente especial del FBI, para gran sorpresa y decepción de sus padres, que durante su juventud en Berkeley habían sido señalados como individuos de interés por aquella agencia federal. Ahora Herbie estaba sentada en el lujoso despacho del Agente Supervisor Especial Ajax Kinney, en la Oficina Regional Sudoeste de Atlanta.

—Necesito que vayas a Money, Mississippi —dijo Kinney.

La Agente Especial Hind se rio.

—No, lo digo en serio —dijo Kinney.

—Ese sitio no existe —dijo Hind.

—Sí que existe, Herbie, y es donde vas a ir. Ha habido cuatro homicidios, o quizás más, que quizás sean crímenes de odio.

—El odio suele ser un factor del homicidio —dijo Hind.

—No hablo de esa clase de odio —dijo Kinney—. Hablo del odio racial. Ya sabes, cuando a un grupo no le cae bien otro grupo. Y a veces le cae mortalmente mal. Vas a ir a Mississippi para ver qué pasa. Es un caso chungo. Parece que hay un cadáver negro que desaparece. Mejor dicho, que desaparece y reaparece.

—¿Cómo?

—No estoy seguro de cuál es la historia. Pero sea la que sea, sé que tú eres la experta. Es tu trabajo. Ve a hacerlo. Usa tu encanto de siempre y pon en su sitio a los payasos locales. Luego vuelve aquí y haz el papeleo que haga falta para demostrar que hemos estado allí. —Kinney le pasó el expediente del caso a Hind de lado a lado de la mesa.

—Money, Mississippi —dijo ella.

—Money, Mississippi —repitió Kinney.

—Te odio, Ajax —dijo ella—. Creo que te he odiado siempre. A veces me despierto en mitad de la noche sólo para recordarme lo mucho que te odio.

—Ya lo sé. Ahora vete a casa, haz la maleta, lárgate a Money, Mississippi y ponte a trabajar.

—¿Cómo se llega a Money? —preguntó Hind.

—Primero vas a Hattiesburg —dijo—. Eso no te debería costar. Está escrito con letras grandes en el mapa.

—¿Y qué hay allí?

—El MBI. El Mississippi Bureau of Investigation.

—Y nunca más se supo de ella.

Kinney miró cómo la agente Hind caminaba hacia la puerta.

—Y no asustes demasiado a los palurdos. No están acostumbrados a una mujer negra con una Glock.

—Haré lo que pueda. Y cuando vuelva aquí, quiero que te acuerdes tú de que voy armada.

—Nunca me olvido —dijo Kinney—. A veces me despierto en mitad de la noche sólo para recordarme que vas armada.

—Y es una Sig, no una Glock.

Hind abrió el expediente, se detuvo en seco y se giró hacia Kinney.

—¿Has visto esta foto? ¿La del hombre negro?

Kinney asintió con la cabeza.

—Es horrible.

—Pues sí.

—¿No te resulta familiar? —preguntó ella.

—Pues sí.

**39**

Jim Davis y Ed Morgan aparcaron en un espacio diagonal que había delante de la consulta del forense. El reverendo doctor Fondle estaba delante del edificio, conversando con el sheriff Jetty. El ayudante Brady se estaba fumando un cigarrillo a pocos metros. Cuando vio que se acercaban los dos hombres negros, les dedicó la mirada más dura que pudo. Era un topicazo tan grande de mirada que Ed y Jim se miraron y se echaron a reír. Brady escupió su cigarrillo, lo pisoteó y echó a andar hecho una furia hacia su coche patrulla.

—Buenos días, sheriff —dijo Jim—. ¿Sigue nuestro sospechoso bajo custodia?

—Que yo sepa, sí —dijo Jetty. Miró a Fondle—. ¿Sigue el negro en el cajón?

—Que yo sepa, sí. No he mirado —dijo Fondle.

—Pues vamos a echarle un vistazo —dijo Jim.

Los tres hombres siguieron a Fondle a través del vestíbulo, pasaron por delante de Dill en su mostrador y entraron en la sala de reconocimientos.

—Está en el tres —dijo Fondle.

Ed fue hasta el cajón, y puso la mano en el asa haciendo una pausa. Miró a Jim.

—¿Lo abro?

Jim miró a Jetty a la cara.

—Sí, ábrelo. —Jim se acercó y se inclinó para asomarse al interior del cajón—.

Dale.

Ed tiró del cajón y Jim y él se pusieron a chillar. Fondle echó a correr hacia la puerta. Jetty se llevó la mano a la pistola. Ed y Jim se echaron a reír.

—Nos estamos quedando con vosotros —dijo Jim—. Está aquí. Y os alegrará saber que sigue muerto.

—¿Habéis averiguado algo más sobre quién es? —preguntó Jetty.

—Todavía no —dijo Ed—. La oficina ha mandado a un mensajero para recoger las pruebas, pero todavía no ha llegado.

Jetty suspiró.

—Sí —dijo Jim—. Vamos a quedarnos por aquí todavía un buen rato. Créame

que a nosotros tampoco nos gusta. No es nada personal.

—Muy bien —dijo Jetty—. Reverendo doctor, ¿qué sabe de la señora Bryant?

¿Qué va a hacer constar como causa de la muerte? ¿La han… ya sabe?

Fondle negó con la cabeza.

—Buf, cómo me alegro de que no la hayan… ya sabe —dijo Jim.

—No sé qué la ha matado —dijo Fondle—. No tenía ni una marca. Ni un corte ni un moretón. Era vieja.

—Eso suele matar a la gente —dijo Ed.

—Muchas gracias —dijo Fondle—. Creo simplemente que la anciana se murió del susto.

—¿Lo demuestran las pruebas sanguíneas o qué? —preguntó Jim—. Caballeros, por lo que sabemos podría haber muerto antes de que apareciera el cadáver andante, y, en fin, se volviera a morir. No me puedo creer que acabe de decir esto.

**40**

El aeropuerto de Greenwood-Leflore era un modelo rutilante de obsolescencia.

Pese al nombre, estaba en el Condado de Carroll, un hecho que la

gente del Condado de Carroll odiaba, dado que era un servicio para el Condado de Leflore, y al mismo tiempo les encantaba, ya que les daba poder sobre sus vecinos. Lo manifestaban en una práctica que todavía perduraba. Una mujer, demasiado mayor para ir al instituto, pero aun así vestida de animadora, daba la bienvenida a los aviones que aterrizaban, al estilo hawaiano, con guirnaldas de flores y todo, y les decía: «Bienvenidos al Condado de Carroll, Mississippi, escenario del éxito musical de Potter Wagoner "Carroll County Accident", seiscientas treinta y cinco millas cuadradas de hospitalidad sureña».

Damon Thruff se quedó al mismo tiempo confundido y divertido por la guirnalda de flores blancas y rojas y por la extrañamente crecida animadora que se la había entregado en vez de colgársela del cuello. Lo recibió en la puerta de embarque Gertrude Penstock. Se abrazaron incómodamente, que era como se habían abrazado siempre. Gertrude decía a menudo que abrazar a Damon era como abrazar una silla Adirondack.

—Tengo el coche aparcado aquí al lado —dijo Gertrude.

—Explícame otra vez por qué vives aquí —le dijo Damon.

—Para estar cerca de mi bisabuela —dijo ella.

—Pensaba que eras de Baltimore.

—Bueno, sí, pero mi bisabuela es de aquí.

—¿Cómo está? ¿Es muy vieja? Me fascina la gente vieja —dijo Damon.

—Tiene más de cien años.

—Estás de broma —dijo Damon—. Tengo muchas ganas de hablar con ella. ¿Y

es de aquí? Qué cosas debe de haber visto.

—Ha visto mucho —dijo Gertrude.

—¿Y los policías esos? —preguntó Damon.

—Oh, te caerán bien. Son listos.

—¿Por qué estoy aquí? Vuelve a contármelo. De hecho, cuéntamelo por primera vez.

—Lo que está pasando es muy extraño. Si alguien le puede encontrar

una explicación, eres tú.

—Muy amable de tu parte, ¿pero por qué no me cuentas lo que pasa?

Gertrude se lo contó durante el trayecto en coche a Money. Damon contempló el paisaje por el que pasaban, las barracas de tela asfáltica, los caminos sin asfaltar que salían de la carretera, las vacas flacas.

—Tengo hambre —dijo—. Me pregunto a qué sabrá esa vaca.

—¿Desde cuándo comes carne? —preguntó Gertrude.

—Al final me pregunté qué más daba. Seguramente sólo iba a alargar mi vida unos minutos como mucho. Además, ¿a cuántas vacas iba a salvar? De hecho, si lo piensas bien, como nadie va a criar vacas domésticas por pura diversión, y como son demasiado estúpidas para vivir de forma silvestre, en realidad estoy ayudando a salvar a su especie de la extinción.

—Ese razonamiento es fraudulento —dijo Gertrude.

—Pero sigue siendo un razonamiento.

—Hay un sitio un poco más delante donde podemos comer —dijo Gertrude—.

Te dará una idea de dónde estás.

—Creo que ya puedo ver dónde estamos. He estado antes en mitad de la puta nada y se parecía a esto. —Damon vio el quiosco destartalado de comida en el arcén mientras Gertrude derrapaba en la grava para parar el coche—. Quizás no tengo hambre.

—Cállate —dijo ella.

El letrero decía Bluegum's. Era una estructura de hormigón sin ventanas delanteras. Salía humo de la chimenea. Había tres coches más, los tres igual de anodinos que el de Gertrude.

—¿Esto es un restaurante?

—Confía en mí.

**41**

En la sede del MBI en Hattiesburg, Jim Davis y Ed Morgan estaban en una mesa de reuniones dentro de una sala de ventanales amplios.

Contemplaron el monumento a los confederados que había en la acera de enfrente, junto a los juzgados.

—Mira esa mierda —dijo Jim—. Parece una polla blanca enorme.

—Anda, eso ha tenido gracia.

—¿Te lo parece?

—Parad de reíros de los blancos —les dijo el director de la agencia al entrar en la sala. Se llamaba Lester Safer. Había nacido en Mississippi, se había educado en Washington D.C. y creía genuinamente que Mississippi no tenía por qué ser Mississippi. Lo acompañaba una mujer alta de semblante severo—. Caballeros, ésta es la agente especial Herberta Hind del FBI. Parece que ahora los federales se ocupan de los fantasmas.

Ed y Jim la saludaron.

—Que yo sepa, al FBI no le interesan los fantasmas —dijo Hind—. En cambio, sí que nos interesan los posibles crímenes de odio. —Miró a Ed y a Jim—.

Buenos días, caballeros. ¿Qué me pueden contar de Money, Mississippi?

—Bueno, está atiborrado de catetos ignorantes que se quedaron en el siglo diecinueve de antes de la guerra y que son la prueba viviente de que la endogamia no conduce a la extinción —dijo Jim—. Sin ánimo de ofender, jefe.

—Me fío de vuestra palabra —dijo Safer—. Sí que quiero señalaros que soy del estado de Mississippi y que crecí con esos catetos ignorantes y endogámicos de antes de la Guerra Civil.

—¿O sea que no está de acuerdo en que son unos facinerosos estúpidos? —le preguntó Hind.

—Oh, no, sí que estoy de acuerdo —dijo Safer—. Lo único que digo es que se puede decir que son mi gente, más o menos. Y supongo que no estoy del todo de acuerdo.

—¿Con qué no está de acuerdo? —le preguntó Hind.

—Con lo de la extinción. Les falta poco para desaparecer.

—Así pues, ¿quién ha matado a quién? —preguntó ella.

—Estoy seguro de que ha leído el expediente del caso —dijo Ed. Hizo una pausa

—. Supongo que lo ha leído, ¿no?

—Sí —dijo Hind.

—Entonces sabe lo mismo que nosotros —dijo Ed. Echó un vistazo a Hind.

—La buena gente de Money quiere creer que nuestro cadáver negro mató a los dos blancos —dijo Jim.

—¿Y qué piensan ustedes? —preguntó Hind.

—No lo sé. Tenía sus testículos en la mano. Pero no tengo ni idea de cómo lo pudieron matar ellos mientras los estaba matando él.

Ed se puso entre los labios el cigarrillo que nunca encendía.

—Por lo menos no las dos veces —dijo Jim—. ¿Ha oído hablar alguna vez de alguien que muere dos veces, salvo en una película de James Bond?

Hind negó con la cabeza.

—El informe dice que se han traído el cadáver negro a Hattiesburg con ustedes.

—La gente de Money no parecía capaz de retenerlo —dijo Ed.

—¿O sea que creen que alguien robó el cadáver?

—Los muertos no andan —dijo Jim.

—Salvo Jesucristo —dijo Safer.

—Sí, supongo que él sí —dijo Jim—. En cualquier caso, el cuerpo lo tiene abajo la médica forense, si quiere venir usted con nosotros.

—Vamos —dijo Hind.

La médica forense era una mujer británica de cincuenta años llamada Helvetica Quip. Había venido a Mississippi con su marido misisipiano, que resultó ser un artífice sin talento de estafas piramidales. Ferris New, el marido, había huido del estado en mitad de la noche antes de que le leyeran los cargos. Helvetica Quip aseguraba que no le

guardaba rencor al tipo y se negaba a jugar el papel de víctima; sólo decía que se alegraba de no haber adoptado su apellido. «Helvetica New», decía, «suena a nombre de fuente tipográfica. Si me tengo que llamar como una tipografía, prefiero que sea la Oriya Sangam o alguna que suene un poco exótica».

—Cuéntanos, Helvetica —dijo Jim cuando entraron en el laboratorio forense.

—¿Sabéis qué? La prueba del ADN no ha dado resultados porque vuestra muestra no estaba bien.

—¿Cómo es posible? —dijo Ed—. La tomé tal como indica el manual.

—No es que lo hicieras mal tú —dijo Helvetica—. Pero el tipo no tiene sangre.

Está relleno de una mezcla de formaldehído, glutaraldehído, metanol y unos cuantos disolventes que no me he molestado en identificar.

Jim, Ed y Hind se la quedaron mirando.

—Líquido de embalsamar. Este hombre está embalsamado.

Se quedaron todos callados mientras asimilaban la información.

—Vale, ¿pero estás diciendo que no se puede sacar ADN? —dijo Jim.

—No he dicho eso —dijo Helvetica—. He tenido mucho tejido para trabajar. Y

he encontrado un resultado. El hombre está en la base de datos. Lo detuvieron hace doce años en Illinois por secuestro y robo de vehículo.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —dijo Ed.

—Y la cosa mejora todavía más —dijo Helvetica—. Murió en la cárcel. En el Correccional de Big Muddy River, para ser exactos. No está claro cómo, pero había recibido lesiones graves en la cara y la cabeza. —Hizo una pausa—. Y

todavía más. El cuerpo del señor Hemphill, que es como se llama, Robert Hemphill, fue, como decimos nosotros, donado a la ciencia.

—¿Donado a la ciencia? —dijo Hind.

—Ya saben, a la facultad de medicina o a algún laboratorio. No lo sé. Ahí es donde lo pierdo. Lo recogió la empresa Suministros de Cadáveres Acme de Chicago. Eso es todo.

—¿O sea que no es el cadáver de Emmett Till? —preguntó Ed.

Todos lo miraron.

—Alguien lo tenía que preguntar —dijo él.

—No es Emmett Till —dijo Quip.

**42**

El reverendo doctor Cad Fondle estaba sentado en su sala de estar con su mujer, Fancel. Fancel era una mujer corpulenta. Lo bastante como para no moverse casi nunca de su sillón reclinable de pana, que estaba encallado en la posición reclinada. En la bandeja desplegable que separaba su sillón reclinable del de su marido había media pizza de carne y dos cervezas. Estaban viendo la televisión, alternando las noticias de la Fox con la lucha libre profesional.

—Tienen razón —dijo Fancel—. El Obamacare ese es una puñetera mierda que no funciona pa na. Lo contratamos porque no nos quedó más remedio y no he perdido ni medio kilo.

Fondle dio un trago largo a su cerveza.

—Bueno, el país ya ha descartado ese experimento. Vaya engreído listillo de mierda. Ya sabes que se cree mejor que nosotros.

—El Hannity ese es guapo —dijo Fancel—. Si consiguiera acercarme la mano al chocho, me haría una paja sólo mirándolo.

—No puedes llegar, así que calla.

—¿Cómo fue la cruz en llamas la otra noche? —preguntó Fancel.

—Se llama cruz de luz, cruz de luz. Quemar un símbolo de Jesucristo Nuestro Señor está mal. A estas alturas ya deberías de haberte enterado.

Fancel suspiró.

—¿Qué significa Cristo?

—¿Cómo?

—¿Qué es Cristo? ¿Es el apellido de Jesús o qué? —Cogió un trozo de pepperoni con los dedos del vestido de estar por casa.

Fondle hizo una pausa para mirarla con la cabeza ladeada.

—Pues, hum, significa… renacido.

—¿Y por qué no lo llaman así entonces? —dijo ella—. ¿Jesús Renacido?

—Jesucristo es latín, mujer. ¿Qué crees que hablaban en aquellos tiempos?

—¿Y cómo se apellidaba entonces Jesús? —dijo Fancel—. ¿Por qué no lo pone

en ningún lao?

—Calla y come.

—Cuéntame lo del chaval ese —dijo Fancel—. El chaval negro que aparece muerto todo el tiempo. ¿Cómo lo hace?

—Es posible que no estuviera muerto. Carajo, no lo sé.

—Ya sabes lo que dicen —dijo ella.

—¿Qué?

—Que es el fantasma del chico al que mataron hace muchos años Robert Bryant y J.W. Y que ha vuelto pa vengarse. Y supongo que se ha vengao.

—Calla la boca, mujer. Eso no es verdad.

—¿Y cómo lo explicas, entonces? —Fancel lo señaló con un dedo gordo—. Y no me digas que me calle. Tú también vas a pillar.

Fondle tuvo ganas de contarle la verdad, y estuvo a punto, pero al final no se la contó. Lo que hizo fue agarrar la Biblia para Niños de debajo del sillón

reclinable y abrirla. La dejó abierta sobre el regazo mientras señalaba a los luchadores de la pantalla del televisor:

—Big Bob Burgess va a destrozar al negrito ese.

## 43

En el Bluegum todo el mundo era negro salvo el camarero que vino a la mesa de Gertrude y Damon. Era flaco, alto y llevaba una camiseta azul con la leyenda

«Rescatado por Jesús» en el pecho. Había unos cuantos clientes, todos gente joven y negra bien vestida. No levantaron la vista ni reaccionaron de ninguna manera a la entrada de Gertrude y Damon. En una ventanilla del fondo del local, un cocinero daba palmadas a un timbre y un hombre musculoso recogía los platos.

—Eh, Gertrude —la saludó el camarero.

—Hola, Chester —dijo Gertrude—. Chester Hobnobber, te presento a Damon Thruff. Damon, Chester.

—Eh, colega. ¿Cómo te va? —dijo Chester.

—Muy bien, gracias. ¿Y a ti? —preguntó Damon.

—Bien, hombre, bien. —Chester miró a Gertrude—. ¿Qué os trae por aquí? ¿Os habéis cansado de la gran ciudad?

—¿La gran ciudad? —preguntó Damon.

—Lo dice de broma —dijo Gertrude—. Se refiere a Money. No es ninguna ciudad. Es un estercolero donde la gente ha puesto unos cuantos edificios.

—¿Qué queréis beber? —preguntó Chester.

—Tráeme un Kool-Aid —dijo Gertrude—. Lo tienes que probar —le dijo a Damon—. Es buenísimo.

—No me gusta cómo suena —dijo Damon—. Pero vale.

—Vuelvo enseguida. —Chester se alejó.

—¿Qué pasa con esa camiseta? —preguntó Damon—. ¿Jesús?

—Estamos en Mississippi, Damon.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Damon.

—Conozco a todo el mundo por aquí —dijo ella—. Es un mundo pequeño.

¿Cómo dice esa canción de Disney? «It's a small world after all» —cantó.

Damon examinó el local y vio que todo el mundo los estaba mirando. No es que estuvieran exactamente sonriéndoles; más bien saludándolos amigablemente con la cabeza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había más gente de la que había visto antes.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Damon.

—Nada, sólo es un restaurante. Un restaurante con gente amigable. ¿No te gustan los restaurantes con gente amigable?

—Lo que me parece es que estás siendo críptica. ¿Qué me estás intentando decir? ¿Me estás intentando decir algo?

—¿Y por qué te iba a intentar decir algo? —Ladeó la cabeza como si fuera un cachorrillo.

—¿Lo ves? Eso es críptico.

Gertrude se rio.

—Todo a su debido tiempo, hermano.

**44**

—Quédate quieta, Charlene —dijo Daisy Milam—. Éste de aquí es grande. Pero grande de verdá. ¿Cómo dejas que te crezcan tanto?

Charlene Bryant estaba tumbada boca abajo delante del televisor.

—¿Tendrá Nicole Kidman alguno en la espalda? Mírala. Se la ve tan perfecta, tan alta, tan blanca… Y casada con el cantante ese.

—Sí que es alta —dijo Daisy—. Triple J, bájate del armarito de la porcelana ahora mismo. El tío me va a romper tos los platos. Que te quedes quieta, te digo.

—Mamichula —dijo Lulabelle—, cuando la tía Daisy termine de estrujarte los granos, ¿nos podremos ir a casa?

—No, cielo, vamos a cenar pizza aquí.

—Ooooh —dijo la niña.

—Será divertido, Lulabelle. Hemos pedido una pizza de carne con

extra de salchicha —dijo Daisy—. Ven, mira qué enorme es éste.

Lulabelle se acercó más.

—Puaj —dijo.

—Ya sale —dijo Daisy.

—Puajjjjj —dijo la niña.

—¡Ahí va!

—¡Aaay! —chilló Charlene.

—Qué asco —se quejó Lulabelle.

—Lo ha dejao to manchao —dijo Daisy—. Lulabelle, ve a buscarme un puñado de pañuelos de papel y mójame uno.

—Daisy —dijo Charlene—, ¿conseguiste limpiar toda la sangre? Porque yo te aseguro que no. Me va a quedar la masilla rosa pa siempre.

—Se me ha quedao en las ranuras —dijo Daisy—. Pero cuando estaba

limpiando, encontré una cosa.

—¿Una cruz pequeñita?

—Pues mira, sí. ¿Cómo lo sabes? —preguntó Daisy.

—Porque yo he encontrao otra. Y sé que Wheat no tenía ninguna.

—¿Crees que las cruces las dejó el negro pa que las encontráramos? ¿Crees que era cristiano?

—Los negros suelen serlo. Me pregunto por qué dejaría las cruces. ¿Llevas la tuya encima? —preguntó Charlene.

—La tengo aquí mismo —dijo Daisy—. Me la he puesto en una cadenilla de collar.

—Es igualita que la mía. Yo la llevo aquí en el bolsillito de los vaqueros. Son bonitas.

Daisy asintió con la cabeza.

—Me gusta frotarme la mía a través de los vaqueros.

—Ten, las toallitas de papel —dijo Lulabelle.

—Sí que has tardao —dijo Charlene.

—Déjame que limpie todo este pus. Debe de estar la pizza a punto de llegar.

—Mamá, Triple J está jugando en la habitación de atrás —denunció una de las criaturas de Daisy, jadeando.

—Dios nos asista —dijo Daisy—. Ese chaval tiene menos seso que un chimpancé que se rompió la cabeza de bebé. Lulabelle, ven aquí a limpiarle esta mierda de la espalda a tu madre.

—Sí, tía Daisy. Quédate quieta, Mamichula de Amarillo —dijo la niña.

**45**

Ed Morgan iba en el asiento de atrás del Cadillac Escalade negro. Herberta Hind conducía y Jim Davis ocupaba el asiento del copiloto. Iban a toda velocidad por la autopista en dirección a Money, pasando por entre chabolas apoyadas en el suelo con pilares bajos de ladrillos, campos de maíz y vacas huesudas de aspecto triste.

Jim pasó la mano por el salpicadero negro.

—¿No te parece que este vehículo es un poco un topicazo?

—A mí me gusta —dijo Ed desde detrás—. Es cómodo.

—Los usamos porque son un topicazo —dijo Hind—. Somos el FBI. Somos estereotipos andantes.

—¿No te gusta la agencia? —le preguntó Jim.

Hind ladeó la cabeza para mirarlo.

—Odio hasta al último cabrón de la agencia, a los blancos, a los negros y a los

asiáticos.

—No te cortes, anda —le dijo Ed.

—¿Y por qué sigues ahí? —le pregunto Jim.

—¿Por qué estás tú en el… ¿cómo lo llaman? El MBI. Vaya

nombrecito.

—Esto es Mississippi —dijo Ed—. Más vale que alguien negro vigile a los blancos de por aquí. Porque para muchos de estos chiflados todavía es mil novecientos cincuenta.

—Coño, y mil ochocientos cincuenta —dijo Jim.

—No sólo pasa aquí —dijo Hind.

Dejaron atrás otro par de millas.

—¿De verdad crees que ir a Money va a ayudar a esta investigación? —le preguntó Ed.

—Pues no, pero así es como investigamos, ¿no? —dijo.

Jim gruñó para mostrar que estaba de acuerdo.

—Además, vale la pena ver el sitio y ver a la gente —dijo Ed—. Creo que no hemos terminado aquí. Por un momento llegué a pensar que estábamos tratando con el fantasma de Emmett Till. Menuda locura, ¿no?

—Quizás sí que estemos tratando con un fantasma —dijo Hind.

Jim la miró de reojo.

—¿Y eso cómo se come?

—A menos que creáis que la gente de Money está sufriendo una alucinación colectiva, y que de verdad tenían a un tipo que desapareció y reapareció en la escena de otro asesinato. Y para acabar de joder la cosa, nos enteramos de que el cuerpo lleva años muerto. En comparación, la teoría del fantasma no está mal.

—Sea como sea, la cosa está jodida —dijo Jim.

—¿Sois de Mississippi?

—De Biloxi —dijo Ed.

—Yo de Nueva Orleans —dijo Jim—. Mi madre era de Hattiesburg. ¿Y usted?

¿De dónde es usted, agente especial Hind?

—De Washington, D.C. —dijo ella—. De la Calle 16 con la Calle T, para ser exactos. La niña negra y pobre que al crecer se hace agente del FBI. Una historia norteamericana clásica.

—¿Por qué te hiciste policía? —le preguntó Jim.

—¿Y vosotros?

—Para que los blancos no fueran los únicos del barrio que llevaban pistola —

dijeron Jim y Ed al unísono.

Hind entrechocó el puño con Jim.

Hind ajustó su retrovisor.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo.

Ed echó un vistazo hacia atrás.

—Un polizonte de Mississippi —dijo—. Y por supuesto, nos está haciendo señales para que paremos.

—¿Os queréis divertir un rato? —preguntó Hind.

—No hagas que nos maten, agente especial Hind —dijo Ed—. Acuérdate de que esto es el estado soberano de Mississippi.

Hind paró en el arcén.

Jim se puso a cantar:

—I wish I was a Mississippi trooper, that is what I truly long to be / cause if I was a Mississippi trooper, I could shoot them niggers legally.

—Bonita canción —dijo Hind—. ¿Estás de broma? —dijo, mirando el retrovisor.

El agente alto que se les estaba acercando llevaba sombrero de ala ancha y gafas de espejo. Sus andares eran considerablemente chulescos. Cuando llegó a la ventanilla de Hind, apoyó la mano en el arma reglamentaria.

Ella pulsó el botón que bajaba la ventanilla.

—¿Algún problema, oficial? —dijo poniendo una vocecilla aguda.

El policía se inclinó para observar a Jim y pareció un poco sorprendido de ver al hombretón, Ed, en el asiento de atrás.

—¿Adónde vais? —les preguntó.

—Vamos de camino a Money, Mississippi —dijo Hind—. Tenemos cosas de trabajo allí. ¿Iba demasiado deprisa, oficial?

—Ibais dos millas por encima del límite de velocidad. Que es algo que puede ser muy peligroso, teniendo en cuenta el estado de las carreteras.

—Están muy mal estas carreteras —dijo Jim—. En eso tiene razón, agente Pecker.

El policía se tocó la placa identificativa.

—Me llamo agente Peck —dijo.

—Claro, sí, eso —dijo Jim—. Agente Peck. Qué equivocación tan tonta he tenido. Me deben de fallar los ojos.

El policía estaba confundido por el tono de la conversación. Volvió a examinar a Jim y a Ed.

—Bonitos trajes —dijo—. ¿Sois de por aquí?

—¿Dónde es aquí? —preguntó Jim.

—El estado de Mississippi. —Ahora el policía estaba muy tenso y al parecer bastante disgustado.

—Ah, Mississippi —dijo Jim—. Pues entonces, no.

—Permiso de conducir y papeles del coche.

—Pero señor oficial Peck, es que este coche es de alquiler y no me han dado los papeles —dijo Hind.

—Muy bien, sois unos negros chistosos. Venga, sal del coche y pon las dos manos aquí en la ventanilla. —Señaló a Jim—. Tú, las manos en el salpicadero.

—Y a Ed le dijo—: las manos en el reposacabezas que tienes delante.

—¿Le importa si antes guardo mi insignia? —preguntó Ed.

—¿Cómo? —dijo el policía.

—Yo necesito guardar la mía también —dijo Hind.

—Y yo —dijo Jim.

Los tres sacaron las placas para que el tipo las viera.

El policía suspiró, mirándoles las caras por turno.

—Idos todos a la puta mierda. Os tendría que pegar un tiro.

—Quizás te lo tendríamos que devolver —dijo Hind.

El agente Peck se quedó unos segundos tenso.

—Largaos, anda. Que os divirtáis en Money. Hijos de la gran puta.

—Gracias, agente Peck —dijo Hind—. Intentaré respetar las normas de circulación.

Mientras se alejaban, dejando a Peck plantado en mitad de la carretera polvorienta, Ed dijo:

—Pensaba que nos iba a disparar de verdad.

—A mí también se me ha pasado la idea por la cabeza —dijo Jim.

—Qué cabrona es la historia —dijo Hind.

## 46

El reverendo doctor Fondle obligó al aire a salirle por entre los labios fruncidos, haciéndolos vibrar como si fuera un trompetista. Expulsó una larga retahíla de bes y se extrajo un hilo imaginario de la boca con un movimiento continuo.

Canturreó una escala entera de lalalás, parpadeando y enseñando el blanco de los ojos. Había doce alumnos de catequesis, como él los llamaba, dos hombres y diez mujeres, buenos cristianos, esperándolo en la iglesia de fabricación casera que se había hecho en el garaje. Él estaba en su dormitorio, relajando los labios, la lengua y los pensamientos. Estaba a punto de pronunciar ante sus hijos la palabra de Jesús Nuestro Señor, de desnudar su alma de pecador y de esa forma también la de ellos, de mostrarles el camino, la senda, el camino verdadero que llevaba a la gloria y la salvación. Se contempló la cara en el espejo y trató de convocar el fuego de Jesús, Señor

Todopoderoso. Imaginó que sus ojos eran llamas y fueron llamas. Imaginó que su voz era una sirena y fue una sirena.

Imaginó que veía la cara de un hombre negro detrás de él en el espejo y la cara apareció. Antes de que pudiera decir «ay, Dios», antes de que pudiera decir

«Jesuuuuús», antes de que pudiera decir «negro», se vio con un trozo de alambre de púas enrollado dos veces en torno a su cuello grueso y batracio. Con las arterias perforadas a ambos lados, la sangre le manó a chorros contra la pared de delante. Abrió la boca para formar un grito, pero no le salió ni el aire. Los ojos se le pusieron en blanco bajo la calvicie incipiente; los brazos se le pusieron rígidos, con las manos extendidas hacia los lados como un espantapájaros. Su atacante lo hizo girar para que viera la cama sin hacer y allí, sobre las sábanas de flores amarillas, vio el cuerpo de un hombre negro muerto. Por la mente le pasó fugazmente la imagen de un hombre negro, muchos años atrás, que se desplomaba sobre la acera delante de un edificio municipal, muerto de un tiro en la cabeza. Luego reconoció los juzgados de Brookhaven, Mississippi, el reloj de pie pintado de rojo que había en el recinto, y a su padre de hombros caídos de pie junto al cadáver roto del hombre. Él era un niño, sentado en la camioneta Ford de media tonelada de carga. Vio cómo su padre escupía un salivazo teñido de tabaco sobre el hombre sin vida. De vuelta en su habitación, en el presente, sintió que le bajaban los pantalones hasta los tobillos y que estiraban el alambre para ponerlo de pie. Vio el centelleo de un cuchillo grande y curvado. Y fue lo

último que vio el reverendo doctor Fondle en este mundo. Su última sensación no fue dolor, sino la percepción de un sonido, la separación húmeda y casi limpia de piel, grasa y músculo. Su último pensamiento, si es que fue capaz de tenerlo, quizás fue que aquellos otros tipos de piel oscura debían de tener razón con la idea aquella del karma. Daba igual, ya no había tiempo para pedir perdón a su Señor Dios Jesús Todopoderoso.

**47**

La única persona que había en el edificio del Departamento de Policía de Money era Hattie, la recepcionista/telefonista. Estaba visiblemente agitada y todavía más blanca que hacía unos minutos. El peinado voluminoso se le veía frágil y tenía los ojos rojos de casi llorar. Aun así, consiguió sorprenderse cuando se encontró delante de ella a Ed, Jim y ahora también a la agente especial Herberta Hind.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Ed.

—Oh, es horrible, horrible —dijo Hattie.

—¿Qué es horrible? —preguntó Hind.

Hattie la miró con mala cara.

—No te conozco. A estos tipos sí porque han estado aquí antes, pero a ti no te conozco.

—Soy la agente especial del FBI Herberta Hind.

—Que Dios nos asista, salís de debajo de las piedras.

—¿Quiere decirnos qué es horrible? —le preguntó Jim.

—Es el reverendo doctor Fondle —dijo Hattie.

—¿El forense? —preguntó Ed.

—Sí, está muerto. Lo han matado en su dormitorio mientras se vestía para ir a celebrar un servicio. Es lo único que sé.

—¿El sheriff está ahí ahora? —preguntó Ed.

Hattie asintió con la cabeza.

—Danos la dirección, Hattie.

—El sheriff no ha dicho que os quiera allí —dijo Hattie.

—¿Y si te pego un tiro? —dijo Hind—. ¿Qué te parece?

Hattie les dio la dirección.

**48**

—¿Estaba buena la comida o qué? —preguntó Gertrude.

—Sé que no me has llevado ahí por razones gastronómicas —dijo Damon—. Así que, por favor, termina de contarme lo que sea.

—Más tarde —dijo—. Entra en el coche.

—¿Por qué tengo miedo? —preguntó Damon.

—¿Qué?

—Tengo miedo y no sé por qué, la verdad. Pero creo que tú sí. Que tú sí sabes por qué tengo miedo.

—Entra en el coche.

Damon entró. Gertrude arrancó y procedió a coger la autopista.

—Déjame que te haga una pregunta —dijo.

Damon la miró.

—¿Te han insultado alguna vez por negro?

—La verdad es que no. ¿A ti?

—Personalmente no —dijo ella.

—¿Qué quieres decir con «personalmente no»?

Gertrude prestó atención a la carretera y pareció evitar deliberadamente mirar a su amigo.

—Cada vez que insultan a alguien por negro, me insultan a mí.

—¿Eso qué es? ¿Un eslogan de pegatina de coche?

—Sí, ¿te gusta? Tengo más. A ver qué te parece éste: No hay más negro bueno que el negro muerto. O: muerto the new black.

—Me gustaría que me contaras lo que está pasando —dijo Damon.

—Quiero que conozcas a alguien.

**49**

No era raro que nevara tan temprano en Duluth, Minnesota, pero aquel temporal atroz había llegado de forma inesperada, empezando a media mañana y volviéndose extremo de forma inmediata. Había pillado desprevenidas a las patrullas quitanieves. Los padres se las estaban viendo y deseando para recoger a sus hijos en la escuela antes de hora. Prometía ser una tormenta de las grandes.

Sin embargo, Taggert Muldoon no tenía que preocuparse de nada. Acababa de llenar la nevera y aquella semana le tocaba a su mujer encargarse de los niños. Si le resultaba difícil traerlos a casa, que le dieran por el culo. En realidad él nunca le decía aquellas cosas en voz alta a nadie. La semana siguiente, cuando hubiera pasado la tormenta,

llevaría a su hija por vigésima vez a ver la casa de Judy Garland, donde había nacido la actriz. No había mucho más que hacer. Cuando estaba solo, le gustaba ir a ver los barcos de gran tonelaje. Se preguntó si los márgenes del lago se iban a helar. Lo habían despedido hacía poco de la planta cárnica y necesitaba cosas que ver. Aquellos putos hispanos habían llegado y se habían quedado con todos los puestos de trabajo. Las plantas los contrataban, los echaban antes de tener que darles beneficios y traían una nueva remesa. Putos panchitos espaldas mojadas, pensó. Habría que echarlos a todos de la ciudad, y del país, igual que su abuelo había ayudado a echar a los negros de la ciudad en los buenos tiempos de la década de 1920.

—¿Muldoon? —lo llamó una voz de hombre. Se sobresaltó porque estaba solo en casa. O por lo menos eso había creído.

—¿Quién hay? —dijo.

Liam Murphy llevaba casi diez años trabajando de detective en la policía de Duluth. Durante los cinco anteriores había patrullado primero a pie y luego en

coche por aquella pequeña ciudad. Y en todo aquel tiempo, ya fuera como detective o como poli de uniforme, lo más sangriento que había visto había sido cómo abatían a tiros a un leopardo de las nieves que se había escapado de su recinto en el zoo de Lake Superior. A los polis que habían acorralado al animal les había entrado el pánico y habían disparado más de cien balas contra el felino, alcanzándolo tres veces. El pobre animal había parecido más confundido por el ruido que otra cosa.

Pero aquí estaba ahora, en el típico dúplex deprimente de Duluth, contemplando dos cadáveres. El de un tal Taggert Muldoon, aparentemente muerto de una paliza o desangrado. También le habían extirpado los testículos, que ahora estaban en la mano de la segunda víctima, un hombre muerto sin identificar. A Muldoon le habían cortado el cuello con un arma blanca de gran tamaño, hasta dejarlo casi decapitado. El suelo cóncavo de linóleo de la cocina era un lago de sangre, aunque lo extraño era que sólo contenía la sangre del hombre blanco.

Había un televisor encendido. Estaban dando la previa del partido de los Vikings.

—Ni siquiera me acordaba de que era jueves —dijo Murphy.

—¿Qué te parece todo esto, Murph? Cuéntame —dijo el detective

Wesley Snipes, que no tenía nada que ver con el actor, sino que era blanco, y estaba dando sorbos de una taza de Starbucks.

—¿De dónde has sacado eso?

—De los equipos de la televisión que hay fuera. El Canal Ocho. Tienen montada una mesa con bebidas. ¿Quieres que te traiga uno?

—No, gracias. No me gusta Starbucks. No consigo reconstruir lo que ha pasado.

—Caminó bordeando el charco de sangre—. Parece que haya habido una pelea, pero mira a ese tipo. —Señaló al hombre negro—. No puede pesar más de sesenta kilos, y Muldoon debe de llegar a los ciento quince o ciento veinte.

—Quizás fuera un tipo pequeñajo pero duro —dijo Wesley—. Ya sabes, quizás tuviera un gancho en plan George Foreman o algo.

—Y aun así han conseguido matarse entre ellos —dijo Murphy, aunque era más bien una pregunta. Se arrodilló junto al cadáver del hombre negro.

—Puede pasar. K.O. doble. Patapum.

—¿Mientras le estaba cortando las pelotas al grandullón este?

—Sí, eso es verdad.

—Y de este tipo no sale sangre. Tiene cara de que no lo hayan tocado. Pero está muerto.

—Sí que lo está —dijo Wesley.

—Dile a Ernie que quiero fotos desde todos los ángulos. Y registra la casa.

Quiero saber cómo ha entrado aquí ese tipo. —Señaló al hombre negro—.

Quiero saber si Muldoon lo conocía, si estaba enrollado con él, si se estaba

follando a su novia o si le hacía la declaración de la renta.

—¿Y sus testículos qué? —preguntó Snipes.

—¿Qué pasa con ellos?

—Que no creo que se los haya cortado —dijo Wesley.

—¿Ah, no?

—No, creo que se los ha arrancado. En plan artes marciales. ¿Sabes eso de que pueden arrancarle a un hombre la garganta?

—Ves demasiadas películas —dijo Murphy.

—Puede ser, pero los testículos de ése están en las manos del otro. No me parece muy normal. Y eso no parece un corte, parece un desgarro.

—Eso no te lo discuto —dijo Murphy.

—Muldoon tiene ex mujer y dos críos —dijo Snipes—. Ya he mandado a alguien de servicios familiares para que les dé la noticia.

—Deberíamos hablar con la ex —dijo Murphy.

—Es lo que nos pasamos la vida haciendo —dijo Wesley—. Hablar con las ex.

—Sí. ¿Y sabes por qué?

—Porque la ex siempre es culpable.

—Culpable de algo, por lo menos.

**50**

El ayudante del sheriff del Condado de Carbon Rake Kearney estaba almorzando en el Burger King nuevo que habían abierto en el parque comercial de la Interestatal 80. No le gustaba la hamburguesa porque no sabía a ternera. Puede que fuera carne, pero no de ternera. A él le gustaba la ternera, y si se pudiera haber ganado la vida trabajando con ganado vacuno, y no en el Departamento del Sheriff del Condado de Carbon, lo habría hecho. Había crecido queriendo ser vaquero, vaquero de verdad, no de los de ciudad, no de los que hacen rodeos.

Vale, llevaba pistola al cinto, pero eso era ser vaquero de película, y él añoraba ser vaquero como su padre y su abuelo. Pero su familia ya no poseía tierras donde criar ganado, así que no tenía reses propias. A decir verdad, era torpe en la silla de montar y tampoco se le daba bien la cuerda. A fin de cuentas no tenía madera de vaquero.

Le llegó una llamada por la radio que llevaba en el cinturón. Había un cadáver en la carretera de acceso que iba paralela a la autopista, cerca de donde él estaba.

Siempre le entraban ganas de reírse cuando la operadora u otro ayudante preguntaban por el veinte en vez de preguntarle simplemente dónde estaba. Tiró más de la mitad de su hamburguesa y sus patatas a la papelera y se metió en el Ford Explorer con que hacía las patrullas.

Junto al arcén había un par de automovilistas, como los llamaba siempre el sheriff. Parecían estar echando vistazos furtivos a lo que fuera que yacía entre la autopista y la carretera de acceso. Rake se bajó del coche y se les acercó. Le salió al paso un joven muy excitado y con el pelo largo.

—Tío, no te lo vas a creer —le dijo el hombre—. He parado para echar una meada en el arcén y los he visto. Me he llevado un susto de muerte.

—¿Los has visto, en plural? —preguntó Rake.

—Sí, colega, hay dos, y no es bonito de ver. O sea, es feo de cojones, colega.

Tirados entre la alfalfa, el maíz y los tréboles, había, en efecto, dos cadáveres.

Uno de ellos estaba retorcido y enredado con la verja de alambre de púas que discurría en paralelo a la interestatal. Lo habían degollado y tenía la cabeza doblada a un lado en un ángulo imposible. Llevaba puesto el uniforme a rayas de la vieja prisión territorial, con la parte superior impregnada de algo rojo y marrón que parecía sangre. Tenía los pantalones carcelarios bajados hasta los tobillos. Entre las piernas se le veía un embrollo de hierba, ramitas, sangre y pelo. A unos metros yacía otro hombre, de constitución liviana, color ceniciento y evidentemente muerto. Y tenía algo sanguinolento medio cogido con la mano izquierda abierta. Había moscas por todos lados, pero todavía no apestaba a muerto.

—Tremendo —dijo el joven que se había dirigido a Douglas—. Tío, es tremendo, ¿no?

Douglas habló por la radio.

—Centralita, habla el diecisiete. Voy a necesitar a un supervisor

cuanto antes.

Tenemos una escena de crimen jodida. Creo que tengo aquí a un preso fugado y muerto. Está casi decapitado. Varón blanco, cabeza afeitada, metro ochenta y cinco más o menos. Y otro hombre blanco, constitución liviana, pelo claro, ropa de calle y deportivas.

—No consta que haya nadie fugado de la cárcel —dijo el hombre por la radio—.

Ni tampoco de la prisión.

—Sólo sé que este tipo va vestido a rayas, como iban los reclusos de la antigua prisión territorial, y lleva zapatos de la prisión. —Douglas devolvió su atención a la gente que empezaba a acercarse a la escena por detrás de él—. Que todo el mundo se aparte. Apártense, por favor. No se marchen, pero apártense. —Miró al tipo del pelo largo—. ¿Ha sido usted el primero en parar?

—No, colega.

—¿Quién ha sido el primero en parar aquí? —le preguntó Douglas a los congregados.

Se adelantó una mujer hispana con su hijo pequeño.

—¿Por qué ha parado usted, señora?

—Mi hijo me ha dicho que le ha parecido ver una pelota de fútbol en la hierba, así que he parado —dijo—. Ha ido corriendo a buscarla y ha vuelto chillando.

—Y entonces he parado yo —dijo un hombre blanco mayor—. El niño estaba llorando así que he ido a mirar, y es cuando he llamado al 911.

—¿Han visto a alguien más? —preguntó Douglas—. ¿Han visto algún coche

alejarse de la zona cuando han parado?

—La mujer y el hombre dijeron que no con la cabeza.

Llegó a la escena el sheriff. Dio una vuelta rápida al lugar y se detuvo junto a Douglas.

—¿Qué le parece, jefe? —preguntó Douglas.

—Un horror —dijo el sheriff—. Resulta que sí que ha habido una fuga de la prisión. Nadie lo ha echado de menos hasta que han hecho un recuento. Un tal Aaron Henderson.

—¿Y es ése? —preguntó Douglas.

—Ni idea.

Llegaron los criminólogos y el sheriff les ordenó que empezaran a procesar la escena. Desde que había llegado Douglas la temperatura había bajado considerablemente y había empezado a nevar. El viento arreció.

—¿Qué tiene en la mano? —le preguntó el sheriff a uno de sus hombres.

—Son testículos, sheriff —dijo el hombre.

—¿Qué?

—Testículos. Y sospecho que son de ése. —Señaló al muerto con ropa penitenciaria—. Lo digo porque le faltan los suyos.

**51**

Jim Davis y Ed Morgan entraron en casa del reverendo doctor Fondle, seguidos por Herberta Hind. Los ayudantes, al parecer acostumbrados a la presencia de Jim y Ed, no se dieron por enterados de su presencia, pero sí que vieron a Hind.

—¿Y quién es esta señorita? —preguntó el sheriff Jetty.

—Soy la agente especial del FBI Herberta Hind.

—Que Dios nos asista —dijo Jetty—. Otra especial. ¿Qué nos falta? ¿Alguien especial de la CIA, de la NSA, de la NASA?

—Muy gracioso —dijo Hind—. Supongo que es usted el sheriff Jetty.

—El mismo.

—¿Está relacionada esta escena con nuestros demás crímenes? —preguntó.

—¿Nuestros crímenes? —preguntó Jetty—. Esto es un caso del Condado de Leflore.

Dull y Digby les pasaron por delante llevando a cuestas un cadáver tapado y salieron por la puerta. Brady y Jethro los siguieron con otro.

—¿Hay un segundo cadáver? —dijo Ed.

—¿Vuelve a ser todo como las otras veces?

Jetty agachó la cabeza.

—Joder, sí. A Fondle lo han estrangulado con alambre de púas, y había un ne…

un hombre negro muerto en la misma habitación. ¿Qué decís a esto? No os va a faltar trabajo, reyes del mambo, porque yo no tengo ni puta idea de qué está pasando.

Jim carraspeó.

—Siento preguntarlo, ¿pero el hombre negro es el mismo que encontraron en las otras escenas?

—No, señor —dijo el sheriff—. Es un caballero negro completamente nuevo al que no conocemos de nada.

—Nos vamos a llevar los cuerpos —dijo Hind.

—¿Cómo? —preguntó Jetty.

Hind se dirigió a Jim y a Ed.

—Llamad para que se lleven estos cuerpos a la consulta de vuestra forense de Hattiesburg. De hecho, quiero todos los cuerpos allí.

—Un momento —dijo Jetty—. ¿Y las familias qué?

—No, sólo los cuerpos —dijo.

—Ah, una humorista del FBI. Quiero decir que qué pasa con los funerales. Por aquí a las familias les gusta darles a sus seres queridos un entierro cristiano.

—Para celebrar el funeral no hace falta el cuerpo —dijo Hind—. Y los podrán enterrar cuando terminemos con ellos.

—Sheriff, ¿a Fondle le faltaba algo? —preguntó Ed.

—¿Cómo?

—¿Le han cortado las pelotas? —preguntó Jim.

Como si le doliera decirlo, Jetty murmuró por lo bajo:

—Sí. —Y con voz alta y clara, añadió—: Sus pelotas estaban en la mano del hombre negro. Es lo que querían oírme decir, ¿no?

—Pues sí, la verdad —dijo Jim.

—Quiero examinar la escena y quiero ver los dos cuerpos —dijo Hind.

—¿Y de qué va a servir? —preguntó Jetty.

—Quizás no esté familiarizado usted con la idea de investigación —dijo ella—.

Pero lo que hacemos es observar y buscar activamente pruebas.

El sheriff no dijo nada.

—Pueden ver al hombre negro. La víctima ya sabemos quién es.

—Los voy a ver a los dos. ¿Y qué pasa, que el hombre negro no es una víctima?

—Hind era considerablemente más bajita que Jetty, pero lo estaba mirando cara a cara.

—No entiendo para qué necesita ver el cuerpo mutilado de un hombre —dijo Jetty—. De un buen cristiano.

—No se preocupe, lo puedo aguantar —dijo—. Y a él no le importará.

—Tiene esposa y familia.

—No le tocaré los testículos, si es lo que le preocupa.

—Dios bendito —murmuró Jetty.

—Voy a por mi kit de pruebas —dijo Ed.

—¿Sabe quién es el hombre negro? —preguntó Jim.

—Joder, no —dijo Jetty—. Tampoco lo había visto nadie antes. No hemos tenido tiempo de recogerle las huellas dactilares. No paran de salirnos negros desconocidos de debajo de las piedras.

—Por eso no se preocupe —dijo Hind—. Nosotros nos hacemos cargo.

—No me cabe duda —dijo el sheriff.

—Sheriff, ¿tiene algún problema con que me haga cargo del caso? —le preguntó Hind.

Jetty se quitó el sombrero y usó la mano para peinarse hacia atrás el pelo ralo de la cabeza sudada.

—Pues mira, sí. El asesinato es un asunto local. Podemos ocuparnos de nuestros asuntos. No necesitamos que vengan advenedizos a decirnos lo que tenemos que hacer.

—Pues aguántese, Jetty. Porque estoy aquí. Investigue usted el asesinato.

Nosotros averiguaremos que está pasando.

**52**

Mama Z estaba pintando el porche de su casa cuando llegaron Gertrude y Damon.

—Hola, bisnieta —le dijo.

—Mama Z, éste es mi amigo Damon.

—Encantadísimo de conocerla —dijo Damon.

Mama Z se rio.

—¿Encantadísimo? ¿De qué siglo sales, hermanito? Yo también me alegro de conocerte.

—¿Cómo la llamo? —preguntó Damon.

—Llámame Mama Z, como todo el mundo.

—Damon escribe libros —dijo Gertrude.

—¿Ah, sí? Pues quizás te podamos encontrar algo de lo que escribir.

—No entiendo —dijo Damon.

—¿Qué sabes de linchamientos? —preguntó Mama Z.

—Un poco. Escribí un libro sobre la violencia racial.

—Lo sé —dijo la anciana—. Tengo un ejemplar en casa. Es muy… —

buscó la palabra— … académico.

—Creo que lo dice en tono peyorativo.

Mama Z se encogió de hombros.

Damon miró a Gertrude como si buscara clarificación, pero vio que ella también se encogía de hombros.

—Académico —repitió.

—No te lo tomes mal —dijo Gertrude.

—Tu libro es muy interesante —dijo Mama Z—, porque fuiste capaz de juntar trescientas siete páginas sobre un tema así sin indignarte.

A Damon aquello le molestó visiblemente.

—La idea es que el trabajo científico y desapasionado genere la indignación adecuada.

—Bien dicho, bien dicho —dijo Mama Z—. ¿No te parece que lo ha dicho muy bien, bisnieta mía?

—Me lo parece —ratificó Gertrude.

—Están pasando muchas cosas extrañas en el Condado de Leflore, Damon —

dijo Mama Z—. Y también en otros sitios. No sólo en Mississippi. Cosas sobrenaturales.

—¿En serio? —Damon sonrió a Gertrude.

Gertrude asintió con la cabeza.

—¿Te gusta el color? —preguntó Mama Z. Se apartó de la barandilla del porche.

—Es negro —dijo Damon.

—Ya sé de qué color es —dijo la anciana—. Te he preguntado si te gusta.

—Costará verlo por la noche —dijo Damon.

—Es cierto, hijo, muy cierto. Y quiero que te acuerdes.

—¿De qué está hablando? —preguntó él.

—Gertrude, lleva a Damon a la biblioteca y enséñale los archivos.

—Ven —le dijo Gertrude—. Dentro hay algo que tienes que ver. ¿Quieres té?

—No quiero té. Sólo quiero enterarme de qué pasa y entenderlo. ¿Sobrenatural?

¿Qué es sobrenatural? ¿Qué chorradas son ésas? ¿Qué son los archivos? ¿Por qué se hace la misteriosa? ¿Quién pinta su porche de negro? —Damon siguió a Gertrude por la sala de estar. Miró las estanterías—. Tiene muchos libros.

Gertrude lo llevó a la biblioteca y le indicó la hilera de archivadores.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó Damon.

—Los archivos —dijo ella—. Hay expedientes de casi todas las personas linchadas en este país desde 1913.

Damon se quedó pasmado. Miró de pared a pared.

—¿Esa anciana ha recopilado todo esto? —Se acercó y pasó la mano por un archivador.

—Ábrelo. Lee.

—¿Por qué 1913?

—Mama Z nació en 1913. Poco después lincharon a su padre. Era activista por el derecho al voto. Su expediente es el primero.

—¿Y cuántos hay?

—No lo sé.

—¿Cómo ha hecho todo esto?

—No es como el resto de la gente —dijo Gertrude.

**53**

—¿Este tipo se llama de verdad McDonald MacDonald? —dijo el detective teniente del Condado de Orange Hal Chi. Estaba en el amplio vestíbulo de una casa gigantesca de Huntington Beach. A su

alrededor pasaban caminando y gateando los criminólogos. Había policías uniformados en todas las puertas.

—Sí, así se llama —le dijo su compañero, Daryl Ho. Miró sus notas—. No tiene nada que ver con el restaurante.

—Dinero no le faltaba, sin embargo —dijo Hal.

—Alguien ha dicho que es una familia rica de toda la vida.

—Pues se los ve bastante al día. Mira esta casa. Parece un catálogo de Restoration Hardware.

—O de Pottery Barn —dijo Daryl.

—En cualquier caso, la han comprado con sacos de dinero —dijo Hal.

—Ah, tienes que ver esto. —Daryl cerró su cuaderno—. La escena del crimen

está arriba. Han estado procesando el resto de la casa, pero esa habitación todavía no la han tocado. Salvo para hacer unas fotos. Ha estado ahí el forense, claro.

—Vamos a verla.

Hal siguió a Daryl por la enorme escalera de caracol. No se pararon delante de la puerta, sino que entraron directamente.

—Hostia puta —dijo Hal. Atravesó la habitación y se agachó junto al cadáver de un varón blanco de unos sesenta y cinco años, de calvicie incipiente, en pijama y degollado—. Joder, es un corte profundo. ¿Katana?

—Acertaste —dijo Daryl—. Está debajo de la ventana.

—¿Quién lo ha encontrado?

—La mujer de la limpieza. Vive solo. ¿Te lo puedes creer? Con una casa así de grande. Lo ha encontrado y ha bajado corriendo para llamar al 911. Han llegado los agentes de uniforme y han encontrado al dueño de la casa aquí y a… —Daryl señaló algo que había al otro lado de la habitación.

Hal se giró para ver otro cadáver.

—Ni hao —dijo. Sin necesidad de agacharse, pudo ver la cara de un

hombre

asiático, de unos cuarenta años quizás—. ¿Qué estás haciendo aquí, bèndàn?

—Mírale la mano —dijo Daryl.

—¿Qué es eso? Carajo, mira cuánta sangre.

—Son unos testículos. Y no son suyos.

Hal se giró otra vez para mirar al hombre blanco. Vio que tenía los pantalones del pijama abiertos y cubiertos de sangre.

—Pensé que sería sangre de la garganta.

—Seguramente una parte sí, pero nuestro paisano le ha arrancado los cojones.

Por lo menos eso parece.

—El pequeñajo se lo ha cargado con una espada —dijo Hal—. ¿Pero quién lo ha matado a él?

—Lo va a tener que averiguar el forense. Yo sólo soy un tipo normal con placa, pistola y esposas.

—¿No se ha identificado al asiático?

Daryl negó con la cabeza.

—Ya he visto bastante —dijo Hal—. Hazlos venir y que procesen todo esto. —

Miró la escena—. No lo puedo reconstruir. ¿Tú?

Daryl negó con la cabeza.

—No.

## 54

El primer hombre negro muerto seguía a buen recaudo en su cajón de acero inoxidable de Hattiesburg, y el segundo ya estaba de camino. La agente especial del FBI Herberta Hind y los detectives especiales del MBI Ed Morgan y Jim Davis estaban sentados en el que ya se había convertido en el reservado de siempre de los dos hombres. Gertrude

les trajo tres vasos de agua con hielo y los saludó.

—Gertrude, ésta es Herberta Hind —dijo Jim—. Es del FBI.

—¿Facturamos Buena Intimidación? —bromeó Gertrude—. ¿Fascismo de Baja Intensidad? —Recobró la compostura—. Perdón. Encantada.

Hind sonrió, en la medida que ella sonreía.

—Encantada de conocerte también, hija. Tu placa dice que te llamas Dixie.

—Es mi nombre artístico.

—Ya veo.

—¿Cómo te llaman, Herberta o Berta? —preguntó Gertrude.

Hind examinó a la joven durante un segundo largo.

—Mi familia me llama Herbie.

Los cuatro se quedaron un momento callados.

—Os traigo el café —dijo Gertrude, y se alejó.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jim.

—Creo que seguir al cuerpo —dijo Ed—. ¿Podría usar el asesino algo de la cadena de custodia de este cadáver?

—Creo que sí. Creedlo o no, mi oficina no piensa asignar más hombres, y perdón por la expresión, a esta investigación. Personalmente, no me sorprende.

Aun así, he pedido a vuestra agencia que os preste. Y han aceptado.

—Bueno pues, jefa —dijo Jim—. Mi pregunta sigue siendo la misma: ¿qué hacemos ahora, agente especial Hind?

—Herbie —dijo ella.

—¿En serio? —preguntó Jim.

—Si vosotros lo podéis aguantar, yo también —dijo ella—. Jim, quiero que sigas al cuerpo, como ha dicho Ed. Y que vayas a echar un vistazo a ese asesinato de Chicago donde le arrancaron las pelotas a la

víctima. O sea que tendrás que volar mañana.

Volvió Gertrude con el café.

—Perdón por haceros esperar. He tenido que preparar una cafetera nueva.

—Gertrude —dijo Ed—. ¿Crees que podrías presentar a la agente especial Hind y a Mama Z?

Gertrude vaciló un segundo y dijo:

—Claro.

—Deberíamos pedir la comida —dijo Hind—. Yo quiero el chile.

—¿Te gusta el chile? —preguntó Gertrude—. Os recomiendo el sándwich de pollo.

—Tres sándwiches de pollo —dijo Jim.

—Volando. —Gertrude se marchó.

Hind la vio alejarse.

—Es guapa. ¿Confiáis en ella?

—No se nos había ocurrido desconfiar —dijo Jim—. ¿A ti sí?

—No confío en mucha gente. —Herbie Hind colocó sus cubiertos y se puso la servilleta de papel sobre el regazo—. Ed, quiero que averigües más sobre los hombres blancos que murieron aquí en Money.

Ed asintió con la cabeza.

—Yo me vuelvo a Hattiesburg a revisar las pruebas y hablar con la forense.

**55**

Damon Thruff estaba sentado en una mesa de biblioteca, en mitad de la sala llena de archivadores grises, con una carpeta roja cerrada delante. Mama Z

estaba apoyada en el marco de la puerta, observándolo.

—¿No lo vas a abrir? —dijo la anciana.

—En algún momento, sí —dijo Damon. Miró a su alrededor—. No me puedo creer todo esto. ¿Cómo lo ha hecho?

Mama Z se encogió de hombros.

—¿Están todos?

—No diría que todos. Pero muchos.

—Éste es de 1913 —dijo, o preguntó.

—Sí, señor —dijo Mama Z—. Es mi padre.

—¿A su padre lo lincharon?

—El año en que nací. Se llamaba Julius Lynch. No te tomo el pelo. Lo colgaron y le pegaron un tiro a tres millas al sur de Hattiesburg. Mi madre murió tres meses más tarde de escarlatina. Me crio mi tío, John Lynch. Pero todo esto no trata de mí.

**56**

Julius Randolph Lynch

Fecha de nacimiento: 19 de agosto de 1859

Lugar de nacimiento: Plantación de Tacony, Parroquia de la Concordia, Luisiana Madre: Catherine White, mestiza, esclava

Padre: Patrick Lynch, blanco, capataz

Fecha de linchamiento: 21 de diciembre de 1913

Lugar de linchamiento: Al sur de Hattiesburg, Mississippi, junto a la Carretera 49

Evidencia 1

Informe policial del Departamento del Sheriff del Condado de Forrest

Caso Nº 1221191381a

Fecha: 21 de diciembre de 1913

Agente que informa: Ayudante del sheriff Donald Sessions Preparado por: Sheriff Larry Bolton

Incidente: Se halla el cuerpo de un varón negro de piel clara a 3,5 millas al sur de Hattiesburg, en una arboleda de sicómoros. Al individuo se lo encuentra con los tobillos y muñecas atados con un cable revestido. Al individuo se lo encuentra suspendido de la rama más grande de un roble por medio de una cuerda de color marrón claro que le forma un lazo en torno al cuello. El individuo es declarado muerto en la misma escena por el forense. Se determina que la causa de la muerte es una herida de arma blanca autoinfligida en el pecho.

El cuerpo es descubierto por un aparcero negro llamado Chancey Boatwright.

Éste informa del hallazgo del cuerpo al ayudante del sheriff Donald Sessions, que tiene el vehículo aparcado a una milla de distancia, en una gasolinera.

Boatwright es llevado a comisaría para prestar declaración y puesto en libertad.

Declaración de Chancey Boatwright (tomada por el Sheriff Bolton): Estaba tomando un atajo desde mi casa hasta la ferretería del señor Sims. No estoy seguro de qué hora era. No tengo reloj, pero era temprano. El suelo todavía estaba mojado de rocío. Me veía oscuras las punteras de las botas. Quería llegar antes de que abriera el señor Sims. Primero no he sabido lo que estaba viendo arriba de aquel árbol, porque estaba el sol de fondo. Me ha parecido que debía de ser una cometa, o una pieza de ropa, o algo. Pero al acercarme he visto que era un hombre, y por Dios bendito que me he llevado un susto de muerte. El pobre

hombre tenía pinta de que no le quedaba ni una gota de sangre en el

cuerpo. Le he rezado a Jesús y he echado a correr hasta la gasolinera para decirle al dueño que llamara a la policía. Pero estaba allí el ayudante ese, Sessions, así que le he contado lo que he visto. El ayudante me ha metido en la parte de atrás de su coche y me ha llevado adonde estaba el muerto. Me he quedado allí mientras él miraba.

Declaración del ayudante del sheriff Donald Sessions: A las 9:30 estaba comprobando el aire de los neumáticos de mi coche en la gasolinera de la Carretera 49. Entonces ha llegado corriendo a la gasolinera un negro al que ya conocía de antes, llamado Chancey, nervioso y jadeando como un perro. Me ha contado que ha encontrado a un hombre linchado. Le he ordenado que se tranquilizara. Luego se ha subido a mi coche y me ha enseñado el sitio donde había visto el cuerpo. He reconocido el cuerpo como el de un hombre negro llamado Julius Lynch. He llamado por radio al sheriff y el sheriff ha llamado al forense. He inspeccionado la zona y no he encontrado ni rastro de nadie más. He registrado la zona mientras esperaba al sheriff y me he encontrado una billetera de hombre y unas gafas de hombre. En la billetera no había ni dinero ni documentos de identificación.

Notas: el cuerpo de Julius Lynch fue reclamado por su hermano, John Lynch. El cuerpo fue recogido por la Funeraria Lynch. No se entrevistó a nadie. No se identificó a ningún sospechoso. No se detuvo a nadie. No se acusó a nadie. A nadie le importó.

**57**

Helvetica Quip estaba sentada a su mesa de acero inoxidable de la sala de autopsias del sótano de la sede del MBI en Hattiesburg con una taza de manzanilla en la mano. La agente especial Herberta Hind bebía Coca-Cola de una lata y tenía un cigarrillo fino y sin encender entre los dedos de la otra mano.

—Hoy en día ya casi no se ven cigarrillos —dijo Helvetica.

—Los llevo en la mano, pero no los fumo. Lo dejé. Mi padre fumaba puros —

dijo Hind—. Era conserje en la Casa Blanca.

—¿En el 1600 de la Avenida Pensilvania?

—Sí.

—Debió de ser un trabajo interesante.

—Sería de esperar, sí. Sobre todo porque trabajó allí durante la administración Nixon. Pero él decía que no era demasiado interesante. Contaba que Kissinger era educado, aunque cueste creerlo. Y que John Dean era un tipo nervioso.

—Uau. Nixon.

—Mi padre trabajaba de noche. Contaba que Nixon siempre estaba en el Despacho Oval. Y que a menudo le tocaba limpiar estando él allí porque dormía sentado a su mesa. Hind se terminó el refresco y tiró la lata vacía a la papelera que había cerca—. Contaba que Nixon lo vio más de mil veces, pero nunca lo saludó.

—¿Racista? —preguntó Helvetica.

—Borracho. Ausente. ¿Quién sabe?

—Nunca conocí a mi padre.

—¿Se marchó cuando eras niña? —preguntó Hind.

—No, estuvo viviendo en casa toda mi vida, pero nunca lo conocí. Era anestesiólogo, y casi daba la impresión de que se ponía a sí mismo a dormir todos los días. No me acuerdo de cómo le sonaba la voz. Creo que me puso a dormir, y por eso termine casándome con alguien igual de distante que él.

¿Quieres oír algo gracioso?

Hind asintió con la cabeza.

—Me enamoré del acento sureño de mi marido. ¿Te lo puedes creer? Tenía

acento de Mississippi.

Hind se rio.

—Bueno, doctora Quip, estoy segura de que él se enamoró de tu exótico acento británico.

—Mi acento no parece impresionar a la gente de por aquí.

Hind lo pensó un momento.

—Mi padre odió que yo terminara trabajando para el FBI.

—¿Y eso por qué?

—No confiaba en los blancos.

—Y sin embargo, trabajaba en la Casa Blanca —dijo Helvetica.

—Hasta él se daba cuenta de esa ironía.

El ordenador que tenía detrás Helvetica emitió un pitido.

—Parece que hemos encontrado algo, damas y caballeros. —Abrió una pantalla y la examinó—. El ADN de nuestro segundo cadáver pertenece a un tal Gerald Mister. Buen nombre, sí señor. Parece que el señor Mister pasó un par de años en la Cárcel del Condado de Cook. Lo soltaron ya hace mucho. Murió el año pasado. Y escucha esto: su cuerpo fue llevado a la empresa Suministros de Cadáveres Acme. Igual que el otro.

—Supongo que ahora nos toca ir ahí.

—¿Qué está pasando, agente especial Hind?

—No lo sé, doctora Quip, no lo sé. He mandado a Davis a Chicago.

**58**

Hacía un frío tremendo en Chicago, por lo menos para Jim Davis. Jim era de Nueva Orleans, y cada vez que el viento de Chicago lo abofeteaba, su cuerpo le recordaba aquel origen. Creía haberse vestido de forma adecuada, con un abrigo de lana por encima de la chaqueta también de lana del traje, pero se había equivocado. Condujo su coche de alquiler hasta la comisaría de Brighton Park y entró en el edificio recalentado por la calefacción.

Se acercó al oficial de guardia.

—Me gustaría hablar con el detective sargento Daniel Moon.

—¿Y quién carajo eres tú? —le preguntó el poli gordo.

—Soy el detective especial Jim Davis del Mississippi Bureau of Investigation —

dijo. Odiaba cómo sonaba aquello.

—¿Ah, sí? —dijo el hombre.

—Formo parte de un cuerpo especial que trabaja con el FBI. Oficial, ¿me puede dar su nombre?

El hombre se retrajo a su cuerpo y cogió el teléfono.

—Voy a llamar al detective Moon. Siéntese ahí.

Jim se sentó en una silla pegada a la pared junto a una mujer esposada. La saludó con la cabeza.

—Me van a fichar por prostitución —dijo la mujer.

—Lo siento —dijo Jim—. ¿Son duros con esas cosas por aquí?

—Si trabajas en la calle, sí —dijo ella—. Si trabajas por Internet o vas a hoteles y esas cosas, les da igual.

—¿En serio?

—Ya lo creo. A menos que el tipo del hotel te vea y no le gustes. Que es lo que me ha pasado a mí.

—Lo siento. —Jim se quitó el abrigo.

—Qué cabrón —dijo ella—. Y todo porque no le he querido pasar comisión.

—¿No es lo habitual? —preguntó Jim.

La mujer se quedó mirando un momento a Jim y puso mala cara.

—¿Sabes qué? Vete a la mierda —le dijo.

Jim asintió y apoyó la cabeza en la pared de atrás.

—¿Quién eres para juzgarme? —dijo la mujer.

Sin abrir los ojos, Jim dijo:

—Escucha, cielo, soy de Nueva Orleans, Luisiana. Allá abajo puedes hacer la calle hasta cansarte, siempre y cuando no le hagas la púa a nadie. Así que cálmate.

—Agente Davis —dijo un hombre.

Jim abrió los ojos para ver a un hombre asiático alto plantado a su lado.

—Soy Moon. Venga conmigo.

Jim se sentó en la silla de delante de la mesa de Moon. Moon se sentó en el borde de su mesa.

—¿Dice que le interesa el asesinato de Milam?

—Observó usted la escena del crimen —dijo Jim, una afirmación más que una pregunta.

—Es lo peor que he visto nunca.

—¿Había alambre de púas?

—Pues sí —dijo Moon.

Jim se sacó del bolsillo del abrigo un sobre doblado de papel Manila.

—¿La escena se parecía a éstas?

Moon examinó las fotos y se quedó mirando a Jim.

—¿Qué coño es esto? ¿Qué está pasando?

—¿Su escena se parecía a éstas?

Moon volvió a mirar las fotos.

—Era casi igual. Pero sólo había un cadáver.

—¿Y no vieron ninguna señal de que hubiera habido otro cuerpo allí? —

preguntó Jim.

—¿Qué quiere decir?

—¿Encontraron algo extraño? —Jim se corrigió—. Además de lo obvio. ¿Algo que no le cuadre?

—El criminólogo encontró unas fibras oscuras que no podemos explicar. No había señales de pelea, pero se le debieron de caer al asesino. El laboratorio ha dicho que estaban podridas.

—¿Le importaría enseñarme la escena?

Moon miró a Jim y volvió a mirar las fotografías.

—Sí, lo puedo llevar con el coche.

—Gracias, detective.

—Todo esto es muy feo, ¿sabe? —dijo Moon.

—Sí, lo sé.

—¿Quiere contarme lo que está pasando?

—Ojalá lo supiera.

**59**

Ed Morgan tenía menos claro su objetivo que su compañero. Le habían encargado que descubriera todo lo que pudiera sobre las cuatro víctimas blancas.

El problema inicial, tal como lo veía Ed, era que aquellos tres hombres y una mujer eran tan anodinos que había poco que descubrir de ellos. Eran simples en la acepción más estricta de la palabra, y no en ningún buen sentido. No era de extrañar que en un pueblo de aquel tamaño todo el mundo se conociera. De hecho, Carolyn Bryant, Wheat Bryant y el Milam al que llamaban Junior Junior estaban emparentados consanguíneamente. El forense, Fondle, era la pieza que no cuadraba. De manera que Ed decidió empezar por él. Fue a la casa del hombre y llamó a la puerta. Fancel Fondle le gritó que entrara. La encontró llenando un sillón abatible en la sala de estar.

—Me disculpo por molestarla en este momento tan difícil, señora, pero estoy investigando la muerte de su marido —dijo Ed.

—Tú no trabajas para el sheriff —dijo ella.

—No, señora. Soy del Mississippi Bureau of Investigation, en Hattiesburg. Me han asignado a este caso.

—¿De Hattiesburg? —Pareció momentáneamente impresionada por aquello.

—Sí, señora. —Ed decidió seguir por ahí—. Como su marido era un funcionario del gobierno, el MBI se ha tomado un interés extra especial en las circunstancias

de su triste y prematura defunción.

—Vete a la mierda —dijo ella.

—¿Cómo dice, señora?

—Seré gorda y blanca, pero tonta no soy.

—Le pido disculpas, señora Fondle.

—O sea que te han mandado a ti.

—Soy detective especial, señora.

—Siéntate, anda, coño.

El único sitio donde sentarse que había en la sala era otro sillón abatible, de vinilo, puesto al lado del de la mujer pero distinto. Cuando Ed se sentó en él, hizo un ruido embarazoso.

—Perdón —dijo.

—To el mundo hace ese ruido cuando se sienta ahí —dijo—. Tampoco te iría mal a ti perder un poco de peso, ¿eh?

—Sí, señora. Me disculpo si le hago algunas preguntas que ya debe de haber contestado.

—Bah, no pasa na —dijo. Era más joven que su marido, quizás tuviera cuarenta años, aunque costaba saberlo por culpa del sobrepeso y la mala vida. Era un poco bizca—. Pues eres bastante amable, para ser negro —dijo—. Hablas como si estuvieras educao. ¿Tienes estudios?

—Sí, señora. Dígame, ¿conoce a alguien que pudiera haber querido hacer daño a su marido?

Fancel Fondle se rio por lo bajo.

—Seguramente le habría querido hacer daño mucha gente, pero no matarlo. No caía bien.

—Ya veo.

—Se creía que ser forense le hacía especial, y a la gente de por aquí no le gustaba eso. No era médico de verdad, ¿sabe usté? —Cogió un caramelo sin envoltorio de un cuenco que había junto al brazo de su sillón y se lo metió en la boca—. Aun así, lo llamaban doctor.

—¿Y era reverendo? —preguntó Ed.

—Supongo que se podría decir que sí. No sé qué hace que uno sea

predicador.

No estudió ni na. Pero predicaba. Se le daba fatal. Siempre se equivocaba con las escrituras.

—Quizás se le diera bien reconfortar a la gente —dijo Ed, porque su madre le había enseñado que siempre hay que encontrar algo bueno y decir algo amable.

—Yo no diría eso —dijo Fancel Fondle—. Era bastante bruto. Creo que es la palabra. Siempre decía lo que no debía.

—¿Alguien lo odiaba?

—Nadie en particular, pero mucha gente en general —dijo, negando con la cabeza—. Él sí que odiaba a gente.

—¿A quién odiaba?

—Odiaba a la gente de color —dijo ella—. Lo siento.

Ed se encogió de hombros.

—Hay mucha gente por aquí que odia a la gente de color. Él era uno más.

—No parece que le cayera a usted muy bien su marido. ¿Por qué se casó con él?

—Esto es Money, Mississippi, señor detective. En el condao de Leflore, Mississippi. Mi marido no era guapo ni tenía buena conversación, pero tenía un trabajo fijo. Yo no terminé el instituto, canto como una almeja y no estoy buena sin ropa. Sólo estaba intentando tener una vida. Que fuera mía.

Ed se arrepintió de haber hecho aquella pregunta, se dio cuenta de que había sido una equivocación.

—Deme un par de nombres de gente a quien odiara.

—Odiaba a Red Jetty —dijo—. Aunque bueno, Red no lo sabía. Cad nunca lo odió a la cara. Le daba un poco de miedo Red.

—¿Y por qué lo odiaba? —preguntó Ed.

—Por el padre de Red.

—¿El padre de Red?

Fancel Fondle examinó a Ed durante un momento largo.

—El padre de Red Jetty se fue del Klan cuando el padre de Cad, Philbert, era Gran Keagle. El padre de Cad se cabreó y lo llamó traidor y toda clase de cosas desagradables. En fin, bastante gente se fue del Klan con él. Eso fue lo que lo cabreó más, toda la gente que se llevó con él. Y parte de ese odio pasó al hijo.

—¿Por qué se fue el padre de Jetty? —preguntó Ed.

—No lo sé. Por alguien a quien mataron. —Hizo una pausa para volver a mirar a Ed—. Perdón por hablar de esto contigo.

—No pasa nada, señora.

—Algo de un ne… de un hombre negro al que mataron. —Se metió dos caramelos más en la boca—. Esto es lo que me pone gorda.

—¿Está diciendo que el padre de su marido mató a un hombre?

—No lo sé. Quizás. Sí.

—¿Y cree que mucha gente sabía que lo mató? —preguntó Ed.

—Era uno de esos secretos que sabe to el mundo. —Hizo una pausa y apartó el cuenco de los caramelos—. Salvo la mujer que me limpia, Safie, eres la primera persona de color que entra en esta casa.

—¿Ah, sí?

—Eres amable.

—Señora Fondle, ¿su marido era miembro del Ku Klux Klan?

Ella no contestó.

—Ya no le puede perjudicar —dijo Ed.

—Sí. —La mujer pareció avergonzada.

—Me tendría que ir marchando, señora. Muchas gracias por su tiempo.

—Cad no era amable con nadie, ni de color ni blanco —dijo ella.

—Sí, señora.

—Aunque supongo que eso no te ayuda demasiao. —La mujer negó con la cabeza.

—No, señora.

**60**

Damon Thruff se dedicó a leer un dosier tras otro, un nombre tras otro. Al principio tuvo un cuidado extremo a la hora de devolver cada expediente a su sitio exacto antes de elegir el siguiente. Los veinte primeros aproximadamente los leyó en orden, pero ahora los estaba cogiendo al azar de cualquier cajón y de cualquier archivador. Y ya no se molestaba en devolverlos, sino que muchos se quedaban sobre la mesa, expuestos al aire y a la luz. Lo más inquietante era lo mucho que se parecían todos, lo cual era de esperar, pero aun así la realidad de aquel hecho era impactante. Eran como cebras, pensó: no había dos que tuvieran las mismas rayas, pero aun así era imposible distinguir a una cebra de otra. Le pareció todo deprimente, aunque los linchamientos tampoco podían ser otra cosa. Sin embargo, los crímenes, su práctica y su religiosidad se iban volviendo más perniciosos a medida que Damon se iba dando cuenta de que la semejanza entre sus muertes había causado que todos aquellos hombres y mujeres quedaran al mismo tiempo borrados y fundidos en una sola cosa, como un solo cuerpo.

Eran todos números y no tenían número, eran muchos y uno solo, un síntoma, un signo.

Mama Z entró en la sala y dejó una bandeja de plástico con té negro y unas galletitas.

Damon miró a la mujer y después contempló la luz tenue del otro lado de la ventana.

—¿Ya se está haciendo de noche? —preguntó.

—Está amaneciendo —dijo la anciana.

—¿He pasado toda la noche con esto?

Ella contestó con un «hmm» afirmativo.

—¿Todo esto lo ha hecho usted? —preguntó Damon.

Mama Z sirvió el té.

—Sí.

—Es increíble —dijo.

—He escrito la crónica del trabajo del diablo.

—¿Del diablo?

—No creo en ningún dios, señor Thruff. Es imposible sentarse aquí, tocar todas estas carpetas, leer todas las páginas y seguir creyendo en un dios. Pero sí creo en el diablo, y estoy seguro de que tú también.

—¿Y en el infierno? —preguntó Damon.

—Y en el infierno. El infierno es esto, señor Thruff. ¿No has prestado atención?

Los bebés son más listos que nosotros. Parece que siempre se estén intentando matar. Por eso los tenemos que vigilar en todo momento, para que no se traguen monedas ni beban herbicida ni traguen analgésicos como caramelos. Luego nos volvemos tontos y queremos vivir.

—¿Cómo es tener más de cien años?

—Es una pregunta estúpida —dijo la anciana.

—Perdón —dijo Damon.

—No he dicho que sea una pregunta mala ni poco razonable.

Llamaron a la puerta.

—Debe de ser Gertrude —dijo Mama Z.

Gertrude estaba en el porche con Herberta Hind. Le costó acertar a llamar bien a la puerta: primero golpeó demasiado suave y después demasiado fuerte. Hind la ponía nerviosa.

—Esta Mama Z —dijo Hind—, ¿es tu abuela?

—Mi bisabuela.

—Yo no tuve bisabuela. O sea, claro que la tuve, pero no la llegué a conocer.

Son una cosa tremenda, las generaciones.

Se abrió la puerta y entraron las dos en la casa. Mama Z no se puso nerviosa.

—¿Y a quién te has traído? —preguntó.

—Mama Z, ésta es la agente Hind del FBI.

Hind le estrechó la mano a la anciana.

—Agente especial Herberta Hind, de la oficina de Washington D.C.

—Ay, madre —dijo Mama Z, fingiéndose impresionada—. Herberta Hind —le dijo el nombre al aire, como si estuviera buscando algo—. Espero que tus padres no te pusieran de apodo Herbie. —Se rio.

Hind se rio educadamente. No se mostró avergonzada, pero estaba bastante impresionada por el ingenio de la mujer.

—La agente especial Hind está investigando esos asesinatos —dijo Gertrude.

—¿Ah, sí? No sabía que el FBI investigara asesinatos —dijo Mama Z —.

Pensaba que de esas cosas se encargaban las autoridades locales.

—Es posible que estos crímenes estén relacionados con violaciones de los derechos civiles —dijo Hind.

—¿Los derechos civiles de quién?

—Todavía no lo sé.

—Lo pregunto porque hay que tener derechos civiles para poder violarlos. —

Mama Z dejó que aquel comentario flotara en el aire—. Lo siento. Perdone mis modales. Podemos sentarnos aquí. Gertie, sé buena chica y haznos té y tráenos galletas. Asegúrate de que no viene el gato a molestarnos.

Gertrude asintió con la cabeza.

—Me gustan los gatos —dijo Hind.

—Éste suelta pelo como un loco —dijo Mama Z—. Le dejaría el traje rebozado antes de que pudiera decir «Mississippi goddamn» —dijo, medio canturreando

las palabras.

—¿Cómo se llama de apellido, Mama Z? —preguntó Hind.

—Todo el mundo me llama Mama Z.

—Pero para mis notas.

—Lynch. Me llamo Adelaide Lynch. —Y a Gertrude le dijo—: Ve a por ese té, hija.

Gertrude se marchó.

—¿De dónde viene la Z?

—No me acuerdo —dijo la anciana—. Es más fácil de deletrear que Omega. —

Mama Z miró a Hind a los ojos.

—¿Qué edad tiene?

—Ciento cinco.

—Se la ve de maravilla. Qué manera de moverse. ¿Vive sola?

—Sí.

—Fabuloso. ¿Cuál es su secreto?

—El veneno.

—¿Cómo? —preguntó Hind.

—Es como llamo a mi té de las noches —dijo Mama Z, y añadió en tono conspirador—. Lo mezclo con bourbon.

—Ajá.

Se quedaron un momento sentadas en silencio.

—Me han dicho que sabe usted casi todo lo que pasa por aquí —dijo Hind—.

Supongo que es lo que tiene haber vivido cien años.

—Sé un poco.

—¿Está al corriente del cadáver del hombre negro que ha aparecido en las escenas de tres crímenes distintos?

—Sí que eres directa, ¿no?

—No hay otra forma de preguntarlo —dijo Hind.

—Estoy al corriente. Es un asunto confuso. Desconcertante. ¿Cuál sería la palabra correcta? Suena todo un poco a magia, ¿no? —Mama Z abrió la caja de madera que había en la mesa y sacó un puro—. ¿Quiere uno?

—No, gracias. —Hind miró el puro y a su dueña.

—Sé que es una excentricidad —dijo la anciana—. Pero llevo los últimos setenta y cinco años fumándome uno al día. Puede que sean el secreto de mi longevidad.

Junto con el bourbon. ¿Quién sabe? ¿Has fumado uno alguna vez?

—No, nunca se me ha ocurrido.

—Son terriblemente caros, pero creo que valen la pena. Éstos son cubanos.

Seguramente no se lo debería decir.

Hind hizo un gesto quitándole importancia a aquello.

—No te quiero poner en una posición comprometida —dijo Mama Z.

—¿Qué me puede decir de los Bryant?

—Bueno, ya sabrás que Carolyn Bryant fue la mujer que acusó a Emmett Till de decirle cosas.

—Cosas de las que después se desdijo, por lo que he leído —dijo Hind.

—No se puede deshacer el disparo de una pistola.

Hind asintió con la cabeza.

—Puede que lo que esa mujer le hizo a aquel chico no lo puedan

perdonar los cristianos esos ni su dios.

—¿No es usted cristiana? —dijo Hind en forma de pregunta.

—Me cuesta demasiado perdonar. ¿Y tú?

Gertrude trajo una bandeja con té y galletas.

—Gracias —dijo Mama Z—. Ya puedes irte y dejarnos hablar. Venga, cielo, bisnieta de mi alma.

Gertrude se marchó.

—Te estaba preguntando por tu religión —dijo Mama Z mientras servía el té—.

¿Eres cristiana?

—Puede que sí. No me he decidido —dijo Hind—. Me decidiré cuando sea tan sabia como usted.

—Nadie me ha llamado antigualla de forma tan amable. —Mama Z sonrió.

—¿Nos hemos empezado cayendo mal o algo? —preguntó Hind.

—No lo creo. ¿Por qué?

—Porque parece como si hubiera cierta tensión aquí, entre nosotras. Como si no confiara usted en mí. ¿Confía en mí?

Mama Z no dijo nada.

—¿Por qué no? —preguntó Hind.

—Porque eres del FBI.

—También soy una mujer negra —dijo Hind.

—Pues ya ves mi problema.

—En cambio, entiendo que no tiene usted ningún problema con los agentes Morgan y Jones.

—No son del FBI.

Hind suspiró.

—No, pero sí son del MBI. Todo son letras, ¿no?

Mama Z miró un par de segundos a Hind y volvió a levantar la voz en dirección al resto de la casa:

—¡Más agua caliente!

—¿Tiene alguna razón para tenerle miedo al FBI?

—¿Es una pregunta retórica?

—Supongo que sí.

—A mi padre lo lincharon.

—Lo siento —dijo Hind.

—¿Es una disculpa oficial del gobierno de Estados Unidos?

—De una mujer negra.

—Una vez más —dijo Mama Z—, ya ves mi problema. Eso no es prácticamente nada. He oído la nada y suena igual.

—¿No cree que debería haber algunos de nosotros en sitios como el FBI, la CIA, el Congreso? —dijo Hind.

—No.

—¿Por qué no?

—Malas compañías. Yo evito las malas compañías.

**61**

El edificio de apartamentos era vulgar, en el sentido de que era idéntico a todos los demás edificios de la manzana, que a su vez era idéntica a todas las demás manzanas del vecindario. Dentro, el único rasgo distintivo del apartamento 3, situado en el piso de arriba y en la parte delantera derecha del edificio, era el precinto policial amarillo que tenía desplegado de lado a lado de la puerta y el letrero verde de 22x28 centímetros que había grapado a ella. Moon dejó entrar a Davis primero en el apartamento. Jim contempló la luz que entraba por las persianas abiertas del ventanal del lado de la calle y luego examinó la sala, recordando las fotos de la escena del crimen.

—El cuerpo estaba ahí, en el suelo de delante del sofá —dijo Moon,

señalando con la mano abierta.

Jim asintió con la cabeza.

—Bastante horripilante, pero lo más raro era lo limpio que se veía todo. O sea, ahora hay polvo, pero entonces apenas había. Y cuando lo descubrimos llevaba muerto más de una semana.

Jim asintió con la cabeza. Examinó la sangre negra y seca que había en la alfombra y en el suelo de madera.

—¿Por qué tardaron tanto en encontrarlo?

—Supongo que no caía bien a nadie. Y en cuanto al olor, todo el mundo pensaba que se había muerto una rata en las paredes.

—Tiene lógica —dijo Jim—. ¿Su instinto le dice algo?

Moon negó con la cabeza.

—Era un espectáculo feísimo. Tal como tenía enrollado en torno al cuello el alambre de púas, y era un alambre de púas que daba grima, viejo y oxidado, la víctima estaba casi decapitada. ¿Sabe usted cuánta fuerza hace falta para eso?

—Supongo que usted sí lo sabe.

—Los tipos del laboratorio de criminología dijeron que no lo podrían hacer ni dos tipos juntos tirando uno de cada lado. ¿Qué le parece?

—Intento no pensarlo. —Jim fue hasta la nevera y miró dentro—. Tres cervezas baratas y un bote de mostaza.

—Tal como lo encontramos.

—Un gourmet.

—¿Qué le dice a usted su intuición? —preguntó Moon.

—Nada de nada.

—¿Y adónde va ahora?

—Créaselo o no, voy a un sitio llamado Suministros de Cadáveres Acme.

¿Quiere venir? En realidad, me gustaría que viniera. Su insignia los

impresionará más que mi placa de Mississippi.

—Sí —dijo Moon—. Lo acompaño.

**62**

Ed Morgan estaba delante de la casa del ayudante del forense, Dill. Sólo sabía su apellido, Dill. El hombre vivía con su madre, a quien todo el mundo se refería siempre por el nombre de pila y el apellido, Mavis Dill. El jardín estaba invadido de maleza, descuidado y necesitado de agua. Delante de la casa había varios bancos de cemento, más de los que parecían necesarios o útiles, y uno de ellos roto y formando una letra «V». El Buick Riviera de mediados de los setenta estaba aparcado delante, cerca de la puerta del garaje, con el neumático trasero derecho desinflado desde hacía un tiempo. El maletero y el parachoques trasero estaban cubiertos de adhesivos: «Si se prohíben las armas, sólo las tendrán los forajidos»; «Si no hubiera Segunda Enmienda, no tendríamos la Primera»;

«Defiende América, vota al Partido Republicano»; «El dolor de Cristo salva»;

«Cuando suene la trompeta, yo me largo»; «WHTE AM Radio»; «TRUMP

Presidente»; «Mi otro coche también es un Buick». Detrás del Riviera había un Datsun B210 herrumbroso de mediados de los setenta.

Ed llamó a la puerta.

Dill salió a abrirle. No pareció sorprendido de ver al detective.

—¿Cuál de los dos eres?

—El negro —dijo Ed.

Dill soltó un soplido burlón. Se hizo atrás para dejar entrar a Ed.

—He oído que sois todos unos chistosos —dijo.

Se sentaron en lo que Dill llamó la sala de estar, los dos en el sofá. Ed ya se estaba acostumbrando a sentarse al lado de la persona a la que estaba entrevistando.

—¿Está en casa tu madre? Parece que todo el mundo habla de ella.

—Es verdad. Está durmiendo. Mavis Dill. —Dejó flotar el nombre en el

aire.

—¿Por qué es tan popular?

—Supongo que porque lo sabe todo de todo el mundo. Aunque no sea asunto suyo. Es la cotilla del pueblo.

—Y a ti todo el mundo te llama Dill. ¿Tienes nombre de pila?

Dill asintió, avergonzado.

—Pick. Y mi segundo nombre es Leon.

—¿Pick L. Dill? Vale, ya veo.

Dill soltó una risilla.

—En la escuela se cebaron conmigo.

—Estoy seguro. —Ed miró por la ventana—. Háblame de tu jefe.

—Está muerto.

—Antes de estarlo.

—Antes de estarlo yo le deseaba la muerte. Pero no lo he matado yo. Era una escoria humana, pero no lo he matado yo. —Dill no parpadeó.

—¿Qué es lo que no te gustaba de él?

—No tenía nada bueno. Era un idiota intolerante, ignorante y fariseo que cayó en la oficina del forense y puso su nido allí. Asignaba las causas de muerte que le daba la gana, sin basarse para nada en la ciencia. Era un criminal.

—Cuéntame eso.

—Bueno, ya está muerto, o sea que no lo va a poder arrestar, ¿verdad?

—Lo puedo intentar —dijo Ed.

Dill se rio.

—Entre tú y yo, ni siquiera me importa quien lo haya matado. Lo único que quiero es entender este jaleo. Es mi trabajo, y tal.

—¿Quiere café? Sólo tengo instantáneo. —Ahora a Dill se lo veía nervioso.

—No quiero café, gracias. ¿Pasa algo? —preguntó Ed.

—No.

—Ponme un ejemplo de uno de los crímenes de Fondle.

—El problema —Dill se inclinó hacia adelante— es que me preocupa implicarme a mí mismo. O sea, yo hacía lo que él me mandaba. No quería perder el trabajo.

Ed intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

—Como he dicho, a Fondle lo podrías haber matado tú y me daría igual. Sólo estoy intentando entender lo que está pasando. Esto de que los cadáveres desaparezcan es nuevo.

—En eso lleva razón. —Dill respiró hondo y despacio—. Hace unos cuatro años, un ayudante del sheriff llamó para informar de que había un cadáver detrás de la antigua fábrica de hielo. Ahora está abandonada. Hace un tiempo alguien intentó convertirla en salón de baile, pero esto es Money, Mississippi. Aquí no se baila.

—¿No?

—¿Sabe por qué los baptistas no follan de pie? —preguntó Dill.

—Dímelo.

—Porque tienen miedo de que alguien piense que están bailando.

Ed asintió con la cabeza.

—En fin, aquel hombre negro estaba muerto dentro de un contenedor de basura.

Le habían pegado un tiro en la nuca. Calibre treinta y ocho o cuarenta y cinco.

Un pedazo de agujero. —Dill se llevó la mano al pescuezo para indicarlo—.

Aquel ayudante ya no trabaja aquí, creo que Jetty lo despidió. Aquel día se lo

veía muy nervioso. Se pasó mucho rato hablando con Fondle. ¿Y sabe qué hizo Fondle?

Ed negó con la cabeza.

—Escribió suicidio en la casilla de la causa de la muerte. ¡Tal cual! ¿Quién se pega un tiro a sí mismo en la nuca dentro de un contenedor?

—¿Cómo se llamaba aquel ayudante? —preguntó Ed.

—Yo debería haber dicho algo entonces. ¿Pero a quién se lo iba a decir?

—¿El nombre del ayudante?

—Mustard, o Ketchum… Me acuerdo de que me recordó a un condimento.

Mayo, eso es. Mayo. No me acuerdo de su nombre de pila. No sé si llegué a saberlo.

—¿Sigue por aquí?

—Hace mucho que se fue.

—¿Y cómo se llamaba la víctima?

—Garth Johnson. Me acuerdo porque pensé: Garth, parece un nombre de blanco, aunque ya sé que no existen nombres de blancos ni de negros, pero ya me entiende.

—Supongo que sí.

—Es como si un blanco se llamara LaMarcus, se acordaría usted, ¿verdad?

—Supongo que sí. ¿Quién identificó el cadáver?

—Lo conocíamos todos. Trabajaba en la gasolinera. Vivía en el Bottom, claro.

—¿Tenía familia? ¿Alguien vino a identificarlo oficialmente?

Dill dijo que no con la cabeza.

—Si tenía familia, yo no la conocía.

Ed se aflojó la corbata. Estaba furioso.

—Estoy seguro de que no fue la única vez que Fondle hacía algo así.

—Aparte de ti, ¿quién crees que podría haber querido matar a Fondle?

—Todo el mundo, supongo.

—¿Cómo consiguió conservar el cargo?

—Cuesta perderlo si eres el único que se presenta.

—¿Conoces a alguien que pudiera haber querido ver muertos a Wheat Bryant o a Junior Junior Bryant?

—No eran ningunos ángeles, pero no.

—Gracias, señor Dill.

—Sólo volví a este estercolero de pueblo para cuidar de mi madre, ¿sabe?

Ed asintió con la cabeza.

**63**

Gertrude se marchó antes de que la agente especial Hind y Mama Z terminaran su reunión. Condujo la camioneta de Mama Z porque había dejado su coche en el pueblo para ir en el de la mujer del FBI. Condujo en dirección sur, hasta el Bluegum. Aunque el local estaba cerrado, introdujo un código en el panel numérico de la puerta y entró. Atravesó primero el comedor y después la cocina y por fin entró en una sala grande y bien iluminada. La luz del sol entraba a raudales por una serie de claraboyas. Las paredes eran completamente blancas y sin ventanas y el suelo estaba cubierto de colchonetas de grosores y colores diversos. En las colchonetas había una veintena de hombres y mujeres vestidos con gis negros y practicando artes marciales. Dos mujeres peleaban con lanzas largas, girando las cabezas bruscamente cada vez que esquivaban las armas puntiagudas. Tres hombres encapuchados practicaban dar patadas a unos postes cubiertos de sogas. Otro hombre practicaba la técnica de desaparecer. Gertrude sólo lo sabía porque otro día que había estado allí había presenciado cómo uno de ellos se fundía con las sombras. En un rincón apartado Chester se dedicaba a romper un ladrillo tras otro con la frente. Gertrude inhaló el aire lleno de sudor y sonrió.

—¿Quién ha dejado entrar a esa blanca? —preguntó una mujer bajita.

—Corta el rollo —dijo Gertrude—. Pero qué elegantes todos.

—Más elegantes que la realeza.

Un hombre alto se acercó a Gertrude. Se rascó la barba y dijo:

—Pero si son Dixie y Pixie.

La mujer bajita dijo:

—Sabes que te puedo pegar una paliza.

—Ojalá estuviera de broma —le dijo el hombre a Gertrude—. ¿Qué? ¿Estamos causando impacto ahí fuera o qué?

—Pues sí.

**64**

Damon Thruff escribía sin parar con un lápiz del número 3 afilado con su navaja de la fraternidad Phi Beta Kappa. Se dedicaba a garabatear nombres en un cuaderno pautado amarillo. Garabateaba sin parar: Bill Gilmer

Shedrick Thompson

Ed Lang

John Henry James

Charles Wright

Henry Scott

Arthur Young

George Dorsey

Mae Dorsey

Dorothy Malcom

Eugene Hamilton

Paul Booker

James Jordan

W.W. Watt

Lemuel Walters

George Holden

Will Wilkins

John Ruffin

Henry Ruffin

Eliza Woods

Anderson Gauss

Huie Conorly

Dago Pete

Laura Nelson

William Fambro

Isadore Banks

Varón desconocido

Tony Champion

Michael Kelly

Andrew Ford

Henry Hinson

Varón desconocido

Charles Willis

William Rawls

Alfred Daniels

Manny Price

Robert Scruggs

Jumbo Clark

Jack Long

Henry White

Varón desconocido

Rev. Josh Baskins

Bert Dennis

Andrew McHenry

Stella Young

Abraham Wilson

George Buddington

Albert Martin

Varón desconocido

Mujer desconocida

Richard Puryear

John Campbell

John Taylor

Ernest Green

Charles Lang

Ed Johnson

Andrew Clark

Alma Major

Maggie House

Nevlin Porter

Johnson Spencer

James Clark

Levi Harrington

Jack Minho

Elbert Williams

Will Brown

Wyatt Outlaw

John Stephens

Perry McChristian

Felix Williams

Varón desconocido

Bartley James

John Campbell

Eugene Williams

Robert Robinson

Bob Ashley

Cleo Wright

Lemuel Walters

Benny Richards

Lloyd Clay

Henry Prince

Jim Waters

Frank Livingston

William Miller

Berry Washington

James Chaney

James Jordon

George Armwood

Sydney Randolph

George Taylor

James Carter

Emmett Divers

Smiles Estes

Dick Lundy

Jennie Steers

Varón desconocido

16 hombres adultos

John Peterson

Frank Morris

James Byrd Jr.

Albert Young

James Reeb

Frazier Baker

James Scott

Joseph Smith

Francis McIntosh

George White

Zachariah Walker

Tom Moss

Varón desconocido

Varón desconocido

Calvin McDowell

Elias Clayton

Elmer Jackson

Isaac McGhie

Will Stewart

John Holmes

Thurmond Thomas

Elijah Lovejoy

Amos Miller

Jim Taylor

Elwood Higginbotham

Wade Thomas

Nelson Patton

David Jones

Ephraim Grizzard

Samuel Smith

11 hombres adultos

Angelo Albano

Ficarotta Villarosa

Lorenzo Saladino

Arena Salvatore

Giuseppe Venturella

Francesco DiFatta

Giuseppe DiFatta

Giovanni Cerami

Rosario Fiducia

Sanford Lewis

Varón sin identificar

Miles Phifer

Will Temple

Robert Crosby

John Heath

Matthew Williams

David Walker

La mujer de David Walker

Los cuatro hijos de David Walker

George Grant

Raymond Gunn

Henry Lowry

Sam Hose

Jan Hartfield

Bunk Richardson

Lee Heflin

Mrs. Wise

Dave Tillis

George Hughes

William Shorter

Joseph Dye

Orion Anderson

H. Bromley

Allie Thompson

Charles Craven

—Bueno, ya se ha ido la pasma —dijo Mama Z cuando entró en la sala de los archivos. Contempló los expedientes abiertos y el aspecto desaliñado de Thruff.

Damon levantó la vista.

—La mujer del FBI —dijo Mama Z. Examinó los ojos irritados de Damon y volvió a mirar las páginas que tenía delante—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy escribiendo sus nombres a mano. —Damon le sacó punta a su lápiz encima de una hoja de papel en blanco.

Mama Z se acercó el cuaderno y miró la lista.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó.

—Porque cuando escribo los nombres se vuelven reales y no sólo estadísticas.

Cuando escribo los nombres vuelven a ser reales. Es casi como que consiguen unos segundos más aquí. ¿Me entiende? Yo nunca sería capaz de inventarme tantos nombres. Los nombres tienen que ser reales. Tienen que ser reales.

¿Verdad?

Mama Z le puso la mano a Damon en el costado de la cara.

—¿Y por qué a lápiz?

—Porque cuando termine, voy a borrar todos los nombres y liberarlos.

—Continúa, hijo —dijo la anciana.

Benjamin Thompson

John Parker

Joseph McCoy

Magruder Fletcher

Adam

Abraham Smith

Joe Coe

Emmett Till

Anthony Crawford

Leo Jew Foo

Leo Tim Kwong

Hung Qwan Chuen

Tom He Yew

Charles Wright

Claude Neal

Dick Rowland

Mar Tse Choy

Leo Lung Siang

Yip Ah Marn

Leo Lung Hor

Leo Ah Tsun

Leans Ding

Eli Persons

Fred Rochelle

Henry Smith

Jim McIlherron

Yuen Chin Sing

Hsu Ah Tseng

Chun Quan Sing

Jesse Washington

John Carter

July Perry

Leo Frank

Mary Turner

Rueben Stacey

Sam Carter

Slab Pitts

Thomas Shipp

Willie Earle

Will James Howard

Ah Wang

Dr. Chee Long Teng

Chang Wan

Ah Long

Matthew Shepard

Wan Foo

Day Kee

Ah Waa

Ho Hing

Lo Hey

An Won

Wing Chee

Wong Chin

Charles Mack Parker

Varón desconocido

Michael Donald

Johnny Burrows

Ah Cut

Wa Sin Quai

2 hombres adultos

Varón desconocido

Mujer desconocida

James Byrd

Jimmy Actchison

Willie McCoy

Emantic Fitzgerald Bradford Jr.

D'ettrick Griffin

Jemel Roberson

DeAndre Ballard

Botham Shem Jean

Antwon Rose Jr.

Robert Lawrence White

Anthony Lamar Smith

Ramarley Graham

Manuel Loggins Jr.

Wendell Allen

Trayvon Martin

Kendrec McDade

Larry Jackson Jr.

Jonathan Ferrell

Jordan Baker

Victor White III

Dontre Hamilton

Eric Garner

John Crawford III

Michael Brown

Ezell Ford

Dante Parker

Kajieme Powell

Laquan McDonald

Akai Gurley

Tamir Rice

Rumain Brisbon

Jerame Reid

Charly Keunang

Tony Robinson

Walter Scott

Freddie Gray

Brendon Glenn

Samuel DuBose

Christian Taylor

Jamar Clark

Mario Woods

Quintonio LaGrier

Gregory Gunn

Leo Sun Tsung

Leo Kow Boot

Yii See Yen

Leo Dye Bah

Choo Bah Quot

Sai Bun Ning

Leo Lung Hong

Leo Chih Ming

Liang Tsun Bong

Husband Ah Cheong

Lor Han Lung

Ho Ah Nii

Leo Tse Wing

Akiel Denkins

Alton Sterling

Philando Castile

Terrence Sterling

Terence Crutcher

Keith Scott

Alfred Olango

Jordan Edwards

Stephon Clark

Danny Ray Thomas

DeJuan Guillory

Patrick Harmon

Jonathan Hart

Maurice Granton

**65**

Suministros de Cadáveres Acme tenía su sede justo al norte del Aeropuerto de Midway, en un edificio en forma de torta encajado entre una agencia de alquiler de coches y un supermercado de aspecto triste. Tras el mostrador solitario que decía «Recepción», en mitad del vestíbulo enorme y vacío, había una mujer. La mujer, que ya no era joven ni mucho menos, pero tampoco llegaba a la mediana edad, cubierta de tatuajes y un poco avejentada, les dedicó una media sonrisa. La media melena corta y rubia le flotaba por encima del cuello cubierto de texto. A pesar del aire frío, llevaba un top blanco y fino sin mangas. No pareció sorprendida de verlos, pero tampoco tenía demasiada pinta de recepcionista. Jim se detuvo frente al mostrador y contempló las paredes vacías.

La mujer lo miró.

—¿No me va a decir «en qué puedo ayudarlo» ni «bienvenido a Suministros de Cadáveres Acme»? —dijo Jim.

—Bienvenido a Suministros de Cadáveres Acme de Chicago. Ustedes los matan, nosotros los congelamos. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría hablar con alguien que se encargue de los registros o la contabilidad.

—Ustedes los apuñalan, nosotros los almacenamos.

—Soy el detective especial Davis, y éste es el detective Moon. —Jim no quiso usar la palabra Mississippi.

—Ustedes los despachan, nosotros los facturamos.

—Vale, vale, me disculpo —dijo Jim.

—Señora, nos gustaría hablar con el director —dijo Moon.

—A mí también —dijo ella—. Vengo aquí todas las mañanas, me siento detrás de este mostrador, leo tres novelas románticas y me voy a casa. Y cada dos viernes me está esperando el cheque encima del mostrador.

—¿O sea que no viene nunca nadie? —preguntó Moon.

—Que yo sepa, es posible que ahí dentro estén todos muertos. Y no voy a entrar a comprobarlo. Entiéndanlo.

Los hombres asintieron con la cabeza.

—¿Cómo podemos entrar? —preguntó Jim.

La mujer señaló una puerta que había al otro lado.

—Supongo que ésa es la puerta que lleva adentro. Es la única puerta. Si quieren probarla, adelante.

—Gracias —dijo Jim.

No es que fueran pisando fuerte sobre las baldosas de linóleo, pero sus pasos retumbaron exageradamente. Jim miró atrás y vio que la mujer había vuelto a su libro.

—¿Has leído el tatuaje que tenía en el cuello? —preguntó Jim.

—No lo he podido descifrar.

—En caso de emergencia, romper aquí.

—Estás de broma.

—Te lo juro, joder.

—Ni siquiera lo pillo —dijo Moon.

—¿Qué hay que pillar? Está loca.

Jim probó a girar el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Llamó con los nudillos enérgicamente, estilo policía, y escuchó. Nada. Llamó más fuerte, con golpes policiales apremiantes. Retumbaron todavía más que sus pasos.

Por fin la puerta se abrió un par de dedos. Un hombre bajito los miró a través de la rendija.

—¿Qué quieren? —Tenía acento, quizás hispano.

—Nos gustaría hablar con el director —dijo Jim.

—¿Han llamado a esta puerta? Nadie llama nunca a esta puerta. Llevó quince años trabajando aquí y nunca ha llamado nadie. —El hombre parecía agitado.

—Pues acabamos de llamar nosotros —dijo Moon—. Y ahora, déjenos entrar y llévenos con el director si no quiere que le pegue un tiro.

La puerta se abrió del todo.

El almacén estaba helado. Prácticamente nada podría haber preparado a Jimmy Moon para lo que vieron. Aunque no estaban entrando desde un sitio oscuro, las

luces eran tan potentes que los cegaron un poco. Era como una tintorería, pero en vez de camisas, blusas y chaquetas, había cadáveres de mujeres y hombres colgando de unos raíles suspendidos. Más allá, y atravesando el centro de la sala, los cadáveres desnudos se deslizaban con los pies por delante por una cinta transportadora. Sonaba a todo trapo la música de los Jackson Five. A-B-C. One two three. Unos seis metros por encima de sus cabezas colgaban del techo banderas de los Chicago Bears y de los Bulls. Jim miró a Moon y le indicó algo con el rabillo del ojo. El detective se rascó el mentón y se encogió de hombros.

La música cambió a Marvin Gaye. ¿Qué estaba pasando?

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Jim al hombrecillo.

—Ditka.

—¿Como Mike Ditka? —preguntó Moon.

—No somos parientes —dijo el hombre.

—Entonces, ¿por qué tiene acento español?

—Porque es gracioso.

—¿Dónde está el director? —preguntó Moon.

Ditka señaló unas escaleras que llevaban a una oficina, al otro lado de la cinta

transportadora.

—¿A qué se dedica usted aquí? —le preguntó Jim.

Dio la impresión de que Ditka no quería contestar.

—¿Señor Ditka?

—Bueno, vale, soy limpiador de pezones. —Como los detectives se lo quedaron mirando, dijo—: No podemos mandar los cuerpos hechos un asco a las facultades de medicina.

—¿Y no hace más que eso, lavar pezones?

—En primer lugar, los pezones los limpio. Lo que lavo, y no limpio, son los genitales.

—¿Es usted un lavapelotas? —le preguntó Jim.

—Como he dicho, la oficina está ahí arriba.

Las escaleras destartaladas les resultaron un poco más inquietantes todavía que el paseo por entre el desfile de cadáveres. Jim, que siempre había tenido un poco

de vértigo, intentó no prestar atención a cómo temblaba y se bamboleaba la estructura. La oficina estaba empapelada por dentro, las paredes y el techo, con pósteres de mujeres desnudas. La única ocupante de la sala era una persona de aspecto andrógino, con un mono de trabajo de color azul claro, que se giró para mirarlos cuando entraron. A diferencia del resto de la planta, la oficina estaba recalentada por la calefacción.

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren?

—Soy el detective especial David y éste es el detective Moon.

—¿Y?

—¿Cómo se llama, señor?

—Chris Toms. Soy el director de estas instalaciones. Llevo trabajando aquí desde que abrimos en el setenta y cinco. —Chris Toms sonrió—. Mil novecientos setenta y cinco.

—Gracias por aclarármelo.

—También soy el dueño.

Jim contempló la planta de abajo y le pareció ver que un hombre daba una patada a un cráneo. Volvió a mirar y se dio cuenta de que estaba viendo a dos

hombres jugar al fútbol con una cabeza.

—Hostia. Mira eso, Moon.

—A ver, el tipo está muerto —dijo Toms.

—¿Y dónde está el resto del tipo? —preguntó Moon.

—No lo sé. En Pittsburgh, quizás. Por lo menos una parte. Mandamos cadáveres completos y partes corporales a todo el país. A eso se dedica nuestra empresa.

—¿Y cómo funciona exactamente esa empresa? —preguntó Jim.

—Muere gente todos los días. Eso lo saben, ¿no? Y muchos no tienen a nadie.

Nadie reclama sus cadáveres, así que los reclamamos nosotros. Los limpiamos y los mandamos a laboratorios y facultades de todo el país. En cierta manera, estamos salvando vidas.

—Vale, lo pillo —dijo Jim—. Como parece que no le importan a nadie, tampoco tiene usted un cuidado excepcional con sus… sus mercancías, ¿no?

—¿Mercancías? —Toms repitió la palabra para ver cómo le sonaba—. Me gusta.

—¿Tiene usted buenos archivos? Si le dijera que ha desaparecido uno

de sus cadáveres, por ejemplo, un tal Gerald Mister, ¿tendría usted un registro de adónde mandó ese cuerpo y cuándo?

—En primer lugar, estos cadáveres no son míos.

—Muy bien —dijo Jim.

—Ya le he dicho que esa gente está toda muerta.

Moon estiró el cuello para asomarse a la planta de abajo.

—¿Están jugando béisbol con un ojo?

—Eh, se lo vuelvo a decir, están muertos. Cuando estaban vivos, se la traían floja a todo el mundo, y está más claro que el agua que tampoco le importan a nadie ahora que están… —Toms hizo una pausa efectista—… muertos. Salvo a ustedes dos, parece.

—¿No le parece un poco sacrílego?

—¡Están muertos! Muertos. Muertos. Muertos. ¿Sacrílego? Ahí abajo no hay almas, sólo brazos y piernas, cabezas y codos, lenguas, testículos y pezones.

Orejas y ojos. Si necesita usted un ojo, le mandamos un puto ojo. No viene con placa identificativa ni con panegírico. Le mandamos sólo el ojo.

—¿Guarda alguna clase de archivos?

—Sé dónde recoger cadáveres. Sé almacenar cadáveres. Sé embalar cadáveres y sé a quién mandárselos. Sé pagar a mis empleados vivos y sé pagar mis puñeteros impuestos. Dígame qué quieren, porque aquí nadie está haciendo nada ilegal.

—¿Alguna vez le ha desaparecido algún envío? —preguntó Jim—. Ya sea de camino a usted o de camino a alguna destinación.

Toms miró por la ventana.

—Los cuerpos se consideran desperdicios nocivos para la salud, ¿sabe? No se me exige dejar constancia de sus identidades, pero sí que tengo que dar cuenta de dónde están todos y cada uno de ellos. Lo que pasa es que nadie nos pide cuentas. Nadie nos ha pedido cuentas nunca. No existe ningún organismo que lo haga. No existe ningún control estatal de cadáveres.

—¿Qué está intentando decirnos, seño…? —Jim se interrumpió, sin saber si debía decir «señor» o «señora».

—No me van a causar problemas, ¿verdad que no?

—No, señor.

—Hace unos dos meses nos desapareció un camión. Encontramos la cabina, pero no el remolque.

—¿Y qué había en el remolque? —preguntó Moon.

—Veintiún cadáveres.

—¿Y dónde encontraron el camión? —preguntó Jim.

—Al sur de Saint Louis.

—¿Y el conductor? —Jim había sacado su cuaderno—. ¿Dónde está?

—No lo sabe nadie. Tenía un nombre curioso. Charles Hobbit o algo así. —

Toms fue a consultar sus archivos y rebuscó hasta sacar una carpeta—. Aquí está. Chester Hobsinger. Casi acierto. No sé qué le pasó. Era un tipo raro.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Me pareció sospechoso. Cogió el trabajo y se largó con mi camión.

Y no lo vi más. Aquí tiene una fotocopia de su permiso de conducir.

—¿Me la puedo quedar? —preguntó Jim.

—A mí no me hace falta. Un tipo bien raro. Los trabajadores de la planta lo llamaban blegro.

Jim ladeó la cabeza.

—Ya sabe, un blanco que quiere ser negro.

**66**

Daryl Ho colgó el teléfono y miró a su compañero, sentado varias mesas más allá.

—¿Algo interesante? —preguntó Chi.

—Más o menos. ¿Te acuerdas de nuestro asiático muerto?

Chi se lo quedó mirando.

—El forense lo ha perdido.

—¿Cómo que lo ha perdido?

—El técnico lo metió en un cajón y ahora el cajón está vacío —dijo Ho —. Han mirado en todos los cajones. El gē men no está.

—Pues vamos a mirar ese cajón vacío, ¿no? —dijo Chi.

Cuando Chi y Ho llegaron al edificio del laboratorio forense, ya estaban allí los equipos de la televisión. Desplegando cables, manipulando cámaras y haciendo pruebas de sonido, pero sobre todo bebiendo café y bostezando.

—¿Es verdad que el Distrito de Policía del Condado de Orange ha perdido un cadáver? —le preguntó una mujer a Ho, poniéndole un micrófono delante.

—El distrito no ha perdido nada ni a nadie. —Y luego, repensándose el hecho mismo de dar declaraciones, dijo—: Sin comentarios.

—¿Está esto relacionado con el asesinato de MacDonald?

—Sin comentarios.

Chi se las apañó para esquivar a la mujer y reunirse con Ho.

—¿Cómo se ha enterado todo el mundo tan deprisa?

—Esto es California del Sur —dijo otra mujer frente a una cámara—. Mejor que una persecución de coches por la autopista, ¿no?

Chi estiró del brazo de Ho para apartarlo de la mujer del micrófono.

Una vez dentro, se preguntaron por qué se habían molestado en ir hasta allí. El cajón ya estaba ocupado por otro cadáver, y los empleados estaban ajetreados diseccionando a más gente. Las morgues no eran buenas escenas de crimen.

Chi pidió que le enseñaran la grabación de la cámara de vigilancia, pero el tío del mostrador se rio.

—Esto es la puta morgue, colega —dijo—. ¿Qué quieres que vigilemos? ¿Si hay fantasmas?

A Ho le vibró el teléfono.

—Habla Ho.

—Detective Ho, soy la agente especial Herberta Hind del FBI.

**67**

Daniel Moon se puso al volante del Ford Taurus del Departamento de Policía y miró a Jim.

—¿Y ahora qué?

—Bueno, tengo aquí la dirección del señor Hobsinger.

Moon arrancó el motor.

—¿Dónde es?

La dirección estaba en el South Side. Los dos hombres charlaron un poco sobre el hecho de ser policías, y sobre el hecho de que lo odiaban pero no conocían nada más que el trabajo de policías, y por fin guardaron un silencio normal.

Aparcaron delante de la dirección y salieron. La casa estaba en una esquina de un vecindario que ya se había empezado a aburguesar. Jim Davis odiaba aquella palabra, porque parecía sugerir que se avecinaba algo mejor, o por lo menos que se estaba yendo algo malo.

—¿En el permiso de conducir pone el número de apartamento? —preguntó Moon.

—No.

—Creo que es una sola vivienda.

Subieron al porche. Moon llamó con los nudillos y al timbre. Davis intentó mirar por las ventanas y a través de las cortinas.

—No hay nadie —dijo Moon.

—O quizás el tipo está muerto ahí dentro —dijo Jim—. Ha estado desaparecido.

Relacionado con un caso de asesinato. Para mí es causa probable.

—No sé. ¿Y si se está tirando a su parienta ahí dentro?

Jim abrió la puerta de una patada.

—¿Qué coño haces? —dijo Moon.

—¡MBI! —gritó Jim mientras entraban—. Es de locos gritar esto. ¡MBI! Qué ridículo, joder.

—Huele a cerrado. Aquí no hay nadie —dijo Moon—. Pero ya estamos dentro, o sea que miremos.

Registraron las habitaciones sin encontrar a nadie. Moon examinó una estantería de libros. Jim revolvió los papeles de una mesa.

—Tiene un montón de libros, el tipo. Muchos de historia. Libros sobre trenes. Y

aquí hay unos cuantos de judo y karate. —Cogió un libro ilustrado de gran tamaño sobre artes marciales—. Con el apellido que tengo, lo normal sería que entendiera de estas cosas.

—Yo no he dicho nada —dijo Jim.

—Mira esto. —Moon sacó de su expositor una espada envainada. Desenvainó un palmo de hoja y silbó.

—¿Es una espada de verdad? —preguntó Jim.

—Es una katana de verdad.

Jim caminó hasta el escritorio, situado debajo de un ventanal con vistas al jardín de atrás, donde se habían amontonado las ramas caídas sobre la hierba muerta.

Hurgó entre los papeles. Recibos de tiendas de alimentación, facturas. Gruñó.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Moon.

—Un mapa de Mississippi.

—Hostia.

—Y mira esto. Hay un sitio rodeado con un círculo: un pueblo llamado

Money.

—¿Qué pone ahí en la esquina? —señaló Moon.

Jim estudió los garabatos.

**68**

Ho se llevó el teléfono al pecho y se dirigió a Chi:

—Agente federal al teléfono —dijo. Se volvió a acercar el teléfono al oído—.

¿Qué puedo hacer por usted, agente especial?

—He visto en las noticias de aquí que han perdido ustedes un cadáver —dijo Hind.

—Se ha perdido un cadáver, más bien —dijo él, un poco a la defensiva.

—Aquí en Mississippi también perdimos uno. Lo recuperamos, pero se perdió otra vez. Se perdió dos veces, de hecho.

—Muy bien. ¿Y por qué me está contando esto?

—El cadáver que encontramos estaba junto a otro.

—Continúe.

—¿Había alguna mutilación en la escena de su crimen? —preguntó ella.

—Sólo si cuenta usted los testículos cortados.

—¿El personal de su laboratorio ha podido encontrar ADN?

—No lo sé.

—Muy bien. Voy a decirle a la forense con la que estoy trabajando aquí en Mississippi que se ponga en contacto con su laboratorio. Ah, una cosa más, Detective Ho, sepa que ese cadáver va a volver a aparecer. Lo volverá a ver usted. Llámeme cuando pase.

—¿Qué me está intentando decir? —preguntó Ho.

—Llámeme cuando pase.

—Sí, señora.

—Ya tiene mi número ahí. Herberta Hind.

—Sí, señora.

Ho se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué pasa?

—Ni idea. Una loca diciendo que es del FBI. Me ha dado bastante grima. Dice que nuestro cuerpo va a aparecer otra vez. Así, tal cual: «Vais a volver a ver ese cadáver».

**69**

A Ed Davis le faltaba espacio en el coche del MBI mientras volvía a Hattiesburg.

Apenas había averiguado nada en todas sus entrevistas, más que el hecho de que odiaba a la gente blanca de Mississippi. Aunque odiar era una palabra demasiado fuerte, se dijo a sí mismo. Por mucho que su profesión le hubiera llevado a perder la fe en Dios, lo habían criado para ser un buen cristiano. De manera que no, no los odiaba. Pero sí se sentía activa e intensamente indiferente a ellos.

Aunque bueno, le tocó desdecirse otra vez. Ni siquiera en Money, Mississippi, se podía decir que toda la gente blanca fuera igual. Se rio. Muchos sí lo eran, sin embargo.

Aparcó en el garaje del MBI y subió los cinco pisos de escaleras que llevaban a la oficina que compartía con Jim y ahora también con Herberta Hind. Hind apagó su cigarrillo a toda prisa cuando lo vio entrar.

—Perdón —dijo ella, apartando el humo con las manos.

—No me importa. Desde que lo dejé me ha empezado a gustar el humo.

—Sigo fumando cuando estoy nerviosa —dijo Hind. Bajó una lama de la persiana para mirar mejor por la ventana.

Ed se sentó a su mesa.

—¿Y qué te pone nerviosa?

Hind lo miró un par de segundos y dijo:

—Mama Z. Lo que me pone nerviosa es Mama Z.

—¿Ah, sí?

—Pasa algo raro. Entiendo que no confíe en mí porque soy del FBI. Carajo, en los agentes del FBI no confío ni yo. Pero hay algo más. Era como si me estuviera intentando decir algo. O esperado que yo supiera algo.

—Tiene más de cien años —dijo Ed.

—¿Y qué?

—Pues que ha visto mucho. A la gente como nosotros le puede costar entenderla. Hay muchas arrugas ahí.

Hind recapacitó.

—Piénsalo. Nos lleva sesenta años. A su padre lo lincharon. Y vive en Money, Mississipi.

—Sí, vale. —Hind se puso otro cigarrillo en la boca con gesto ausente, se lo sacó y miró a Ed.

—Adelante. No se lo diré a nadie. De hecho, dame uno.

Hind le tiró el paquete primero y después el encendedor. Ed se encendió uno.

—Esa vieja trama algo. Lo noto. Carajo, lo sé.

—Sea lo que sea, no está yendo por ahí matando a estos palurdos racistas, y ése es nuestro trabajo, por extraño que parezca. Atrapar al asesino de asesinos.

—Es nuestro trabajo —repitió ella—. ¿Tienes noticias de Jim?

—Sólo un mensaje de texto. Dice que llamará más tarde.

—Llamémoslo ahora.

Jim estaba sentado en el aeropuerto de O'Hare, en un bar, cuando le vibró el teléfono. Contestó la llamada.

—Eh, Jimmy —dijo Ed.

—Compañero.

—Yo también estoy aquí —dijo Hind.

—¿Estáis fumando? —preguntó Jim.

Ed se puso el cigarrillo instintivamente detrás de la espalda.

—No. ¿Por qué?

—Suena como si estuvierais fumando.

Hind articuló en silencio las palabras qué miedo.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Jim.

—No mucho —dijo Ed.

—No —dijo Hind.

—Bueno, pues aparte de descubrir que existen las factorías de cadáveres, tengo un nombre. Hace unos meses robaron un camión que conducía un tal Chester Hobsinger. El camión apareció, pero el remolque lleno de cadáveres no.

—¿Hobsinger? —preguntó Hind.

—Desaparecido. He ido a su casa. Es una casa bastante chula. Y allí he encontrado un mapa de Mississippi. ¿Os lo podéis creer? Si podéis, entonces no os podréis creer esto: había hecho un círculo con rotulador alrededor de Money.

Ed soltó un silbido.

—¿Algo más?

—En el mapa había garabateadas las palabras «blue gun». Creo que ponía «blue gun». Podría ser «glue gun», en realidad. En fin, tengo fotocopia de su permiso de conducir.

—Mándame una foto del permiso y lo pasaré por el sistema —dijo Hind—.

¿Algo más?

—Me temo que no.

—Es un puto domingo y estamos yendo por la puta Ruta 60 al puto Corona. Que ni siquiera está en el puto Condado de Orange. Joder, ni siquiera está en el puto Condado de Los Ángeles.

—¿Cuántas palabrotas más vas a decir? —le preguntó Ho a su compañero—.

Está en el Condado de Riverside.

—En el puto Condado de Riverside.

—El capitán dice que tenemos que ver la escena de un crimen y vamos a verla.

—Una puta escena. Dime, ¿por qué somos polis? Somos tíos competentes. Yo soy guapo. Podríamos estar haciendo cualquier cosa y ganando dinero. Joder, hasta seríamos buenos criminales.

—Tú de criminal no durarías ni un día —dijo Ho.

—¿Y eso por qué?

—Porque no eres lo bastante listo.

—Vale, pero tienes que admitir que soy guapo.

Ho aparcó el coche sobre la tierra roja apisonada de delante de una taberna.

Había aparcadas tres unidades del Sheriff del Condado de Riverside y dos coches patrulla de Corona. Al otro lado del porche de madera, un caballo ensillado y atado a un poste.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó Chi.

Le enseñaron sus placas a un policía de Corona grande como un armario que estaba en la puerta y entraron al bar. Todas las luces estaban encendidas. Nada más entrar había una mesa con un par de cajas de dónuts.

Chi agarró uno de masa frita. Ho se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa? Me gustan los de masa frita. No se ven todos los días. Y tengo hambre.

—Pues se te pasará enseguida —dijo una ayudante del sheriff—. ¿Sois los tipos del condado de Orange?

—Ho.

—Chi.

—Minh, del Departamento del Sheriff de Riverside. —La mujer les estrechó las manos—. ¿Os gustan las cosas horripilantes?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ho.

La mujer los llevó al otro lado de la barra, hasta la oficina, donde se hizo a un lado para dejarles ver.

Chi dio un mordisco al dónut de masa frita.

—Joder, qué rollo tan chungo.

De una viga del techo colgaba el cuerpo de un hombre blanco, con la cara retorcida, la lengua fuera y la entrepierna y los muslos cubiertos de sangre.

—Le han cortado las pelotas —dijo Minh.

—Suena bastante feo cuando lo dices —dijo Chi.

—Es posible que lo hiciera este tipo. —Minh retiró una sábana para revelar el cuerpo de un asiático muerto. Tenía algo sanguinolento agarrado con la mano.

—A éste lo hemos visto antes —dijo Ho.

—Hostia —dijo Chi.

—Por eso estamos aquí —le dijo Ho a Chi—. Es el mismo tipo, ¿verdad?

Chi asintió con la cabeza.

—Estoy bastante seguro.

—La mujer dijo que esto iba a pasar —dijo Ho.

—¿Qué? —preguntó Chi.

—La agente esa del FBI. Dijo que lo volveríamos a ver.

—¿Qué coño está pasando? —Chi dio un rodeo al cadáver y examinó los testículos que tenía en la mano—. Es el mismo tipo, joder.

—Necesito hacer una llamada —dijo Ho, y se alejó.

—¿Qué pasa? —preguntó la ayudante Minh—. ¿Conocen a este hombre?

—Se podría decir que sí —dijo Chi—. Estaba en la escena de un asesinato que procesamos hace dos días.

—Y ahora alguien lo ha matado a él —dijo ella.

—No, no exactamente. También estaba muerto la otra vez. —La miró a ella y luego al hombre colgado—. El asiático muerto estaba presente en otro asesinato, muerto, como ya he dicho, y con los testículos de otro hombre en la mano. Su cuerpo desapareció del cajón del laboratorio forense.

—¿Y ahora está aquí?

—¿Qué sabemos de éste? —Señaló al colgado.

Minh consultó su cuaderno.

—Se llama Jesse Mendel. Es copropietario de este local y también lo dirige. Su socio está en el hospital.

Chi la interrogó con la mirada.

—Sin relación con esto. Está ahí para una operación. —Minh continuó —: Los dos cuerpos los ha descubierto Becky Kilmer, que trabaja de camarera aquí.

Abren a las diez. Ella ha llegado tarde, a las diez y veinte. Está sentada fuera, en mi coche. Bastante afectada.

—Me lo imagino. ¿Ha dicho si conocía al hombre asiático?

—Dice que no lo había visto nunca.

—¿Mendel está casado? —preguntó Chi.

—Divorciado. Creo que había algo entre él y la camarera. No sé si es importante.

—¿Crees que ella ha tenido algo que ver con esto?

Minh negó con la cabeza.

—¿Cómo está ese dónut?

—Se me están pasando un poco las ganas de comérmelo.

**71**

Ho a Hind:

—¿Qué coño está pasando aquí?

**72**

Damon Thruff estaba sentado en una silla plegable de director de cine, en el porche de madera de detrás de la casa de Mama Z. Mama Z estaba sentada a su lado en una mecedora de madera alabeada. Damon respiró hondo y contempló los árboles.

Mama Z cortó las puntas de un par de puros y le dio uno a Damon. Damon lo sostuvo entre los dedos y se lo quedó mirando.

—No tienes por qué fumártelo —dijo la anciana—. Con que te limites a tenerlo en la mano, ya me dará la sensación de que no estoy fumando sola.

—Muy bien. —Damon manoseó el puro y se lo puso entre los labios. A continuación se lo sacó de la boca y miró la etiqueta—. ¿Son cubanos?

—Sí.

—Mama Z, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque Gertrude te quería aquí. Confía en ti. Dice que eres listo.

—Vale, pero eso no contesta la pregunta.

—Cree que puedes hacer una crónica de esto, para que la entienda todo el mundo. —Expulsó el humo lejos del hombre.

—¿Una crónica de qué?

—Ya te enterarás. —Dio una calada al puro e hizo brillar la brasa—. A

su debido tiempo, hermanito. Todos estamos entendiendo esto sobre la marcha.

—Me gustaría saber de qué está usted hablando.

Pasaron un par de minutos sentados en silencio

—Los archivos son impresionantes. Creo que no volveré a ser el mismo. Escribir todos esos nombres ha sido demasiado.

—No, señor. No lo ha sido. Lo que viene sí que es demasiado.

—Debe de haber seis mil expedientes ahí. ¿Cómo lo ha hecho? Es una cantidad enorme de trabajo.

—Siete mil seis —dijo Mama Z—. Y no ha sido trabajo. Todos tenían nombre.

—Hay muchos varones desconocidos. Y han sido igual de difíciles de escribir que los nombres. —Damon cerró los ojos con fuerza un segundo.

—Varón desconocido es un nombre —dijo la anciana—. En cierta manera, es más un nombre que todos los demás. Les quitaron un poco más que la vida.

—Y en todos esos expedientes que he leído, no se hizo pagar el crimen a nadie.

Ni a una sola persona.

—Sería bonito pensar que el pago se hace el día del juicio.

—Pero usted no se cree eso.

—No me lo creería ni aunque creyera que existe un dios. Menos del uno por ciento de los autores de linchamientos han sido declarados culpables de algún crimen. Y sólo una pequeña parte de ésos han cumplido una sentencia. Teddy Roosevelt dijo que la principal causa de los linchamientos eran las violaciones de mujeres blancas por parte de hombres negros. ¿Y sabes qué? Eso no fue así.

—¿Por qué cree que los blancos tienen tanto miedo de eso?

—Quién sabe. Incapacidad sexual, quizás. O una amplificación de su deseo de violar, que es algo que ellos sí hicieron. —Mama Z expulsó el humo—. Pero creo que la violación no fue más que una excusa.

—¿Cree que los blancos simplemente tienen miedo de los negros?

—Creo que es un deporte.

**73**

El sheriff Red Jetty estaba sentado en un reservado del fondo del Dinah. Estaba siguiendo con el dedo las líneas amarillas de la superficie de Formica roja de la mesa cuando levantó la vista y vio que se le acercaban sus ayudantes. Mojó dos patatas fritas frías en su charquito de kétchup y se las comió. Los hombres se desplomaron en el asiento de delante del reservado.

—¿Qué? —preguntó Jetty—. ¿Tienes frío en la cabeza, Brady?

Braden Brady se quitó el sombrero.

—Todo el mundo está hablando del detective negro ese que se dedica a ir por el pueblo hablando con la gente —dijo Delroy Digby—. Entrevistándolos y tal.

—Está haciendo su trabajo —dijo Jetty—. Que es más de lo que puedo decir de algunos.

—¿Qué mosca le ha picado, sheriff? —preguntó Braden.

—No lo sé. —El sheriff le hizo un gesto a Dixie con su taza para que le trajera más café—. Noto un ambiente raro. No sé qué es.

—¿El qué? —preguntó Digby.

—Acabo de decir que no lo sé.

—Yo he oído el rumor de que el detective ese le ha tirado los trastos a la parienta del reverendo Fondle —dijo Digby.

—Cállate, Digby —dijo Jetty.

—Mi padre me contó que, en los viejos tiempos, un rumor así ya bastaba para colgar a un negro —dijo Brady.

Dixie le sirvió otra taza de café al sheriff.

—Hola, Dixie —dijo Digby.

—Ayudante. —Dixie lo saludó con la cabeza—. ¿Queréis algo?

—Para mí sólo café —dijo Digby.

—Chile —dijo Braden—. Y una Coca-Cola Light.

—Marchando.

En cuanto Dixie se alejó, Jetty dijo:

—Tu padre tenía menos seso que un chimpancé que se rompió la cabeza de bebé.

—No se atreva…

—Cállate, Brady. Pero si tú lo odias porque te zurraba con una correa de afilar navajas.

Brady no dijo nada.

—Aun así, ¿vamos a dejar que se adueñen de esto los negros o qué? —Braden miró a Dixie—. He oído decir que Dixie tiene alguna gota de sangre negra.

—Todos tenemos alguna gota, palurdo estúpido. ¿Y adueñarse de qué? ¿De Money, Mississippi? ¿Quién coño quiere Money, Mississippi? ¿Quién coño quiere el puto Mississippi entero?

—Caray, jefe, ¿qué le pasa?

—¿No os habéis enterado? —preguntó Jetty.

—¿De qué? —se oyó a Digby.

—En el pueblacho de mierda de Hernando, Mississippi, que quizás sea el único sitio donde valga menos la pena estar que en Money, han encontrado a seis blancos y a un viejo negro muertos.

—No me he enterado —dijo Brady.

—Seis hombres blancos muertos con las pelotas cortadas.

—Hostia —dijo Brady.

—Todos estrangulados. En una puta habitación cerrada con llave.

—¿Los mató a todos el negro? —preguntó Brady.

—Joder, yo qué sé. Y luego supongo que se suicidó, ¿no? Lo único que

sé seguro es que el mundo se ha convertido en veinte litros de mierda metidos en un cubo de cuatro litros. No entiendo una puta mierda y no me gusta. —Jetty miró a sus ayudantes y negó con la cabeza como si estuviera decepcionado.

—¿Qué? —preguntó Brady.

Jetty se puso de pie y agarró su sombrero.

—Os veo en comisaría.

Gertrude estaba al teléfono junto a la caja registradora. Tapó el auricular con la mano para despedirse con un gesto de cabeza del sheriff que se marchaba.

Él le devolvió el gesto:

—Te veo, Dixie.

En cuanto el sheriff estuvo fuera, Gertrude echó un vistazo a los ayudantes y siguió hablando por el teléfono:

—Pasa algo raro. Acabo de oírselo decir a Jetty. Algo ha pasado en Hernando.

No sé el qué. Pero entérate y avísanos a Mama Z y a mí.

**75**

En Hattiesburg, Helvetica Quip, Herberta Hind, Ed Morgan y Jim Davis estaban sentados a una mesa de la cafetería del MBI. El resto de mesas estaban vacías.

Eran las seis pasadas, en cualquier caso, allí casi nunca cenaba nadie. Si te alejabas unos metros, daba igual la dirección, había tres o cuatro braserías.

Estaban los cuatro intercambiando impresiones y bebiendo café de una máquina expendedora, porque no se atrevían a comer la comida de allí.

—Has estado fumando —le dijo Jim a Ed.

Ed echó un vistazo a Hind.

—Que no.

Jim los miró a los dos.

—Sois unos pésimos mentirosos —dijo, negando con la cabeza. Miró a Helvetica.

—Unos pésimos mentirosos —repitió ella.

—¿Qué te hace pensar que he estado fumando? —preguntó Ed.

A Jim le vibró el teléfono. Se lo sacó del bolsillo de la chaqueta y lo miró.

—Es el capitán —dijo. Se alejó de la mesa y contestó.

—Oléis a humo —dijo Helvetica—. Ya nadie fuma, así que ahora es fácil olerlo.

Tendríais que llevar monos protectores para fumar. Aun así, el olor se os quedaría en el pelo. Supongo que podríais llevar gorros de ducha. —Los miró a los dos por turnos—. ¿Vale la pena tener que ponerse monos protectores y gorros de ducha por un cigarrillo?

Hind y Ed lo pensaron y asintieron juntos con la cabeza.

—Sí, sí, ya lo creo.

—También os podríais colgar del cuello uno de esos ambientadores en forma de arbolito que se ponen los taxistas.

—Quizás lo haga la próxima vez —dijo Hind.

Jim volvió a la mesa.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —preguntó Ed.

—Tú también, Herberta. Vamos a Hernando. Siete muertos. Otra escena del crimen igual que las nuestras.

—¿Dónde carajo está Hernando? —preguntó Hind.

—En las afueras de Memphis —dijo Jim—. Son cuatro horas en coche. Haced las bolsas y pongámonos en marcha.

—¿Yo estoy invitada? —preguntó Helvetica.

—Cosa tuya —dijo Jim—. ¿Quieres trabajar sobre el terreno un poco?

—Puede que vea algo —dijo ella.

—Toda ayuda es bienvenida —dijo Ed. Hizo un gesto abatido con los hombros

—. Necesito llamar a mi futura ex mujer.

—¿Quieres que hable yo con ella? —preguntó Jim.

—Seguro que eso lo arregla todo.

**76**

El restaurante Bluegum no tenía demasiada buena pinta, pero sí tenía las luces encendidas en plena noche, y se veía lleno de bullicio cuando Jim aparcó el sedán de la jefatura estatal en el aparcamiento de grava. Ed tenía su asiento echado hacia atrás, de tal manera que Quip iba sentada con las rodillas pegadas al pecho.

—¿Por qué nos paramos aquí? —preguntó Ed.

—Porque es aquí —dijo Jim—. Helvetica va toda apretujada ahí detrás y todos tenemos hambre. ¿Tengo razón o no?

—Tienes razón —dijo Hind.

Salieron en tromba del coche, entraron en el restaurante y una joven con un peinado afro voluminoso los hizo sentarse en un reservado de la pared del fondo.

De unos altavoces instalados en las esquinas del techo salían grabaciones de blues acústico. Blind Blake. Mississippi Fred McDowell. Robert Johnson. Toda la clientela era negra. La mayoría tenían treinta años o menos. Cerca de las puertas dobles de la cocina había un escenario vacío salvo por un pie de micrófono y un viejo amplificador.

—No está mal el sitio —dijo Hind.

—Me siento viejo de golpe —dijo Ed.

—Mucha gente guapa. —Quip abrió el menú—. Pollo a la barbacoa con quinoa.

Eso no se ve todos los días. Jícama rayada, arroz jambalaya, jalapeños rellenos y pollo picante jamaicano. Cuántas jotas.

—Justo —dijo Jim—. Perdón, no me he podido contener.

La mujer que les había dado la mesa volvió para anotarles las bebidas. Quip se pidió un vino blanco y miró cómo los demás pedían café.

—O sea que yo soy la borracha —dijo Quip cuando se fue la camarera —. Me vais a decir que estáis de servicio, ¿no?

—No, a mí es que me gusta el café —dijo Ed. Ed vio que Jim estaba mirando algo situado en la otra punta del local—. ¿Qué pasa?

Jim señaló la puerta con la cabeza.

—Todos miraron.

—¿Ésa no es Gertrude? —dijo Hind.

—Pues sí —dijo Ed.

Un par de camareras dieron la bienvenida a Gertrude. Hubo muchos abrazos y sonrisas, todo normal entre amigas que se saludan, pero después de cruzar unas palabras, Gertrude se fue dando zancadas decididas y quizás nerviosas hasta las puertas dobles de la cocina. Tampoco aquello habría parecido raro, pero al llegar a las puertas se giró para escrutar el local con recelo.

Jim miró a Ed.

—¿Qué? —preguntó Ed.

—Pasa algo raro —dijo Jim—. Tengo una sensación rara.

—Lo que tienes se llama hambre —dijo Ed—. Yo me pido los jalapeños rellenos.

Jim se sacó el teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hind.

Jim levantó un dedo para indicar a los demás que esperaran. Pulsó el número de Gertrude y esperó a que sonaran tres timbrazos.

Gertrude contestó.

—Hola, agente especial —dijo en tono juguetón—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estamos de camino a la escena de un crimen. ¿Dónde estás tú?

—En casa de Mama Z —dijo ella.

—¿Y cómo está?

—Es la persona con más voluntad que he conocido nunca, ciento cinco años y no para. ¿Por eso me llama?

—Quería saber si Mama Z podría estar disponible para hablar con nosotros hacia el fin de semana. Queremos saber más de la historia de Money. ¿La tienes ahí contigo?

—Pues es que está durmiendo. Mañana se lo pregunto y le digo algo ¿Le parece bien?

—Sí. Gracias, Gertrude.

Jim se guardó el teléfono.

—Está en Money con Mama Z.

—Ya veo —dijo Ed.

De pronto se hizo el silencio en la sala y todo el mundo dirigió su atención al escenario. Una mujer alta con una espectacular cresta enchufó un micrófono en el amplificador, provocando un segundo de acople estridente. Luego se irguió y colocó el micro en el pie. Miró a todo el mundo y se quedó allí, en silencio, casi medio minuto. Por fin cantó con voz grave de hombre y mucho efecto reverb en el amplificador.

Southern trees bear strange fruit

Blood on the leaves and blood at the root

Black bodies swinging in the Southern breeze

Strange fruit hanging from the poplar trees

Pastoral scene of the gallant South

The bulging eyes and the twisted mouth

Scent of magnolias, sweet and fresh Then the sudden smell of burning flesh

Here is fruit for the crows to pluck

For the rain to gather, for the wind to suck

For the sun to rot, for the trees to drop

Here is a strange and bitter crop1

La mujer no alargó la nota final, la palabra «crop», sino que la dejó caer como si estuviera hablando. Ni siquiera el reverb hizo ningún eco. Aun así, la palabra se quedó flotando en el aire del local. Sonó otro acople chirriante cuando la mujer se arrodilló junto al amplificador para apagarlo.

—Uau —dijo Hind.

—Ya lo creo —dijo Quip. Su acento británico pareció transmitir el sentimiento adecuado.

———————

1 Lleva fruta extraña el árbol sureño / con sangre en las hojas y en las raíces /

cuerpos negros colgando de la brisa del Sur / fruta extraña cuelga de los álamos.

// Qué escena bucólica del galante Sur: / los ojos salidos y la boca retorcida, /

aroma a magnolias, frescas y dulces / y de pronto olor a carne quemada. // He

aquí una fruta para los cuervos, / para que la recoja la lluvia y la sorba el viento,

/ la pudra el sol y la dejen caer los árboles, / menuda cosecha extraña y amarga.

**77**

El sheriff Red Jetty estaba sentado en el sótano de su casa, una sola habitación amplia y profunda con las paredes cubiertas de banderolas y banderines de la Universidad de Mississippi. En la pared del fondo había desplegada una bandera confederada. Jetty estaba ojeando las fotografías de una caja. Había dejado varias sobre la mesa que tenía delante, tres fotos en blanco y negro y dos en color ya casi del todo

descoloridas.

La mujer de Jetty bajó las escaleras y se detuvo detrás de él.

—¿Qué buscas, cielo? —preguntó Agnes.

—No lo sé.

—¿Quién es éste? —Señaló una de las fotos en blanco y negro—. ¿Es tu padre?

Jetty no dijo nada.

—¿Red? ¿El que está a su lao es un negro? Tiene la piel clara, pero se le nota.

—No, el negro es mi padre.

—¿Qué? —La mujer miró la foto, la sostuvo bajo la luz y miró la cara de su marido—. Caray, veo el parecido. Red, ¿eres negro?

—Siempre me pregunté por qué mi padre odiaba tanto a los negros y por qué me odiaba a mí. Me he pasado la vida mirando estas fotos y hasta ahora no lo he visto.

—Que Dios nos ampare —dijo ella—. Tu papi era un negro. Eso quiere decir que tú eres… —Se detuvo.

—Adelante, dilo —dijo Jetty.

—Quiere decir que eres de color, Ed —dijo, como si acabara de descubrir una nueva conciencia a la hora de usar las palabras.

—Pues sí.

—¿Y quién es? ¿Dónde está?

—Mi padre lo mató. Lo linchó.

—¿Tu padre mató a tu papi?

—Sí.

—¿Y tu madre? —preguntó ella.

—Mi madre tuvo miedo de mi padre hasta el día en que se murió.

—¿Crees que quería a tu papi?

—Una mujer blanca no puede querer a un negro —dijo. Miró a su mujer—. Tú me entiendes.

**78**

La escena de Hernando era peor simplemente porque había mucha más sangre, mucho más alambre de púas y muchos más genitales fuera de sitio. El cuerpo del hombre negro tenía un aspecto distinto al del señor Gerald Mister de las escenas de los crímenes de Money. Ed y Jim se identificaron ante el sheriff de Hernando, un hombre negro llamado Kwame Wallace. Hind caminó por el borde exterior del enorme salón del Masonic Hall de Hernando. Un solo vistazo a toda aquella sangre y Helvetica Quip tuvo que excusarse.

—¿Qué tenemos aquí, pues? —preguntó Jim.

—Empiezo por los varones blancos —dijo el sheriff Wallace. Era un hombre alto con una voz parecida a la de Sidney Poitier. Señaló—. James Cooke, cuarenta y tres años, encofrador de casas, un hijo, sin esposa. James Killen, veintitrés años, apodado Jimbo, trabajaba en el Best Buy de Memphis, casado, nueve criaturas, nueve. Lawrence White, treinta y cuatro años, apodado Larry Dub, tocó una vez el himno nacional con su armónica en un partido de los Grizzlies, divorciado, sin hijos. Joseph Robert Patterson, cincuenta y un años, apodado Joey Bobby, vendía coches usados, viudo, sospechoso durante un breve periodo de la muerte de su esposa, su hija ya adulta es puta en Memphis. Y Reginald Dimp, cincuenta y nueve años, apodado Dimp, capataz en el vertedero, largo historial de detenciones por conducción ebria, casado con una chica de dieciocho que acaba de terminar el instituto, dos hijos.

—Todo muy pintoresco —dijo Jim.

—Eso intentamos —dijo Wallace.

—¿Causa de la muerte?

—Podéis elegir. —Señaló a todos los hombres blancos por turnos—.

Estrangulado con una cuerda, casi decapitado con alambre de púas, arma blanca, arma de fuego y quemado vivo.

—¿Y él? —Ed señaló al negro muerto.

—Quizás todas las causas anteriores. Parece ser un varón negro y está cubierto de tierra. No sabemos más. Bueno, eso y que tiene un montón

de testículos en las manos.

—Pasa mucho últimamente —dijo Jim.

—He oído lo de Money. ¿Es vuestro caso?

—Sí.

—¿Y ella quién es? —dijo Wallace, señalando con la cabeza a Hind.

—Del FBI.

—¿Ah, sí?

—Es buena tía —dijo Ed.

—Ya podéis ver las dimensiones de este marrón —dijo Wallace—. Pero os comportáis como si esto no fuera nuevo.

—Ojalá pudiéramos decir que sí —dijo Ed.

—Al tipo negro se lo ve muertísimo —dijo Wallace.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jim.

—Bueno, a estos blancos se los ve bastante muertos, pero por lo menos tienen pinta de que antes estaban vivos. Este hombre, en cambio… —Hizo una pausa y se arrodilló junto al cadáver negro—. Parece que nunca haya estado vivo. Los blancos tienen caras de terror. Se les ve el miedo. Pero este hermano parece, en fin, casi feliz. —Se puso de pie y negó con la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo?

—No, si le entendemos —dijo Jim.

—¿No estoy diciendo chorradas? —dijo Wallace.

—Ojalá —dijo Ed. Sacó un paquete de tabaco y se metió un cigarrillo en la boca. Vio que Jim lo miraba—. Tú te callas.

—Sheriff, ¿tiene alguna idea de qué estaban haciendo estos hombres aquí esta noche? —preguntó Ed.

—El conserje del edificio dice que no había eventos ni reuniones programadas.

Es quien se ha encontrado el marrón. Supongo que os gustaría hablar con él. —

Antes de que pudieran contestar, Wallace dijo—: Pues no podéis. La escena ha sido demasiado para el tipo. Después de llamar al 911 se ha llevado la mano al pecho y ha procedido a tener un ataque al corazón.

—¿Está bien? —preguntó Ed.

Wallace se encogió de hombros.

—Tiene ochenta y tantos años y ha tenido un infarto. Quizás se muera y quizás no. En cualquier caso, no nos puede decir nada.

—Un poco duro, ¿no? —dijo Jim.

—El vejestorio es un racista de la vieja escuela. Aun antes del ataque al corazón no le habríais podido sacar nada coherente.

Hind se les acercó. Se presentó ante el sheriff.

—¿Estos detectives le han contado la situación? —dijo.

—Más o menos, sí —dijo Wallace.

—¿Qué te parece? —preguntó Jim—. ¿Te imaginabas esto?

—Éste es el peor con diferencia —dijo Ed.

—Minnesota, Wyoming y California —dijo Hind.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Jim.

—Crímenes iguales que éste. Dos asesinatos en California. —Hind se cerró la chaqueta—. Hace frío aquí dentro.

—¿Cinco estados? —dijo Jim.

—El cuerpo sin identificar de California… ¿estáis listos? Era asiático, y su cuerpo desapareció para aparecer después en la escena de otro asesinato.

—¿Qué coño estáis diciendo? —preguntó el sheriff Wallace—. Que alguien me lo cuente.

—Venga, sheriff —dijo Ed—. Vamos a dar un paseo.

—Ya se puede despedir de lo que queda de tarde —dijo Jim—. ¿Qué te parece, pues, ahora que ves uno de éstos bien de cerca?

—Una belleza —dijo Hind.

—¿Qué pasa, que a los federales os dan un curso en Quantico de cómo quitarle importancia sarcásticamente a las cosas?

—No, es una asignatura opcional. —Hind volvió a examinar la sala—. No tiene ni pies ni cabeza. No consigo reconstruirlo de ninguna manera.

—E.E.M.

—¿Cómo?

—Esto es Mississippi. Bienvenida.

**79**

Mama Z había salido al jardín; los densos bosques que rodeaban la casa no llegaban a ser negros como el tizón gracias a la luna del color del papel. Un par de vehículos la rozaron con la luz de sus faros de camino a aparcar delante de los travesaños de vía que marcaban la linde. Se metió entre el coche y la camioneta y habló con la gente joven que había en ellos:

—Creo que es mejor que dejéis los coches detrás del granero.

—Sí, señora —dijo el que conducía el coche.

Mientras desaparecían detrás de la casa, llegó otro coche. Era Gertrude. Gertrude bajó la ventanilla.

—¿Quieres que aparque también detrás?

—No, ya estás bien aquí —dijo Mama Z—. La pasma conoce tu coche.

Dentro de la casa, tres mujeres y dos hombres se reunieron con Mama Z, Gertrude y un Damon Thruff de ojos fatigados. Se sentaron todos en la sala de estar, con el fuego encendido y dos teteras.

—Me encanta decir que hay té en la mesilla de café —dijo Mama Z—. A ver, niños, contadme qué problema hay.

—Pensábamos que todo se había terminado después de Carolyn Bryant —dijo una mujer con una cresta—. Pero luego aquel forense… ¿cómo se llamaba?

—Fondle —dijo Gertrude.

—Sí, Fondle. Va y aparece muerto. ¿Qué pasó ahí? ¿Fue uno de nosotros?

—Antes de nada, tenéis que tranquilizaros —dijo Mama Z.

—Eso es fácil de decir —dijo un hombre bajito. Estaba removiendo el fuego con un atizador—. Nos ha dicho Gertrude que está aquí el FBI.

—Pues claro que está aquí —dijo la anciana—. Están investigando un crimen, un crimen de la Historia. Necesitan saber lo que ha pasado aquí, así que naturalmente acuden a mí.

—Supongo que sí —dijo la de la cresta—. Pero Mama Z, tengo miedo. Todos tenemos miedo. O bien alguien nos ha descubierto y nos está vigilando o bien pasa algo todavía peor.

—¿Como qué? —preguntó otra mujer.

—Y no fue uno de nosotros —dijo el hombre que estaba junto al fuego.

—Pues la cosa acaba de empeorar —dijo un hombre que acababa de entrar en la sala.

—¿De qué hablas? —preguntó Gertrude.

—Pon la CNN.

Gertrude agarró el mando a distancia de la mesa y encendió el televisor viejo y voluminoso que había sobre un mueble para equipo de música vacío.

—Hernando —dijo el hombre—. Han encontrado a cinco hombres blancos y a un negro muertos en una sala.

Dirigieron su atención a la pantalla. Estaban poniendo un anuncio de seguros para coches.

—Las noticias han dicho que los hombres estaban mutilados.

—Hostia —dijo otra de las mujeres.

—Las noticias no decían cómo ni quién estaba mutilado.

Apareció la cortina del avance informativo. La mujer que había ante la cámara era de una cadena local de Memphis y se la veía emocionada de estar apareciendo ante el país entero.

—Un descubrimiento atroz se ha llevado a cabo esta tarde en el pueblecito de Hernando, Mississippi, un suburbio de Memphis. Se han encontrado los cuerpos de seis hombres asesinados, horriblemente mutilados en palabras del sheriff de Hernando Kwame Wallace. Uno de los criminólogos, que prefiere permanecer en el anonimato, me ha contado que esto tiene visos de ser un asesinato ritual. Se especula con que quizás los hombres pertenecieran a alguna clase de secta.

Cinco de las víctimas son blancas y ya han sido identificadas, aunque los nombres no se han hecho públicos. La sexta víctima es un varón negro, de edad indeterminada según me han dicho, y sigue sin identificar.

De fondo, y hablando con un hombre uniformado, estaba la agente especial del FBI Herberta Hind. Gertrude la identificó. A ella y también al detective especial Jim Davis.

—Bueno, están ahí el FBI y también el MBI —dijo—. Seguramente también la CIA y la TSA.

—¿Quién es el FBI? —preguntó la de la cresta.

—La mujer alta que habla con los agentes de uniforme —dijo Gertrude.

—Pues estaba esta noche en el Bluegum —dijo la de la cresta.

—Sí —dijo el hombre bajito—. Sentada en un reservado con esos dos hombres y una mujer blanca. Brigette los ha servido.

—Mierda —dijo Gertrude—. Ahora entiendo por qué me ha llamado Davis.

—¿Te ha llamado? —preguntó Mama Z.

—Sí, sin venir a cuento de nada. Ha dicho que quería verse contigo, Mama Z. Yo acababa de atravesar el restaurante y entrar en la cocina.

—¿Y qué? —dijo Mama Z—. No pasa nada porque estuvieras en un restaurante.

—Le he mentido. Le he dicho que estaba aquí contigo.

—Mierda —dijo el hombre bajito.

—La gente miente todo el tiempo —dijo Mama Z—. No es ningún crimen. No saben nada. Y en cuanto a esos crímenes, si vosotros no

estabais allí, entonces tampoco dejasteis rastros.

—¿Qué hacemos? —preguntó la de la cresta.

—No sucumbir al pánico, eso es lo primero —dijo la anciana—. Si todos ponéis pies en polvorosa, llamaréis la atención. Permaneced tranquilos.

Por fin Damon, que había desaparecido en el sofá, sacudió la cabeza como si estuviera saliendo de un trance.

—¿De qué demonios estáis hablando? ¿De dejar rastros en escenas de crímenes?

Dios mío, ¿qué estáis haciendo? ¿Gertrude?

Gertrude se acercó a Damon y le puso la mano en el hombro.

—Hermano, necesitamos tener una pequeña charla.

**80**

La lluvia llegó de pronto, y luego hubo una alerta de tornado que se convirtió en alarma, y enseguida tuvieron que abandonar cualquier idea de volver a Hattiesburg. Los detectives y la doctora fueron a Memphis y se registraron en el Hotel Peabody. Ed echó un vistazo al lobby y soltó un silbido.

—Es la pasta del gobierno federal —dijo Hind—. Tiene que haber alguna contrapartida buena a que todo el mundo te odie.

Hind se ocupó de tratar con el recepcionista.

Helvetica Quip seguía conmovida por su visión truncada de la escena de los asesinatos.

—¿Estás bien? —preguntó Jim.

—Nunca he estado en el terreno —dijo ella—. Sólo soy una rata de laboratorio.

Estoy acostumbrada a ver los cuerpos como evidencias sobre una mesa metálica.

Pero esa gente estaba muerta en el mundo real, con el suelo por donde caminamos lleno de sangre.

—Me molesta estar acostumbrado —le dijo Jim.

—¿Cómo te acostumbras a algo así?

—Te acostumbras más o menos.

—Quedan dos habitaciones —dijo Hind—. ¿Tiramos una moneda para ver quién duerme con quién?

—No me puedo creer que esté compartiendo habitación contigo otra vez —le dijo Jim a Ed mientras encendía el televisor—. ¿SportsCenter?

—Vale.

—¿Porno?

—Me pone a dormir.

—Tampoco lo entiendo en realidad —dijo Jim—. Las caras que ponen. Pensaba que follar era agradable.

—No tengo ni idea. Estoy casado con una hija y tengo este trabajo—. Ed cogió la cubitera. ¿Necesitamos hielo?

—Yo no —dijo Jim.

—Supongo que yo tampoco. Pero parece que si tienes una cubitera deberías ponerle hielo dentro. —Dejó la cubitera y se sentó en la cama.

—¿Por qué crees que me mintió Gertrude sobre dónde estaba esta noche? —

preguntó Jim.

—¿Quién sabe? Quizás simplemente no quisiera explicar dónde estaba. A veces a la gente no le apetece hablar y dice lo primero que le pasa por la cabeza.

—Quizás.

—¿Qué te ha parecido lo que ha dicho el sheriff? —preguntó Ed—. ¿Lo de que el tipo negro parecía más muerto que los demás?

—He entendido lo que quería decir, y al mismo tiempo no lo he entendido. La ropa del tipo se veía muy vieja.

—Estaba cubierto de tierra —dijo Ed—. Pero tienes razón, su ropa parecía de otra época o algo.

—¿Quieres ir caminando a la calle Beale?

Ed miró por la ventana, se puso de pie y se acercó para contemplar la calle.

—¿Con este tiempo? ¿Cómo es que los tornados nunca se cargan los edificios grandes?

—Sólo es lluvia —dijo Jim—. Podemos dejar aquí las corbatas y salir a escuchar un poco de blues.

—Pero poco rato.

—Es la calle Beale, hombre.

—Sigue siendo Tennessee.

**81**

Damon estaba temblando. Se había sentado en la cama del cuarto de invitados de Mama Z. A los pies de la cama había doblada una colcha de retales que eran en su mayoría violetas. A Damon no le gustaba el violeta.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó.

Gertrude estaba de pie al otro lado del cuarto, apoyada en la puerta cerrada como para impedirle que se escapara.

—¿Estáis asesinando a gente? —preguntó Damon.

—Asesinar es una palabra muy fuerte. No sé si se puede aplicar. ¿Los soldados están asesinando cuando disparan a un enemigo que les ataca?

—Pues sí —contestó Damon sin dudarlo—. Es justamente lo que hacen los soldados.

—Sólo estamos ofreciendo un poco de justicia retributiva.

—¿Y para qué estoy aquí yo? —preguntó Damon.

—Porque eres la persona más inteligente que conozco —dijo Gertrude —. Estás aquí para hacer una crónica de esto. Estás aquí para

entenderlo. Estás aquí para encontrar la manera de que todo esto haga ruido y al mismo tiempo permanezca en secreto.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Mama Z me ha contado que estuviste escribiendo los nombres.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cómo te sentiste? —preguntó Gertrude.

—Terrible.

—¿Y? —preguntó ella.

—¿Qué?

—¿Qué más sentiste?

—Me sentí libre —dijo él—. De una manera extraña, pero libre.

—Vivo —dijo Gertrude.

—Supongo.

—Pues esa gente está toda muerta. Sus nombres están vivos, pero ellos están muertos. Ya no pueden decir sus nombres. ¿Lo entiendes? Ya no pueden oír sus nombres.

—¿Y qué tiene que ver asesinar a gente con los nombres?

—Nada —dijo ella—. Y todo.

Damon se la quedó mirando.

—Pues mira, la persona más lista que conoces no puede entender de qué coño estás hablando.

Gertrude se sentó en la cama a su lado.

—Quizás lo que digo no tiene sentido. Es posible. Pero ahora tenemos un problema distinto.

—¿Qué problema?

—Nosotros sólo matamos a la gente emparentada con los asesinos de Emmett Till. Y a la mujer que lo acusó.

—¿Y cuánta gente es eso? —preguntó Damon.

—Tres.

—Sólo tres. Vaya, felicidades. Menudo autocontrol habéis demostrado. ¿Y a quién le toca ahora? ¿A sus nietos?

—Admito que no es bonito, ¿pero qué pasa con la justicia? Y no me digas que está en las manos de Dios.

—No creo en ningún dios —dijo Damon.

—Justamente —dijo Gertrude—. Tiene que haber una forma de conseguir que estas muertes sean simbólicas. ¿No lo ves?

—¿Y Mama Z, esa anciana, con sus ciento cinco años, es el cerebro que hay detrás de todo esto? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Eso es lo que esperas que me crea?

—Sí. Lo ha visto todo. Y se ha hartado.

—Estás loca. Estáis todos locos. Eso es lo que pienso: pienso que no habéis matado a nadie. Pienso que os estáis engañando, que estáis sufriendo una especie de histeria colectiva. Quizás hasta sea contagiosa. Os habéis infectado, eso es lo que pasa.

—Basta. —Gertrude le puso la mano en la pierna.

—¿Qué pasa? ¿Se supone que me ha de tranquilizar esa mano en mi pierna? ¿Se supone que me tiene que hacer darme cuenta de que sois todos unos asesinos y al mismo tiempo tranquilizarme?

—Basta —repitió ella.

—O sea que, cuando me hiciste venir porque estaba apareciendo el mismo cadáver en las escenas de los crímenes, ¿ya sabías lo que estaba pasando? —

declaró en tono interrogativo—. Me mentiste, y si todo esto es cierto, ahora estoy implicado en este crimen. Soy cómplice de asesinato.

—Sé que no es fácil de asimilar. Pero esto es una guerra. Una guerra que ya dura cuatrocientos años, y ahora por fin estamos presentando batalla.

Damon le dedicó una mirada larga y dura a Gertrude.

—Tú te crees todo eso.

—Me lo creo porque es verdad.

—Está todo muy bien retóricamente, pero no cambia el hecho de que me mentiste. ¿Por qué me quieres aquí? ¿Por qué estoy aquí?

—Porque alguien tiene que contar esta historia —dijo Gertrude.

—Y una mierda.

—Damon.

Damon se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—Cierra la puerta al salir. Necesito asimilar esto.

**82**

—Dios bendito y todos los santos del Cielo —dijo Harlan Fester. Todavía llevaba la ropa de trabajo de la fábrica de papel—. Algo está pasando, colegas, y no es bueno. —Harlan se estaba dirigiendo a los demás miembros del Comité Online de Blancos para la Justicia Social. Su reunión virtual había empezado hacía unos diez minutos. Una vez terminados el Juramento de Lealtad y las plegarias, Harlan acababa de dar paso al orden del día—. Ya sabéis que siempre estoy alerta en mi vigilancia del Internet. Sigo todos los periódicos y monitorizo todos los registros y canales de la policía. En este país no pasa nada sin que yo me entere. Y os aseguro que se está cociendo algo.

—¿Qué has descubierto espiando las redes, hermano Harlan? —dijo Pete Rupter, cuya cara aparecía en la esquina superior izquierda de la pantalla de Fester.

—Que hay una o más personas que están matando a gente blanca —dijo Harlan

—. Gente blanca de la nuestra.

—Matan a gente tos los días —dijo Morris Lee Morris, sentado en el porche de su casa de Temecula, California. Todavía no se le había hecho oscuro. Estaba trabajando en algo que tenía delante.

—¿Qué estás haciendo, Morris? —preguntó Rupter.

—Limpiando mis pistolas —dijo Morris—. Tenemos que estar listos.

—Nunca se han dicho palabras más ciertas —dijo Fester—. Yo me he pillado una Smith and Wesson nueva del treinta y ocho, de cinco disparos.

—Un arma pa maricas —dijo Morris—. La que tengo aquí es una Desert Eagle del calibre cincuenta.

—Joder, eso no sirve para na —dijo Rupter—. Para cuando dispares el segundo cartucho, los negros ya te habrán cosido a balazos. Con los trastos esos, ¿cómo se llaman? Los MAC-10.

—Y una mierda —dijo Morris.

—Parad de pelearos —dijo Fester—. Tenemos carne más grande en el asador.

Parece que unos negros suicidas se están dedicando a matar blancos.

—¿Cómo que «suicidas»? —preguntó Morris

—Pues que esos negros van por ahí matándonos y después se suicidan. Por lo menos eso dicen algunos polis.

Rupter soltó un silbido.

—Tenemos que reunir a todos los miembros y estar preparaos. Después de tanto

tiempo hablándoos de esa guerra racial, ahora resulta que es real —dijo Morris.

Rupter se rio.

—¿De qué te ríes, Rupter? —ladró Morris—. ¿Y por qué te tapas la boca con la mano como si fueras una niña coreana?

Rupter se molestó.

—Ya sabes que soy mu sensible con el tema de los dientes que me faltan. ¿Y tú qué sabes de niñas coreanas?

—Luché en Corea —dijo Morris.

—Vete a la mierda, Morris —dijo Fester—. Eres demasiado joven para haber ido a Vietnam. Y la Guerra del Golfo ya te cogió mayor.

—Cállate.

—Ya me callo —dijo Fester en tono sarcástico.

—¿Pero de qué te estabas riendo? —insistió Morris.

—De que has hecho una rima —dijo Rupter.

—¿Qué?

—Has dicho que la guerra racial ahora resulta que es real. Has hecho una rima.

Me ha hecho un poco de gracia, perdona.

—Dios bendito —dijo Morris.

—Callaos todos —dijo Fester—. Os portáis como niños.

—Vete a la mierda, Harlan.

—Vale, perdón por reírme —dijo Rupter—. ¿Pero qué vamos a hacer?

—Tenemos que juntar a to el mundo —repitió Morris.

—Lo dices como si tuviéramos a mucha gente —dijo Rupter—. Que yo sepa, somos los que estamos aquí y dos más. ¿Dónde va a ser esa guerra? Mi hijo tiene partido de la Little League esta semana.

—Sí —dijo Fester—. Estamos dispersos por to el país. La misma cosa que hace que nos tenga miedo el FBI es nuestra debilidá.

—Amén —dijo Morris.

—Oh, mierda, me he olvidado de contaros lo peor —dijo Fester.

—¿El qué?

—Que a los hombres blancos les han cortado las pelotas.

—¿Qué coño acabas de decir? —dijo Rupter—. ¿Te refieres a sus testiculares?

—Me refiero a eso exactamente.

—Eso sí que es dejar lo importante para el final —dijo Rupter.

—¿Qué clase de animal haría algo así? —dijo Morris.

—¿Y es seguro que lo han hecho los negros? —preguntó Rupter.

—No lo sé —dijo Fester—. Pero en uno de los sitios el negro tenía las pelotas del blanco en la mano.

—Ay, Jesús —dijo Morris—. Más nos vale limpiar todas las armas que tengamos. A mí me parece real. Si es verdad, qué calamidad.

Rupter se rio.

—Hostia, Pete.

—Perdón, pero es que las rimas hacen gracia. ¿Sabéis que página no rima con nada? Lo normal sería que sí, pero no.

**83**

Sonaban truenos a lo lejos. La calle Beale no estaba demasiado atestada de gente, pero se veía sucia y llena de basura como si lo estuviera. El mal tiempo no ayudaba. Ed y Jim caminaban sin las corbatas y sin las armas. Eso los ponía felices y un poco nerviosos. En Tennessee no eran policías, sólo un par de hombres negros. No querían terminar siendo el tema de un segmento del programa 60 Minutes donde Mike Wallace negaba tristemente con su cabezota blanca. De todos los bares frente a los que pasaban salía blues eléctrico.

—¿Qué hace que el blues tenga un sonido tan…? —Ed buscó la palabra.

—¿Cruel? —sugirió Jim.

—Sí.

—Pues porque es cruel —dijo Jim—. Ya sabes, en el buen sentido. ¿Qué dijo Louis Armstrong? Ah, sí: el blues es cuando una mujer te dice que tiene otra mula en su establo.

—Sí que es verdad que el blues es así. ¿Qué crees que estaban cantando aquellos blancos sin pelotas al final de sus vidas?

—No lo sé. ¿Donde las dan las toman?

Ed asintió con la cabeza.

—¿Has estado alguna vez en Graceland? —preguntó Jim.

—No.

—Yo sí estuve una vez.

Empezó a llover otra vez. Ed contempló el cielo.

—¿Crees que viene un tornado? He vivido toda la vida en Luisiana y Mississippi y nunca he visto uno.

—Yo vi uno de niño. O por lo menos creo que lo vi. Estaba durmiendo en la parte de atrás de la ranchera de mis padres. Me desperté y me pareció ver la tormenta y me volví a quedar dormido. Veía montones de cosas cuando me despertaba en la parte de atrás de aquel coche.

—¿Tú crees que de repente están apareciendo fantasmas y matando a palurdos?

—preguntó Ed.

—No —dijo Jim—. Ojalá, pero no.

De un callejón salió corriendo un hombrecillo, perseguido por una mujer corpulenta sin más ropa que un tanga de color naranja. El hombre llevaba un zapato puesto y el otro en una mano. Con la otra se aguantaba los pantalones desabrochados para que no se le cayeran. Aun así, se las apañó para dejar atrás a la mujer.

—Voy a tardar un rato en olvidar esa imagen —dijo Jim.

—Es raro que no nos haya pasado eso en ninguna de las escenas de los crímenes.

¿Qué crees que significa? —preguntó Ed.

Jim se encogió de hombros.

—Encontremos un sitio con blues.

Entraron en una taberna llamada Mississippi Goddamn. La barra era larga y tenía volutas decorativas antiguas de madera labrada en las esquinas. Se sentaron allí y le pidieron un par de whiskies a la mujer mayor que servía y mezclaba bebidas.

—¿Dónde tenéis las pistolas, chavales? —les preguntó la mujer. Como se la quedaron mirando sin decir nada, ella les dijo—: Sois policías, ¿verdad?

—¿Tan evidente es? —preguntó Jim.

—Tan claro como que sois negros —dijo ella.

—Eso me pone triste —dijo Ed.

—Las cosas son como son, cielo. No hay que tener vergüenza —dijo.

—Ya, pero tú no entras en la consulta del dentista y te reconocen como camarera

—dijo Jim.

—Eso es verdad —dijo ella—. Me alegro de que seáis polis. No quiero que sean todos blancos como la nieve.

—No somos policías de Memphis —dijo Jim.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé.

Se oyó una guitarra procedente del escenario diminuto que había en la otra punta de la sala. Vieron a un hombre de barba gris sentado allí solo y empezando a tocar. Su estilo de tocar la guitarra era simple, su voz pedregosa y ni Ed ni Jim pudieron entender una palabra de lo que cantaba. Sus blues eran lentos y parecían de corazón, quizás por la escala menor. Tocaba el slide con un hueso que llevaba en el meñique.

Jim se inclinó hacia la camarera cuando les volvió a pasar al lado.

—¿Qué está cantando?

—Ni puñetera idea. Canta aquí todas las noches. No sé cómo se llama, de dónde viene ni nada. Y no tengo ni pajolera idea de qué está diciendo.

Lo escucharon.

—No importa lo que esté diciendo —dijo Ed.

—¿Cómo? —preguntó Jim.

—Que no importa lo que esté diciendo.

—¿Cuánto rato nos deberíamos quedar aquí? —preguntó Jim.

—No lo sé. ¿Toda la noche?

—Me parece bien.

Charlene estaba en el jardín de atrás, junto a la piscina vacía, mirando cómo su segunda criatura más pequeña intentaba pedalear con su Big Wheel de color verde lima por entre la hierba crecida y marrón. Lulabelle terminó de embadurnarse las mejillas de colorete y tiró de la pierna de su madre.

—Mamichula de Amarillo, ¿me lo he puesto bien?

—Por el amor de Dios, niña, no me molestes ahora, que estoy pensando.

—¿Qué estás pensando, Mamichula?

—Estoy pensando en cosas de gente mayor que tú no entenderías. Por ejemplo, en cómo voy a pagar el alquiler de esta casa con tu padre muerto. Y en cuándo me va a llamar Pete Built por la radio.

—¿Quién es Pete Built?

—Da igual. —Charlene se encendió un cigarrillo y dio una calada larga—.

Contéstame una cosa.

—¿Qué?

—¿Anoche oíste ruidos?

—Sí —dijo Lulabelle.

—Quiero decir ruidos extraños, no los pedos de tu hermano.

—No, sí que oí ruidos extraños. Al principio creí que estaba soñando, pero luego vi que estaba despierta y todavía los oía.

—¿Y cómo eran?

Lulabelle cerró los ojos y trató de acordarse.

—Uno de los ruidos era como de arrastrar cadenas. Luego me pareció oír un grito. Luego oí risas.

—¿Como risas de hombre?

—Pues sí. —La niña miró a su madre—. ¿Es lo mismo que oíste tú,

Mamichula de Amarillo?

Charlene no se dio por enterada.

—Lulabelle, estás hecha un espantajo. El colorete no está bien repartido, y el pintalabios no te casa con la sombra de ojos. Haz el favor.

—¿Es lo mismo que oíste tú? —repitió la niña.

—Ve ahí y empuja el Big Wheel de tu hermano para sacarlo del barro. Tengo que entrar en casa y hacer una llamada.

Lulabelle caminó hasta su hermano, murmurando:

—Ni siquiera me puedo maquillar por culpa de este bebé atontao de las narices.

Dentro de la casa, Charlene cogió el micrófono de la radio de banda ciudadana.

La puso en el Canal 19.

—Soy Mamichula de Amarillo. Estoy buscando a un tal Pete Built. ¿Estás por ahí?

Contestó una voz con estática.

—Aquí mismo estoy, tía. El tal Pete Built. Cambio.

—Cambio canal, cielo. —Charlene cambió el canal al que compartían Pete Built y ella para hablar en privado.

—¿Ánde andas? —dijo Pete Built.

—Ya sabes que estoy en casa —dijo ella, riendo—. ¿Ánde más iba a estar? La pregunta es dónde estás tú.

—Pues me he levantao temprano esta mañana y ahora estoy a unas cuarenta millas al sur de Money, en la autopista cinco dieciocho. Espera un momento.

¿Qué es eso? Hay algo más adelante en la carretera. Parecen un par de personas tirás en el arcén. Y otra en las hierbas de ahí. Tiene mala pinta. Voy a parar pa ver qué pasa.

—¿Qué está pasando, cielo? —preguntó Charlene. Subió el supresor

para quitar estática.

—Se está acercando un negro.

Charlene escuchó.

—¿Qué quiere? Ten cuidado, Pete Built. ¿Qué quiere el negro?

—Un momento, Mamichula. ¿Qué está pasando ahí, chaval? ¿Qué tienes en las manos? ¿Qué haces, chaval? ¡Oh, Jesucristo crucificao! ¡Hostia! ¡Dios bendito!

—¡Pete Built! —gritó Charlene—. ¿Me oyes? Suelta el botón, cielo. ¡Pete Built!

¿Qué está pasando, cielo?

—¡Dios bendito! —Estática.

—¿Cielo? ¿Pete Built? ¿Cariño? —Charlene dejó caer el micrófono.

Lulabelle entró por la puerta de la cocina.

—Que se empuje el puñetero triciclo ese crío. ¿Qué pasa, Mamichula de Amarillo?

—¡Sal de aquí, coño!

Charlene cogió el teléfono y marcó el 911.

**85**

La escena de la nada pintoresca Autopista 518 hizo que el duro y curtido policía estatal de Mississippi no pudiera apartar la vista. Hasta se quitó las gafas de sol de espejo y se las subió hasta el ala del sombrero para verla mejor. Había un total de cinco cadáveres, cuatro blancos y uno negro. Los blancos estaban completamente bañados en sangre. El negro estaba cubierto de tierra y tenía las manos ensangrentadas. Los primeros policías que habían llegado a la escena habían detenido el tráfico en ambas direcciones y habían arrestado a un par de conductores que se habían parado para ver qué había pasado. Una era una mujer blanca y esbelta que estaba apoyada en la capota de su BMW, tapándose la cara con las manos y llorando. El otro era un hombre negro y corpulento que caminaba nerviosamente delante de su camioneta Chevy de tres cuartos de tonelada de carga sin quitar la vista de encima a los policías estatales.

—Mierda —dijo el policía de más edad—. Hay una tonelada de sangre.

—Un marronazo —dijo otro policía.

—¿Has podido identificar a alguno?

—Todos llevaban identificación encima —dijo el policía más joven—. Menos el neg… —Miró por encima del hombro al hombre negro que había junto al camión—. El único que no la llevaba encima era el hombre de color.

—Y está claro que no ha sido un robo —dijo el otro policía joven—. Ése de ahí

y ése de allá llevaban un montón de pasta en las billeteras, casi seiscientos pavos. El negro no lleva nada en los bolsillos.

—Parece que les han cortado las pelotas —dijo uno de los jóvenes.

—¿Cómo?

—Están todas tiradas por aquí.

—¿El qué?

—Pues sus pelotas. Los testículos. Todos tienen los pantalones bajados. Menos el… hombre de color. Da mucha grima, es un rollo Charles Manson, o algún rollo de sectas.

El policía de más edad volvió a mirar a las víctimas.

—¿Les han disparado?

—Puede ser. Sólo sé que hay mucha sangre. No hay casquillos por el suelo, ni armas, ni nada. Sólo los testículos.

—Espero que, con lo idiotas que sois, no hayáis tocado nada.

—¿Estás de broma? No pienso tocar las pelotas de nadie. Joder, hasta me da repelús tocarme los míos.

—Pues sus billeteras sí que las has tocado.

—Ah, sí. Perdón.

Ed describió la escena de la autopista tal como el capitán se la había descrito a Jim y a él. La agente especial Hind los escuchó frotándose las sienes desde el otro lado de la mesa. Estaban sentados al fondo del restaurante Capriccio Grill del Hotel Peabody.

La doctora Quip dejó su tenedor y apartó su plato de huevos revueltos, salchichas y beicon.

—Se me ha quitado el hambre.

—Lo siento —dijo Ed—. Es el trabajo.

—Lo que está pasando es completamente extraño —dijo Jim—. Me doy cuenta de que es muy obvio lo que estoy diciendo, pero quiero decir que es completa y absolutamente extraño.

—Al sur de Money —dijo Ed—. Es donde ha pasado.

—Todo igual —dijo Jim—. Testículos cortados y todo. Una sola víctima negra con mal gusto en el vestir. ¿Veis lo que quiero decir? Todo se repite en todas partes. Chicago, Mississippi, California.

Se quedaron un momento sentados en silencio.

—Supongo que ya no vamos a ver a los patos —dijo Quip.

—¿Cómo dices? —preguntó Hind.

—He leído que en el ático del hotel viven patos de verdad. A las once los hacen desfilar hasta la fuente. Y van en el ascensor igual que la gente. Esperaba verlos.

—Quizás la próxima vez —dijo Jim.

—Mama Z —dijo Hind.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Jim.

—Ahí pasa algo —dijo Hind—. Está conectada con algo. Lo noto.

—¿Con qué? —preguntó Jim—. Tiene cien años. Más de cien.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Creo que Herbie tiene razón —dijo Ed—. Hay algo que no cuadra. Vale, admito que el pañuelo de Black Power es un poco demasiado.

—Lo volveré a decir —dijo Jim—. La mujer tiene cien años. Es vieja y astuta y va un poco de lista, pero carajo, se lo ha ganado. Y eso que lleva… el hecho de que sea rojo, negro y verde no significa que sea un pañuelo de Black Power.

Ed miró a Jim y enarcó las cejas.

—Vale, es un pañuelo de Black Power. ¿Y qué?

—Y eso no es todo —dijo Hind.

—¿Qué más hay? —preguntó Quip—. ¿Es demasiado lista?

—Nunca he oído que eso sea un problema —dijo Jim.

—No es un problema —dijo Hind—. Es una observación.

—¿Has visto los archivos? —preguntó Ed.

—¿Los qué?

—La habitación con todos los archivos —dijo Jim.

—No, ¿de qué estáis hablando?

Ed dejó su servilleta sobre la mesa y se reclinó un poco hacia atrás.

—Esa anciana tiene en su casa archivadores con expedientes de casi todas las víctimas de linchamientos de la historia de Estados Unidos.

—Pues no me lo mencionó.

—Me sorprende —dijo Jim—. Porque parecía orgullosa. Orgullosa no es la mejor palabra. Está claro que hay un montón de trabajo ahí.

—Bueno, más vale que vayamos yéndonos —dijo Ed—. Para cuando lleguemos no quedará nada de la escena de la autopista, pero aun así necesitamos ver los cuerpos.

—Antes de que la gente del pueblo los pierda —dijo Jim—. O lo pierda.

—Siento lo de los patos, doctora.

—Ya habrá más patos —dijo Quip—. Una frase que nunca me imaginé que diría.

—Pero cierta —dijo Jim.

Ed iba al volante. No los llevó directamente a la autopista que salía de Memphis.

Lo que hizo fue seguir una ruta que daba la vuelta por la parte deprimida de la ciudad.

—Perdón si estoy dando un rodeo —dijo—. Es que siempre que estoy en Memphis tengo que pasar por un sitio, no para salir, sólo para mirar un momento.

—¿Graceland? —dijo Hind, y soltó una risilla.

—He estado ahí, pero no —dijo Ed—. Aquí estamos. El Motel Lorraine. La esquina de ese balcón. Yo tenía diez años. Por eso me hice policía.

—Ahora es un museo —dijo Jim.

—Y no debería serlo —dijo Ed.

—¿Por qué no? —preguntó Quip.

—Porque es un motel. Es lo que es. Y nada más —dijo Ed—. La gente debería alquilar esa habitación y dormir en esa misma cama y pasar por esa misma puerta y salir a ese balcón y comprender lo que pasó allí. La gente debería saber y entender que no todos los jueves son iguales.

—Venga, Ed, vámonos —dijo Jim.

**87**

Delroy Digby y Braden Brady estaban mirando el neumático desinflado del coche patrulla de Brady, rascando el uno la cabeza del otro. Habían empezado rascándose cada cual la suya, pero eso no les había transmitido nada. En cuanto Brady se puso a rascarle la cabeza a Digby, sin embargo, Digby dijo:

—Quizás deberíamos cambiar ese neumático.

Digby intentó usar la llave de cruceta, pero no consiguió moverla.

—Brady, ¿tenemos un poco de tres-en-uno? —preguntó.

—Voy a mirar en el maletero —dijo Brady. Se detuvo de camino a la

parte de detrás del coche y señaló—. ¿Qué cojones es eso?

—¿El qué?

—Eso que se acerca por la carretera.

Digby abandonó las tuercas de llanta, dejó la llave y se incorporó para mirar.

—Mierda. ¿Qué coño es eso?

—Eso justo estaba diciendo yo. ¿Qué demonios es? —dijo Brady.

En dirección a ellos, en forma de masa ondulante, aunque sus movimientos espasmódicos no estaban sincronizados, venía una horda de hombres negros. El cielo, que había estado despejado y luminoso, se acababa de cubrir de nubes verdosas. Un viento empujó en el pecho a los dos agentes.

Digby y Brady retrocedieron, llevándose las manos a las pistolas en sus fundas.

Primero desenfundó Brady y luego Digby.

La horda debía de tener treinta o cuarenta integrantes. Viejos y jóvenes. Algunos caminaban con agilidad. Otros iban casi arrastrándose. La forma en que se movían les daba pinta de maraña torpe de pulpos. Empezó a lloviznar. La horda emitía un ruido colectivo, un cántico de dos sílabas.

—¿Qué están diciendo, Brady?

—Ni puñetera idea. —Brady levantó su pistola y gritó—: ¡Que no se mueva nadie de donde está! ¿Me estáis oyendo?

—Arriba —ladraba la horda, con voces roncas y jadeantes, desacompasadas. Era como un cántico gutural de Tuva.

—¿Qué queréis? —gritó Digby.

Brady metió la mano en el coche patrulla y agarró la radio.

—Hattie, habla Brady. Creo que necesitamos refuerzos por aquí.

—Un momento —dijo la voz cargada de estática de Hattie—, el sheriff está aquí mismo.

—¿Qué está pasando, Brady? —preguntó Red Jetty. Estaba en la recepción de la comisaría. Hattie lo miraba. Acababan de entrar en el edificio Ed, Jim, Hind y Quip.

—¡Oh, Dios, Señor, Dios bendito! —la voz de Brady salió cargada de estática del altavoz de diez centímetros que había sobre la mesa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jim.

Jetty levantó la mano.

—¿Brady?

—¡Oh, Dios del cielo! —Se oyeron disparos.

—¿Brady?

—¡Cuidado, Delroy!

Más disparos.

—¡Brady! —le gritó Jetty al micrófono—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde estáis?

—Sheriff —chilló Brady—. ¡Han cogido a Delroy!

—¿Quiénes? —preguntó Jetty.

—¡Están en todas partes!

—¡Brady! ¡Brady!

Silencio.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Ed.

—Ni puta idea —dijo el sheriff—. Hattie, ¿cuál era su última ubicación?

Hattie estaba temblando en la silla, al borde de las lágrimas.

—¿Qué les ha pasado a los chicos? —preguntó, tirando de la manga de Jetty.

—¿Dónde están, Hattie?

—Estaban en Nickelback Road, creo. No sé en qué parte. Delroy me ha dicho que habían pinchado una rueda. ¿Qué está pasando, Red?

—No lo sé, Hattie. —Jetty miró a los demás—. ¿Queréis ir allí conmigo? —Sus modales habían cambiado. Estaba pidiendo ayuda.

—Sí —dijo Jim.

Ed se giró hacia Quip.

—¿Por qué no te quedas aquí con esta mujer? —dijo.

Quip asintió con la cabeza.

Ed, Jim y Hind siguieron al sheriff hasta su coche, donde Ed ya estaba sentado en el asiento del copiloto. Hind comprobó su revólver del 38 y cerró el cilindro de golpe. Jetty miró por el retrovisor a Jim y a Hind y dijo:

—Gracias.

Hind asintió con la cabeza.

El sheriff los llevó fuera del pueblo en dirección a Small Change y luego cogió una cuesta que subía. Al llegar a lo alto miraron abajo y pudieron ver el coche de los ayudantes.

—No los veo —dijo Ed mientras se acercaban.

—Ahí —dijo Hind. Y señaló entre los árboles.

De los árboles colgaban los cuerpos de Digby y Brady, con las piernas embadurnadas de sangre, los pantalones en los tobillos y las botas impidiendo que se les cayeran. Jetty estuvo a punto de despeñarse por el barranco al intentar parar el coche.

—¡Oh, Dios! —gritó.

Jim, Ed y Hind se quedaron a cierta distancia. Ed miró a Jim y negó con la cabeza.

—Esto es malo —dijo Jim—. Pero que muy malo.

Jetty estaba caminando frenéticamente de un lado a otro, negando con la cabeza.

Tenía la pistola desenfundada sin razón alguna.

—Mirad todas estas huellas —dijo Hind—. Parece que haya desfilado por aquí un ejército entero. Está todo pisoteado.

—Zapatos y pies descalzos —dijo Jim, apoyando una rodilla en el suelo y tocando suavemente la tierra de la superficie con los dedos.

Ed se acercó a Jetty y miró los cadáveres. Brady había sido colgado con una cadena y Digby con una cuerda fina de nylon azul, tipo cuerda de tender.

—Lo siento, sheriff —dijo el hombretón.

—¿Me ayudáis a descolgarlos?

—¿No deberíamos procesar primero la escena?

Jetty lo fulminó con la mirada.

—Vale, sheriff.

Hind se giró y vio que Ed abría su navaja y se acercaba al pie del árbol.

—No, no —dijo, pero se detuvo cuando Ed la hizo callar de un gesto. Vio que Jetty estaba muy agitado. Asintió para comunicar que lo entendía.

—Rápido, descolgadlos —dijo Jetty.

Ed cortó la cuerda y el sheriff cazó al vuelo el cuerpo ensangrentado de Digby y lo llevó hasta la hojarasca embadurnada de sangre.

Ed señaló.

—La cadena está atada a esa rama de arriba.

Jim levantó la vista.

—¿Cómo coño ha llegado alguien hasta ahí arriba?

Jetty levantó el arma reglamentaria y vació el cargador disparando a la cadena.

No acertó. Cayó una lluvia de corteza. Vació otro cargador y disparó tres veces más. La cadena se partió y Brady se desplomó abruptamente al suelo. El cuerpo de Brady no cayó plano, sino que aterrizó de rodillas. La espalda encorvada y los hombros caídos le dieron aspecto

de estar rezando.

Mientras Jetty se quedaba allí contemplando los cuerpos de sus amigos, los demás se desplegaron y examinaron la zona. Ed llamó a su capitán, le hizo el informe y pidió que le mandaran un equipo de criminólogos.

Hind silbó para llamarles la atención.

—Caballeros, os necesito aquí.

Jim y Ed recorrieron a toda prisa los treinta metros que los separaban de ella.

Hind se hizo atrás cuando llegaron. Los tres se quedaron codo con codo mirando el suelo. Ante ellos yacían los cuerpos de dos hombres negros desfigurados.

Vestidos con ropa antigua, rebozados de tierra y muertos, se parecían a los demás cadáveres negros que habían ido encontrando recientemente. En las manos tenían algo ensangrentado.

—¿Son los…? —empezó a preguntar Hind.

—Estoy bastante seguro de que sí —dijo Jim.

El sheriff fue con ellos y se quedó mirando lo que habían descubierto entre las hierbas altas.

—Hostia puta, no me lo puedo creer.

—Creo que necesitamos un vehículo más grande —dijo Jim.

**89**

Tres hombres han sido asesinados hoy en Elaine, Arkansas, en lo que se ha calificado de crimen racial. Las víctimas han sido descubiertas en el sótano de la Iglesia Baptista de la Segunda Venida. Un portavoz de la policía ha declarado que se cree que las víctimas se han matado entre ellas, debido a que uno de los hombres tenía en la mano varias partes mutiladas de los otros dos. Dos de los hombres eran blancos y el tercero negro. Las autoridades no pueden de momento ni explicar el crimen ni ofrecer un móvil posible. Las víctimas blancas eran feligreses de la iglesia baptista y amigos de toda la vida, mientras que parece que a la víctima negra no la conocía nadie de la comunidad local.

Se ha encontrado a cuatro hombres blancos mutilados en Longview, Texas, en el granero de un granjero local. La granja era propiedad de una de las víctimas. Su nombre era Carl Winslow. Lo ha descubierto su hija adulta, que afirma haber visto a una horda de hombres negros salir del granero y alejarse con paso ligero por un prado. Dice la señorita Laurel Winslow: «He visto a unos veinte de ellos salir del granero. Son los que han matado a mi padre, está claro. Iban regodeándose, gimiendo y caminando raro, como si fueran chulos de putas». Se detuvo para mirar a cámara. «Esos negros han matado a mi padre. Y también a otros hombres».

Omaha, Nebraska.

Chicago, Illinois.

Bisbee, Arizona.

Tulsa, Oklahoma.

—No eran humanos, te lo digo yo. Han pasado por aquí como una plaga. Iban sucios y olían mal y eran tos negros.

—Me han pasao al lado. Un par de ellos me han mirao de arriba abajo, y me he dao cuenta de que me querían violar, pero creo que los han asustao los chillidos.

He oído decir que han matao a ocho buenos hombres cristianos en el Walmart.

Me parece que el guardia se ha cargao a uno. Eso ha dicho alguien. No sé cómo se sienten los demás, pero yo estoy muerta de miedo.

—No he visto nunca nada parecido.

—He visto que esos tipos de color estaban furiosos. He mirado a uno a la cara y he pensado que iba a morir, directamente. He visto al diablo, ya lo creo. Y era negro como el carbón. Me ha dicho mi mujer que el número de muertos ya sube a nueve. Por lo menos esos chavales han podido matar a un par antes de que los mataran a ellos. Te has enterao de lo que han hecho esos negros, ¿verdad? Es para flipar.

Una banda errante de hombres negros ha causado graves disturbios esta mañana por las calles de la pequeña zona centro de Conway, Carolina del Sur. Han matado a seis varones blancos. Parece que la banda ha elegido a sus víctimas. La horda ha pasado de largo sin prestar atención a múltiples personas que han caído o bien se han

visto arrinconadas ante su avance, incluyendo a varios hombres adultos. Se está calificando el incidente de disturbio racial y de crimen de odio.

Los agentes de policía que se han presentado en la escena han disparado a la horda, aunque no está claro si han alcanzado a alguno de sus integrantes. Las

seis víctimas eran residentes del pueblo. Ninguno de los testigos ha reconocido a sus asesinos. Las tensiones raciales son intensas y se ha implantado el toque de queda.

El gobernador de Carolina del Sur, Pinch Wheyface: Nos entristecen profundamente los acontecimientos de esta mañana, los buenos ciudadanos de Carolina del Sur están en peligro grave. Entendemos todos que las acciones de unos pocos miembros de cualquier grupo no llevan y no deben llevar a la imputación de ese grupo entero. Aun así, todos los asesinos de hoy son hombres negros sin respeto alguno por la vida humana. Y todos esos desconocidos siguen sueltos, de manera que, por razones de seguridad, pedimos a la buena gente blanca de Carolina del Sur que tenga cuidado con cualquier individuo negro, y sobre todo con aquéllos a quienes no conozca. Voy a pedir al DISE y a la guardia nacional que ayude a las fuerzas del orden locales. ¿Preguntas?

RUPA O'BRIEN, CNN: Gobernador, ¿ha sido un ataque orquestado, y en caso de que sí, había algún individuo o individuos que lideraran al grupo?

GOBERNADOR: Le paso la pregunta al sheriff Pellucid.

SHERIFF CHALK PELLUCID: Hemos entrevistado a los numerosos testigos presenciales del ataque de esta mañana y todavía estamos en pleno proceso de procesar esa información. Lo único que podemos decirles con seguridad es que la banda que ha hecho esto la componían una treintena de hombres negros, y que hay seis residentes blancos y honrados de Conway muertos.

BUCK ROGERS, FOX NEWS: Sheriff, ¿qué tiene usted que decir sobre el hecho de que sus hombres dispararan más de un centenar de balas a esos alborotadores y no alcanzaran a nadie? ¿No da eso una mala imagen de la formación de su departamento?

PELLUCID: ¿Quién dice que no alcanzaron a nadie? ¿De dónde es usted?

ROGERS: De la Fox News.

PELLUCID: No, le pregunto de dónde es usted.

ROGERS: Nací en Pensilvania.

PELLUCID: Yanqui de mierda.

GOBERNADOR: Confiamos en que el público se ponga en contacto con nosotros para darnos información que lleve a la detención de los individuos de piel oscura involucrados.

ROGERS: ¿Cómo que «yanqui de mierda»?

GOBERNADOR: ¿Alguna pregunta más?

NANCY HIPPS, PERIÓDICO ESTATAL: Hay testimonios que afirman que los atacantes han usado alambre de púas y sogas para matar a las víctimas. Y

también que varias de las víctimas estaban mutiladas. ¿Qué nos puede decir de eso?

PELLUCID: Hummmm, todavía estamos procesando la escena del crimen. Es bastante amplia. Va de lado a lado del centro del pueblo. Es un marrón. Nos alegramos de que el Gobernador nos haya mandado refuerzos de la Agencia de Seguridad Estatal.

ALGUIEN DESDE UN LADO: La División.

PELLUCID: De la División, perdón. La DISE. La D es de División.

**90**

Ed y Jim estaban sentados con la agente especial Hind del FBI en el Cadillac Escalade de alquiler del FBI, delante del Bluegum. Eran las seis de la mañana.

Jim llevaba en la mano la fotocopia del permiso de conducir de Chester Hobsinger.

—¿De verdad cree que todos estos asesinatos están conectados? —le preguntó Ed.

—¿Cómo pueden no estarlo? —dijo Hind.

—Ya lo sé, ¿pero cómo? Es una puta locura. ¿A esto se refieren

cuando dicen que se ha liado la de Dios es Cristo? —Ed se inclinó hacia delante por entre sus dos compañeros y señaló con la mano abierta—. Miradlo.

Los tres vieron a un hombre blanco de brazos y piernas largos que salía de un monovolumen Kia y echaba a andar hacia la puerta del restaurante.

—A mí me parece que es él —dijo Jim—. Y no lo estoy diciendo porque se parezcan todos. —Echó un vistazo a la fotocopia del permiso de conducir—.

¿Dirías que mide metro noventa?

—Algo así —dijo Ed.

El hombre llamó con la muñeca suelta y alguien a quien no pudieron ver lo dejó entrar en el restaurante.

—Vamos —dijo Hind.

Ed abrió la portezuela de atrás y sacó un pie.

—Espero que éste no sea de los que echan a correr. No soporto que salgan corriendo.

—Es de locos, ¿no? —dijo Hind—. Está pasando toda esta chaladura por todo el país y nuestro sospechoso es un blanco.

—Más vale no dispararle, entonces —dijo Jim.

—Yo digo que le disparemos en la pierna antes de que pueda salir corriendo —

dijo Ed. Como Hind y Jim se lo quedaron mirando, añadió—: Es que es temprano por la mañana y no me apetece perseguir a nadie. Sólo es eso.

—Tú no le dispares —dijo Hind.

—No le dispararé. Sólo si corre, quizás.

Caminaron hasta la puerta.

—¿Llamo? —le preguntó Jim a Hind.

—Empecemos llamando.

La mujer de la cresta a la que habían visto cantar en el escenario se mostró sorprendida de verlos.

—Todavía no hemos abierto. —Echó un vistazo hacia el local que tenía detrás.

—No pasa nada —dijo Jim—. No hemos venido a comer. Estamos buscando a este hombre. —Jim le enseñó la imagen del permiso de conducir.

—No lo he visto en mi vida —dijo la mujer.

—¿Por qué siempre dicen eso? —preguntó Ed, jadeante. Negó con la cabeza—.

Va a tocar correr, lo sé.

—Es raro —dijo Jim—. Porque lo acabamos de ver entrar aquí. Y el hecho de que mientas nos da una justificación razonable para entrar. —Entró, obligando a la mujer a retroceder. Hind lo siguió. Ed no—. El hombre se llama Chester Hobsinger. —Jim examinó el comedor vacío. Las sillas todavía estaban encima

de las mesas. En mitad de la sala había una fregona dentro de un cubo.

—¿Qué te parece si vamos a la parte de atrás? —le dijo Hind a la mujer.

La joven se giró y caminó por delante de ellos hasta la cocina. Estaba nerviosa y llevaba los brazos inmóviles en los costados; parecía que estuviera cogiendo algo con los dedos sin coger nada. Jim se fijó y tuvo un mal presentimiento.

Cuando la mujer extendió el brazo para abrir la puerta batiente, Jim la detuvo.

—Gracias —dijo—. Ya seguimos nosotros solos.

La joven se apartó.

En la cocina, Jim y Hind encontraron a tres personas a cargo de los fogones y de la mesa de cortar carne. Dos hombres negros y una mujer negra se detuvieron para observar a los visitantes.

—No pasa nada, sigan con lo que estaban haciendo —dijo Hind.

Los tres miraron a la joven de la cresta en busca de ayuda. Ella asintió con la cabeza y ellos siguieron cortando y cocinando.

Jim miró la siguiente puerta y echó a andar hacia ella.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

La chica de la cresta no dijo nada. Jim abrió la puerta y entraron en el dojo cavernoso y bañado en luz. La decena aproximada de personas que había allí detuvieron sus ejercicios y sus combates de entrenamiento y se giraron para mirar a Hind y a Jim. Jim examinó la sala y su mirada se encontró con la de la única persona blanca, Hobsinger. Jim dio un pequeño paso adelante y el blanco usó sus piernas largas para recorrer en cuestión de segundos la distancia que lo separaba de la puerta.

Jim y Hind echaron a correr por las colchonetas desparejas del suelo. Ninguno de los ocupantes de la sala hizo un solo ruido. Hobsinger salió disparado por la puerta, que se cerró de golpe detrás de él. Jim abrió la puerta y Hind y él emergieron a una mañana más luminosa que antes para encontrarse con que Ed ya tenía inmovilizado boca abajo a Hobsinger sobre la capota de una camioneta destartalada que había entre las malas hierbas altas.

—Ya os dije que iba a salir corriendo —dijo Ed. Y le puso al hombre blanco una esposa en la muñeca izquierda.

Jim estaba desfondado.

—Tengo que hacer más ejercicio.

Hind apenas jadeaba. Volvió hasta la puerta del edificio, la abrió y echó un vistazo dentro.

—Jim —dijo.

Jim fue con ella y se asomó al interior. La sala enorme de las colchonetas estaba vacía; había desaparecido todo el mundo.

—Hostia —dijo.

Ed le puso la otra esposa a Hobsinger y lo empujó otra vez adentro, detrás de Hind y Jim. Atravesaron el gimnasio hasta la cocina, ahora desierta. La mujer de la cresta también se había esfumado. Jim se giró para mirar al hombre blanco, ladeó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Chester Hobsinger?

El hombre no dijo nada.

—Conozco mis derechos —dijo.

—Sé cómo te llamas, capullo. Tengo tu permiso de conducir aquí mismo.

¿Quieres decirme por qué te has escapado?

—Conozco mis derechos.

—Todo el mundo conoce sus puñeteros derechos —dijo Ed—. Es la televisión.

Hind se acercó a un fogón de gas que se había quedado encendido con una olla encima y lo apagó. Miró la comida.

—Gachas.

—Suena bien —dijo Ed.

Ed empujó a Hobsinger hacia delante y pasaron de la cocina al restaurante, que también estaba vacío.

—¿Adónde se han ido? —preguntó Hind.

El blanco no dijo nada.

—Yo digo que le dejemos que pase un rato en los calabozos de Money —dijo Jim.

Ed se rio y miró a Hobsinger.

—Vamos a dejarte que pases un rato con alguien que no conoce tus derechos.

¿Qué te parece?

**91**

La ventisca arrojaba nieve en todas direcciones. Las ocho personas que había en la taberna Grick of Bold de Rock Springs, Wyoming, eran de esa clase de borrachos patéticos que están condenados a recordar sus borracheras como idénticas a la borrachera triste del día anterior. El dueño y barman, Isaiah Washington, estaba en una punta de la barra

hablando con su primo, Kaleb Washington. Estaban lo bastante borrachos como para ver sin entenderlo el pánico informativo de la CNN pero no lo bastante borrachos como para no ver a la banda de casi treinta hombres chinos que entró en tromba por las vetustas puertas batientes del bar. A toda prisa y de forma instintiva, Isaiah Washington agarró la escopeta de doble cañón del calibre doce que había sido de su bisabuelo y que guardaba debajo de la barra, al lado del licor de calidad. Pudo disparar ambos cañones, pero no sirvió de nada. Ni siquiera consiguió volver a abrir el arma para sacar los cartuchos gastados.

Escabechina.

Carnicería.

**92**

Red Jetty no metió a Chester Hobsinger en ninguna celda. Lo que hizo fue esposarle los tobillos a una silla de oficina con ruedas que había encima de una mesa de un despacho por lo demás vacío.

—Verás que tienes las manos libres —dijo Jetty—. Si te alejas de esa mesa, o incluso si te caes de esa mesa, te dispararé en alguna parte del cuerpo. Si sales de esta sala y oigo un golpe, entraré disparando. Te voy a preguntar una sola vez si me entiendes. ¿Me entiendes?

Hobsinger asintió con la cabeza.

Jetty dio un rodeo a la mesa sin dejar de hablar.

—Parece que estás involucrado en las muertes de mis ayudantes.

—No sé nada de sus ayudantes.

—¿Qué manera es ésa de hablar, chaval? No sabes nada de mis ayudantes, ¿eh?

Pues mira, algo sabes. Tu permiso de conducir dice que eres de Chicago, Illinois.

—Jetty pronunció la «s» muda del final.

Hobsinger guardó silencio.

—Dime qué estás haciendo aquí en Mississippi, Hopsettler.

—Me llamo Hobsinger.

—Muy bien, ahora que sabemos cómo te llamas, podemos seguir con esto.

Hobsinger estaba visiblemente molesto consigo mismo.

—Mira, chaval, soy un cateto como pensabas, vale, pero no soy tan tonto como te puede parecer por el sitio donde vivo y por mi ADN. Soy un tipo de palurdo diferente. Soy de esos palurdos que no tienen un solo gramo de no palurdo.

—¿Cómo?

—Soy de esos palurdos que no te quieres encontrar en sueños, porque no tengo límites. No tengo límites. Soy de esos palurdos que no fingen que creen en Dios.

Soy un palurdo que sabe que lo es.

—Está loco.

—Vaya, no eres tan tonto como pareces.

Hobsinger siguió al sheriff con la mirada.

—No te gusta tenerme detrás, ¿verdad? Pues te vas a tener que acostumbrar en la granja correccional del condado. A la gente de ahí le va a encantar cómo hablas.

¿Has visto alguna vez una granja correccional? —Jetty se detuvo directamente detrás del hombre—. No te preocupes por si se te cae el jabón. Allí no hay jabón.

Qué digo, casi no hay ni agua. ¿Quieres contarme qué está pasando?

Hobsinger recuperó la compostura.

—Conozco mis derechos. ¿Qué va a hacer ahora, amenazar con lincharme? Es lo que hace su gente, ¿verdad?

—Cállate.

**93**

Ocho coches de la Policía de Carreteras de Wyoming y cuatro coches negros del Departamento de Investigación Criminal de Wyoming llenaban el callejón donde estaba la taberna Grick of Bold. El departamento de policía de Rock Springs había llevado hasta allí a un

grupo de agentes trajeados del FBI desde los helicópteros que habían aterrizado en el campo de fútbol americano de la escuela secundaria. Nadie había visto a los atacantes entrar ni salir del bar. Lo único que estaba claro era que había muchos asaltantes y que no tenían respeto alguno por la vida humana. Las ocho víctimas blancas, todos nativos de Wyoming bien conocidos de tercera y cuarta generación, habían sido cosidos a puñaladas, mutilados y algunos quemados. La escena estaba atiborrada de evidencias físicas

—pelo, tierra, huellas dactilares, sangre—, y un rastro de ellas salía del bar y se adentraba en el solar rocoso y lleno de basura que había detrás. Los cazadores locales intentaron que sus perros siguieran el rastro de los autores de la matanza, pero los animales no pudieron o no quisieron.

Un viejo indio shoshón se acercó a dos de los agentes del FBI. Los agentes lo miraron y él les devolvió la mirada.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo un agente.

—Necesita salir de aquí —le dijo el otro—. Esto es la escena activa de un crimen. No puede estar aquí.

—Eran chinos —dijo el shoshón.

—¿Cómo?

—Los asesinos que buscan. Eran chinos.

Los hombres del FBI se rieron.

—¿Ah, sí?

—Quizás pueda decirnos cuántos había.

—Veintiocho.

—¿Está diciendo que veintiocho hombres chinos se han escapado de este edificio?

—No. Yo estaba en el bar cuando entraron.

—¿O sea que veintiocho hombres chinos entraron en esta taberna y usted se quedó ahí dentro mirando los asesinatos?

—Más o menos.

—¿Qué significa «más o menos»?

—Entraron justo cuando yo estaba entrando a mear en el váter. Y cuando salí, ya sólo había wasi'chu muertos. Ni un solo chino.

—¿Cuánto tarda usted en mear?

—Un par de minutos. Salí y había un par de wasi'chu en llamas. Entonces me di cuenta de que pasaba algo.

—Sí, la gente en llamas es mala señal.

—Sí.

—Y estuvo usted ahí dentro dos minutos.

—Tres como mucho.

—¿Estaba usted bebiendo, señor?

—Coño, estaba borracho del todo. Pero reconozco a un chino cuando lo veo. Y

también sé reconocer a un hombre en llamas.

—¿Y qué pinta tiene un chino? —preguntó uno de los wasi'chu.

—Como la de ese tipo que está ahí entre las hierbas.

**94**

El Cadillac de alquiler estaba aparcado a un lado de la carretera, lo bastante apartado de la casa de Mama Z como para no ser visto. Hind, Jim y Ed habían salido y estaban caminando por entre los árboles que flanqueaban la entrada de la casa.

—Vuelve a explicarme por qué hemos aparcado aquí detrás —dijo Ed —. No creerás de verdad que esa anciana está involucrada en todo esto.

—Es exactamente lo que creo —dijo Hind.

—Lo único que yo sé es que Gertrude me mintió —dijo Jim—. Y cuando la gente me miente, me pongo nervioso.

—¿Así que estamos acercándonos a hurtadillas a una mujer de cien años?

—Básicamente —dijo Hind.

El jardín de la casa estaba cubierto de cuervos. Estaba cubierto de pájaros porque el suelo estaba cubierto de migas y semillas.

—¿Qué os parece eso? —preguntó Jim.

—Que la vieja loca da de comer a los pájaros —dijo Hind.

—Es una alarma —dijo Ed.

—¿Qué? —preguntó Hind.

—Una alarma. Si alguien se acerca, los pájaros levantan el vuelo. Vale, ahora empiezo a tener mis dudas sobre Mama Z.

—Vamos —dijo Jim.

Salieron a campo abierto y los cuervos levantaron estruendosamente el vuelo.

—Funciona —dijo Ed.

Al llegar a la puerta, Hind llamó con los nudillos.

Salió a abrir Mama Z.

—Amigos —dijo—. ¿Dónde tenéis el coche?

—Nos apetecía caminar —dijo Hind.

—Claro que sí, cariño —Mama Z retrocedió un paso—. Adelante.

Los tres entraron en la casa. Y siguieron a la anciana hasta la sala de estar. El fuego de la chimenea estaba encendido.

—¿Y a qué debo el placer de vuestra compañía?

—Ayer mataron a dos ayudantes del sheriff —dijo Jim.

—Un poco al sur de Money —dijo Ed.

—Cielos. Qué horror.

—Lo es, sí —dijo Hind—. ¿Sabe usted algo de esas muertes?

—Oh, no.

—¿Y de las muertes de los Bryant y de Milam? —preguntó Jim.

—Sólo lo que he oído, casi todo por vosotros —dijo Mama Z.

—¿Dónde está Gertrude? —preguntó Jim.

—Aquí no.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Ed.

—Tengo un visitante. Un académico que está mirando mis archivos. Se llama Damon Thruff. ¿Queréis conocerlo?

—Pues sí —dijo Hind.

—Ahora vuelvo —dijo Mama Z. Se puso de pie, aparentando de pronto su edad y apoyándose en el brazo del sofá. Al cabo de un momento se irguió del todo con facilidad, sonrió a Ed y dijo—: Te lo has creído. —Y salió de la sala.

—¿Es ahora cuando ponemos los ojos en blanco y todo eso? —dijo Ed —.

Vuelvo a mi posición inicial. No es más que una anciana. Es una listilla, lo admito, pero no está involucrada en ningún asesinato.

—Yo no he dicho que lo esté —dijo Hind.

—¿Pues entonces qué piensas?

—Que pasa algo raro, es lo único que digo.

Jim asintió para mostrarse de acuerdo.

Mama Z volvió seguida por un muy nervioso Thruff. Los presentó como sus amigos detectives.

—Detectives —dijo—. Suena emocionante, ¿verdad?

—¿Por qué está usted aquí, señor Thruff? —le preguntó Jim.

—Porque me invitó mi amiga Gertrude. Gertrude Penstock.

—¿Para ver los archivos? —dijo Jim.

—En realidad no tengo claro para qué me pidió que viniera. Pero he estado mirando los expedientes, sí.

—¿A qué se dedica? —le preguntó Hind.

—Soy profesor asistente en la Universidad de Chicago. Trabajo en el Departamento de Estudios Étnicos, lo cual no tiene mucho sentido, porque escribo sobre justicia y biomecánica. Tengo un par de doctorados. Estoy bastante seguro de que me han puesto ahí sólo para tenerme en alguna parte. Estoy hablando mucho.

—O sea que es usted el doctor Thruff —dijo Hind.

—Supongo. Prefiero profesor, y me basta con señor.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Gertrude? —preguntó Ed.

—Desde la universidad. Bueno, ella estaba estudiando su licenciatura y yo estaba en la escuela de posgrado. En Cornell. Allí fue donde nos conocimos. En la universidad.

—¿Está nervioso, profesor Thruff? —preguntó Hind.

—¿Yo? Nervioso. Sí. Siempre estoy nervioso. Pregúntele a cualquiera.

Hind miró a Jim y a Ed y se movió hasta el borde de la silla.

—Habrá oído usted que ha habido una serie de asesinatos por aquí.

—No. O sea, sí. Sí, me he enterado, pero sobre todo he estado leyendo los expedientes, ya saben.

—¿Quién le ha hablado de los asesinatos? —preguntó Jim.

—Gertrude. Me lo ha contado Gertrude.

—¿Dónde está Gertrude? —preguntó Jim.

—Pues no sé —dijo Mama Z—. Va y viene.

—¿Puedo usar su cuarto de baño, Mama Z? —preguntó Jim.

—No funciona. El retrete está roto.

—¿Sólo tiene uno? Soy bastante manitas —dijo Jim—. ¿Quiere que le eche un vistazo?

—No, no. Yo me apaño sola —dijo—. Simplemente no me he puesto todavía.

—¿Estuvo aquí Gertrude visitándola hace tres noches? —preguntó Jim —. ¿Fue hace tres noches? —Miró a Ed.

Ed asintió con la cabeza.

—Pues no. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque la llamé por teléfono y me dijo que estaba aquí.

—Pues entonces supongo que sí estaba. Soy vieja y mi memoria ya no es lo que era, claro. Supongo que es comprensible, ¿no?

—Señor Thruff, ¿le importa si le echo un vistazo a su documento de identidad?

—preguntó Hind—. ¿A su permiso de conducir?

—No estás obligado a enseñárselo —dijo Mama Z, mirando a la agente Hind a los ojos.

—Es verdad —dijo Hind—. No estás obligado.

—No me importa. —Thruff echó mano de la billetera que llevaba en el bolsillo de atrás, sacó una tarjeta y se la entregó—. Es mi carnet de profesor. No tengo permiso de conducir. Mi pasaporte está en mi maleta. ¿Quiere que lo vaya a buscar?

Hind examinó a Thruff unos segundos.

—No será necesario. —Le devolvió su carnet de profesor.

—Estábamos a punto de almorzar —dijo Mama Z.

—Muy bien pues —dijo Jim—. Mama Z, ¿le importa dejar que la agente especial Hind eche un vistazo a los archivos?

—Quizás otro día —dijo la anciana.

Una vez fuera, regresando al Cadillac por la entrada para coches, los tres detectives guardaron silencio. Jim iba en cabeza, un poco más agitado y enfadado que los otros dos. Se detuvo junto al coche y se giró hacia ellos.

—Algo está mal. Aquí está pasando algo muy chungo —dijo Jim.

—El pobre Thruff ese está implicado, pero no matando a gente —dijo Hind.

—Quizás Mama Z sea una especie de bruja que ha hecho un sortilegio y ha convertido a Thruff en asesino —dijo Ed.

Jim se apoyó en el coche y dio una patada a la grava.

—Escúchate. Hace unos minutos estabas diciendo que era una abuelita encantadora. Y ahora la tienes por una puta sacerdotisa vudú o algo parecido.

—Sí, bueno.

Jim miró a Hind.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero ver si ese palurdo de sheriff le ha sacado algo a Knobfucker o como se llame el tío ese. ¿Qué os parece?

—Necesito encontrar a Gertrude.

**95**

El Agente Supervisor Especial de la Oficina Regional Sudoeste del FBI Ajax Kinney desembarcó de un vuelo comercial en el Aeródromo de Hesler-Noble, un poco al norte de Hattiesburg. Lo recibieron varios agentes más que acababan de llegar de las oficinas de Chicago, Dallas y D.C. El agente de Dallas era un hombre llamado Hickory Spit, toda una leyenda en el FBI, aunque sólo fuera porque era el agente en activo de más edad de toda la historia del Departamento de Justicia. Nacido en 1934, estaba a punto de cumplir los ochenta y cinco años.

Era el único hombre que quedaba en el FBI que había trabajado con J. Edgar Hoover. Tejano de nacimiento, era famoso por haber liderado los esfuerzos del FBI para desacreditar a Martin Luther King Jr., y en una ocasión le había escrito una carta a King sugiriéndole que se suicidara. Y estaba allí ahora con los demás, con su sombrero Stetson, sus botas de vaquero y su arma reglamentaria con empuñadura de nácar, porque era el único miembro de la agencia que había presenciado un linchamiento. También estaba allí porque se lo había ordenado el presidente de Estados Unidos, que lo consideraba un héroe americano. Spit creía que Hoover y Eisenhower eran la misma persona, no le gustaba el pelo de Kennedy, odiaba las ideas políticas de Johnson, amaba a Nixon, había afirmado una vez tener una bala con el nombre de Jimmy Carter escrito, recelaba de Reagan, no le caía bien George H.W. Bush, había investigado de forma no oficial a Clinton, consideraba a George W. Bush parte de la élite intelectual,

había estado a punto de morir de un derrame cerebral al salir elegido Barack Obama y estaba enamorado del payaso actual. Todavía llevaba placa y pistola, pero ya apenas se podía limpiar el culo. Olía a mierda, a Aqua Velva y a queso al pimiento. Tenía un pariente vivo, un hijo del que había abusado sexualmente y que ahora lo odiaba desde otro país. Clint Eastwood tenía planes para hacer un biopic de su vida y su carrera.

El FBI había montado una sede provisional en los dos pisos superiores del Hotel Indigo. Y allí estaban todos sentados ahora, en la sala de reuniones A, comiendo gambitas rebozadas del Popeyes, dónuts del Krispy Kreme y buñuelos de pan de maíz, que el hotel del restaurante afirmaba que eran su especialidad famosa en el

mundo entero. Mientras esperaban a la agente especial Herberta Hind, Hickory Spit se dedicó a acribillarlos con sus teorías.

—Os digo a tos que esto que está pasando aquí, en la noble nación de los Estados Unidos, empezó con el Kennedy aquel. Ya sabéis que yo estuve allí, en la Plaza Dealy aquel veintidós de noviembre de mil novecientos sesenta y tres.

Oí los disparos. Sonaron ocho sin lugar a duda. La mayoría de gente dice que oyó tres. Pero hay quien dice que oyó ocho, y ésos están en lo cierto. Y como sabéis, aquel rifle italiano que llevaba el tipo tenía tambor de seis balas, así que tuvo que haber otro francotirador, carajo. En el Depository sólo se encontraron tres casquillos. Así pues, ¿de dónde vino el resto de disparos? Yo os diré de dónde, y no fue de detrás de ninguna tapia. Vinieron de la tercera planta del Edificio Dal-Tex. Panteras Negras disfrazaos de personal de mantenimiento. Ya sabéis que un conserje negro puede ir a cualquier parte sin que nadie se fije en él. Por entonces los Panteras eran una organización secreta y nadie sabía que existían, y estaban cabreaos porque Kennedy se estaba desdiciendo de las promesas que les había hecho a cambio de conseguirle el voto negro. Nadie habla de eso. En fin, Oswald no disparó ni una sola bala. Los rusos estaban trabajando con los negros, pero Lee Harvey no lo sabía. Él se creía que estaba trabajando pa los rusos. Y le dieron balas de fogueo. ¿Os imagináis la sorpresa que se debió de llevar cuando no le dio a nada? En cualquier caso, los Panteras nunca han desaparecido. Se inventaron una versión pública a finales de los sesenta, pero siguen siendo una puta sociedad secreta, y ahora acaban de empezar esta guerra racial que ya sabíamos que vendría.

—¿Y cómo lo hacen, Hick? —preguntó alguien—. ¿Lo de matar gente

y desaparecer? ¿Cómo se hace eso?

Hickory Spit miró por la ventana.

—Entrenamiento ninja. Los japos llevan to este tiempo formando a los Panteras.

Ya has visto que todos los Panteras pierden el culo con el libro El arte de la

guerra, del Sonny ese.

—Quieres decir Sun Tzu —dijo otro agente.

—Y es chino —dijo otro.

—Lo dices como si hubiera diferencia —dijo Hickory Spit—. Son fantasmas, esos negros.

—¿Ah, sí? —dijo la agente especial Hind desde la puerta.

Ajax Kinney se tapó la cara con la mano.

Hickory Spit se encogió un poco.

—¿Por qué no me cuenta algo de los negros fantasmas esos? —preguntó Hind.

Se acercó al viejo, que estaba sentado en la cabecera de la mesa.

—¿Tú quién eres? —preguntó Hickory Spit.

—Soy la agente especial Herberta Hind —dijo ella—. Y soy quien dirige esta investigación. ¿Quién y qué es usted?

—Agente especial H-h-h-Hickory Spit, de D-d-d-Dallas.

—Encantada de conocerlo —dijo Hind—. Ahora quédese sentado y calladito.

—El presidente quería que estuviera aquí —dijo Kinney.

—Claro, claro.

—¿Qué nos puede contar, agente especial Hind? —preguntó Kinney.

Hind miró las caras de todos aquellos hombres blancos y detuvo la mirada en la piel arrugada de Hickory Spit.

—No tenemos nada de que informar —dijo—. La investigación está abierta, y no hemos conectado los bastantes puntos como para formar una teoría.

—Lo entiendo, pero está usted aquí para hablarnos de esos puntos —dijo Kinney.

—Sí, ¿qué pasa con esos puntos? —dijo Hickory Spit.

—Cállese —dijo Hind. Se dio la vuelta y salió. Ed y Jim salieron detrás de ella.

Al llegar al ascensor, Jim dijo:

—¿Qué dicen los chavales?

—Ha sido brutal —dijo Ed.

—Muy gracioso —dijo Hind.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Ed.

—Veo todas esas caras lechosas y me cabreo. El puto Hickory Spit. Que se vayan todos a la mierda. Ahí repantingados en una sala esperando a que les demos permiso para disparar a alguien. Y ya sabéis quién es ese alguien al que quieren disparar.

Entraron en el ascensor y se pusieron de cara a las puertas que se cerraban.

—No he podido encontrar la dirección de Gertrude Penstock —dijo Jim—. En el contrato del restaurante figura el nombre Dixie Foster, y tanto la dirección como el número de seguridad social son falsos.

—¿O sea que crees que se ha esfumado? —dijo Hind.

—Pues mira, no lo creo —dijo Jim.

—Yo que ella me habría esfumado —dijo Ed.

—Voy a volver a casa de Mama Z —dijo Jim.

Hind asintió con la cabeza.

—Nosotros vamos a probar suerte con Hobsinger.

De vuelta en la sala de reuniones A:

—¿Os he hablado del linchamiento que vi en el cuarenta y seis, chavales? Yo tenía once años. Mi padre me despertó y me dijo que fuera con él porque me quería enseñar una cosa. Nos metimos en su vieja camioneta Ford destartalá y fuimos por entre los campos petrolíferos. Mi padre era un hacha con todos los temas del petróleo, trabajaba apagando los fuegos. ¿Habéis visto la película esa de John Wayne? Pues está basada en mi padre. Y era pelirrojo. Parecía que tuviera la cabeza en llamas. En fin, mi padre condujo hasta allí y una gente sacó al negro de su choza, y anda que no chillaba y pataleaba el chaval. Esos negros no tienen agallas ni nada. Estaba diciendo que él no había hecho lo que sea que ellos decían que había hecho, así que le pregunté a mi padre qué había hecho, y mi padre me dijo que aquel negro había saludao a una chica blanca delante de una tienda. No me lo pude creer. La misma tienda donde aquella chica compraba

sus productos femeninos. Claro que yo no entendía de aquellas cosas por entonces, pero ya me daba cuenta de que era malo. ¿Qué sería lo próximo? Eso se preguntaba mi padre. Decía que los negros se iban a pasear por el mundo entrándoles a las chicas blancas, y que antes de que nos diéramos cuenta el país estaría lleno de bebés mestizos gateando por todos laos, y ése sería el final de la gente blanca, más claro que el agua. Estábamos en medio del campo aquel, y sólo había un arbolito, y todo el mundo vio claro que aquella birria de árbol no tenía ni una rama que pudiera aguantar el peso del negro lo bastante pa estrangularlo, o romperle el cuello, o lo que sea que te mata cuando te cuelgan.

Pero luego aquel negro puso la espalda recta y dejó de forcejear. Miró a todos los hombres aquellos y su mirada se detuvo en Fabric Wilke, el líder del grupo, y le dijo, bien alto y claro: «No podéis conmigo, cabrones. Porque la tengo demasiado grande. Pregúntaselo a tu mujer». Fabric se puso rojo como una remolacha y se acercó y le clavó la culata del rifle en toda la barriga. Pero el negro apenas se dobló. «Y se lo puedes preguntar también a tu madre». Ahora Fabric estaba llorando y nadie decía palabra. Luego el negro miró a otro hombre, y a otro, y a otro, y no paraba de repetir. «Pregunta a tu mujer. Pregunta a tu madre. Pregunta a tu hija». Os lo juro, los hombres se volvieron locos y trataron de matarlo a pedradas. Pero se quedó igual, como si las piedras no le hicieran daño. Luego empezaron los tiros, pero como los hombres estaban en círculo, sólo consiguieron dispararse los unos a los otros. Por fin el negro cayó de rodillas, con la sangre saliéndole de las comisuras de la boca, y dijo: «Ahora me voy a morir, durante un tiempo. Pero volveré. Volveremos todos».

En la sala se hizo un silencio de muerte. Los hombres blancos se

habían quedado del color de la ceniza.

—Es la guerra que tenemos ahora. —Y en aquel mismo momento, en la sala de reuniones A de la cuarta planta del Hotel Indigo de Hattiesburg, Mississippi, Hickory Stonewall Spit pareció sufrir un derrame cerebral y se quedó callado.

Ajax Kinney no se movió de su silla.

—¿Se ha muerto?

El agente de Chicago estiró el brazo y le buscó al viejo el pulso en el cuello.

Asintió con la cabeza.

Kinney miró por la ventana.

—Gracias a Dios.

**96**

Los gritos eran lo único que se oía. Ni siquiera se podía oír la alarma por culpa de los gritos. Había agentes del Servicio Secreto corriendo con sus Heckler & Koch MP5 y sus metralletas FN P90 echadas al hombro y listas. Corrían por los pasillos del Ala Oeste de la Casa Blanca, algunos en dirección al Despacho Oval y otros a la Sala Roosevelt. La alerta había llamado a sus puestos a todos los agentes presentes. Algunos todavía llevaban gorritos de fiesta de una celebración que habían hecho en el Restaurante Navy. Reginald Reynolds, apodado el

«Jabalí», ex senador por Alabama —y no por Arkansas a pesar de su apodo—, ahora era también ex Secretario del Tesoro, ex porque estaba muerto sobre la mesa rectangular del centro de la Sala Roosevelt. Tenía el abdomen y la entrepierna bañados en sangre.

El presidente se había escondido debajo de la mesa Resolute del Despacho Oval.

La sala estaba llena de agentes del Servicio Secreto, encañonando las puertas y las ventanas, mientras el vicepresidente intentaba convencer al presidente para que saliera de su escondrijo.

—Ya tiene a todos los hombres armados en el despacho —dijo el vicepresidente

—. No puede entrar nadie.

—¿Has oído los gritos? Eran los gritos más fuertes que ha oído nadie nunca. Es increíble cómo de fuertes eran.

—Sí, señor, pero ahora ya puede salir.

—Estoy encallado. Mierda, estoy encallado. Tengo las rodillas clavadas en el estómago. Haz que venga alguien a ayudarme, payaso canoso.

El vicepresidente hizo una señal a un par de agentes para que lo fueran a ayudar.

A uno de los hombres se le cayó del hombro la P90 al lado de la cara del presidente. El presidente chilló.

—Por el amor de Dios, hombre, joder, ¿y si se te dispara? Puede pasar. Nunca se sabe. Primero me entero de que esos cabrones van a presentar la moción de censura y ahora esto. ¿Qué han sido todos esos gritos? Sigo encallado. Mierda, me han puesto algo en el pelo.

—Es chicle, señor presidente —dijo un agente.

El presidente señaló con un dedo corto al vicepresidente.

—Has estado sentado otra vez en mi silla. Te vas a enterar, hostia.

Entró otro agente y se apoyó sobre una rodilla al lado del presidente.

—Señor, el secretario Reynolds está muerto.

—¿Y qué, joder? Sácame de aquí. Que alguien llame a mi peluquero. Tengo todo

el pelo pringado de chicle. —Se olió los dedos—. Zumo de frutas. —Señaló otra vez al vicepresidente—. Has sido tú. Zumo de frutas, joder. —Los hombres lo ayudaron a ponerse de pie.

—Han asesinado a Reynolds, señor presidente —dijo el agente.

El presidente intentó volver a meterse debajo de la mesa.

—Tenemos al asesino.

—Ah, bien. —El presidente se arregló la ropa y trató de recolocarse el pelo—.

Bien. Que venga mi helicóptero real. Tengo que ir a Camp David.

—Señor, esto es la escena de un crimen. Nos tenemos que quedar aquí unas horas. No sabemos si hay más atacantes en el recinto.

—¿Qué?

—Al secretario Reynolds le han extirpado los testículos.

—¿Cómo?

—El asesino es un hombre negro y también está muerto. Lo raro es que parece

llevar tiempo muerto.

—¿Los huevos cortados? Eso no es bueno. —El presidente contó a los agentes de seguridad que había en la sala con él—. Cerrad con llave las puertas.

—Ya están cerradas con llave —dijo el vicepresidente.

—Tú te callas, zumo de frutas.

—Señor, la Primera Dama está a salvo.

—¿Quién?

—Su esposa, señor.

—Ah, Melanie.

—Melania, señor.

—Sí, eso. ¿Cómo ha conseguido entrar el asesino? Se supone que éste es el sitio más protegido del planeta. ¿Cómo, hombre, cómo?

—No lo sabemos, señor.

—Llevadme al puto búnker. Quiero mi búnker. ¿Dónde está el Secretario de Vivienda y no sé qué más? Es negro. ¿Ha sido él quien ha matado a cómo se llame?

—No, señor. El sospechoso no ha sido identificado. —El agente se llevó el dedo a la oreja y escuchó por su pinganillo—. El recinto ya es seguro, señor.

—Llamad al ejército. Rodead este puñetero sitio.

—Señor, el recinto ya es seguro.

—¡Quiero mi ejército aquí ahora!

**97**

Un ejército de tipos de cara lechosa venidos de Terre Haute, Greencastle, New Castle y Muncie patrullaban patizambos por las calles de Indianápolis. Llevaban rifles M16A2 de desecho que nunca habían disparado más de seis balas en un mismo día. Llevaban ropa de camuflaje del desierto que, más que camuflarlos, iluminaba su presencia. No tenían ni idea de qué estaban buscando, ni tampoco de qué estaban protegiendo. Las fuerzas del orden público evitaban las calles, igual que mucha otra gente blanca. Había tiendas cerradas y otras en pleno proceso de instalar timbres para entrar. La gente negra apenas salía de sus casas por miedo a todos los blancos que había con rifles por las calles.

Los periódicos y las televisiones intentaban conectar los incidentes de violencia que estaban teniendo lugar por todo el país. La Fox News los llamó «una guerra racial, así de simple». La cifra total de muertos ascendía a veinticinco personas blancas. El marcador estaba en veinticinco a cinco. Estaba claro que había una conspiración negra y asiática, cuyo entramado era secreto, complejo y estaba bien organizado. Había espías por todas partes. No se podía confiar en nadie.

¿Cómo era posible que aquel hombre negro hubiera entrado en la Casa Blanca para matar a Jabalí Reynolds? Debía haber tenido ayuda de dentro. Se detuvo al personal de cocina y limpieza de la Casa Blanca y se los retuvo en un campamento improvisado en los terrenos de la Casa Blanca, en mitad de la Elipse.

En la Península Superior de Michigan, en la Isla Drummond, se habían reunido los líderes de varios grupos supremacistas blancos para discutir la estrategia a desarrollar. Iban a la guerra, ¿pero dónde y cómo y contra quién? Estaban de acuerdo, hasta el último hombre, en que necesitaban golpear primero, de forma inmediata e inesperada, ¿pero dónde y con qué clase de armamento debían golpear?

Dempsey Hauser, comandante supremo de la Legión del Poder Blanco del Medio Oeste, estaba al mando de la reunión, puesto que se habían congregado en su cabaña de pescar.

—Caray, siempre pensamos que seríamos nosotros quienes asestaríamos el primer golpe en esta guerra que sabíamos que llegaría. Pero está claro que se nos han adelantao, nos hemos acomodao demasiado con la tele por cable y los móviles y tos los demás juguetes con que nos han infectao los comunistas. No nos esperábamos que los negros y los chinos y los asiáticos unieran fuerzas. No podemos dejar que conquisten nuestra América. ¿Estáis conmigo?

Guau. Guau. Guau.

—Sé que tenemos armas y municiones de sobra. Es que es lo que mejor hacemos, reunir armas de fuego y balas y cosas que explotan. Pero si queremos ganar esta guerra necesitamos un plan. Parece que el enemigo ya tiene uno. Nos llevan ventaja. Se abre el turno de réplicas pa quien tenga sugerencias.

—Mi madre siempre decía que llegaría este día —dijo Kyle-Lindsey Beet de Tuscaloosa, Alabama. Era la Altísima Serpiente de la Hermandad Revivida de Protectores Blancos—. Mi padre me ha dicho que os pida perdón por no haberse cargao a más negros cuando tenía oportunidad.

—¿Cómo está? —preguntó alguien.

—Pues ahora tiene Alkaimer y la mayor parte del tiempo no sabe ni qué es un

zapato, pero tiene sus momentos. Se acuerda de los resultaos de todos los partidos de fútbol americano pre-negros de Bear Bryant, pero es incapaz de limpiarse el culo.

—Antes del Alzheimer tampoco se lo limpiaba —dijo alguien desde el fondo de la sala.

—Vete a la mierda —dijo Beet.

—Vale, tranquilos —dijo Hauser.

Se puso de pie Larry LaChemise.

—Sí, tenemos tonelás de armas y miles de cartuchos y hasta granadas. Pero nos falta gente. Yo digo que contratemos a una agencia de publicidad a ver si conseguimos más efectivos. Habría que montar una campaña publicitaria. Poner unos anuncios en la Cadena Fox. En el programa del Hannity ese.

—Siéntate, Larry —dijo Hauser—. No tenemos tiempo para eso. ¡Necesitamos atacar ya!

LaChemise miró el suelo.

—Pues no sé vosotros, pero yo sólo puedo disparar dos armas al mismo tiempo.

—No le falta razón a Larry —dijo un hombre desde el fondo—. Somos quince y todos tenemos a unos diez hombres en nuestros grupos, lo cual suma un total de… ¿noventa hombres? A dos armas por hombre eso nos da ciento sesenta armas, que no es demasiá potencia de fuego. Ahí fuera debe de haber miles de negros.

—Hay millones, atontao —dijo otro—. ¿De dónde sales?

—De Utah, gilipollas. ¿De dónde coño sales tú?

—Vale, tranquilos —dijo Hauser.

Una piedra reventó la ventana de detrás de Hauser, que agachó la cabeza. Otra piedra más grande aterrizó a medio metro de él.

—¿Qué cojones pasa ahora? —dijo LaChemise. Los hombres echaron a correr hacia la pared del fondo cubierta de banderas confederadas.

Hubo un breve silencio.

—Calma, soldaos —dijo Hauser con voz chillona.

Antes de que uno solo de ellos pudiera fruncir los flacos labios para silbar las

primeras notas del clásico americano «Dixie», la sala de reuniones se llenó de hombres negros muertos, rebozados de tierra y con ojos de muñeco.

**98**

Mientras Jim conducía hacia el norte con rumbo a Money, Hind y Ed sacaron a Chester Hobsinger de su celda y lo encadenaron a una mesa de la sala de interrogatorios. Contemplaron a través del cristal cómo el hombre se toqueteaba las esposas, pero estaba claro que no intentaba soltarse.

—Supongo que yo haré de poli bueno —dijo Ed.

Hind lo miró.

—Es lo lógico, ¿no?

—¿Por qué? ¿Porque es irónico que una mujer sea el poli malo? —preguntó Hind.

—No, porque yo soy un tío majo y tú, en fin, tú eres un poco dura —dijo Ed—.

Sin ánimo de ofender.

—¿Quieres decir cabrona? —preguntó Hind.

—Lo has dicho tú.

—No te lo voy a discutir.

—Vamos pues.

Salieron y entraron en la sala donde estaba Hobsinger. Se sentaron al otro lado de la mesa.

—¿Lo están tratando bien, señor Hobsinger? —preguntó Ed—. Chester. ¿Te puedo llamar Chester?

—Adelante.

—Yo soy Ed.

Hobsinger miró a Hind.

—Agente especial Hind —dijo ella.

—Háblanos del camión, Chester —dijo Ed—. ¿Cuánto tiempo trabajaste para Suministros de Cadáveres Acme?

Hobsinger no dijo nada.

—¿Cómo desaparecisteis el camión y tú? ¿Os secuestraron? Odio cuando pasa eso. Vas conduciendo un camión remolque lleno de muertos y alguien sale de golpe de las matas y te secuestra el camión. ¿Habías hecho transportes para Acme antes de aquel trabajo, o era el primero? —preguntó Ed.

Hobsinger no abrió la boca.

Hind se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Señor Hobsinger, quiero que sepa que está con la mierda hasta las cejas. Se lo relaciona con asesinatos que se pueden interpretar como crímenes de odio; hasta se podrían considerar terrorismo. ¿Entiende las ramificaciones de esto? Significa que lo podemos encerrar mucho tiempo mientras decidimos qué hacer con usted.

Hobsinger miró a Ed.

Ed se encogió de hombros.

—Yo no quiero que eso ocurra, pero está usted relacionado con esos asesinatos.

Me gustaría entender la situación para poder ayudarlo. Sabemos que le cortó usted los testículos a Milam.

—¿Cómo?

—Hemos encontrado su ADN en las pelotas del hombre —dijo Ed.

—Eso es imposible.

—También sabemos que fue usted quien le cortó los dedos a Bryant y se los metió en la boca —dijo Hind.

—No tenía dedos en la boca.

—Eso es verdad, señor Hobsinger —dijo Hind.

—Mierda.

**99**

Ed llamó a Jim para decirle que Chester Hobsinger les había pasado la ubicación de una casa donde se habían escondido los miembros de su grupo y donde era probable que estuviera Gertrude. Jim siguió las indicaciones, se desvió en numerosas ocasiones para coger caminos sin asfaltar y terminó aparcando delante de una casa larga y estrecha típica de la región, grande pero ruinosa, apoyada en pilares de ladrillos. Un porche de aspecto nada seguro rodeaba la fachada y el lado norte de la estructura. Jim miró la puerta. No se veía a nadie. Si sus sospechas eran ciertas, y aquella gente estaba involucrada en los asesinatos, entonces era muy posible que fueran peligrosos. Desenfundó la pistola, abrió el cargador y lo comprobó, se dio un golpecito con él en los nudillos y lo reintrodujo. Echó atrás la

corredera despacio y metió una bala en la cámara. Eran las doce pasadas del mediodía y hacía calor; sentía que el coche se estaba convirtiendo en un horno. Dejó la chaqueta sobre el asiento y echó a andar hacia la casa.

Puso el pie en el primer escalón resquebrajado del porche, pero el segundo soltó un chirrido tan fuerte que garantizó a Jim que el vecindario entero se habría enterado de su presencia. Se imaginó las habitaciones de la casa llenas de cuerpos de Suministros de Cadáveres Acme de Chicago. Se imaginó que se movían, agitando las extremidades muertas. Permaneció alejado de la puerta y abrió despacio con el brazo la mosquitera, que también anunció con estridencia su presencia. Ya no iba a poder sorprender a nadie después del escalón y la mosquitera, de manera que hizo girar el pomo y empujó la puerta para entrar. No había cadáveres, pero sí que estaba Gertrude, sentada en una silla estilo Shaker en mitad de la sala.

—Señorita Penstock.

—Detective especial Davis.

Jim examinó la sala y el pasillo hasta la puerta del fondo. Escuchó, pero no oyó nada. La sala estaba cómodamente amueblada, bien cuidada y limpia. Del techo colgaban sábanas de tela fina, al estilo hippie, suavizando la luz de la potente bombilla.

—¿Hay alguien más aquí?

—No. Todo el mundo ha puesto tierra de por medio.

Jim asintió con la cabeza. Cogió el respaldo de otra silla Shaker de detrás del sofá y la puso delante de Gertrude.

—¿Por qué no sentarme aquí?

—Por favor.

Examinó la cara de Gertrude. Conocía muy bien aquella expresión, la había visto muchas veces. Estaba intentando hacerse la dura cuando no lo era.

—Así pues, Dixie, Gertrude, Caballero Oscuro, como sea que te llamas, ¿has estado metida en esto desde el principio?

—Me llamo Gertrude.

—¿Penstock?

—Harvey.

—¿Eres familia de Mama Z?

—No.

—Si no me hubieras mentido, nunca habría sospechado de ti —dijo Jim—. Las mentiras siempre se acaban pagando.

—¿Sospechado de qué?

—Bueno, eso es lo que tenemos que averiguar aquí, ¿no? ¿Por qué no me cuentas por qué tus amigos han sentido la necesidad de poner tierra de por medio, para usar tus palabras?

Gertrude no dijo nada, se limitó a mirar por la ventana que había detrás de Jim.

—Todo el mundo habla de los genocidios del mundo, pero cuando se cometen despacio y a lo largo de cien años, nadie los ve. Si no hay fosas comunes, nadie

se entera. La indignación americana siempre es teatro. Y tiene fecha de caducidad. Si ese libro de Griffin hubiera sido Linchado como yo, quizás América habría levantado la vista de su cena o del béisbol o de lo que sea a lo que se dedica ahora. ¿Twitter?

—¿Has estado aquí sentada ensayando ese discurso?

—Más o menos, sí.

—¿Has matado a gente?

—Depende de a qué te refieras con gente.

—Eso no me importa. ¿Estuviste implicada en el asesinato de Wheat Bryant? —

Jim miró la pistola que seguía teniendo en la mano, sintió un momento de vergüenza y la guardó—. ¿Estuviste presente en su asesinato?

—No.

—¿Estuviste involucrada en la planificación del asesinato? No,

cambiemos la frase. ¿Estuviste presente en la planificación del asesinato?

—Sólo diré una cosa: conozco a gente que estuvo involucrada en tres de las muertes, y ni una más. No digo que tres no sean muchas, pero no más. Tres.

—¿Y se supone que me he de creer que una mujer de cien años es la líder de una secta asesina?

Gertrude no contestó.

—Háblame de Mama Z.

—Lo que sabes de ella es cierto.

—Los tres asesinatos: Wheat Bryant, Junior Junior Milam y Carolyn Bryant.

Gertrude negó con la cabeza.

—No, la vieja no. Lo único que hicimos fue ponerle el cadáver en el dormitorio.

Fue una decisión de última hora.

—¿Y el número tres?

—El Milam de Chicago. No hubo más. No sabemos qué está pasando en otras partes. Lo juro. O sea, lo de la Casa Blanca… ¿quién puede hacer algo así? —

Gertrude se sujetó la mano porque estaba temblando.

A Jim le vibró el teléfono y contestó.

—Estoy en la casa y no hay nadie. Había alguien antes, pero ahora está vacía.

Voy a inspeccionar. Os llamo. —Se guardó el teléfono en el bolsillo—. Era Ed.

Es mi compañero y mi mejor amigo, pero le acabo de mentir.

—Gracias.

—No me las des. Simplemente no me tomes el pelo. ¿Mama Z está

detrás de todo esto?

—Sí.

—Y el blanco, Hobsinger, ¿cómo ha llegado a estar involucrado?

—Es el bisnieto de Mama Z. A su abuelo negro lo mató el Ku Klux Klan por estar con su abuela blanca.

—¿Cuántos sois? —preguntó Jim.

—Dieciséis, sin contar a Mama Z.

Jim se puso de pie, caminó hasta la ventana y miró su coche.

—Aquí pasa algo más, está claro, joder.

—¿Me vas a dejar ir? ¿Por eso has mentido?

—Quiero hablar con Mama Z. ¿También ha puesto tierra de por medio?

—Oh, no. Mama Z no se escaparía.

Se oyó un fuerte clic, la luz del techo se atenuó y un zumbido y una vibración llenaron el aire. Jim interrogó a la chica con la mirada.

—Es el congelador.

**100**

No había suficientes tropas. Colfax, Luisiana. Omaha, Nebraska. Tulsa, Oklahoma. Chicago, Illinois. Treinta y cinco víctimas blancas. Pánico en las calles. Rosewood, Florida. Una horda de hombres negros de miradas muertas dejó atrás seis blancos muertos. El gobernador de Florida pidió a la población que mantuviera la calma. Poco después, lo encontraron muerto en el lavabo de su oficina. Detroit, Michigan. Springfield, Illinois. East Saint Louis, Illinois.

Hombres negros asaltando una comisaría y dejando una estela de cadáveres. Se llamó al ejército para que se posicionara alrededor de la Casa Blanca y el Capitolio. Longview, Texas. Un pueblo entero de cadáveres. Wounded Knee, Dakota del Sur. Los lakota los llamaron los bailarines fantasmas. La gente blanca huía. Trece muertos en las Colinas Negras. Elaine, Arkansas. Sangre por todas partes. Rock Springs, Wyoming. Una horda de veinte hombres chinos demostró no tener miedo de las fuerzas del orden y marchó por Rock Springs, con

rumbo a Rawlins y Laramie. En Nueva York, un policía gordo disparó a un joven negro en Central Park para encontrarse después a un grupo de hombres negros rebozados de tierra esperándolo en su coche patrulla.

**101**

Era una cámara frigorífica fabricada por General Electric. Gertrude descorrió el pestillo de la pesada puerta. Jim desenfundó instintivamente el arma.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—En cierta manera —dijo Gertrude. Abrió la puerta y dejó salir una ráfaga de aire frío. Pulsó un interruptor y se encendió la luz.

Había estanterías llenas de embutidos, jamón, pavo y mortadela. También había gente metida en bolsas colgadas del techo. Jim no vio caras, ni tampoco extremidades, sólo contornos generales de figuras humanas.

—¿Son los del camión robado?

—Sí. Teníamos planes para dar más golpes. —Se dio cuenta de que estaba confesando—. Pero luego empezaron a pasar otras cosas. ¿Imitadores?

Jim se encogió de hombros. Empujó una bolsa con el cañón de su pistola y la vio mecerse.

—Esto ya no es ni terrorífico.

—Tengo miedo —dijo Gertrude—. Es como si hubiéramos empezado algo.

La puerta enorme se cerró de golpe. Jim y Gertrude se giraron para mirarla y oyeron el ruido del pestillo al correrse.

—Esto no es bueno —dijo Jim.

Gertrude corrió a la puerta y probó a girar la manecilla. Se volvió para mirar a Jim.

—No sabía que hubiera nadie —dijo—. Lo juro.

Jim sacó el teléfono. No tenía cobertura.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ni idea. No le puedo pegar un tiro.

—Quizás haya herramientas aquí dentro —dijo Gertrude, examinando los estantes.

Jim estudió la puerta.

—Iría bien una palanca.

—¿Y un destornillador grande?

—Podría funcionar. —Cogió la herramienta que le dio ella—. Vale, ¿cómo sugieres que haga esto? No soy exactamente un manitas.

Gertrude cogió el destornillador y trató de meterlo a la fuerza entre el quicio y la caja de la cerradura. Jim la ayudó a empujar. Nada.

—Me estoy congelando —dijo Jim.

—Es un congelador.

**102**

Florence, Carolina del Sur. Macon, Georgia. Hope Mills, Carolina del Norte.

Selma, Alabama. Shelbyville, Tennessee. Blue Ash, Ohio. Bedford, Indiana.

Muscle Shoals, Alabama. Irmo, Carolina del Sur. Orangeburg, Carolina del Sur.

Los Ángeles, California. Jackson, Mississippi. Benton, Arkansas. Lexington, Nebraska. Nueva York, Nueva York. Rolla, Missouri. Perth Amboy, Nueva Jersey. Elsmere, Delaware. Tarrytown, Nueva York. Grafton, Dakota del Norte.

Oxford, Pensilvania. Anne Arundel, Maryland. Otero, Colorado. Coos Bay, Oregón. Chester, Carolina del Sur. Petersburg, Virginia. Laurel, Delaware.

Madison, Maryland. Beckley, West Virginia. Soddy-Daisy, Tennessee. Fort Mill, Carolina del Sur. Niceville, Florida. Slidell, Luisiana. Money, Mississippi.

DeSoto, Mississippi. Quitman, Mississippi. Elmore, Alabama. Jefferson, Alabama. Montgomery, Alabama. Henry, Alabama. Colbert, Alabama. Russell, Alabama. Coffee, Alabama. Clarke, Alabama. Laurens, Carolina del Sur.

Greenwood, Carolina del Sur. Oconee, Carolina del Sur. Union, Carolina del Sur.

Aiken, Carolina del Sur. York, Carolina del Sur. Abbeville, Carolina del Sur.

Hampton, Carolina del Sur. Franklin, Mississippi. Lowndes, Mississippi.

Leflore, Mississippi. Simpson, Mississippi. Jefferson, Mississippi. Washington, Mississippi. George, Mississippi. Monroe, Mississippi. Humphreys, Mississippi.

Bolivar, Mississippi. Sunflower, Mississippi. Hinds, Mississippi. Newton, Mississippi. Copiah, Mississippi. Alcorn, Mississippi. Jefferson Davis, Mississippi. Panola, Mississippi. Clay, Mississippi. Lamar, Mississippi. Yazoo, Mississippi. Mississippi. Mississippi. Mississippi. Mississippi. Mississippi.

Mississippi. Mississippi. Mississippi. Mississippi. Mississippi.

**103**

ÚLTIMA HORA

**EL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS**

Hace quinientos años, me cuentan mis amigos, y son buena gente, saben mucho, y les caigo bien porque también sé mucho, me cuentan que los europeos rescataron a los africanos de los demás africanos. Según tengo entendido, los reyes de África estaban vendiendo a sus propios hijos a otros reyes, y nosotros mandamos a nuestra armada, la mejor armada del mundo, para salvarlos.

Llevamos doscientos años preocupados por los criminales y los traficantes de droga y los violadores que entran por nuestra frontera sur, y yo he dado pasos de gigante, más que ningún otro presidente de la Historia, para tapar agujeros, y así hemos construido un muro, ¿verdad? Un muro precioso, y tenemos una gran economía, la mejor de la Historia mundial. Es tremendo, ¿verdad? Pero resulta que la verdadera amenaza, y mira que lo he estado avisando, pero nadie

escucha à moi, que es yo en francés. ¿Acaso me escucharon? No me escucharon, no. ¿No es terrible cómo me tratan? Al presidente del país entero, después de la mayor victoria nunca obtenida, y sin ningún complot. Ningún complot. Ni tampoco obstrucción de la justicia. Pero yo siempre he dicho, llevaba tiempo diciéndolo, que son los negros de quienes tenemos que preocuparnos, y parece que también los chinos y los indios. La cuestión es que no son blancos como han de ser los americanos. Devolved la grandeza a América. Está pasando algo terrible en nuestras ciudades y en nuestras calles. Los buenos americanos blancos están siendo objeto de violencia, matados como animales. Pero voy a poner fin a esto.

Creedme, estoy creando una división nueva en el Departamento de Justicia, la Agencia Popular de Seguridad, para combatir estos crímenes. También estoy llamando a mi base de votantes, gente buena y leal que me quiere y a quien quiero, los he llamado para que tomen las armas contra esa purria. Me gustaría encontrar al líder de esos negros. Le arrearía un puñetazo en toda la cara. Sabéis

que es verdad. Oh, qué puñetazo le arrearía, y no por sorpresa, porque lo vería venir. Partapum. Yo sé cómo tratar a esa gente. Sinvergüenzas. Nuestros buenos policías están ahí en la línea del frente, batallando, y saben que pueden contar conmigo. Les he dado su único aumento de sueldo en veinte años, de manera que me aman y yo los amo. Los amo. Nunca habéis visto nada parecido. Pero estos negros de mierda se han salido de madre y de su reserva, y hay que detenerlos.

Lo voy a hacer por vosotros, pero quiero vuestro apoyo.

[se lleva la mano a la oreja y escucha]

No he usado la palabra negro de mierda. Yo nunca diría algo así. Soy la persona menos racista que has conocido nunca. Hay fuentes de noticias falsas que te dirán que he dicho que los negros son una mierda. Pero jamás lo diría. Hay demócratas y gente de la CNN que te dirán que lo he dicho, pero no es verdad.

Preguntad a cualquiera de los que estáis aquí. ¿He dicho que son una mierda?

Tú, el de ahí, ¿lo he dicho? ¿He usado la expresión negros de mierda? ¿Negros de mierda? Entiendo que pueda haber parecido que lo he dicho. Pero lo que he dicho es que a ver si esos negros se enmiendan. No que se enmierdan, porque ya se han enmierdado. Es pintoresca la

gente negra, ¿verdad? Y me aman, han votado por mí como nunca han votado por nadie. Claro que no he dicho que son mierda, nunca diría mierda. Yo no digo esa clase de palabras. Negros de mierda.

Negros de mierda. Claro que no lo he dicho. Y tampoco hubo complot.

ÚLTIMA ÚLTIMA HORA

Acaba de llegar la noticia de que ha sido asesinado el líder de la mayoría en el senado. Lo ha encontrado una masajista en una habitación del Ritz-Carlton de Georgetown. La joven tatuada ha bajado corriendo las escaleras, chillando que el senador estaba lleno de sangre y al parecer muerto y con su amante negro. Por culpa de la histeria de la mujer, no estamos seguros de qué ha querido decir. Lo que sí está claro ahora mismo es que el líder de la mayoría en el senado está muerto.

¿Cómo que me han interrumpido? Soy el puto presidente de los Estados Unidos.

Me da igual que esté muerto. Estaba hablando yo. ¿Cuándo me han cortado la emisión? Estaba a punto de convencer a estos gilipollas de que no he dicho negro de mierda. Ja, ja, ja. Soy el mejor. Le puedo vender hielo a los esquimales.

Le puedo vender una soga a un negro. ¿Cómo? ¿Estamos en el aire otra vez? No he dicho lo que creéis que me acabáis de oír decir.

**105**

Jim se arrepintió de haber dejado la chaqueta en el coche. Se puso cerca de la puerta y probó otra vez a usar el teléfono, pero seguía sin cobertura. Miró a Gertrude, que estaba temblando junto a la silueta de un cadáver gordo.

—Si tuviera mi chaqueta te la daría —dijo—. Eso te demuestra la caballerosidad que hay hoy en día. No sé ni qué he querido decir con eso.

Gertrude intentó sonreír.

—Lo siento mucho.

Gertrude negó con la cabeza.

—Pensaba que se había ido todo el mundo. Se habían ido todos.

—Tiene que haber alguna forma de salir de aquí.

—La única otra herramienta es esta llave inglesa.

Jim sopesó la llave con la mano y se la quedó mirando. Volvió a la puerta y se planteó golpear la cerradura con ella. Debía de pesar lo mismo que su pistola.

—Necesito un recipiente pequeño. Una bolsa de plástico, lo que sea.

—¿Y la esquina de esto? —Señaló la parte inferior de una bolsa de cadáver—.

¿Tienes un cuchillo?

Jim le dio su navaja.

Cuando Gertrude perforó la bolsa, la condensación o el formaldehído o lo que fuera le mojó los dedos y la hizo detenerse, asqueada. Se puso de pie y volvió a mirar a su alrededor. En una estantería alta había una lata de líquido para limpiar hornos. La cogió y le quitó el tapón.

—Eso está bien —dijo Jim. Sacó el cargador de la pistola y extrajo las balas.

Luego usó la llave inglesa para separar el plomo del latón y recogió toda la pólvora dentro del bote de plástico.

—Ya lo entiendo —dijo Gertrude.

—Yo no estoy seguro de entenderlo —dijo Jim—. Pero lo vamos a intentar.

—Lo siento —volvió a decir Gertrude.

Jim intentó arrancar la caja de la cerradura de la puerta, pero sólo pudo abrir una rendija de medio centímetro.

—Es una idea estúpida —dijo—. Si funciona, te invito a cenar. Seguramente sólo voy a conseguir volarme la mano. Pero no importará, porque pronto voy a morir de congelación.

—¿Estás intentando ser gracioso?

—Sí, ¿qué tal lo hago?

—Fatal.

Jim intentó embutir toda la pólvora que pudo dentro de la cerradura.

—¿Fumas?

—No he fumado nunca. ¿Por qué?

—Lástima. Yo tampoco fumo. Así que no llevo cerillas.

—Oh.

—Bueno, me queda una bala. Puedo intentar encender la pólvora disparándole.

Me estaba guardando la bala para el que nos ha encerrado.

—Vale.

—Ponte ahí detrás de los muertos.

Gertrude obedeció.

—¿Qué?

—Sólo tengo una bala y a duras penas aprobé las últimas prácticas de tiro.

¿Lista? Va a hacer un ruido brutal. Tápate los oídos. —Se sacó un pañuelo de papel usado del bolsillo, lo rompió en dos y se tapó los oídos—. Allá va.

Jim apretó el gatillo. Acertó a la cerradura y oyó que la bala percutía, pero no pasó nada. La cerradura quedó mellada, pero la pólvora se mantuvo indiferente.

—Vaya idea. Lo siento, Gertrude.

Ella no dijo nada.

—Por mucho que parezca completamente inapropiado y no ético, creo que necesitamos compartir calor corporal.

—Creo que sí.

—¿Sí a qué? —preguntó Jim—. ¿A que es inapropiado o a compartir calor?

—A las dos cosas.

Se sentaron en un cajón pegado a la pared y se abrazaron.

**106**

Se oyó un ruido procedente de la puerta. La manecilla se movió un poco, se sacudió y se detuvo. Por fin bajó bruscamente con un golpe fuerte.

Jim levantó su pistola vacía.

—¿Jim? —Era Ed.

—Dios mío, ¿estáis bien? —preguntó Hind. Se quitó la chaqueta, fue hacia Gertrude y se la puso sobre los hombros.

Jim intentó incorporarse. Ed lo ayudó. Cuando salieron de la cámara frigorífica detrás de Hind y de Gertrude, Jim agarró a Ed del brazo.

—¿Habéis encontrado a alguien en la casa?

—A nadie.

—Está oscuro —dijo Jim, asomándose a la ventana de lo alto de las escaleras—.

Hace rato que dejé de mirar la hora.

—No me contestabas al teléfono, o sea que hemos venido. Hemos visto tu coche fuera. Si había alguien más, se ha marchado.

—Bueno, alguien nos ha encerrado aquí dentro.

—¿Qué pasa con Gertrude? —preguntó Ed.

—Ya te lo contaré. ¿Qué ha estado pasando ahí fuera?

—Ni te cuento.

**107**

Algunos lo llamaban muchedumbre. Un reportero que estaba en la escena usó la palabra horda. Un pastor de una iglesia episcopal metodista africana del Condado de Jefferson, Mississippi, lo llamó congregación. Independientemente de cómo se llamara, tenía como mínimo quinientos cuerpos y seguía creciendo y había abandonado todo sigilo. Veías a la congregación coronar un risco y a continuación descender sobre la ciudad como un tornado. E igual que un tornado,

destruía una vida y dejaba la de al lado intacta. Y emitía un ruido. Un gemido que llenaba el aire. Levantaos, decía. Levantaos. Dejaba pueblos rotos.

Las familias lloraban. Las familias evaluaban su pasado. Era un fenómeno natural. Levantaos. Era una nube. Era un frente, un frente de aire muerto. Los supervivientes afirmaban que, después de su paso, quedaba un aire cargado y viciado, flotando cerca del suelo como la niebla del hielo seco. Había nubes en Alabama, en Arkansas, en Florida y parecía que en todas partes. Las nubes se fundían entre sí para formar nubes más grandes, y el sonido de sus gemidos arreciaba con cada paso, con cada muerte. Levantaos.

**108**

La casa de Mama Z estaba completamente a oscuras, salvo por una lucecita parpadeante muy tenue que se veía detrás de la cortina de la sala de los archivos.

Jim y Ed se acercaron a la entrada. Hind se quedó atrás con Gertrude, cerca de los coches. La puerta estaba abierta de par en par. Los hombres encendieron las linternas y entraron. Se oía un tableteo, como de una máquina de escribir muy antigua, procedente de otra habitación. Ya habían cruzado la sala cuando entró Gertrude.

Hind entró detrás de ella.

—Se me ha escapado —dijo.

—Quedaos atrás —dijo Jim.

—¿Eso es una máquina de escribir? —preguntó Hind.

Jim y Ed continuaron hasta la sala de archivos y abrieron la puerta.

Mama Z estaba sentada al otro lado de la mesa, con una vela encendida delante.

Junto a ella estaba sentado Damon Thruff, pulsando las teclas de una máquina de escribir manual. Su mirada no abandonaba el papel que había en la máquina.

—Sentaos, por favor —dijo Mama Z.

Los cuatro se sentaron a la mesa.

—¿Mama Z? —dijo Gertrude.

—Las apariencias siempre engañan —dijo la anciana.

—¿Damon?

—Está ocupado —dijo Mama Z.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Hind.

Damon arrancó una página de la máquina de escribir y la dejó sobre una gruesa pila de páginas que había a la derecha; luego metió una página en blanco de una pila que tenía a su izquierda y siguió tecleando.

—Está pasando nombres a máquina —dijo Mama Z—. Un nombre tras otro. Un nombre tras otro. Todos los nombres.

—Nombres —dijo Ed.

—¿Queréis que le haga parar? —preguntó Mama Z.

Jim miró a Ed y luego a Hind. Gertrude estaba obviamente confundida. Estaban todos confundidos aunque no lo estaban.

—¿Queréis que le haga parar? —volvió a preguntar la anciana.

Fuera, a lo lejos, a través del aire nocturno, les llegó el grito lejano: Levantaos, Levantaos.

—¿Queréis que le haga parar?

# Document Outline


- Cover Page
- Cubierta
- Título
- Créditos
- Levantamiento
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35

- 36
- 37
- 38
- 39
- 40
- 41
- 42
- 43
- 44
- 45
- 46
- 47
- 48
- 49
- 50
- 51
- 52
- 53
- 54
- 55
- 56
- 57
- 58
- 59
- 60
- 61
- 62
- 63
- 64
- 65
- 66
- 67
- 68
- 69
- 70
- 71
- 72
- 73
- 75
- 76
- 77
- 78
- 79
- 80

- 81
- 82
- 83
- 84
- 85
- 86
- 87
- 88
- 89
- 90
- 91
- 92
- 93
- 94
- 95
- 96
- 97
- 98
- 99
- 100
- 101
- 102
- 103
- 105
- 106
- 107
- 108